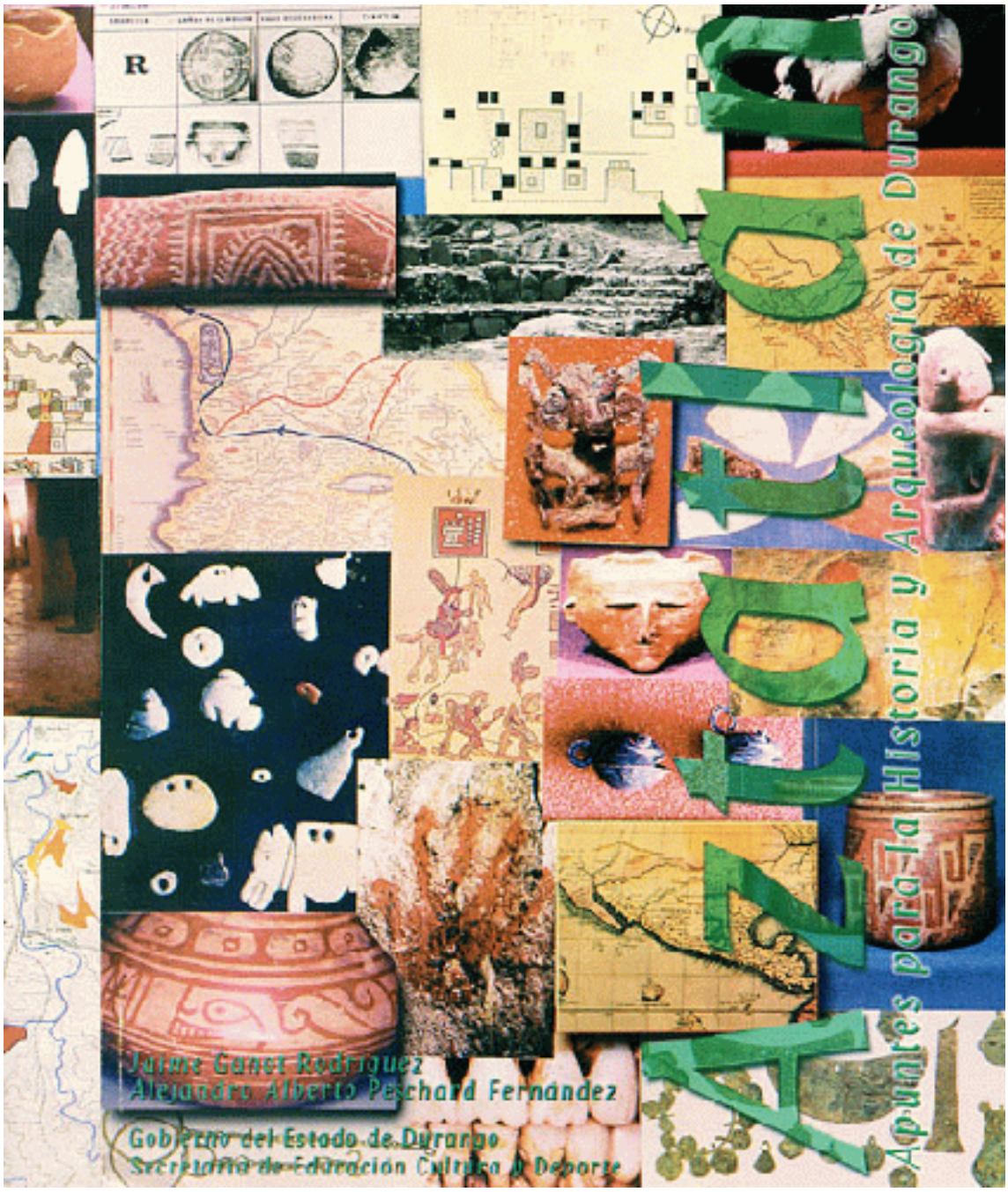

Apuntes para la Historia y Arqueología de Durango
Jaime Ganot Rodríguez
Alejandro Alberto Pechard Fernández
Gobierno del Estado de Durango
Secretaría de Educación Cultura y Deporte

AZTATLÁN:
Apuntes para la historia y arqueología de Durango

Jaime Ganot Rodríguez

Alejandro Alberto Peschard Fernández

Gobierno del Estado de Durango
Secretaría de Educación, Cultura y Deporte

A la memoria de mi inolvidable padre el Sr. doctor José Ángel Pechar Delgado.

A mi madre la Sra. Celia Fernández de Pechar.

A mi esposa Emma Sáenz Hernández y a mis hijos: Alejandro, Emma y Alberto.

A mis hermanos: José Ángel, Alfonso, Guillermo y Celia Pechar Fernández.

A mi esposa Georgia Violento Fonseca y a mis hijas: Daniel, Gabriela y Georgia.

A mi madre la Sra. Martina Rodríguez de Gano.

A la memoria de mi padre el Sr. Roberto Gano Languilloume.

A mi hermano Augusto Gano Rodríguez.

Queremos expresar nuestra gratitud a las personas que han hecho posible el que este libro se haya convertido en una realidad. Al Sr. licenciado Maximiliano Silerio Esparza, Gobernador Constitucional del Estado de Durango, al licenciado Alfredo Bracho Barbosa, secretario de Gobierno y amigo de toda la vida; al ingeniero Emiliano Hernández Camargo, secretario de Educación Cultura y Deporte del Estado, quien acogió la idea con entusiasmo por considerarlo un aporte valioso al proyecto de identidad duranguense y al historiador Javier Guerrero Romero, cuya paciencia fue puesta a prueba en la preparación del mismo. Muy especialmente damos las gracias a la licenciada Lidia Acevedo Zapata, quien con su excelente calidad de trabajo, cuidó los más mínimos detalles de la edición.

Durante tantos años que hemos recorrido parte de nuestro Estado de Durango, hemos tenido la suerte de encontrarnos con mucha gente sabia de quienes hemos obtenido grandes experiencias; algunas de ellas con los más brillantes títulos universitarios, como el Dr. John Charles Kelley, su esposa Ellen Abbott, el Dr. Jaime Litvak King y el arqueoastrónomo Anthony Aveni; otros maestros, sin títulos académicos, pero con un profundo conocimiento de la vida, fueron algunos de nuestros guías como Rafael Betancour y su familia, Alfonso Barraza Cigarroa y Antonio Estrella, de quienes hemos aprendido la esencia del pueblo rural mexicano.

El arqueólogo Arturo Guevara, tuvo una importante contribución en esta publicación, al igual que su esposa la historiadora Ma. Luisa Reyes Landa de Guevara.

Hemos estado ligados toda la vida a nuestra Universidad Juárez del Estado de Durango, ya sea como estudiantes o como maestros; deseamos hacer presente nuestra gratitud al Sr. ex rector de la misma, el Lic. José Hugo Martínez Ortiz de quien siempre hemos tenido el apoyo para nuestro trabajo.

Al Dr. Augusto Gano Rodríguez y al Arq. Alfonso Pechar Fernández por el apoyo brindado a la realización de algunas exploraciones.

También queremos reconocer a los grandes amigos y consejeros: el ingeniero Jorge Rodríguez García, quien además tuvo un importante papel en la revisión del texto; al Dr. Néstor Saucedo, al Sr. Antonio Barraza, al doctor en bioquímica Humberto Ávila Rodríguez, químico Rodolfo Pérez Gavilán( ) y al capitán piloto aviador Salvador Martínez Fallad.

Al Sr. Dn. Miguel Valadez, cronista de la ciudad de Mazatlán, Sin., por facilitarnos fotografiar su colección, ahora en exhibición en el Museo de Arqueología de esa ciudad.

Nuestra gratitud al Dr. José Jorge Talamás Márquez, al Sr. Juan Leautaud Ceniceros y Sra. Magdalena Rivera de Leautaud, al Sr. Eduardo León de la Peña Lares y Sra. Ma. Luisa López Yáñez de la Peña, quienes nos proporcionaron valiosas obras de consulta. Al Sr. Manuel Paredes y su familia, así como al eficiente personal de Artes Gráficas «La Impresora», que con su dedicación y entusiasmo, también hicieron posible esta publicación.

Ha sido prioritario, por parte del Gobierno del Estado, resaltar y afianzar el conocimiento de nuestros antecedentes históricos, porque los pueblos cimentan su futuro en los ideales y esfuerzos de quienes nos antecedieron. En el marco del *Plan Estatal de Desarrollo 1992-98*, se ha impulsado, de manera significativa la realización de proyectos que nos lleven al rescate de nuestro patrimonio cultural y a la difusión de nuestras raíces.

Durango se ha erigido sobre su historia, sus suelos guardan la riqueza de las costumbres ancestrales, innumerables hallazgos nos hablan de su corazón duranguense que en las entrañas de esta tierra aún palpita. Su rescate es incuestionable, su valor, dentro de la historia regional y universal no tiene tasa.

El volumen *Aztatlán: apuntes para la historia y arqueología de Durango*, es un tratado que guarda el trabajo de 20 años de amor a esta tierra, en incansable búsqueda y asombro, que ha llevado a sus autores a cuestionar algunas de las teorías que durante años fueron aceptadas acerca del origen y devenir de estos pueblos. Su pasión, su entrega al difícil mundo de la investigación los ha llevado a foros nacionales e internacionales, con el nombre de nuestro Estado en un puño, muy en alto, y finalmente, estos trozos de historia, piezas únicas en el rompecabezas de nuestra existencia, han encontrado un lugar en las páginas de este libro, que viene a constituirse en un testimonio más de nuestra Identidad Duranguense.

Emiliano Hernández Camargo
Secretario de Educación, Cultura y Deporte

Prólogo

Hace unos días tuve una experiencia que no está fuera de lo común, en lo que le pasa a un arqueólogo. Estando de viaje, me encontré en el avión con dos señores que en cuanto supieron mi profesión, quisieron saber cuál es la región de la república que tiene más arqueología. Yo contesté que no entendía la pregunta y uno de ellos me ayudó con: «Sí hombre, ¿La zona Maya, Teotihuacán o Oaxaca?».

Un poco por llevar la contraria y otro porque creo que la arqueología mesoamericana y sus imponentes pirámides nos han hecho más mal que bien, en la forma en que entendemos el pasado, contesté que para mí, eran el norte y el occidente del país, los más interesantes. Viéndome por aquello de que estuviera burlándome de ellos, el otro dijo bastante violentamente, ¡vaya, si allá no hay nada!

El trabajo que tengo el gusto de prologar, prueba que con total seguridad mi compañero de viaje estaba equivocado. La arqueología de los pueblos sedentarios del norte, no es menos importante que las pirámides de los sureños. Pero creo que prueba también otros puntos que no quiero dejar de tratar y que le dan a este trabajo un valor muy estimable.

El primero es que se puede remediar nuestra abismal ignorancia de lo que ha ocurrido en el pasado del territorio mexicano; con excepción de los sitios donde alguien puso una pirámide.

Si suponemos, como creo que es justo, que el proceso humano se da a muchos niveles de cultura y que la humanidad de hoy necesita conocerlos todos para entenderse mejor a sí misma, los lugares donde no se dio el fenómeno de alta cultura, no desmerecen de los otros, en nuestra necesidad de saber cómo se llevó a cabo el asentamiento humano allá.

En esas condiciones, es vital para nosotros, hoy, conocer cuándo, cómo, de qué vivieron los hombres que allá moraron, cómo enfrentaron el reto de un medio ambiente especialmente difícil, cómo convivieron con otros seres humanos, incluidos sus vecinos a quienes mi interlocutor consideraba más dignos de su atención; cómo su cultura fue construyéndose siglo a siglo y volviéndose, al paso del tiempo, más rica y completa y cuáles eran las manifestaciones materiales de esos logros.

Es por eso que debe celebrarse la aparición de un trabajo que como el que presentan los autores, agrega importantes conocimientos a la arqueología de esas regiones, casi desconocidas hasta hoy. Arqueología que, para entender los componentes que nos han llevado a ser lo que hoy somos, es tanto o más importante que la de otras regiones donde la cultura humana erigió monumentos más impresionantes, para el gusto de los que creen que lo más grande es, a fortiori, más grandioso.

Otro punto que debe hacerse notar, es la calidad del estudio que se presenta. Tanto la dificultad del trabajo como la dedicación de sus autores son sólo parte de la historia. Otra porción de ella, es la importancia de la colección estudiada y otra más es la sistemática en la tarea del estudio científico y su registro. El resultado es un admirable documento ilustrado que resultará muy útil para cualquiera que se interese por la cultura de la región del Estado de Durango.

Hacer un buen estudio es, antes que nada, una obra de amor y de paciencia. En este trabajo, los autores han demostrado ampliamente que poseen buena reserva de ambas. Hacer una excelente publicación, como la presente, indica además una claridad de propósitos, una actitud constructiva y lo que es desgraciadamente poco común, la comprensión de que la arqueología se hace acumulando conocimientos sobre materiales y que es de su estudio y comparación de donde surgen los patrones que permiten llegar a conclusiones mayores, en las que ya es la cultura y no sólo sus materiales el fenómeno que se observa y analiza.

Desgraciadamente, las piezas que se estudian no se obtuvieron en excavaciones sistemáticas hechas por equipos técnicos calificados. Los autores las rescataron de los campesinos locales que en el proceso normal de cultivo y por qué no, en algo que podríamos llamar microsaqueo, las fueron acumulando sin verlas más que como objetos curiosos que estaban en la tierra. Este es un problema serio y un estudio como el presente debiera

alertarnos a la necesidad de enseñar a nuestra población a respetar y cuidar un patrimonio que pertenece a toda la humanidad. Los datos del contexto están irremisiblemente perdidos y con ellos mucho de su valor arqueológico.

Sin embargo, aún en esta clase de casos, sus características formales y su tipología, los objetivos primordiales de un buen libro, le siguen dando un muy estimable valor para el conocimiento de la arqueología del norte de México, y el que una magnífica y muy completa colección como la que presentan a disposición de los estudiosos en el museo de Durango, pueda ser vista a través de este trabajo, es un mérito que debe agregarse a los que ya tienen sus autores. Queda esperar que las autoridades correspondientes vean en ella la oportunidad para ordenar trabajos de excavación legales y debidamente llevados a cabo en sitios tan interesantes como los reportados en este Estado.

Pero el punto más importante es para mí el que se deriva de las personas de los autores mismos. Los doctores Jaime Ganot Rodríguez y Alejandro Peschard Fernández, aunque respetables hombres de ciencia por derecho propio, no son arqueólogos profesionales. Son aficionados a la arqueología.

En un país como el nuestro, lo anterior es de suma importancia. Sin presentarse como poseedores de recóndita sabiduría, arcanos conocimientos o esotéricas teorías, hacen en este trabajo una substancial contribución a la arqueología sólida del norte de México y con él, nos hacen pensar en que si queremos que el patrimonio cultural del país llegue a estar bien protegido y debidamente estudiado, esta labor no puede humanamente llevarse a cabo sólo por los pocos arqueólogos profesionales con que contamos.

Los aficionados serios, capaces, dispuestos al arduo trabajo que significa el estudio de la arqueología, conocidos donde viven y trabajan, como los autores, deben ser parte del diseño; deben tener una función importante en la obra a hacer y consecuentemente, los museos orientados localmente, como el de Durango, constituyen magníficas bases de trabajo, excelentes lugares de reunión, discusión, estudio y divulgación que nos deben permitir acercarnos a personas con las que queremos hablar porque los podemos ayudar y a las que queremos oír, porque como Ganot y Peschard, tienen también mucho que enseñarnos.

La obra empieza por una introducción que por sí sola, ya justificaría el trabajo. Está escrita por el Dr. J. Charles Kelley, arqueólogo mundialmente reconocido que es, por sus aportaciones a lo que hoy sabemos de la región, sólida autoridad sobre el norte de México y guía y maestro de muchas generaciones de estudiosos sobre el tema desde varias universidades de Estados Unidos y México donde la Universidad Nacional Autónoma lo recibió con honores al nombrarlo profesor Alfonso Caso de Antropología.

La introducción y su reporte actualizado de la cronología de la cultura Chalchihuita realizada por el Dr. Kelley, completa el trabajo al presentar el libro en el marco de lo que se sabe de la región y de la historia de las investigaciones en ella. Es un importante y original estudio sobre la zona que resume su secuencia, la tipología de sus materiales, sus tradiciones culturales y las relaciones que tuvieron sus habitantes con otras culturas y con ello una

arqueología muy completa, que hace que el lector la entienda y la aprecie más. En el futuro junto con el cuerpo principal de la obra, constituirá materia de consulta obligatoria para el que estudie el área.

Quiero decir, para terminar un prólogo ya excesivamente largo, que es un gran placer ver un trabajo bueno y útil como éste que pone al alcance de los interesados, los restos de una cultura de la que se conoce poco y que incluye tanto buenas descripciones como excelentes fotografías y un marco que la redondea y la completa.

Jaime Litvak King
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México.

Introducción

Por más de 20 años los doctores Jaime Ganot Rodríguez y Alejandro A. Peschard Fernández, han llevado a cabo extensos estudios científicos sobre el arte rupestre en Durango, México y Estados circunvecinos. Estas investigaciones han sido efectuadas en el tiempo libre de que ellos disponen, cuando no están realizando sus actividades académicas como profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad Juárez del Estado de Durango.

Sus actividades consisten en la fotografía de sitios ya conocidos con arte rupestre y de muchos otros descubiertos por ellos; así como la localización geográfica de los sitios en los que se encuentran estas evidencias arqueológicas, principalmente precolombinas. Sus estudios representan un intento serio e importante para preservar y documentar esta parte del patrimonio nacional de México. Es de esperarse que sus investigaciones pronto estén disponibles para los arqueólogos, artistas y público en general. Recientemente les han sido publicados ya una serie de reportes a nivel internacional, sobre arqueología y arte rupestre.

Es en el curso de sus investigaciones, como los autores han descubierto un gran número de sitios arqueológicos y rescatado una numerosa colección de objetos prehispánicos, que serán descritos y analizados en el presente libro.

El Gobierno de México, con encomiable visión y juicio, ha decretado en los últimos años, varias leyes y reglamentos con la intención de proteger y preservar el patrimonio nacional; especialmente el gran número de sitios arqueológicos, que son remanentes de las grandes culturas precolombinas de México. Desafortunadamente los recursos económicos son muy limitados así como el personal especializado de que dispone el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que es la dependencia del Gobierno Federal designada para aplicar dichas leyes y regular las investigaciones científicas.

Mas aún, la existencia de tales leyes, es virtualmente desconocida en la mayor parte de las pequeñas poblaciones, ranchos y ejidos en donde habitan los campesinos que forman la gran masa de población, que en sí misma, constituye el verdadero patrimonio nacional de México, que es el pueblo mexicano.

Estos campesinos, en el curso de su diario trabajo en los campos, al efectuar sus labores agrícolas, mientras cavan canales para irrigación o construyen casas, accidentalmente pueden encontrar enterramientos, restos arqueológicos y otros remanentes de sus distinguidos antecesores y progenitores indígenas.

Su interminable búsqueda de tesoros enterrados y de minas de metales preciosos, los lleva a excavar en sitios arqueológicos. Es raro el rancho o ejido en México en el que no haya una casa con alguna pieza de cerámica o algún otro artefacto obtenido de tales actividades. La mayor parte de las piezas arqueológicas eventualmente se pierden o son vendidas por unos cuantos pesos a algún visitante relativamente acomodado, ya sea mexicano o extranjero. Por medio de la educación y una vigilancia más efectiva, tales actividades podrían ser reducidas en el futuro, pero hoy en día estas acciones son endémicas, especialmente en las poblaciones alejadas del noroeste de México.

Estas actividades han sido llevadas a cabo también por los ejidatarios del Estado de Durango, un ejemplo es el de los ejidatarios del valle de Guatimapé, al norte de la Ciudad de Durango, sin conocer su ilegalidad. Es así como se ha obtenido gran parte de la extensa colección que se ilustra y se discute en esta publicación. La mayor parte del material obtenido proviene de la sección baja del importante sitio de El Cañón del Molino, en los bordes de las colinas del lado este del Valle de Guatimapé; en su mayoría asociado con enterramientos. Este sitio ha sido conocido desde hace mucho tiempo por los ejidatarios del lugar. En 1936 el arqueólogo norteamericano doctor J. Alden Mason fue conducido a este lugar por los campesinos de la localidad, mientras llevaba a cabo una investigación de sitios de ocupación de tribus prehistóricas, con un permiso del Instituto Nacional de Antropología e Historia. El Dr. Mason vio solamente la parte baja del lugar; la parte principal está situada arriba de una de las altas colinas que describió en su publicación. En su artículo, que es pionero de la arqueología en Durango, Mason describe el sitio como sigue (Mason 1937, pp. 137):

«... El sitio observado, yendo hacia el norte, estaba en Guatimapé, como 90 kilómetros al norte de la Ciudad de Durango. Aquí en el valle de El Cañón del Molino hay muchas ruinas de casas al lado de un arroyo que tiene corriente permanente. Estas ruinas son principalmente rectangulares y están limitadas por piedras enterradas a menudo en terrazas, unas arriba y atrás de las otras. Algunas de estas terrazas miden hasta 9 por 15 m.

Hay también algunos sitios más pequeños, redondos, que miden 2'5 a 3 m. de diámetro, hechos de grandes piedras. Hay además las ruinas de una estructura burda y rectangular, enjarrada, que mide aproximadamente 7'2 por 4'2 m. con paredes construidas de piedras grandes de unos 60 cm. de grosor y que en la actualidad tienen una altura de 1'5 m. pero sin que pudiéramos estar seguros de que fuera aborigen. Algunas partes del sitio estaban contenidas por muros de piedra. Se encontraron muchos metates y manos de metate, algunas figuras toscas de animales hechas de piedra y unos cuantos tepalcates, incluyendo una asa de recipiente de barro rojo sobre moreno. Los fragmentos de metate encontrados, indican que fueron de forma definida, sin patas. Las manos de metate son de lava o granito, casi rectangulares, más bien delgadas y con una o ambas caras convexas...».

Es claro, por la descripción de Mason, que los ejidatarios del lugar ya habían excavado el sitio, pero tales actividades deben haber aumentado durante la última década. Cuando los doctores Ganot y Peschard visitaron la región para fotografiar unas pinturas rupestres que habían sido reportadas en las cercanías, se dieron cuenta de la existencia de ollas de cerámica Chalchihuita en el patio de una escuela de un ejido cercano al sitio; algunas de las cuales estaban recientemente pintadas de blanco. El maestro les informó que había tantas de estas ollas en el pueblo, que eran usadas como piñatas en las posadas navideñas. Investigaciones posteriores llevaron a los doctores a conocer la gran colección de cerámica y otros artefactos que existían en el pueblo. Usando su influencia como médicos, pudieron rescatar la mayor parte de las piezas y llevarlas a la Ciudad de Durango, donde fueron puestas a disposición del Museo Regional de la ciudad, solicitando por medio del mismo, su registro en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, tal como lo requiere la ley.

Desafortunadamente los campesinos no llevaron un registro de sus hallazgos, de manera que los datos referentes a la asociación específica de los enterramientos con los diversos tipos de cerámica y de otros objetos encontrados, se ha perdido casi por completo. Sin embargo, es casi seguro, que virtualmente todas las piezas de la colección estaban relacionadas con enterramientos en las terrazas de la parte baja del sitio de El Cañón del Molino y pueden ser estudiadas como tales. La colección es rica en vasos completos de cerámica y también de otros objetos, tales como pipas, malacates, cascabeles de cobre y diversos objetos de piedra y concha.

Aunque la riqueza de la colección refleja primeramente su origen de ofrenda mortuoria, también es indicativa de las afluencias culturales de los ocupantes del sitio. La presencia de manos y metates en gran cantidad, junto con las características de los

remanentes arquitectónicos, nos indica que la sección de las terrazas del sitio, era una zona de habitación y no solamente un lugar para enterramientos.

La parte principal de la población se localiza en la cima del cerro más alto, que está junto a las terrazas y puede representar una zona de residencia de la élite, tal vez en algunos aspectos, puede tener funciones como centro ceremonial y fortaleza.

Los restos arqueológicos consisten en bases de muros de piedra, de plataformas de casas que rodean grandes patios o plazas cuadrangulares. En algunos patios hay altares centrales, los que en ocasiones están representados por grandes piedras semipulidas. Aparentemente no hay pirámides, grandes templos ni grandes salas de columnas. La arquitectura en general es parecida a la de la Cultura Chalchihuita, específicamente a la de la rama Guadiana, localizada en Durango. El sitio tiene mucha semejanza con el tardío sitio de Navacoyán en el Valle del Guadiana.

Debe mencionarse que además de las estructuras con características de la arquitectura Chalchihuita, hay otras más pequeñas, tanto rectangulares como circulares, construidas de grandes lajas de piedra, del estilo de la cultura Loma San Gabriel. Estas estructuras parecen en general ser más recientes que las otras del sitio.

Otros datos arqueológicos sugieren que la cultura Loma San Gabriel puede representar la ocupación del área por los tepehuanos ancestrales e históricos. Debe de mencionarse que la información etnohistórica presentada en este reporte, es sugestiva de que el Valle de Guatimapé y probablemente el sitio de El Cañón del Molino en sí mismo, estaban ocupados por los indios tepehuanos en el tiempo del contacto con los españoles y en la conquista.

Aún el examen superficial de la cerámica de las colecciones provenientes de este sitio, revela la presencia de tres tradiciones culturales mayores: las culturas Chalchihuita y Aztatlán, ambas de origen mesoamericano, y la cultura Loma San Gabriel, de origen submesoamericano. Algo completamente inesperado es la gran cantidad de objetos en la colección proveniente de la cultura Aztatlán. Es también muy significativo el grupo de vasos individuales de cerámica en la que se combinan atributos de las culturas Aztatlán y Chalchihuita.

La ocupación Chalchihuita está representada principalmente por objetos de las tres últimas fases de la rama Guadiana de esa cultura: Las Joyas, Río Tunal y Calera. La presencia de unas cuantas vasijas provenientes de la fase Ayala, más temprana, ejemplares aparentemente tardíos, sugiere que la ocupación Chalchihuita del sitio empezó en las postrimerías de esta fase.

Siguiendo una cronología basada en el gran número de fechamientos de radiocarbono efectuadas en las vigas de la estructura del centro ceremonial de Altavista, la fundación del sitio de El Cañón del Molino debe haber ocurrido alrededor del 950 d. C.; pero si se toman en

cuenta el menor número de dataciones de radiocarbono provenientes de los desechos de carbón del sitio Schroeder, la ocupación inicial pudiera datar, alrededor del 850 d. C. La fecha terminal de la ocupación Chalchihuita, el fin de la fase Calera, seguramente debe ser anterior al contacto con los españoles y muy probablemente, entre el 1350-1400 d. C. Algunas vasijas de la cerámica del tipo de la costa occidental, incluidas en la colección, pertenecen a un periodo cronológico post-Aztatlán, quizá tan tardío como del 1400-1450 d. C.

En general, las piezas que representan el horizonte Aztatlán de la cultura de la costa occidental de Jalisco, Nayarit y Sinaloa, pueden correlacionarse en un espacio de tiempo esencialmente equivalente.

La correlación de la secuencia de la Cultura Aztatlán con la rama Guadiana de la cultura Chalchihuita, se ha establecido desde hace tiempo y es apoyada por la asociación gruesa de los tipos de cerámica proveniente de la colección de El Cañón del Molino. Desafortunadamente las dataciones de la cultura Aztatlán no han sido tan bien definidas como las de la cultura Chalchihuita. Los vasos de cerámica de la tradición Aztatlán pueden ser identificados como de los tipos que se encuentran en Guasave, Culiacán, Chametla y Amapa. Las pipas, malacates y objetos de cobre, probablemente tienen un origen variado y similar a los anteriores. La presencia en El Cañón del Molino y otros sitios del Estado, de tales objetos de tan diversos lugares geográficos, es muy importante para interpretar la constitución y la función de los mismos.

La arquitectura y en parte la cerámica del sitio El Cañón del Molino hacen que este lugar sea muy parecido a otros sitios Chalchihuitas situados al pie de las colinas que limitan al este la Sierra Madre Occidental, desde Villa Unión y Nombre de Dios, a través del Valle del Guadiana, hasta el cerro de la Cruz y Santa Ana en el Zape, que son los sitios más al norte reportados en el Estado de Durango.

¿Cómo puede ser explicado el gran número de estos vasos de cerámica y otros artefactos de la cultura Aztatlán de la costa occidental en la Mesa del Norte? En otros sitios de la cultura Chalchihuita, en las fases tardías de la rama Guadiana, han sido encontrados tepalcates, vasos raros de cerámica y otros artefactos como pipas, malacates y objetos de cobre de origen Aztatlán. La correlación entre las secuencias arqueológicas de las culturas Aztatlán y Chalchihuita se ha fundamentado en estos hallazgos. Es notable que la situación contraria no se ha manifestado, es decir, que no ha sido demostrado el encontrar artefactos de tipo Chalchihuita en los sitios Aztatlán de la costa Occidental. Es muy significativo el porcentaje de cerámica del tipo Aztatlán proveniente de la colección del Cañón del Molino, aunque los tipos dominantes de cerámica son aquellos de origen Chalchihuita representando especialmente las fases tardías Río Tunal y Calera.

La pequeña cantidad de cerámica tipo Aztatlán, encontrada en otros sitios Chalchihuitas, ha sido interpretada en términos de comercio, excepto en el caso de la cerámica Lolandis de Borde Rojo, la cual puede ser explicada en base a una migración de un pequeño

grupo proveniente de la costa. Sin embargo, no parece lógico explicar la situación de los sitios de Durango en base al comercio solamente. La presencia de una ocupación Aztatlán de gran importancia, se manifiesta no solamente por la cerámica, sino también por el gran número de pipas, malacates y artefactos de cobre encontrados.

Puede ser inferido, con cierta seguridad, que una verdadera colonia Aztatlán estuvo ahí presente; pobladores con antecedentes culturales Aztatlán y Chalchihuita, juntos ocuparon el sitio aparentemente por varios siglos. Únicamente con esta interpretación, puede explicarse el gran número de vasos de cerámica que combinan atributos Chalchihuitas y Aztatlán.

Los alfareros con ambas tradiciones deben haber trabajado uno al lado del otro, compartiendo libremente sus respectivos repertorios tecnológicos y estilistas. Es así como seguramente se originó un nuevo tipo de cerámica, El Molino Rojo sobre Crema, así denominado por los autores. Como el doctor Peschard señala, el alto porcentaje de deformación craneana del tipo tabular erecto y la mutilación dentaria en los restos de esqueletos de los enterramientos de El Cañón del Molino, práctica que no era usual en los Chalchihuitas, refuerzan esta teoría.

Hay suficientes pruebas de que la distribución del horizonte Aztatlán fue a lo largo de la costa occidental, con una ligera variante de otros sitios encontrados tierra adentro en el Estado de Jalisco hasta la parte baja del río Lerma, representan una importante ruta de comercio del Post-Clásico, cuyas raíces fundamentales se encuentran en el valle de México, en Culhuacan y/o en Cholula, Puebla.

La presencia de restos del horizonte Aztatlán en sitios Chalchihuitas en Durango, ha sido también interpretada como una extensión de esta misma ruta de comercio hacia los valles de las tierras altas en el lado este de la Sierra Madre Occidental. El Cañón del Molino y los otros sitios aquí reportados por los doctores Ganot y Peschard, en realidad representan una verdadera colonización de comerciantes provenientes de la costa occidental, que compartían la vivienda con habitantes de la cultura Chalchihuita.

Esta región debe haber sido un importante centro de intercambio de esta antigua ruta. La localización geográfica de los valles en donde se ubican estos sitios respalda tal interpretación. A lo largo de ellos se llevó a cabo la temprana colonización española desarrollándose un verdadero «Camino Real» en ese tiempo.

Esta es también la ruta clásica de entrada a Topia a través de la Sierra Madre Occidental y de ahí el paso a la costa de Sinaloa, siguiendo la cuenca del río Culiacán. Los conquistadores españoles, bajo el mando de Nuño de Guzmán, utilizaron esta ruta desde la costa occidental por primera vez entre 1530-1531. Una descripción original de estos acontecimientos la dan los doctores en el capítulo de antecedentes históricos. También Francisco de Ibarra recorrió esta ruta desde los Valles de Durango y Guatimapé en 1563-1564. Subsecuentemente llegó a ser la vía de comunicación principal entre las tierras altas

de Durango, con la costa occidental al norte del Río Grande de Santiago y al sur del término norte de la Sierra Madre Occidental, hasta que fue construida la carretera Durango-Mazatlán en el presente siglo.

Al norte de Durango existe el gran sitio arqueológico de Casas Grandes o Paquimé, en el Estado de Chihuahua, totalmente reconstruido durante la fase Paquimé del periodo medio, utilizando muchos rasgos arquitectónicos de Mesoamérica. De ahí en adelante se convirtió en el centro de una extensa área de interacción mercantil; aparentemente fue muy importante para la elaboración y el comercio de objetos de cobre entre otras cosas. El Dr. Charles Di Peso, quien excavó el sitio, estableció las dataciones del periodo medio entre el 1060-1340 d. C. y la fase Paquimé del 1205-1340 d. C. Sin embargo, estudios recientes hechos por el Dr. Steven A. Le Blanc fecharían este periodo entre el 1150-1300 d. C. Seguramente que el desarrollo mercantil de Casas Grandes debe de representar la terminación en el norte de México de la misma gran estructura de intercambio que está presente en el puesto de avanzada de la región de Durango.

Notablemente los malacates en «botón de camisa», que son característicos de las fases tardías Río Tunal y Calera de la cultura Chalchihuita, aparecen en gran número en la colección de El Cañón del Molino y en los otros sitios de Durango y también fueron encontrados en asociación con el periodo medio de Casas Grandes. Aún en épocas más tempranas, en el área de Casas Grandes, en sitios de la fase Perros Bravos que Di Peso fechó en el 950-1060 d. C., se hallaron tepalcates de los tipos Aguaruro Inciso, en el exterior y tepalcates de cerámica tipo Guasave Polícroma, lo cual específicamente indica la presencia de la cultura Aztatlán en sus periodos más tempranos de la fase Lolandis. También debe mencionarse que Di Peso posteriormente encontró tepalcates de comercio de este horizonte Aztatlán temprano en el sitio Wind Mountain, en el suroeste de Nuevo México, que está localizado en territorio de la cultura Mogollón y en la gran ruta norte del territorio Anasazi.

Finalmente es una conclusión razonable que la primera ruta de comercio Aztatlán llegaba a través de Topia, hasta sitios de las tierras altas de Durango y luego hacia el norte hasta Casas Grandes; es posible que después se estableciera una ruta más directa a través de la Sierra Madre Occidental proveniente de Guasave.

Es así como los sitios de Durango aquí reportados asumen una gran importancia como eslabones de una gran organización de comercio mesoamericano. Las pruebas de que una extensión de este sistema mercantil se adentró en Durango y participó, cuando menos parcialmente, por medio de una colonización en pequeña escala, en los sitios ya existentes con cultura local, provee una valiosa información dentro de los procesos culturales involucrados en la formación de tan gran estructura de intercambio. La colección de El Cañón del Molino, por lo tanto, adquiere una importancia mucho mayor que su significado local.

Otra pregunta surge con respecto a la colección y a la ocupación del sitio. Además de los objetos de cerámica de las culturas Aztatlán y Chalchihuita, se localizaron muchas piezas que son características de la cultura Loma San Gabriel. Esta es una antigua cultura sub-mesoamericana distribuida al pie de las colinas que limitan al este, la Sierra Madre Occidental, y se encuentran cuando menos desde el sur de Chihuahua hasta el sur de Durango y al oeste de Zacatecas.

Arqueológicamente parece ser que el área del sitio El Cañón del Molino había sido poblada desde antes de que la cultura Chalchihuita colonizara este territorio. También arqueológicamente hay pruebas de que la gente Loma San Gabriel formaron una especie de campesinado para la cultura Chalchihuita en expansión. Es probable que los descendientes actuales de la cultura Loma San Gabriel sean los indios tepehuanos contemporáneos. ¿Cuál es entonces la explicación de la vigorosa presencia de la cultura Loma San Gabriel, en la colección de El Cañón del Molino? Debido a la evidencia etnohistórica de que el sitio era ocupado por los Tepehuanos en el tiempo del contacto español, el material Loma San Gabriel puede representar una ocupación posterior a la Chalchihuita-Aztatlán que se extendió hasta el periodo histórico. Seguramente esta explicación debe ser verdadera en parte, pero desafortunadamente no se ha encontrado nada de material proveniente de los españoles en la colección. Es posible que la gente Loma San Gabriel pudo haber ocupado los sitios junto con los otros dos grupos. Tal situación parece haberse presentado en el Valle del Guadiana y aún en periodos más tempranos en el corazón cultural de Chalchihuites en el Valle del río Súchil al oeste de Zacatecas. Una situación semejante existió en la ocupación española temprana de Nombre de Dios en Durango. Este asentamiento colonial incluía no solamente a los españoles, sino también a los indios tlaxcaltecas, de Jalisco y probablemente a indios tepehuanos. Evidentemente, el análisis y el reporte de la colección arqueológica obtenida a través de excavaciones no profesionales por los campesinos de las localidades cercanas al sitio, es un estudio importante y debe representar únicamente el primer paso. Es urgente que se lleven a cabo excavaciones controladas en el lugar. Únicamente con tales excavaciones se podrá determinar con seguridad y precisión la relación exacta entre las tres tradiciones culturales mayores ahí representadas. Es seguro que el sitio El Cañón del Molino seguirá siendo excavado por personas no profesionales.

Si mediante la coerción y la educación, los campesinos del ejido propietario dejan de excavar el lugar, es casi seguro que serán reemplazados por gente de otros lugares quienes continuarán con las mismas actividades; es así como esta información que es irremplazable y única, seguirá perdiéndose y una unidad crítica del patrimonio nacional mexicano desaparecerá para siempre.

Sin embargo, la perspectiva para efectuar excavaciones profesionales en el sitio, en un futuro inmediato, es verdaderamente pobre. Los hábiles y adiestrados arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia son pocos en número y carecen de un presupuesto adecuado para tal trabajo.

Tradicionalmente, también los arqueólogos mexicanos han tenido poco interés en la arqueología relativamente sencilla y poco recompensada del noroeste de México. Hay profesionales de otros países quienes estarían deseosos de excavar dichos sitios, pero la situación económica actual hace que los recursos para tales trabajos no sean fáciles de obtener. También los reglamentos vigentes del Instituto Nacional de Antropología e Historia son estrictos y dificultan que los arqueólogos extranjeros lleven a cabo proyectos de investigación en México. Otra opción, que debería ser considerada, sería la creación de un «Instituto de Investigaciones Arqueológicas del Estado de Durango», el que se encargaría de las excavaciones y preservación de sitios como El Cañón del Molino, bajo la supervisión general del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Existe el antecedente de que se han establecido Institutos Arqueológicos en otros Estados de la República Mexicana. Los recursos económicos para efectuar estos programas no son abundantes, pero eventualmente esta es la única opción que puede salvar este patrimonio nacional en el Estado de Durango.

Precisamente, por no haber fondos ni personal capacitado disponible para excavaciones profesionales, el trabajo de los doctores Ganot y Peschard, de rescatar, estudiar y reportar los sitios arqueológicos que han descubierto y los objetos provenientes de éstos, adquiere más importancia. Su contribución al estudio de la arqueología de Durango y a la preservación del patrimonio de la Nación en el Estado, ha sido muy encomiable.

El mérito de los doctores Ganot y Peschard no se ha limitado a la simple descripción de las piezas y sitios por ellos descubiertos, sino que a través de la extensa revisión de la bibliografía existente sobre la arqueología e historia de Durango, después de los reportes que han hecho del sitio El Cañón del Molino, se dedicaron a hacer un extenso recorrido de superficie en la región, en busca de otras localidades en donde se encontraran evidencias de ocupación mesoamericana de las culturas mencionadas; en tal forma que en sus trabajos recientes han reportado un importante número de estos sitios que no han sido previamente descritos y que en este trabajo son analizados. Así mismo, los autores han revisado el material arqueológico proveniente del Estado de Durango disponible en diferentes partes de México y el extranjero, para fundamentar sus hipótesis sobre el poblamiento y las culturas indígenas de la región. Ellos también han presentado numerosos trabajos en congresos nacionales e internacionales, abriendo nuevas perspectivas para la arqueología de México; en base a éstos, se asegura que en el Estado de Durango hubo un extenso desarrollo mesoamericano, que fue parte de un amplio sistema de intercambio cultural. Estos descubrimientos han despertado un nuevo interés de los arqueólogos en el estudio del norte de México.

Es de esperarse que los doctores Ganot y Peschard continúen efectuando tales actividades en el futuro en los lugares que por las circunstancias así lo requieran.

J. Charles Kelley.
Ph. D. Harvard University.
Professor Emeritus, Southern Illinois University.
Adjunct Professor Sul Ross State University.
Profesor de la Cátedra Alfonso Caso de la Universidad Nacional Autónoma de México.

PRIMERA
PARTE

«… época vendrá, cuando pasen los años, cuando el Océano
pierda el cautiverio de las cosas, y una inmensa tierra
aparecerá y el profeta Tiphys revelará nuevos mundos
y Thule (Islandia) no será más el fin de la tierra…»
Séneca en «Medea», II acto.

Antecedentes de la Conquista de América

Imagen del mundo antes de Colón

El pensamiento renacentista que se inició en el viejo continente en el siglo XIII llevó al descubrimiento de América y posteriormente a la exploración y conquista del norte de México -que aquí vamos a tratar-; estas ideas se originaron varios siglos antes.

Marco Polo (1254-1323), quien viajó por una gran parte del continente asiático en el siglo XIII, preguntaba en esos lugares sobre uno de los misterios más fascinantes de esa época: cuáles eran las tierras que había al oriente del territorio asiático hasta entonces conocido. En ese tiempo se creía en una serie de mitos y tradiciones fantásticas sobre dichos territorios que perduraron por muchos siglos. Las ideas predominantes eran que más allá de Asia había un gran mar llamado «*Mare Tenebrosum*», de límites imprecisos y en donde se encontraban varias islas, que incluían las llamadas «*Antilas*», «*Brazilia*» y «*Cipango*» (Japón). En este último lugar de acuerdo a Marco Polo «*los tejados de las casas eran de oro puro y no había otro metal en esta isla*». Cipango estaba situada a unas 1500 millas al este

del Asia; los dos primeros sitios, Brazilia y Antilas, fueron citados en el mapa de Bartolomé Pareto del año 1455, como islas del Océano Occidental (León-Portilla, 1989; 13-14; Zea L., 1991; 20) (Fig. 1).

Los cartógrafos de la época asociaban lugares situados más allá del Mare Tenebrosum con otros del Mar Océano, Océano Occidental o Atlántico, situado al oeste del territorio europeo, con la idea de que la tierra era esférica y que ambos mares estaban unidos; esta idea iba en contra de los conocimientos tradicionales que postulaban que en Gibraltar estaban las *Columnas de Hércules*, que marcaban el fin del mundo, el «*non plus ultra*», el no más allá del mundo conocido (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 28; Ainsa, F., en Zea, L., 1993c; 24) (Fig. 2). Entre estos mares se suponía la presencia de un conjunto de islas errantes plagadas de monstruos fantásticos, tinieblas, grandes tormentas y vientos fortísimos que hacían imposible la navegación.

Muchos de estos lugares imaginarios provenían de narraciones de Platón, Plinio y Séneca quienes describieron estos sitios que fueron registrados posteriormente como verdaderos en mapas geográficos (Ainsa, F. en Zea, L., 1993c; 31). Algunos de éstos se mencionan a continuación.

Figura 1. Mapa de Bartolomé Pareto de 1455, donde se ilustran las islas de Antillia, San Brandan, Brazil y otras, cerca del Continente Europeo.

Figura 2. En este mapa se muestran las «columnas de Atlas» en el Estrecho de Gibraltar, el «finis-terrae» o fin de la tierra, límite occidental del mundo conocido.

De acuerdo a los relatos, La Atlántida, era una isla; la tierra de Atlas, hijo de Poseidón, así como el Atlántico era el océano de Atlas, sitios a los que se refiere Platón en dos de sus «Diálogos», *Timaeus* y *Critias*, descritos en el año 370 a.C. En *Timaeus* expone sus creencias sobre las ciencias naturales así como su cosmovisión personal. En *Critias* relata la historia de la Atlántida y describe a la nación como una comunidad utópica. Algunos textos señalan que Critias era nieto del ateniense Solón y de él provienen estas leyendas que se habían conservado por tradición oral.

Según la narración, la isla le fue descrita a Solón, quien visitó Egipto en el año 590 a.C., por un sacerdote egipcio, quien aseguraba que la Atlántida era una isla más grande que *Asia Menor y Libia juntas*, habitada por una civilización rica, culta y floreciente, poblada desde diez mil años antes. Esta civilización había conquistado todos los pueblos del Mediterráneo excepto a los atenienses. Es probable que las tierras utópicas que describía Platón no estuvieran localizadas al occidente de Grecia, sino que los relatos de Solón se refirieran a sitios al occidente de Egipto, en relación a las culturas occidentales como la minoica de Creta que fue precursora de la griega.

Muchas ideas sin fundamento científico, como las relacionadas con la Atlántida y con la existencia de otras civilizaciones y continentes perdidos, han persistido hasta la

actualidad y son un tema de discusión a nivel mundial por internet. Un ejemplo de éstas puede ser la descripción del continente perdido que hace Durant en «*La Historia de la Civilización*» (Durant, 1994) quien refiriéndose a culturas desconocidas de la antigüedad dice:

> *«En el Pacífico se encuentran las ruinas de cuando menos una de estas civilizaciones, el estatuario de la isla de Pascua… y en el Atlántico, desde Islandia hasta el Polo Sur, la elevación central del lecho del océano da un cierto apoyo a la fascinante idea trasmitida a nosotros por Platón, de una civilización que una vez floreció en una isla-continente entre Europa y Asia, y que se perdió súbitamente cuando, por una convulsión geológica, el mar se tragó este continente. Schiliemann, el descubridor de Troya, creía que la Atlántida sirvió como un mediador entre las culturas de Europa y Yucatán, y que la civilización egipcia provenía de la Atlántida. Tal vez América misma fue la Atlántida, y algunas culturas pre-mayas habían estado en contacto con África y Europa en tiempos del Neolítico. Posiblemente todo descubrimiento es un redescubrimiento».*

La teoría más creíble es que la Atlántida es un símbolo de la caída de la civilización minoica y la destrucción de una isla griega llamada Thera o Santorini, situada al norte de Creta, localizada en el mar Egeo, destruida por un volcán en el 1500 a.C., hundiéndose en el mar hasta la mitad. No hay evidencias arqueológicas de que una civilización tan avanzada existiera 9000 años antes del presente en ningún lugar del mundo y desapareciera sin dejar rastros.

La Isla de «*Antila, Antillia o Antilla*» de donde procede la palabra actual de Antillas, puede ser un nombre derivado de Atlántida, aunque también puede significar «ante-isla», refiriéndose a una isla que se creía estaba situada antes de la Atlántida. En esta región de Antillas se localizaban otras ciudades-islas míticas que fueron llamadas las *«Siete Ciudades de Oro»*, descritas en mapas anteriores a Colón y que son muy importantes, -como lo veremos más adelante-, en la exploración y conquista tanto de Centroamérica como de Norteamérica y que inicialmente fueron localizadas en mapas antiguos en diversos sitios del océano Atlántico (León-Portilla, M., 1989; 61-63). Estas islas fueron una quimera que sedujo a los conquistadores y motivó la exploración de extensos territorios en su búsqueda.

Las referencias iniciales sobre estas islas mencionan que estaban habitadas por la realeza y religiosos españoles, quienes huyeron de la conquista de los moros en el año 714 d. C. Clissold relata así este hecho:

> *«…dicen que se hicieron a la mar siete Obispos y que con su gente y barcos fueron a esa isla donde cada uno de ellos construyó una ciudad, y que lo que menos pensaban era en regresar a España, por lo que le prendieron fuego a sus barcos y a todo su equipo de navegación. Y algunos portugueses llegaron ahí y nunca volvieron…»*

En 1452, el navegante portugués Diego de Teive zarpó en busca de la isla de Antila y las Siete Ciudades y naufragó cerca de las islas Azores. Otro explorador portugués, Fernam Dulmo consiguió los derechos para conquistar *«las islas que estaban más allá de Portugal»* y que posiblemente se tratara de las mismas Siete Ciudades.

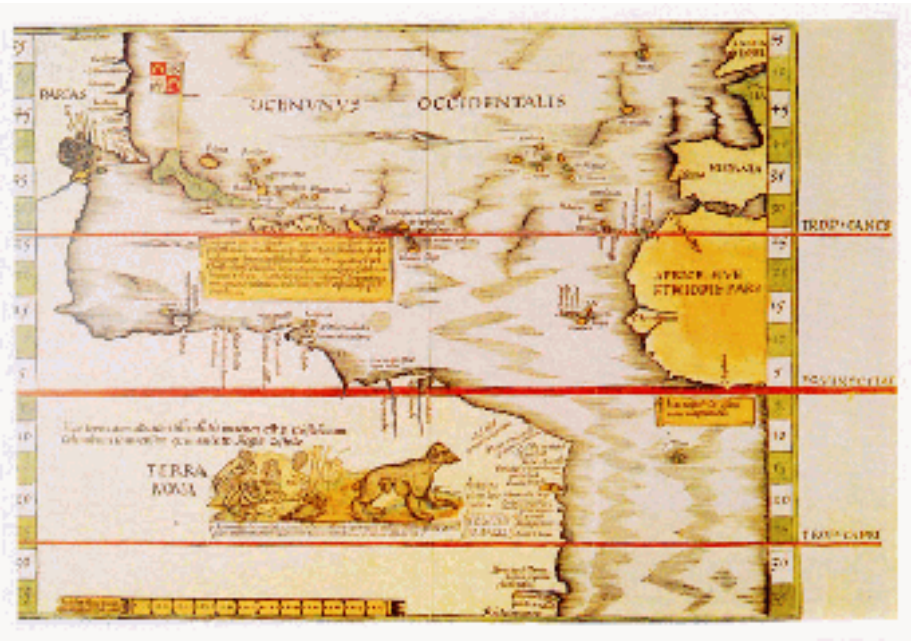
Estos nombres fueron usados equivocadamente por los primeros descubridores del Nuevo Mundo para denominar sitios supuestamente asiáticos. En la actualidad el nombre de Antillas se aplica a las islas que forman las Indias Occidentales y que se dividen en Antillas Mayores, formadas por Cuba, Jamaica, Haití, República Dominicana y Puerto Rico, y las Antillas Menores que incluyen las islas que van desde el sur de Puerto Rico hasta la costa noreste de América del Sur.

También aparecen frecuentemente en los mapas precolombinos otras islas errantes que fueron conocidas con el nombre de *«Islas de San Brandan»*, llamadas así por un monje irlandés que supuestamente dejó su monasterio con otros 14 frailes para hacerse a la mar, en donde anduvieron errantes por siete años hasta que encontraron unas islas que habitaron (Miliani, D. en Zea, L., 1993b; 28; Jonson, D. S., 1996). Es importante este pasaje porque en un mapa de Dulcert de 1339 se mencionan estas islas con el nombre de *«Insulle Brandani Sive Puellarum»* (Islas San Brandan de las Muchachas), que antes se pensaba correspondían geográficamente a las islas Madeira-Puerto Santo, pero que en algunos mapas forman parte de un conjunto de islas relacionadas con las Siete Ciudades. Posteriormente, en varios mapas se hace referencia a islas habitadas por mujeres, como en uno atribuido a Colón, que refiere unas islas cerca de la costa de África con la descripción de *«bac insullae puellarum sunt sex ubi nissuntur sirenes»* (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 48). En 1507, en un mapa de Waldsenmuller aparece una *«Isla de las Siete Muchachas»* (Fig.3).

Estas referencias son interesantes porque pueden ser el origen de lo que en el descubrimiento y conquista de América fue una de las obsesiones de los conquistadores; encontrar ricas islas pobladas únicamente por mujeres, *«la Isla de las Mujeres»* o la *«Isla de las Amazonas»*, buscada por varios lugares de las tierras recién descubiertas en América y que en su momento, además de las ciudades de oro, fueron motivos que impulsaron la conquista del nor-occidente de México (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos 1992; 187).

Otra de las islas míticas era «*Taprobana*», descrita por Pierre D'Ailly, la que sitúa cerca de la India como a 600 leguas de mar desde España; tenía ciudades con montañas llenas de oro, perlas, piedras preciosas, elefantes, unicornios, dragones y monstruos humanos; entre esta isla y la India había sólo un mar estrecho (Madariaga de, S., 1942; 148, 149) (Fig. 4).

Figura 3. Mapa de Waldsenmuller de 1507 donde aparece « La Isla de las Muchachas» .
Figura 4. Mapamundi Ptoloméico de Apian Peter, se identifica al sur de la India la isla de Taprobana.


PARCAS
OCENVNVS
OCCIDENTALIS
TERRA
NOVA

SEPTENTRIO
OCCIDENS
ORIENS
MDXX

« ... quien lo tiene, (refiriéndose al oro), hace cuanto quiere en el mundo, y llega hasta a sacar las ánimas del purgatorio» .
Cristóbal Colón (Fig. 5)

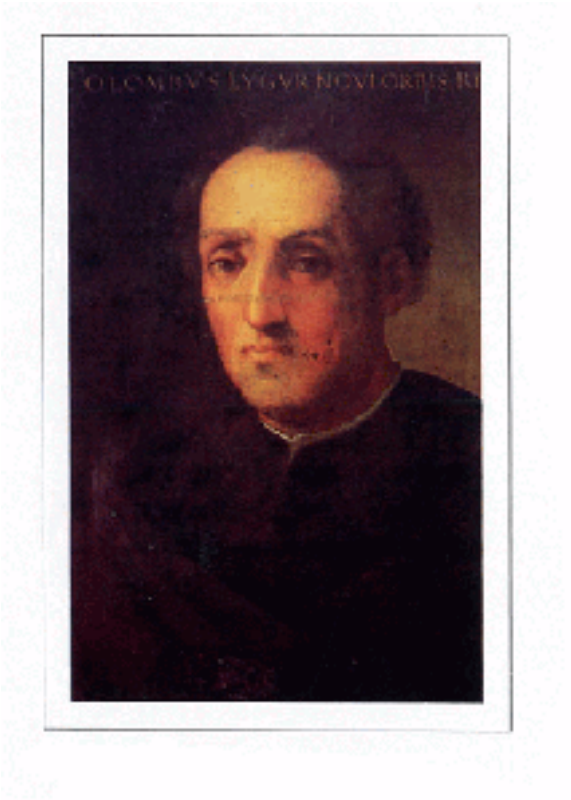


Figura 5. Retrato de Cristóbal Colón.

Una de las ideas revolucionarias del renacimiento era que *«la tierra era redonda y esférica»*, y que los eclipses de luna se deben a la sombra que proyecta sobre la luna. La verificación de esas teorías le correspondió a Cristóbal Colón, quien creía en las ideas Ptolomeicas acerca de la forma terrestre, conocimiento que había perdurado a través de los siglos en diversos pensadores como Strabo (64 a.C.-23 d.C.), geógrafo griego que postulaba que la tierra era redonda y se podía circunnavegar. Aún en las épocas del oscurantismo medieval, algunos autores como Roger Bacon (1214-1292), sostenían que era posible viajar de España hacia el Occidente y llegar a la India, ideas que posteriormente fueron reproducidas por Pierre D'Ailly en su Imago Mundi. Lo que no imaginaron fue que había un continente en medio de ambos océanos.

La distancia del diámetro del globo terráqueo se hacía en base a los cálculos de Paolo del Pozzo Toscanelli (1397-1482), astrónomo, médico y geógrafo, quien describió el cometa Halley en 1456 y estimó en el equivalente a 230 grados la distancia entre el este de Asia y el oeste de Europa, el mismo que en 1474 postuló que viajando hacia el poniente de Europa se podía llegar a Asia y que la distancia entre las islas Canarias y Japón era de 3.000 millas náuticas, cuando en realidad es de 10.600 (Zea, L., 1991, p. 5). Eratóstenes, matemático griego, desde muchos años antes había calculado con asombrosa precisión el diámetro y la circunferencia de la tierra.

Colón era además asiduo lector de los relatos de Marco Polo plasmados en «*El Libro de Ser*» en donde hace referencia a las riquezas de La China y situaba a Japón, en un mapa que se le atribuye, a 1500 millas al este de Asia. Antes de sus viajes de exploración, Colón señaló la existencia de estas localidades; también fundamentó sus hipótesis en la astronomía de Ptolomeo y sobre todo en la teoría del tamaño del mundo de Toscanelli, quien personalmente animó a Colón a intentar su viaje al Occidente.

La idea que tenía Colón de la configuración del mundo se fundamentaba además en las de los libros «*Imago Mundi*» del cardenal Pierre D'Ailly que fue el tratado de geografía más importante escrito en el medievo y la «*Historia Rerum Ubique Gestarum*» de Pío II, obras que revisó exhaustivamente, ya que los libros personales de estos autores tenían un gran número de anotaciones en los márgenes. Las conclusiones de todos estos pensadores quedaron plasmadas en el globo terráqueo de Martín Behain (1459-1507) y en un mapamundi portulano, de autor desconocido, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París (Fig. 6).

En las obras mencionadas se muestra el continente europeo y las islas Canarias, después el Mar Océano, o sea el Atlántico, con numerosas inscripciones de islas en las que sobresalen los nombres de Antillas y Cipango, luego de los cuales se ve el límite del territorio del continente asiático. En el segundo mapa aparecen los nombres de otras islas como Brazilia y Frixlandia; también las Siete Ciudades relacionadas con Antillas (León-Portilla, M., 1989; 20-22).

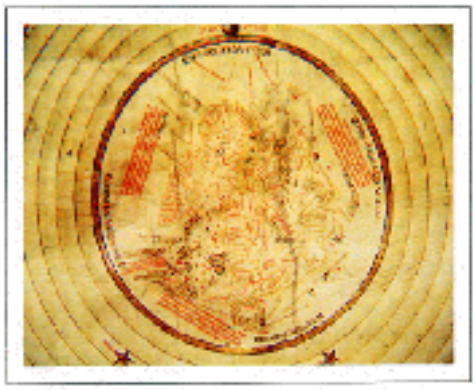


Figura 6. Parte del mapamundi atribuido a Cristóbal Colón, se observa en el océano Índico la « Isla de las Mugeres» .

El globo terráqueo de Behaim tenía el error descrito antes de considerar que las distancias entre las diferentes localidades como más pequeñas de lo que eran realmente; el globo se basó en información proveniente del atlas de Ptolomeo en la parte occidental y las descripciones de los viajeros venecianos Nicolo Ponti y Marco Polo en la oriental.

Es probable que Colón consultara otras obras como las «*Tablas Alfonsinas*» hechas en Toledo en el siglo XIII, por un grupo de astrónomos; estas tablas fueron llamadas así porque fueron proyectadas por Alfonso el Sabio.

Colón creía que el mundo estaba compuesto por dos partes de tierra y una tercera parte de agua y sostenía que viajar desde España hasta las Indias por tierra, era dos veces más distante que si se hacía por mar; por lo tanto, que la distancia por mar entre España y la India era muy pequeña, conocimientos que basaba en las cifras del cosmógrafo árabe llamado El Fargani o Alfraganus, que por instrucciones del califa Al Mahmum, había hecho los cálculos matemáticos del tamaño del mundo; pero las cifras del cosmógrafo estaban dadas en millas árabes y Colón las tomó como las millas conocidas en España, resultando un error de gran distancia; sin embargo, quiso la suerte que este error no fuera de importancia porque ahí se encontraron las islas del Caribe. Lo que le hizo estar seguro de sus cálculos y sostener firmemente que había llegado al Asia.

Cristóbal Colón murió sin saber que había descubierto un nuevo continente; hasta el final de su vida él insistía en que las islas descubiertas estaban en las cercanías de la India y Japón; en sus viajes llevó interpretes árabes y chinos para tratar con los emperadores de los lugares a donde pensaba llegar; incluso hizo jurar a toda la gente a su mando, ante notario, que la isla de Cuba era tierra firme y que correspondía a Asia.

El ambiente de entonces le fue propicio a Colón para continuar con la idea de que las ciudades de oro, en las que creía firmemente, se localizaban entonces en la región del Caribe y Centroamérica, pero las exploraciones en su búsqueda que siguieron inmediatamente después de su llegada a las tierras recién descubiertas fueron infructuosas.

Las descripciones iniciales de las tierras descubiertas por Colón se referían a ellas como tierras «paradisíacas» y como una gran «fuente de oro», aunque posteriormente este concepto fue muy discutido ya que surgió una corriente de filósofos europeos entre los que se contaba Hegel, que sin conocer las nuevas tierras, aseguraban que éstas eran totalmente estériles e inhóspitas y que los productos europeos que ahí llegaban, se descomponían. También se dudaba en llamarles humanos a los habitantes de dichas tierras (Zea, L., 1993; 79).

En su tercer viaje a raíz del descubrimiento del río Orinoco, surgió en Colón la posibilidad de la existencia de «*Otro Continente*», que estaba pegado al ya conocido «*Semejando los pechos de una Mujer*». Como esta afirmación la hizo textualmente y poca gente comprendió su razonamiento, que se refería a dos hemisferios unidos entre sí, pero sin formar una esfera; esta idea le ganó la fama de que se estaba volviendo loco.

Aún así, Colón recibió un cierto reconocimiento en su tiempo, sobre todo de intelectuales de otras culturas; el experimentado cartógrafo árabe, Piri Re'is, escribió en 1526 un libro famoso, dedicado al sultán Suleimán, en que hizo referencia a la conquista de la isla de «*Antyle por el astrónomo Kolon*» (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 71-74).

Además de su interés científico en demostrar que la tierra era redonda y que se podía llegar a la India viajando rumbo al Occidente por el Mar Océano, sobre todo en esa época en que la ruta de Europa a la India debía pasar por territorio dominado por los musulmanes, Colón tenía otros intereses personales más mundanos, como el ser nombrado «Don; Gran Almirante del Mar Océano y Virrey y Gobernador a perpetuidad de las islas y continentes que descubriera». Poseía además un deseo enorme de descubrir grandes tesoros y tierras fantásticas; el oro fue un pensamiento obsesivo en la mente de Colón; en sus libros hay numerosas anotaciones haciendo referencia a las riquezas que esperaba encontrar; anhelaba además lograr triunfos políticos y económicos para España que a fin de cuentas patrocinó su viaje; tal vez, muy en el fondo también le interesaba la difusión de la religión católica en las nuevas tierras descubiertas y el comercio de las especias, al que se le ha dado tanta importancia. La corona española al final lo premió otorgándole estos títulos y un escudo de armas.

En relación a las ideas políticas y comerciales que obsesionaban a Colón, una de sus metas era encontrarse con el Gran Khan, de la China o de la India, o *Rey de Reyes*, -como lo menciona él mismo quien supuestamente simpatizaba con los cristianos, para el que llevaba cartas de presentación de los reyes de España, con el objeto de establecer una alianza, tanto comercial como guerrera, entre los países occidentales y los orientales para atacar a los países musulmanes y recuperar Jerusalén.

En los años cercanos a 1492 se vivía en España una seria crisis política y religiosa, mencionándose que era el año del fin del mundo, una de las creencias que periódicamente aparecen en la Historia. En ese año se llevó a cabo, además del descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de Granada a los moros; era una época en que se suponía que habría cambios muy importantes en la Historia de la Humanidad; se hablaba del «Último Emperador o El Murciélago o El Encubierto», figuras legendarias que se identificaron con Fernando de Aragón quien conquistaría al mundo y rescataría Jerusalén de los moros; fue también el año de la persecución y expulsión de los Judíos de España, el saqueo de sus propiedades y la imposición de medidas restrictivas cada vez más estrictas. Entonces surgieron los términos «*Pureza de Sangre*» y «*Cristianos Viejos*» para designar una élite religiosa de españoles tradicionales, en contraste con judío «converso» o «confeso» y «cristiano nuevo», que eran designaciones más que despectivas, insultantes.

Este fanatismo religioso resultó muy negativo para España, ya que fue marginada del avance del Renacimiento que surgía en el resto de Europa; además, la llegada de las

riquezas del Nuevo Mundo contribuyó al estancamiento español, pues la inyección continua de recursos provocó inflación e inestabilidad económica, problema que no pudo resolver Carlos V y que le costó la abdicatura.

El descubrimiento del Nuevo Mundo constituyó una empresa esencialmente judía; es posible que el propio Colón fuera un judío converso, pero lo que es real, es que el financiamiento de sus viajes y el convencimiento de los Reyes Católicos para que dieran su aprobación al mismo, fue producto de las negociaciones del ministro de finanzas del rey Fernando, Luis de Santander, quien a nombre de una fraternidad de judíos conversos, de la que él era el tesorero, en que se incluían figuras prominentes de su época como Isaac Abrabanel, Juan Cabrero y Abraham Senior, aportó 1.400.000 maravedís, Santander puso 350.000 y Colón, 250.000, más para financiar el viaje. Los Reyes Católicos sólo contribuyeron con una mínima parte. Sin embargo, 1492 fue el año de la persecución judía en España y aunque estas cantidades de dinero fueron pagadas posteriormente, Luis de Santander no escapó a la persecución de la Santa Inquisición; se le aprehendió por «*recaer en la herejía y el judaísmo*» por lo que se le confiscaron sus bienes, aunque después se les devolvieron a sus hijos (Durant, W. y A., 1994).

Los judíos españoles o sefardíes fueron expulsados de España; la mayoría emigraron a Portugal, Marruecos y Turquía y posteriormente algunos a América, en donde fueron severamente perseguidos por la Santa Inquisición (Medina, J. T., 1952). La expulsión de los judíos y los mozárabes un siglo después, representó para España una grave pérdida a la libertad de pensamiento, cultura, ciencia y comercio. Los religiosos españoles, con ideas medievales, ejercieron una autoridad absoluta en la Nueva España sobre los indios, soldados españoles y judíos conversos.

Américo Vespucio era un mercader florentino enviado por los Médicis a un largo viaje comercial; en España le dio la fiebre de las exploraciones, organizó una expedición de 12 barcos del rey Fernando e hizo 4 viajes al Nuevo Mundo. De acuerdo a sus relatos, menciona que llegó al territorio del nuevo continente el 16 de junio de 1497, lo que le confirió el crédito de ser el primer europeo en haber entrado al continente. Vespucio fue el primer cartógrafo que consideró que los territorios descubiertos eran un continente continuo, sin pasos que conectaran los mares del «norte y del sur». En este mapa la costa occidental está representada solamente por líneas rectas, con desconocimiento de la geografía de la costa del Pacífico.

En el año de 1507 fue publicado el mapa de Martín Waldseemuller, en el que se describe el nuevo continente llamado América, por Américo Vespucio, a pesar de las numerosas protestas que posteriormente han surgido de los seguidores de Colón, ya que para esa época, el mapa carecía de fundamentos para determinar la existencia de un nuevo continente. En este mapa aparece sólo descrita parte de la costa oriental de las tierras descubiertas, ya que todavía la costa occidental era desconocida. Asimismo aparece un estrecho interoceánico inexistente en la parte media del continente, por abajo de la península de Yucatán (Goss J., 1990; 21).

Origen de algunos nombres de las tierras descubiertas

Los nombres de Antilas y Brazilia fueron aplicados pronto a nuevos territorios conquistados (Goss J., 1990; 19). La isla de Cipango o Japón fue localizada en diferentes lugares conforme pasó el tiempo, fue la primera isla que buscó Colón al llegar a tierra firme. Inicialmente él pensó que la isla de Cuba correspondía a este lugar, pero esta posibilidad fue pronto desechada. Posteriormente, Japón se localizó en el Mar del Sur, en lo que se pensó por muchos años que era una isla, «California», como la llamó Francisco López de Gomara en 1552, igualmente esta hipótesis fue pronto rechazada. Después se localizó Japón y la India en el Mar de Iesso, o en el golfo de Tonza, o en la desembocadura del estrecho de Anián, lugares que se localizaban en los mapas de la época muy cerca de la actual península de California o Las Californias (Fig. 7).

Algunos de los nombres aplicados a los nuevos territorios descubiertos provenían de los antiguos mapas y tradiciones del medioevo, como los nombres de las Antillas, Brazilia, las Indias etc., otros venían de la abundante literatura de Caballería tan frecuente en la época de Colón, como las islas de California, el país de las Amazonas, habitado sólo por mujeres y gobernado por una altiva reina llamada Calafia. Al gran número de islas descubiertas inicialmente por Colón, éste les llamó «las once mil vírgenes», de donde viene el nombre actual de las Islas Vírgenes (Goss, J., 1990; 15; 19).

Muchos años después de la conquista de Tenochtitlán, en la documentación oficial que viajaba de España a los conquistadores y viceversa, el nombre oficial de los territorios conquistados era el de «La Nueva España del Mar Océano», donde se ve la influencia de la cartografía tradicional europea de los tiempos de Colón. Carlos V y su madre la reina Juana se firmaban:

> «*... por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla... de las nuestras Indias, islas e tierra firme del Mar Océano etc.*»

La búsqueda del estrecho de Anian

Después del reconocimiento del nuevo continente se inició la búsqueda de un paso que comunicara el Mar Océano con el recién descubierto «Mar del Sur», como se conocía al Océano Pacífico. A esta comunicación se le llamó con el antiguo nombre de «Estrecho de Anian», una vía marítima interoceánica buscada en diferentes partes del continente americano (Goss J., 1990; 47).

Figura 7. Mapa de Sebastian Munster de 1540. La Península de Baja California se encuentra como isla, separada del continente. El territorio de México aparece muy angosto en toda su extensión, lo que ocasionó graves errores a los conquistadores del norte, que creían en la proximidad de los mares del Norte y del Sur.

Die Nawe
Welt

Esta es una idea muy antigua que tiene sus orígenes en los relatos de Marco Polo, quien se refería al mar de «*Ania*», como un gran mar cercano a la India. Con los años, al no encontrar este paso, se consideró que el estrecho de Bering lo era (Goss J., 1990; 33). Se buscaba además otra vía más al sur que fue conocida entonces como el «Paso del Norte», y que pretendía unir la bahía de Hudson, a través de un río sin nombre que se unía al «Río Herinoso» que corresponde al actual río Colorado, hasta desembocar en el «Mar Bermejo», Golfo de Cortés o Golfo de California (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 188-189 y 192-193). Estas exploraciones se iniciaron desde el año de 1509, en que Juan Caboto describió una ruta que cruzaba el continente y que unía el Mar del Norte, (océano Atlántico), con el Mar del Sur, (océano Pacífico), a través del territorio continental, entrando por la bahía de Hudson. Una de estas supuestas rutas cruzaba por territorio de Canadá hasta Asia (Fig. 8).

En 1519, Fernando de Magallanes partió de Sevilla en la nave Victoria, cruzó el estrecho que hoy lleva su nombre, en el extremo sur del continente americano, llegó hasta las Filipinas donde murió. Juan Sebastián Elcano tomó entonces el mando de la expedición, navegó por el océano Indico, hasta doblar el cabo de Buena Esperanza y regresó a España en 1521, circundando el globo terráqueo por primera vez en la Historia.

Aún en etapas posteriores a la conquista de Tenochtitlán, el Rey de España ordenó a Hernán Cortés buscar el estrecho de Anián en la actual Centroamérica. Mandó a Cristóbal de Olid a la exploración de Las Hibueras y en ese mismo tiempo envió a buscar una comunicación entre los mares del Norte y Sur, mediante una expedición marítima al mando de Diego Hurtado de Mendoza y otra de Pedro de Alvarado en 1524. Entonces fue cuando se fundaron ciudades como Guatemala y Acajutla en El Salvador. Posteriormente el conquistador Francisco de Ibarra en 1565, desde La Nueva Vizcaya, intentó llegar al «Estrecho Inglés», «para conectar los dos océanos» (Mecham, J. L., 1992; 237).

En ese tiempo se pensaba que la península de Yucatán era una isla y que ahí se encontraba el país de las amazonas, como lo describe el padre Juan Díaz, capellán de la primera expedición de Juan de Grijalva (Díaz, J., 1985 [1518]; 8), quien dice:

> *«Permanecimos allí hasta el martes, e hicimos vela y tornamos a la isla de Yucatán por la banda norte; y anduvimos por la costa, donde encontramos una muy hermosa torre en una punta, la que se dice ser habitada por mujeres que viven sin hombres; créese que serán de raza de amazonas».*

Los conquistadores fracasaron en encontrar tierras fantásticas en la región del Caribe por lo que con los años centraron su atención en el territorio del nuevo continente; se inició así la conquista de los imperios Azteca, Inca y Tarasco y posteriormente con las expediciones a territorios de Durango y el norte de México, donde ahora se suponía se localizaban las míticas localidades de las tradiciones.

Figura 8. Cornelius de Jode localizaba el Estrecho de Anián en la parte norte del continente americano.

QVIVIRÆ REGNV̄
cum alijs versus Boreã.
Septentrio.
El Streto
de
Anian.
Anian
Reg.
Bergi.
Quiuira
Regnũ.
Oriẽs.
OCEANVS
Meridies.

« *¿Para qué quieren este oro?*
Débenlo comer estos dioses,
por eso lo quieren tanto.»
Dicho por indios tarascos a los requerimientos de Olid

La conquista de Hernán Cortes

En 1512, Juan Ponce de León partió desde Cuba en busca de esclavos y de la «*Fuente de la Juventud*», que se suponía estaba localizada en la isla Bimini, cerca de la Florida (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 78, 82). Su viaje fue infructuoso y lo intentó repetir en 1521, cuando fue muerto por los indios. Pánfilo de Narváez posteriormente en 1528, hizo otro frustrado viaje con las mismas intenciones, a las costas de Florida, donde naufragó.

Mientras algunos grupos de marinos seguían buscando tierras imaginarias, otros aventureros y conquistadores iniciaron la exploración y conquista de las avanzadas poblaciones indígenas mesoamericanas. El más sobresaliente fue Hernán Cortés (1485 - 1547), quien desafió la autoridad del gobernador de Cuba, Diego de Velázquez y ayudado por su valentía, buena suerte, habilidades políticas y guerreras y por la debilidad religiosa de los indígenas, hizo lo que a primera vista parecería imposible: destruir con un grupo reducido de soldados y en corto tiempo, toda una civilización, la mesoamericana, que culminó con el sometimiento del imperio azteca y la toma de Tenochtitlán.

La conquista de Cortés tuvo tal trascendencia, que numerosas obras la han abordado desde múltiples puntos de vista; pero los relatos fundamentales para conocer los

Figura 9.Retrato de Hernán Cortés

acontecimientos de la misma son: las «*Cartas de Relación*» del mismo Hernán Cortés, la «*Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*», de Bernal Díaz del Castillo, la «*Brevíssima Relación de la Destruyción de las Indias*», en la que fray Bartolomé de las Casas denuncia severamente la actitud de los conquistadores españoles; la «*Conquista de México*», de Francisco López de Gomara, capellán de Cortés, quien lo acompañó hasta en sus últimos años en la batalla de Argel, la «*Historia Natural y General de las Indias y de la Tierra Firme del Mar Océano*», de Gonzalo Fernández de Oviedo, obra inconclusa, porque las autoridades españolas la consideraron peligrosa, por la envidia que la descripción de las nuevas tierras pudiera despertar en otras naciones; los relatos de fray Francisco de Aguilar y Bernardino Vázquez de Tapia, soldados cronistas que fueron testigos presenciales de la conquista y la «*Historia General de las Cosas de la Nueva España*», en la que fray Bernardino de Sahagún hace un detallado relato desde el punto de vista de los indios conquistados (Fig. 9).

Hay además descripciones y códices hechos por los indígenas después de la conquista. Uno de los más importantes es el «*Lienzo de Tlaxcala*», documento pictográfico mandado hacer por el segundo virrey, Luis de Velazco, entre los años 1550 a 1564; en él se describen las acciones de guerra y los sucesos notables que les acontecieron a los tlaxcaltecas como aliados de los españoles en la conquista. La primera parte describe las expediciones de Hernán Cortés con la toma de Tenochtitlán y la segunda, en las láminas de la 64 a la 75, las expediciones de Nuño de Guzmán a la costa del Pacífico y entrada al norte de México en territorio del actual Estado de Durango (Chavero, A., 1979; 79-107). Otro códice indígena de gran importancia es el Códice Huejotzingo, localizado en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América, donde se describen los guerreros y los tributos con que participaron los tlaxcaltecas en su alianza con Cortés. Este documento tiene también una imagen de la virgen María con el Niño, que probablemente es la primera representación indígena de la virgen en América (internet, 1997: http://www.lic.gov.) (Fig. 10).

Una excelente y extensa revisión actual sobre la vida y hechos de Cortés está en la obra «Hernán Cortés», de José Luis Martínez (Martínez, J. L., 1993).

Después de la caída de Tenochtitlán en 1521, Cortés ordenó de inmediato la partida de numerosas expediciones por todos los rumbos para ampliar la conquista. Algunos sitios le atrajeron poderosamente la atención, como Jalisco, Colima y Michoacán, donde se anexó

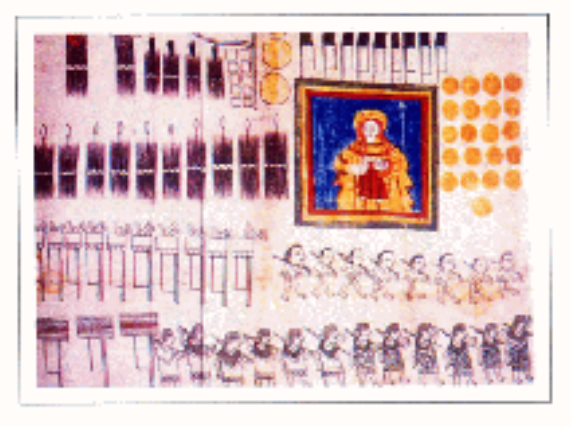


Figura 10. Códice Huejotzingo, de la época de la conquista española; muestra probablemente la primera imagen de la Virgen con el Niño, junto con tributos de guerra.

el gran imperio tarasco. Cortés consideraba que la exploración de nuevas tierras por el océano Atlántico pronto iba a ser una empresa muy competida; también exploró Pánuco y Coatzacoalcos en la costa del Golfo, lo que le permitió una gran movilidad hacia las islas del Caribe y al resto del continente (Fig. 11).

En 1522, Vasco Núñez de Balboa descubrió en Panamá el océano Pacífico, al que se conoció por muchos años como La Mar del Sur. En 1529, Cortés obtuvo la concesión de la Corona para explorarlo, construyendo astilleros en Tehuantepec, Tututepec, Acapulco y Zacatula lo que le daba la posibilidad de llegar a territorio asiático y también le abría las puertas a Guatemala y al territorio maya.

Cortés partió en octubre de 1524, acompañado de Gonzalo de Salazar y de Per Alméndez Chirinos, hacia la provincia de «*Las Hibueras o Las Higueras*», que correspondía al área maya, probablemente buscando en esa región las siete ciudades de oro, las que en esa época se pensaban situadas en Centroamérica.

Los conquistadores se agruparon en dos grandes bandos; el de Hernán Cortés, primer gobernador y capitán general de la Nueva España, quien contaba con el respaldo

Figura 11. Lienzo de Jutacatato. Se identifican las principales localidades del imperio tarasco.

de un grupo grande de experimentados capitanes que habían participado en la toma de Tenochtitlán, este grupo tenía además las simpatías del obispo fray Juan de Zumárraga y de las órdenes religiosas de los Franciscanos y Dominicos; Zumárraga había excomulgado a Guzmán por las afrentas infringidas a sus religiosos, aunque a éste nunca pareció afectarle la medida.

El otro grupo de conquistadores estaba formado por aliados de Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, y el más poderoso enemigo de Hernán Cortés. En éste se encontraban: Pánfilo de Narváez, quien fue vencido por Cortés cuando venía a prenderle por órdenes de Velázquez; Bernardino Vázquez de Tapia; Pedro de Alvarado, quien le disputaba a Cortés el derecho de explorar el mar del Sur; Cristóbal de Olid, capitán de Cortés y enviado inicial para conquistar la provincia de las Hibueras, que posteriormente se le rebeló; el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Per Alméndez Chirinos, que se regresaron y gobernaron en México durante la ausencia de Cortés que continuaba en la expedición de las Hibueras, así como los integrantes de la primera Audiencia, -licenciados Matienzo y Delgadillo- quienes hostilizaron duramente a los religiosos y seguidores de Cortés. Seguramente el principal enemigo de Cortés fue Nuño de Guzmán, primer gobernador de Pánuco, provincia que la Corte española formó para contrarrestar su poder y quien a toda costa quería suplantarlo por envidia en su papel de gobernador de la Nueva España. Muchos de estos personajes tuvieron papeles importantes en el dramático sometimiento al que posteriormente fueron sujetos los pueblos del noroeste de México.

La primera Audiencia mandó establecer juicio de residencia contra Cortés, desplazándolo del poder temporalmente. Fue Guzmán quien le estableció el juicio de residencia en 1528, aunque el fundamento del mismo venía desde 1521, cuando Diego de Velázquez envió un extenso documento al Consejo de Indias en donde presentaba las declaraciones de varios soldados de Juan de Grijalva, que daban testimonio de las arbitrariedades cometidas por Cortés.

El juicio de residencia se fundamentaba en varias faltas que la primera Audiencia le atribuyó y que eran:

Juan de Grijalva, por órdenes de Velázquez, fue el verdadero descubridor de la tierra de Colhua y para él eran todos los presentes de oro que los indios mandaron. Grijalva fue despojado de estos bienes y méritos por Cortés, quien además lo mandó apresar y golpear, por lo que perdió un ojo. Se decía que Cortés quería traicionar a la Corona española rebelándose para formar un nuevo reino en las tierras descubiertas, que él gobernaría. Se le criticaba de haberse apoderado del quinto real de la parte del tesoro azteca que le correspondía a la Corte, y que él declaraba que se había perdido en la Noche Triste al desaparecer la mula que cargaba el tesoro ya que su conductor había sido muerto por los indios. Otra acusación era del maltrato que daba a los indios, los esclavizaba, los herraba, los usaba como animales de carga y se le acusaba que permitía que los indios amigos tlaxcaltecas, comerciaran con la carne de los indios enemigos, por ser ellos antropófagos (Martínez, J. L., 1991, vol. II).

Cortés fue llamado por los reyes de España en 1528, a responder por los cargos que se le hacían; sin embargo, regresó exonerado de culpa y con el título de «Marqués del Valle de Oaxaca» en 1531, sin que se resolviera su juicio de residencia que permaneció activo por muchos años después en la Nueva España. Este nombramiento fue una medida política de los Reyes Católicos que tenía como fin alejarlo del centro de la Nueva España, otorgándole un marquesado en una provincia de poca importancia; sin embargo Cortés supo usar su título, continuando sus viajes de conquista sin residir en Oaxaca y ejerciendo toda su autoridad en la capital. De ahí en adelante fue en decadencia, pues aunque tenía capitulaciones para descubrir las islas del Mar del Sur, la Corona española, por intervención del virrey Antonio de Mendoza, hizo las mismas concesiones a otro de sus enemigos, Pedro de Alvarado el «Tonatihu o El Sol», como lo conocían los indios de Tenochtitlán (Kingsbourough, I, 1964, vol. I).

Al enterarse Nuño de Guzmán del regreso de Cortés y temiendo las represalias del mismo, organizó una gran exploración de conquista que incluía el norte y el occidente de México, en búsqueda otra vez de las «siete ciudades de oro» y el «país de las amazonas».

Mientras acontecían todos estos pleitos internos, continuaba la incesante exploración marítima. En 1527, Cortés organizó una expedición por el Mar del Sur, que tenía la intención de llegar a Asia por las islas de Japón, llegando solamente uno de sus barcos a las islas Molucas. Continuaba así la búsqueda de una vía marítima corta que uniera España con Asia, ya que el estrecho descubierto al sur por Magallanes en 1519-1522, era poco útil por lo distante, para llegar de España a Asia. El 3 de mayo de 1535, Cortés desembarcó en la que denominó bahía de Santa Cruz de una supuesta isla, situada al oriente del territorio de las Indias y que pensó correspondía a la mítica isla de California (León-Portilla, M., 1989; 32).

La historia militar de Cortés no terminó con su regreso a España. En 1541, participó en la batalla de Argel como voluntario, junto con sus hijos Martín y Luis, capitaneando una galera llamada «Esperanza», como parte de la gran armada que organizó Carlos V, en contra de un grupo de piratas argelinos que asolaban la costa del Mediterráneo. Las tormentas y los fuertes vientos frustraron la invasión de Argel y la expedición fue un rotundo fracaso ya que tuvieron que retirarse los invasores entre el lodo y la confusión, a pesar de que Cortés le aseguraba al Emperador que él, con un ejército reducido, podía tomar la ciudad, ya que contaba con una gran experiencia en este tipo de batallas; sin embargo, no fue consultado por el consejo de guerra sobre la estrategia a seguir. Esta fue la última empresa guerrera del conquistador (Martínez, J. L., 1993; 735-736).

Los hechos y las hazañas de Cortés continúan siendo muy discutidas hasta la actualidad; es posible que su principal error político fuera el no haberse independizado del reinado español, quien nunca le dio el crédito que merecía su conquista; tuvo esta oportunidad después de la toma de Tenochtitlán, cuando pudo haber integrado una enorme tropa de indios y españoles que habrían vencido con facilidad cualquier ataque proveniente de Cuba

mandado por Diego de Velázquez, o del continente europeo, ya fuera de España o de los otros países que estaban interesados en el oro y otras riquezas de los nuevos territorios descubiertos.

El no haberse declarado independiente, ocasionó una seria crisis de mando en los diferentes gobiernos que se sucedieron en la Nueva España. Los enfrentamientos entre los conquistadores fueron interminables, disputándose todos el poder, los territorios conquistados, el derecho de nuevas conquistas, los límites de los territorios vecinos, el número de indios esclavos, el oro y otras riquezas.

Este desorden que progresó con los años, pudo evitarse si Cortés hubiera gobernado con mano dura, pero cometió un segundo error; el alejarse del centro del poder para dirigirse a conquistar las Hibueras. Fue ahí cuando se inició la rebelión de otros conquistadores y políticos oportunistas que para entonces habían llegado de España. Cortés no debió iniciar otras exploraciones de conquista hasta haberse consolidado en Tenochtitlán. Posteriormente volvió a cometer el mismo error al persistir tenazmente en explorar la Mar del Sur, ya que las expediciones que organizó, descubrieron grandes territorios pero sin riquezas comparables a la de las primeras conquistas. Además de todas éstas, las tuvo que pagar con sus propios recursos, donde gastó gran parte de su fortuna.

Cortés murió menospreciado por Carlos V y la Corte de España, como un personaje gris y molesto para los tribunales y la Corte, no en la pobreza, pero muy lejos de estar a la altura que había alcanzado, en sus días de gloria después de la conquista de Tenochtitlán; sus, últimos años los pasó en la amargura de los pleitos permanentes con el Consejo de Indias y otros conquistadores enemigos, enviando cartas de protesta a Carlos V, en las que le hacía ver los grandes beneficios que España se había ganado por sus hechos guerreros y el poco reconocimiento que se le hacía.

La literatura de los conquistadores

Los fantasiosos libros de caballería eran muy populares a principios del siglo XVI, el principal fue el *Amadís de Gaula*, antigua obra europea traducida al español en el año 1500 por García Ordóñez, que acompañó a la gran mayoría de los conquistadores que vinieron al Nuevo Mundo, en general gente no letrada, de tal manera que los libros que leyeron durante sus expediciones fueron los de caballería que estaban de moda en España, principalmente en el pueblo, aunque no escapaban al encanto del *Amadís* ni el mismo Carlos V, ni Santa Teresa, ni la reina Isabel, ni el historiador Fernández de Oviedo, ni San Ignacio de Loyola, quienes tuvieron al *Amadís* como libro de cabecera. En cierta forma, estas obras representaban el afán de aventura y la manera de pensar de los conquistadores, cuyas hazañas muchas veces fueron de más envergadura que las imaginarias.

El mito de la existencia de un país habitado únicamente por mujeres, era muy popular en esa época por una novela de caballería de principios del siglo XVI, «*Las Sergas del Muy Esforzado Caballero Esplandián, Hijo del Excelente Rey Amadís de Gaula*», de García Ordóñez de Montalvo, publicado en Salamanca en 1510, donde describen una isla llamada «*California*» rica en oro y perlas, gobernada por la reina «*Calafia*», localizada cerca de las Indias y del paraíso terrenal y poblada únicamente por mujeres (León-Portilla, M., 1989; 38). El origen de este nombre proviene de épocas más antiguas; a uno de los pueblos imaginarios de las batallas de Carlomagno se le daba el nombre de «*Califerna*» (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 186).

Estas obras eran particularmente atractivas para los conquistadores, ya que relataban grandes aventuras y conquistas llenas de peligros en tierras extrañas, circunstancias que ellos estaban viviendo en la realidad.

Todos estos mitos se fortalecieron con los relatos de Gonzalo de Sandoval, enviado de Cortés a explorar las costas de Colima y Jalisco, quien regresó a México con la noticia de haber encontrado un buen puerto en el Mar del Sur, *el que era rico en perlas y donde se localizaba el País de las Amazonas*. Cortés mandó a Juan Rodríguez de Villafuerte a explorar la Mar del Sur para encontrar:

> «*... muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables... y llegaron a la mar (Zacatula) y tomaron la posesión, y en señal pusieron cruces en la costa de ella. Y donde a ciertos días se volvieron con la relación del dicho descubrimiento y... trujeron muy buenas muestras de oro de minas que hallaron en algunas de aquellas provincias por donde pasaron...*» (Razo-Zaragoza, J. L., 1988; 31-32).

Por la riqueza de los tesoros de los aztecas y los relatos de éstos, acerca de que sus antecesores habían llegado del noroeste, de un lugar llamado de «*las siete cuevas*», el interés de las exploraciones se cambió hacia el norte de Tenochtitlán; Baltazar de Obregón relata: (Fig. 12).

> «*... En la casa real, palacio y salas del poderoso y riquísimo rey Moctezuma, señor de la insigne y gran ciudad de México, Tenochtitlán y reinos del imperio mexicano, halló el Marqués Hernando Cortés muchas curiosas y agradables pinturas, letras e caracteres al modo de su antiguo escribir en ricas e bien tejidas mantas e papeles de hojas de árboles grandes y de delicada mano, tejidas de admirables e vistosas colores e pinceles, las cuales a los ojos y al entendimiento daban gran contento e mayor a las personas curiosas, porque entre muchas y notables historias había tres que causaban admiración y curiosidad...*

Figura 12. En la Historia Tolteca-Chichimeca aparece la pintura de las «siete cuevas», lugar de origen de la migración náhuatl.

La primera es por la cuenta e razón del tiempo y años que cada rey y señor reinaron en la gran ciudad de México.

El segundo caso es el año e tiempo que acaeció el terremoto del mundo y el eclipse del sol cuando padeció Dios nuestro Señor en el árbol de la cruz.

La tercera está en relación a los antiguos culguas mexicanos gente de mucha más policía, esfuerzo y valentía. La cual hacen relación las historias mexicanas de ser su antiguo tronco e raíz e origen e venida de lejos tierras.

Estas antiguas crónicas, historias y relaciones fueron fundamento, principio y causa de que el marqués don Hernando Cortés y el virrey don Antonio de Mendoza codiciasen saber y descubrir el origen, venida, raíz y tronco de los antiguos culguas mexicanos, teniendo sospecha seria de gran número de indios, poblaciones y riquezas, para sujetarlos al gremio de nuestra santa fe católica.»

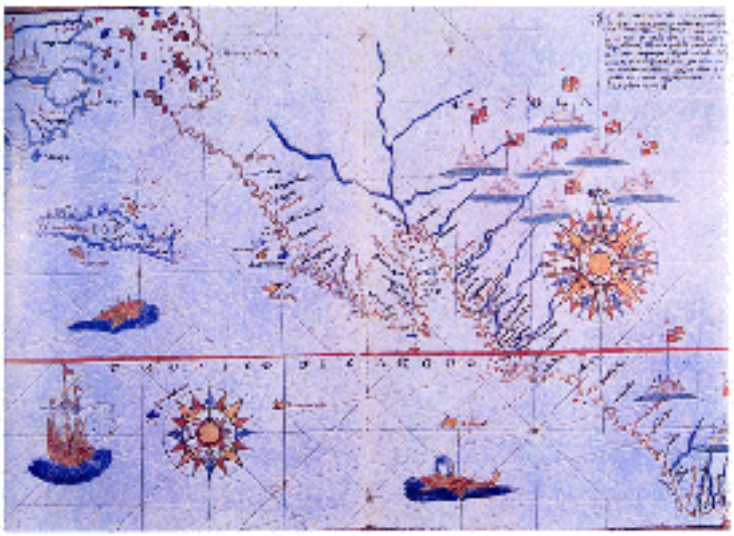
El misterio del norte

Las expediciones que se organizaron para explorar el norte de la Nueva España estaban dirigidas a conquistar los supuestos tesoros que existían en el *País de las Amazonas* y las *Siete Ciudades de Oro*, que ahora se pensaban localizados en esta región (Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos, 1992; 186, 187; León-Portilla, M., 1989; 62, 63).

Estas ideas han quedado plasmadas en la cartografía de esa época, en especial en los mapas de Joan Martínez, Alonso de Santa Cruz y otros. Se buscaba también Cíbola, Quivira, Tiguez, Totonteac y el México Primordial, quimeras que en su tiempo constituían el llamado «*Misterio del Norte*». Es interesante notar que algunos de estos lugares míticos estaban situados en importantes áreas de ocupación de indígenas de cultura mesoamericana Aztatlán de la costa del Pacífico, y probablemente también incluían asentamientos del norte, como los de Durango y Casas Grandes, en el actual Estado de Chihuahua.

Es posible que las ciudades a las que se referían los indígenas y que confundieron a los españoles fueran Sentispac, Aztatlán, Chiametla, Culiacán y Petatlán, situadas en la costa del Pacífico, Papasquiaro, en la región del actual río de Santiago, Papasquiaro en el norte del Estado de Durango, y Cíbola y Quivira localizadas en territorios de Arizona y Nuevo México al suroeste de los Estados Unidos. Los nombres usados para designar estas antiguas provincias indígenas, están contemplados en las narraciones y mapas de la época (Fig. 13).

Figura 13. Mapa de 1542. Se ven las míticas «siete ciudades de oro» en la región de Cíbola, en el suroeste de los Estados Unidos de América. Aún en mapas de fines de siglo (1578), las «ciudades» seguían representándose en el norte del continente, a pesar de que ya había sido explorado este territorio.



«*Crímenes son del tiempo y no de España*»
Refrán popular español de la época.

La conquista del occidente de México

La conquista del occidente se inició en 1522, cuando el capitán Alonso de Avalos, enviado por Cortés, exploró el norte y este de la laguna de Chapala, sometió prácticamente sin resistencia a los pueblos vecinos, que acogieron bien a los españoles, de tal forma que esta región fue llamada por muchos años «Las Provincias de Avalos» (Arévalo, V. L., 1979).

En julio de 1522, Cristóbal de Olid inició la conquista del imperio tarasco o *Irechequa Tzinzunzan*, con 70 de a caballo y 200 soldados de infantería, quienes se instalaron en Tzintzunzan, la capital del imperio, al que conquistaron casi sin resistencia, por el terror que la presencia de los españoles y sus caballos le producían a los indígenas. Olid de inmediato inició el saqueo, obteniendo un cuantioso botín de oro, plata, cobre, jícaras, mantas de algodón y adornos de plumajes, el que fue transportado por los indios a la ciudad de México. Aprehendió a Zinzicha Tangoaxán el Cazonci -rey de los tarascos-, quien no se atrevió a oponer resistencia y se escondía en Uruapan; también fue enviado a México, donde Cortés lo recibió amablemente, pero lo intimidó mostrándole a Cuauhtémoc torturado.

En ese mismo año Juan Álvarez Chico intentó, por primera vez, la conquista de Colima y fue derrotado por un grueso ejército de indios de la región; Álvarez Chico pidió auxilio a Cristóbal de Olid quien sin el consentimiento de Cortés acudió al llamado y también fue derrotado por los indios. Cortés entonces envió a su hábil capitán Gonzalo de Sandoval, quien con setenta jinetes, 180 soldados de infantería y un gran número de indios de Michoacán y Jalisco, enemigos tradicionales de los colimenses, los derrotaron, conquistaron el territorio de Colima y fundaron la Villa de San Sebastián que después fue la ciudad de Colima (Arévalo, V. L., 1979; Razo-Zaragoza, J. L., 1988; López-Portillo, J., 1980; 103-107).

A su regreso a México en 1525, Sandoval despertó el interés de Hernán Cortés, por sus relatos de la abundancia de oro, perlas, un buen puerto en la costa del mar del sur y la existencia de un supuesto país, en una isla poblada sólo por mujeres, localizada en las cercanías de Cihuatlán y que se trataba del buscado país de las Amazonas.

Cortés, interesado por los relatos, envió a su sobrino Francisco Cortés de San Buenaventura, con 50 a 60 soldados, a explorar la villa de Colimán y la costa del Pacífico. En 1524-1525 salieron de Sacatula rumbo al occidente de la provincia de Jalisco hasta llegar a la zona marítima cerca de la desembocadura del río Tololotlán, que después fue llamado Río Grande de Santiago, siguiendo probablemente una antigua ruta indígena.

El propósito de Francisco Cortés era el de explorar la zona costera al norte de Nayarit, en donde se suponía se localizaba el País de las Amazonas y las otras riquezas; sin embargo, no llegó hasta esta región porque «*no encontró pastizales para alimentar sus caballos*» y porque no llevaba los suficientes refuerzos para hacer frente a la numerosa población indígena que habitaba la costa, por lo que tuvo que regresar a Colima.

Francisco Cortés pensó en que podía obtener mejores tierras más cerca de La Nueva España sin tener que enfrentarse a los belicosos indios «coronados» que habitaban esa zona, así llamados por su costumbre de tonsurarse la cabeza; tuvo que dejar la región sin haber establecido una verdadera colonia, ni encomenderos que instruyesen a los indios en la religión cristiana, como era obligatorio entonces para los conquistadores, por lo que posteriormente, esas tierras estuvieron en disputa con Nuño de Guzmán, quien no las consideraba como verdaderamente conquistadas.

Después de las exploraciones por enviados de Cortés, el siguiente paso fue la conquista de los pueblos de esta región, así como los de la parte norte de la costa y de la mesa del norte por Beltrán Nuño de Guzmán en 1530 y 1531.

La expedición de conquista de Nuño de Guzmán

«... Pedrarias (Pedro Arias) Dávila solía aperrear a los indios con lebreles e alanos diestros: al indio que cogían (y nunca fallaban) lo desollaban e destripaban, e comían dél lo que querían...»
(**Alatorre, A., 1979; 176**)

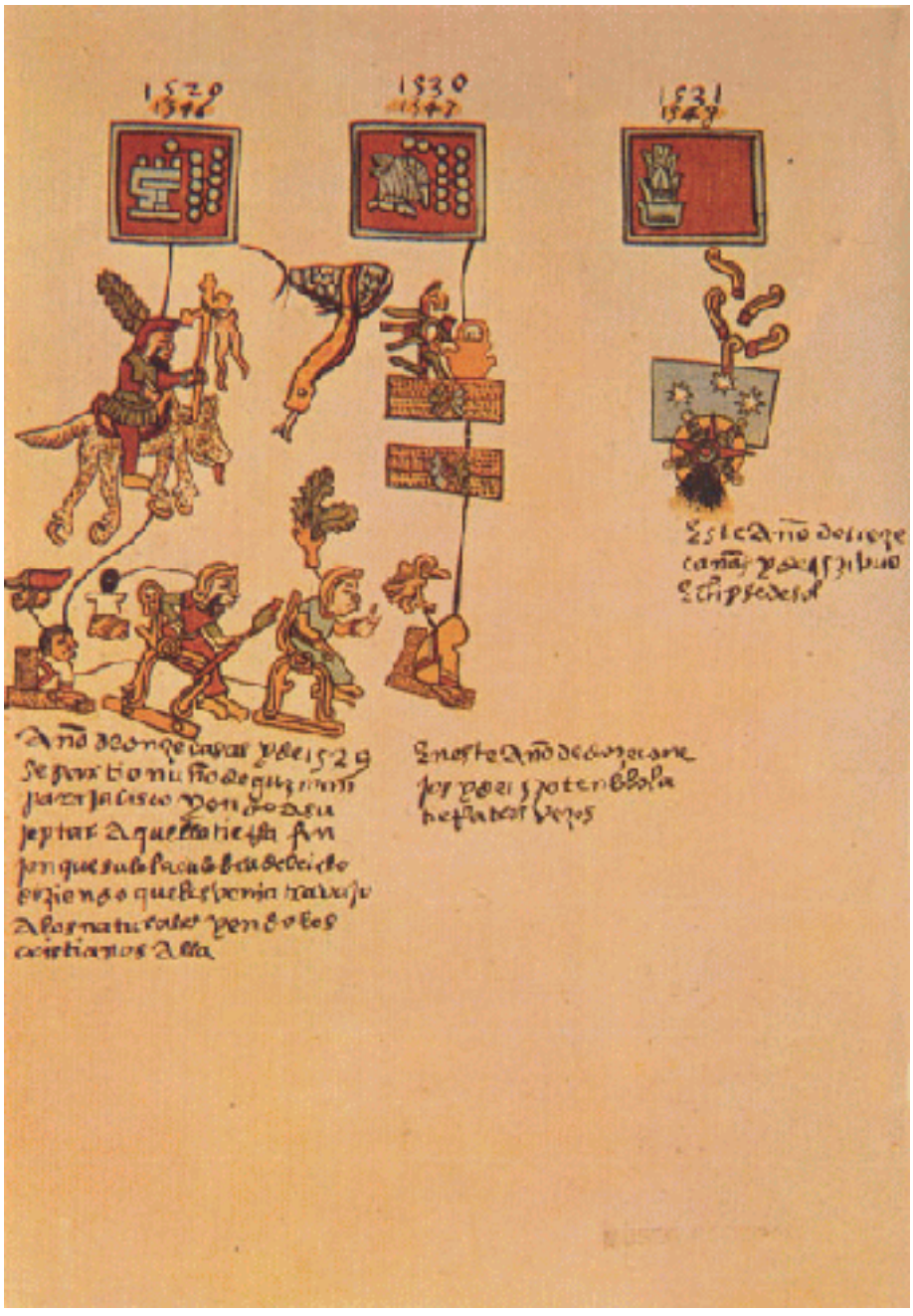
El «Muy Magnífico Señor», como le gustaba ser llamado, Beltrán Nuño de Guzmán, temiendo represalias de la Corona española por la forma en que había manejado la primera Audiencia de la Nueva España, intentó congratularse con ella, agrandando la conquista al incluir todo el norte y el occidente de México, con el objeto de unir estos territorios con el Gobierno de Pánuco en el oriente, de donde era gobernador desde 1525, para formar «*El Reino de Santa María de la Mayor España*» y así superar el prestigio y el poder que tenía Hernán Cortés (Marín, T. F., 1992).

La partida de la expedición fue tan importante que constituyó el acontecimiento más trascendente del año 1529, como quedó plasmado en los códices calendáricos, históricos y etnográficos: Ríos y Telleriano-Remensis, en los que se relatan los acontecimientos importantes que sucedieron de 1466 hasta 1589. En la casilla del año de 1529, se ve a Nuño de Guzmán a caballo con una cruz de evangelización en la mano, pero bajando del cielo se ve una tromba en forma de serpiente, que es la misma que aparece acompañando a Cortés cuando la destrucción de Tenochtitlán y que era un presagio de los males que iban a pasar los indígenas de los territorios por conquistar (Kingsbourough, L., 1962, vol. I; 316) (Fig 14).

La descripción de la expedición se ha establecido gracias a los relatos de varios de los conquistadores, como: la *Memoria de los Servicios* del mismo Nuño de Guzmán, las descripciones de los cuatro relatores anónimos, que eran capitanes que participaron en la conquista y cuyos testimonios sirvieron para fundamentar el juicio de residencia que luego se estableció en contra de Guzmán; de estas relaciones, la segunda probablemente la escribió el capitán Pedro de Guzmán y la tercera, el capitán Cristóbal Flores. Existe además el testimonio de García del Pilar, secretario de Guzmán y enemigo de Cortés, que atestiguó en su contra en el juicio de residencia ya que Cortés lo había hecho encarcelar por 60 días y también enemigo de fray Juan de Zumárraga. En su relación, arrepentido, poco tiempo antes de morir, declara en contra de Guzmán en su juicio de residencia. Los otros relatores son: Juan de Sámano, Gonzalo López, Gabriel de Castañeda y Pedro de Carranza.

La versión gráfica de la conquista hecha por los indígenas aliados se conserva en el Lienzo de Tlaxcala de las láminas 52 a la 75.

Figura 14. Lámina 29 del códice Telleriano Remensis. Se representa la salida de conquista de Nuño de Guzmán y su tropa. Del cielo desciende una serpiente que presagia el infortunio que caerá sobre los indios. En la casilla del año 1530 se ve la representación de temblores de tierra.


1529
1530
1531

Desde nuestro punto de vista, estos son los documentos más fidedignos para conocer la verdad del controvertido episodio de la conquista. El ing. José López-Portillo y Weber en su libro «*Conquista de la Nueva Galicia*», hace un magnífico resumen de lo publicado y además vierte una interesante opinión personal de algunos acontecimientos. Otra obra de consulta de gran importancia es «*Nuño de Guzmán*» de Fausto Marín Tamayo.

Persiste también la narración de Pantecatl, indígena testigo de la conquista que supuestamente era hijo del cacique de Acaponeta y cuyo relato fue recopilado en el libro segundo de la «*Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*» por fray Antonio Tello, publicado por primera vez en 1891, quien fundamentó su libro en la «*Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*» de don Alonso de la Mota y Escobar, escrito entre los años 1602-1605.

La obra del padre Tello ha sido la base de numerosos tratados de historia posteriores en los que se analiza este tema; consideramos que a pesar de que es un documento de suma importancia, fue narrado extemporáneamente por alguien que indudablemente tuvo conocimiento de los hechos, pero que adolece de grandes errores que se han ido perpetuando en algunos tratados de historia que se basan en esta descripción. Algunas de las incongruencias que hemos encontrado se irán mencionando adelante.

También en la «*Historia General de Oviedo*»; en la obra de «*México a Través de los Siglos*» y en otros libros de historia locales, hay información sobre esta conquista; sin embargo, consideramos que los relatos de los testigos presenciales antes citados y los códices tlaxcaltecas son más veraces que las otras descripciones que fueron hechas muchos años después por historiadores y religiosos con prejuicio de los acontecimientos.

Esta empresa de conquista fue una confabulación en contra de Cortés, organizada por sus enemigos principales, y que tenía alcances mayores, ya que de tener éxito, podía formarse un nuevo reino independiente de la Nueva España. Al analizar algunos de los personajes principales de la expedición, se puede sostener la sospecha de esta confabulación.

Además de Beltrán Nuño de Guzmán, cuya situación política ya se ha señalado, otros de los principales conquistadores de la expedición incluyen a: Per Alméndez Chirinos, lugarteniente de capitán general, personaje muy importante porque fue veedor del Rey, enemigo de Cortés, de tal manera que éste para quitarle poder, se lo llevó consigo a la expedición de las Hibueras, aunque en el transcurso del viaje logró retornar a la Nueva España, donde tomó el poder junto con el factor Gonzalo Salazar y organizó un Gobierno que se caracterizó por los abusos y tropelías que se cometieron especialmente contra Cortés y sus seguidores. Cuando se corrió la noticia de que Cortés había muerto en las Hibueras, Chirinos y Salazar se repartieron sus pertenencias. A su regreso a la Ciudad de México, Cortés mandó apresar, enjaular y exhibir en público a Chirinos, quien se salvó de morir porque poco después Cortés fue llamado a España para establecerle juicio de residencia.

Antonio de Villarroel, maestre de Campo, amigo de Per Alméndez Chirinos, fue quien organizó el levantamiento contra Cortés cuando éste partió a las Hibueras, también atestiguó en su contra en el juicio de residencia.

García del Pilar vino a México con Cortés, fungió como «lengua», nahuatlato o traductor de los españoles ya que pronto aprendió el náhuatl, pero fue muy cruel con los indígenas; por este motivo se enemistó con Cortés, quien le prohibió el trato con los indios y con el obispo Zumárraga quien se expresaba de él diciendo que era un malvado. Cortés lo había puesto preso en Coyoacán por robar a los indios. Se alió con Guzmán a quien también traicionó ya que en su «*Relación*» lo critica por su actitud inhumana en la conquista del occidente y declaró en su contra en el juicio de residencia que se le estableció.

Joan de Sámano, experimentado conquistador quien tenía antecedentes como soldado de Su Majestad contra los franceses, participó en las conquistas de Pánuco, las Hibueras y de la Nueva Galicia, en donde fue capitán y factor del ejército de Guzmán, además de escribano mayor y alcalde de la ciudad de México y contador real del Mar del Sur.

Pedro de Carranza, uno de los relatores de la conquista, se inició en este viaje en calidad de preso, enviado por el presidente de la Audiencia de la Nueva España, fue testigo de los tormentos aplicados al cazonci; en sus relaciones Carranza critica a Guzmán, García del Pilar y a Gonzalo López por su crueldad con los indios.

Entre otros personajes de renombre que participaron en la expedición, se cuentan: Cristóbal de Oñate, Francisco Verdugo y Cristóbal de Barrios, que fueron los capitanes de jinetes; Joan Fernández, capitán de artillería; Diego de Proaño y Diego Vázquez, capitanes de peones; Lope de Samaniego y Joan de Sámano, capitanes de emergencia y Joan de Oñate, portaestandarte real. La descripción completa de los nombres de los soldados que conformaban la tropa proviene del Archivo de Indias y se cita en las obras de López-Portillo y Weber y en la de José Luis Razo Zaragoza.

Para interpretar la entrada de la tropa al valle de Topia, Durango, debemos mencionar aquí dos nombres de soldados del cuerpo de peones y jinetes: José de Angulo y Hernando de Chirino, equivocadamente llamados capitanes en obras de Obregón y el padre Tello, a quienes se atribuye la entrada inicial al territorio de Durango.

El Conquistador salió de la Ciudad de México en la última semana de diciembre de 1529, con un ejército de 300 españoles armados con setenta ballestas, cincuenta escopetas, doce tirillos de bronce y muchas lanzas y municiones; alrededor de 7000 indios aliados y 10.000 cerdos, carneros y ovejas. Tomó el camino a Tzinzunzan, capital del imperio tarasco por Toluca, Iztlahuaca y Xilotepec, siguiendo las rutas indígenas que conectaban los valles de Puebla, con el de México y Toluca y de ahí, siguiendo el cauce del río Lerma, llegó a la región del lago de Chapala. Después siguió el curso del río Grande de Santiago hasta su

desembocadura en el océano Pacífico, continuó hacia el norte por la planicie costera y cruzó la Sierra Madre Occidental hasta llegar a la mesa del norte de México. Estas antiguas rutas seguían en general el cauce de los grandes ríos y cruzaban el área de ocupación de las culturas Tarasca y Aztatlán, localizada en los actuales Estados de Michoacán, Jalisco, Nayarit, Sinaloa y Durango.

Los españoles se dirigían a los sitios que por referencias contaban con construcciones indígenas de importancia; prácticamente exploraron todos los lugares del norte y del occidente conocidos que tenían grandes ruinas, de cuya existencia probablemente preguntaban por los pueblos que pasaban, siguiendo la antigua ruta indígena para llegar al distante sitio de «Techuculuacan», probablemente refiriéndose al «Huey Culhuacan», o «Gran Culhuacan», lugar del que tenían referencia desde Tenochtitlán, donde existía un importante barrio con este nombre, que era el centro de comercio de los mercaderes del noroeste (Kelley, 1986; 93-94).

Bernal Díaz del Castillo (1960, 534-535) hizo una descripción de la partida de Nuño de Guzmán a la conquista del occidente, la que dice textualmente:

> *«… Pues como Nuño de Guzmán supo por cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser presidente a él y sus oidores, y venían otros oidores… allegó todos los más soldados que pudo, así de a caballo como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él a la provincia que le dicen de Jalisco… y fue a la provincia de Michoacán, que por allí era su camino… y porque Cazoncín que era el mayor cacique de esta provincia, no le dio tanto oro como le demandaba, Nuño de Guzmán le atormentó y le quemó los pies y porque le demandaba indios e indias para su servicio, y por otras trancanillas que le levantaron al pobre cacique, le ahorcó, que fue una de las malas y feas cosas que presidente ni otras personas podían hacer, y todos los que iban en su compañía se lo tuvieron a mal y a crueldad. Y llevo de aquella provincia muchos indios cargados… sé cierto que Cortés ni Nuño de Guzmán jamás se hubieron bien, y también sé que siempre se estuvo en aquella provincia hasta que su majestad mandó que enviasen por él a Jalisco a su costa y le trajesen a México preso, a dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la real Audiencia…».*

El imperio tarasco y la muelle del cazonci

Después de varias expediciones exploratorias por los Estados de Guanajuato y Michoacán, llegaron a Tzinzunzan, capital de la provincia de Michoacán. El 2 de febrero de 1530 tuvo lugar la primera batalla con los indios de la región y así se iniciaron los acontecimientos que le han ganado fama a Nuño de Guzmán como uno de los más crueles conquistadores de la Historia. En primer lugar, mandó apresar y torturar a Zinzicha Tangaxoan, el *cazonci*, a quien los españoles habían bautizado con el nombre cristiano de don Francisco,

pero quien era mejor conocido con el nombre despectivo de «caltzontzin», que significaba calzón viejo y despreciable, mote que para ridiculizarlo le había puesto la tropa española por haberse entregado sin resistencia.

Después de haberlo torturado con tormentos de cordel, agua y fuego para hacerlo entregar la mayor cantidad posible de oro, plata, mujeres y 8000 tamemes, fue envuelto en un petate, arrastrado atado a un caballo y después quemado vivo; el pretexto que esgrimió Guzmán para justificar la muerte del cacique fue que éste, después de haber sido bautizado en la religión cristiana, adoraba ídolos a los que había sacrificado varios españoles de quienes conservaba sus pieles adobadas, pero realmente la intención de Guzmán era deshacerse de un testigo peligroso ante la Corona y no declarar los bienes que le había confiscado. Atado a un madero, antes de ser quemado el cazonci, se quejaba en la forma que Pedro Carranza describe:

> *«…y lo plantaron a un palo, y que ahí, estando atado y cercado de leña, el dicho Caltzontzi decía muchas palabras, diciendo que no era encargo de nada de lo que decían, y que lo mataban sin causa. Y que estando como dicho tiene, atado, con lágrimas llamaba a Dios y a Santa María; y que llamó a un indio (don Alonso) y le habló un poco; y que este testigo preguntó a la lengua, que estaba junto a él, que era Juan Pascual, y le dijo qué había dicho. Y que le dijo: "sabed que dice que vea el galardón que le dan los cristianos y Nuño de Guzmán en pago de los servicios que le hizo y del oro y plata que le habían dado y habiendo dado la tierra en paz y sin guerra; que le mandaba que después de quemado cogiese los polvos y cenizas de lo que quedase y lo llevase a Michoacán y que allá hiciese juntar a todos los Señores de la dicha provincia y que les contase lo que había pasado y que lo contase todo para que viese el galardón que le daban los cristianos, y que les mostrase sus cenizas y que las guardasen y tuviesen en memoria"…».*

Enterado de esto Guzmán mandó tirar sus cenizas al río, posiblemente para evitar sublevaciones y la incredulidad de los indios a la religión católica.

Después de este acontecimiento partió con toda su tropa a Cuitzeo, desde donde hizo varios reconocimientos del lago de Chapala y Tonalá; ahí tuvo su segundo enfrentamiento con los habitantes de esta localidad, que era el centro político y de comercio de un grupo de pequeñas poblaciones aledañas.

El 26 de marzo de 1530, la armada dejó Tonalá para dirigirse a través del Río Grande a Nochistlán y Teúl en el actual Estado de Zacatecas; ahí se dividió el ejército en dos grupos, el primero guiado por Guzmán, siguió la ruta del Río Grande, estuvo en la región de Etzatlán, después se dirigió a Ahuacatlán y Tetitlán para llegar al valle de Tepic. El segundo grupo fue guiado por el capitán Pedro Alméndez Chirinos, quien se dirigió al norte. Chirinos hizo un viaje épico a través de gran parte del actual Estado de Zacatecas, en busca de Teúl, la ciudad sagrada de los Cascanes; también exploró Tuitlán, o la Quemada, seguramente buscando sitios importantes de asentamientos indígenas, pero

sin encontrar grandes riquezas; luego cruzó la sierra de Nayarit pasando por Jora y Huainamota para reunirse con Guzmán en Tepic (Fig. 15). Ignoró las minas de plata de la región que se hicieron famosas en todo el mundo. La intención de esta conquista era saquear ricos pueblos inexistentes, pero entonces no les interesaba a los españoles ni la explotación minera, ni el descubrimiento de nuevas tierras agrícolas y ganaderas y mucho menos la conversión de los indios a la fe católica.

Luego de hacer una pausa de dos semanas en que permanecieron en Tepic, ya con toda la tropa reunida, avanzaron siguiendo nuevamente la ruta del Río Grande hacia la región de la costa, en donde tuvo lugar la tercera batalla. Entró a una provincia muy poblada, que inicialmente llamó de Michoacán, pero que correspondía en realidad a la provincia indígena de Sentispac, que tenía una numerosa población con rasgos culturales y lingüísticos comunes y abundantes recursos por lo que Guzmán pensó que estaba entrando en los ricos territorios de los relatos (Fig. 16).

Las atrocidades que se cometieron a todo lo largo de la conquista fueron innumerables, no solamente contra los indios enemigos, sino en contra de los aliados y de los mismos españoles que se rebelaban o simplemente no querían continuar en la expedición. A los indios los lanceaba, los aporreaba con perros feroces especialmente entrenados para atacar a los indios, los mutilaba, los tomaba como esclavos junto con sus mujeres e hijos, los herraba, los encadenaba por el pescuezo y los vendía; sistemáticamente permitía que los indios amigos quemaran las casas de las poblaciones que pasaban, dejando tras de sí una estela de muerte y desolación.

El motivo más importante que impulsaba a Nuño de Guzmán a continuar la conquista era el temor que tenía al fracaso, pues sabía que si regresaba a la Nueva España sin haber hecho una conquista de importancia, sería condenado sin misericordia, como de hecho sucedió; por eso siempre condenó totalmente la idea de regresar a México fracasado. A lo largo de toda su expedición se mostró implacable y cruel con todos los que le sugerían terminar y regresarse, así fueran indios o españoles.

El camino de la costa

Al cruzar el Río Grande de Santiago, el 29 de mayo de 1530, Guzmán entró a la provincia de Sentispac, territorio no conquistado por Francisco Cortés, por lo que determinó hacer una toma de posesión formal. Con impresionante ceremonia desplegó su ejército al

Figura 15. Mapa de Abrahám Ortelius de 1584, sobre el que trazamos la ruta que siguieron Nuño de Guzmán y Per Alméndez Chirinos en la conquista del occidente de México. Las rutas se siguieron en base a los nombres que aparecen en las láminas del Lienzo de Tlaxcala.

Figura 16. Mapa de Abrahám Ortelius de 1587. Están escritos los nombres de las antiguas provincias de la costa del Pacífico como: Xalisco, Sentispaque, Chiametla, Culiacán y Petatlán; hay que hacer notar que la provincia de Astatlán está escrita con letras de mayor tamaño, en dirección diferente, e incluye parte de la Mesa del Norte del Estado de Durango.

LA CONQUISTA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO
RUTAS
Ruta de Nuño de Guzmán
Ruta Alternativa Civilizada

AMERICAE SIVE
NOVE ORBIS NO
VA DESCRIPTIO

mando de Chirinos, portando ramas recién cortadas de los árboles y con todos sus estandartes desplegados. Al clamor de las trompetas penetró al río en señal de posesión, bautizándolo ahora con el nombre de «*Río de Nuestra Señora de la Purificación de Santa María*» y después de escuchar misa con procesión, mandó plantar tres cruces de madera y dio orden de que se llamase desde entonces a ese territorio con el ostentoso nombre de «*Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España*», para superar el término de «*La Nueva España*» creado por Cortés. Guzmán notificó a la Corte de esta conquista por medio de una carta que mandó desde Omitlán el 8 de julio de 1530. Este nombre le fue rechazado por la Corona por medio de una carta de la Reina, fechada en Ocaña el 25 de enero de 1531 y donde se le ordena que cambie éste por el de «*Reino de la Nueva Galicia*».

El sentimiento de Guzmán contra Cortés queda de manifiesto en el escrito donde reclama a la Reina por no aceptar el nombre que asignó a las tierras descubiertas, términos que cita José Luis Razo:

> *«…muy gran merced fuera para mí que vuestra majestad fuera servida que se llamara el nombre que yo en su real nombre había puesto como se hizo en lo pasado que en esta parte se ha ganado no con tan buenos auspicios conquistado ni con tan buen fundamento como yo lo he hecho en su real nombre y para su real servicio y así se dio por nombre a la Nueva España como lo puso el que dicen que la ganó, y a la provincia de Pánuco y descubrimiento de Garay, la Victoria Garayana y en lo del licenciado Aillon la Tierra Nueva y así en todas las otras conquistas; y si ha lugar, todavía suplico a vuestra majestad sea servido de dejarle el nombre que estaba puesto en su nombre real… o dalle otro que no se derive de la Nueva España, pues aquí se entró a servir a Dios y a vuestra majestad por la puerta y allí por las paredes…».*

De acuerdo a los relatores, la provincia de Sentispac tenía más de cuarenta pueblos tributarios asentados en fértiles tierras y en las proximidades del mar y de ríos que les proporcionaban pesca abundante, los límites de la provincia eran los ríos: Grande de Santiago al sur y el San Pedro del Mezquital al norte.

Algunos de los pueblos tributarios cercanos de mayor importancia estuvieron localizados cerca de donde ahora se encuentran las poblaciones de Yago, Santiago Ixcuintla, Amapa, Gavilán, Peñitas, Corral de Piedra, La Cañada y Botadero; más al norte estaban los importantes pueblos de Tuxpan y Coamiles. Al sur de esta área hay otros dos sitios de importancia en las localidades que hoy tienen los nombres de Santa Cruz y Chacalilla, que debieron ser parte de la provincia de Sentispac, a pesar de estar localizados al sur del Río Grande de Santiago.

Fue en esta región, a la entrada de la costa, donde los indios dieron la mayor batalla a los conquistadores españoles, la cual quedó plasmada en la lámina 64 del Lienzo de Tlaxcala, en donde viene descrita como la batalla de Tecomatlán. Los indígenas mostraron una gran capacidad táctica guerrera ya que sorprendieron y cercaron a la totalidad del

ejército, pero la superioridad en armas de los españoles acabó por triunfar. La batalla de Tecomatlán probablemente se llevó a cabo cerca de la actual ciudad de Santiago Ixcuintla, Nayarit.

De ahí las tropas se dirigieron al pueblo de Sila o Cillán, que puede corresponder al sitio arqueológico de Amapa, Nayarit, localizado a unas dos leguas entre Tecomatlán y Sentispac. La lámina 65 del Lienzo de Tlaxcala muestra esta batalla (Fig. 17).

Figura 17. Lámina 65 del Lienzo de Tlaxcala. La batalla de Cillán.

Nuño de Guzmán tenía que desplazarse muy lentamente con el resto de la tropa, tamemes y provisiones; Gonzalo López, Pedro Alméndez Chirinos, Lope de Samaniego y Cristóbal de Oñate se adelantaban, con peligro, para buscar paso para el resto del ejército, para valorar al enemigo o bien para ver si valía la pena el desplazamiento; eran los que llevaban el mayor peso de la conquista.

Después de Cillán, cruzaron el río San Pedro y se establecieron en Omitlán, que según López-Portillo y Weber puede corresponder a Teimoac o Sentispac, nosotros creemos

que puede ser la actual ciudad de Coamiles, lugar en que se encuentran ruinas arqueológicas con pirámides que hablan de la importancia de esta localidad y que Nuño de Guzmán proclamó como la capital del imperio.

En este lugar permaneció por 40 días, guareciéndose del mal tiempo, recuperándose de la batalla y esperando noticias de la ciudad de México, las que pronto llegaron, con malas nuevas para él, ya que se le informaba que el obispo Zumárraga continuaba atacándolo, a grado tal que se hablaba ya de su juicio de residencia y lo peor aún, que venía en camino, exonerado de culpa y con el título de Marqués de Oaxaca, la odiada y temida figura de Hernán Cortés. Tan difícil se tornaba su situación en México, que decidió enviar en su defensa, a su maestre de campo Antonio Villarroel, a su capitán de jinetes, el comendador Cristóbal de Barrios, y a Hernán Pérez Bocanegra.

La provincia de Aztatlán

Ante el temor de que la segunda Audiencia lo citara en México, para establecerle juicio de residencia, Nuño de Guzmán no tenía otro camino que continuar con la mayor rapidez posible la conquista de más territorios, para aparecer ante la Audiencia más poderoso y con su ejército, más temible; siguió su camino hacia el norte cruzando regiones pantanosas de muy difícil acceso por ser la época de lluvias; trataba de llegar más lejos para establecer su campamento de invierno.

Se adentró así en la conquista de la provincia de Aztatlán, que de acuerdo a los relatos de los conquistadores, se localizaba desde unas dos leguas corriente abajo del río Acaponeta, en las cercanías de la población del mismo nombre, extendiéndose hasta el mar. Esta provincia no tenía centros de población de importancia; estaba compuesta de numerosos poblados pequeños, con grandes recursos alimentarios capaces de sostener una numerosa población.

El límite sur de la provincia de Aztatlán debe haber sido el río San Pedro y al norte ocupaba la región que hoy se conoce como Marismas Nacionales. Algunos de los sitios de importancia son: Tecuala, Tecualilla, Chalpa, Teacapan, Cristo Rey, Mexcatitán y San Felipe Aztatlán. En la lámina 66 del Lienzo de Tlaxcala se representa la batalla de Aztatlán, que debió haberse consumado en las cercanías de las poblaciones de Tecuala y San Felipe.

Gonzalo López fue el capitán adelantado que precedió la marcha a la provincia de Aztatlán, después le siguió el grueso de la tropa, que llegó entre los días 15 a 20 de julio de 1530. Fue nombrado nuevo maestre de campo sustituyendo a Villarroel; tenía mucho menos experiencia en las artes de guerra pero era de una crueldad asombrosa. Según Orozco y Berra, López fue uno de los que mataron a Cristóbal de Olid en las Hibueras, cuando Francisco de las Casas se arrojó sobre él y le dio la primera cuchillada.

Estando en Aztatlán, a fines de agosto o principios de septiembre, llegó Joan del Camino, de la ciudad de México, con cartas de los oidores, que le hacían saber de la llegada de Hernán Cortés, por lo que para preparar su defensa, Guzmán envió de regreso al veedor Per Alméndez Chirinos el 7 de septiembre de 1530, sin que haya ninguna referencia de que éste regresara posteriormente a la expedición.

Por si fuera poco el infortunio de Guzmán, el 20 de septiembre su campamento fue azotado por un ciclón tropical que le ocasionó graves daños, sufrió una severa inundación, que le causó la pérdida de bastimento, equipo y una gran cantidad de indios que perecieron ahogados.

Después de la inundación, las tropas y los indios amigos y aún los enemigos fueron afectados por una grave epidemia que ocasionó una gran mortandad; algunos españoles y aliados sobrevivientes trataron de convencer a Guzmán con ruegos y hasta intentaron sobornarlo, para que les permitiera regresar a la provincia de Xalisco; la idea enfureció a Nuño, quien mandó castigar a los españoles y ahorcar a algunos de los indios.

La muerte por traumatismos y las epidemias de disentería, varicela y otras enfermedades infecciosas traídas por los españoles, diezmaron la población indígena, tanto de los conquistados como de los aliados que acompañaban forzosamente a la expedición. La mortalidad indígena fue muy alta, algunos autores consideran que murió más del 80% de la población por causas directas o indirectas de la conquista.

La sangrienta batalla de Aztatlán, representada desde el punto de vista de los indios amigos, se encuentra en la lámina 66 de El Lienzo de Tlaxcala, en donde en la parte indígena aparece una figura de garza entre los cuerpos descuartizados de los habitantes (Fig. 18).

Chametla

Guzmán permaneció en el campamento cuatro meses recuperándose de la catástrofe; en ese tiempo aprovechó para mandar al norte a Francisco Verdugo con sus soldados y todos los indios:

> «*...así buenos como enfermos, que era cosa como para poner grima los enfermos que salían del Real y de la manera que iban, casi todos estos indios murieron en el viaje...*».

Verdugo se encontró con la provincia de Chametla, ampliamente poblada, y fue recibido por los principales de la región, a los que convenció de que le proporcionaran cargadores para transportar el fardaje del grueso de la tropa.

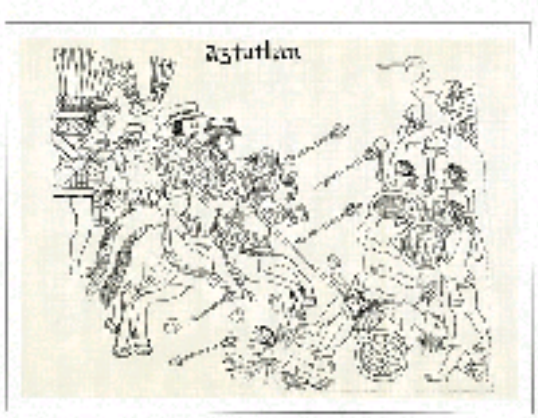


Figura 18. Lámina 66 del Lienzo de Tlaxcala. Batalla de Aztatlán.

En la provincia de Chametla, Guzmán fue recibido en paz por el cacique del pueblo, acompañado por cinco mil guerreros armados. Chametla tenía 22 pueblos tributarios, agrupados en las cercanías del río Presidio. En la lámina 67 del Lienzo de Tlaxcala se representan los guerreros de Chametla con sus maceuitles.

El límite norte de la provincia de Chametla era el río Piaxtla, estaba poblada por indios pacíficos que vivían de la agricultura, caza, pesca y recolección de frutos; eran buenos flechadores, usaban arcos con flechas de ramas endurecidas al fuego y escudos de varas tejidas con cuerdas muy resistentes; vivían en casas de madera y paja.

Después de la tragedia de Aztatlán, los indios de Xalisco y Colima se rebelaron a los conquistadores; Guzmán al saber esto, mandó a su maestre de campo, Gonzalo López, hasta Xalisco y Michoacán, a castigarlos y aprovechar para hacer una redada de indios cargadores; López regresó a Ahuacatlán y Sayula, donde hizo acopio de tamemes y esclavos entre los pacíficos pobladores de estas ciudades, en uno de los más siniestros pasajes de esta conquista, en la que asoló dichas poblaciones, tomaba de esclavos a familias completas, herrándolos y encadenándolos por el pescuezo; pero como los niños le estorbaban para la

marcha, fue azotándolos y dejándolos abandonados por el camino en donde perecían; López Portillo y Weber se refiere de López como el Herodes de la conquista; el cuarto relator anónimo describe así este episodio:

> *«… traían de esta vuelta los indios libres de Mechuacán y los señores de este valle de Guacatlán, y mujeres y niños con sus maridos, atados y aprisionados por los pescuezos, de diez en diez, de veinte en veinte, de cuarenta en cuarenta,… lo mismo hicieron en Xalisco hallándolos de paz y tornando a hacer sus pueblos sobre seguro que les dieron, y con este seguro vinieron hasta dos mil hombres. Estando así de seguros y dándoles muy bien de comer y lo que habían menester, mandó el dicho Gonzalo López, hacer un gran corral y muy recio a donde por engaño fuesen metidos y presos… estando ese pueblo de Zacualpa en paz y en sus casas con mucha comida recogida, ataron quinientos o mil ánimas, y las trajeron a Xalisco, metiendo el pueblo a sacomano… y los amigos dicen que mataron y sacrificaron más de dos mil ánimas, por ser sus enemigos, con favor de los cristianos… Y dizque luego hizo herrar todos estos indios que había tomado de estos pueblos de paz y los unos y los otros atados en cordeles por los pescuezos, se vino camino de donde estaba Nuño de Guzmán. Dicen estas personas que con él fueron, que todos los hijitos que sus mujeres tenían murieron y mataron en el camino, que era la mayor compasión de todo el mundo…».*

A Chametla llegó Gonzalo López con su carga de esclavos en diciembre de 1530, ahí fueron rentados o vendidos entre los otros españoles, siendo el precio de un esclavo el de un peso de oro y el de un caballo cinco pesos de oro.

Guzmán, sin haber obtenido botín de importancia y ante la rebelión de los indios de las localidades, que ya no querían seguir en la esclavitud, ahorcó a los principales y quemó todos los poblados que pudo. Siguió su destructiva marcha al norte, fundó una villa en las cercanías de Concordia en un pueblo llamado Quezala; de este lugar mandó expediciones a explorar la costa del mar y las montañas de la Sierra Madre Occidental, haciendo los primeros intentos por cruzarla. La sierra que exploró fue llamada de Xicara, debemos hacer notar que en náhuatl, Topia, uno de los nombres que los conquistadores buscaban significa jícara, esto pudo ser un motivo para iniciar los intentos de explorar las poblaciones de la Sierra Madre, posiblemente ya en busca de un cruce hacia la provincia de Pánuco.

Adelante llegaron a la población de «Los Frisoles», llamada así por la cantidad de cultivos que había de esta leguminosa: ahí se estableció la tropa por un tiempo, partiendo pequeñas expediciones de reconocimiento al mando de Gonzalo López, Cristóbal de Oñate y Lope de Samaniego; así se descubrieron las poblaciones de Piaxtla y Pochotla, que contaban con grandes salinas. Se recorrió el río Piaxtla y volvieron a intentar por ahí cruzar la Sierra.

Guzmán sabía, de acuerdo a la información de diversas fuentes, que estaba cerca del país de las Amazonas. De ahí en adelante se dedicó a buscar las ciudades habitadas por las mujeres guerreras; el país de las Amazonas estaba situado en las cercanías del río

Ciguatlán, o «*Río de las Mugeres*», o sea el río San Lorenzo; y aunque se encontraron numerosos poblados en esta región, en donde predominaban las mujeres que eran especialmente altas y bien dispuestas, el hecho de que no había una mayor población de hombres fue atribuido a que éstos huían, concentrándose en Culhuacan por temor a las crueldades de las tropas cuya fama ya había llegado hasta estos lugares; así se desvaneció otro de los sueños de Guzmán y sus conquistadores: las Amazonas.

Se tomaron los pueblos de Quila y Quinola, en donde fue herido con una flecha envenenada el maestre de campo, Gonzalo López, quedando provisionalmente Cristóbal de Oñate con este encargo; también se tomaron los pueblos de Flechas, Cuatro Barrios y León. Pronto pasaron el río de Tamazula y entraron en el señorío independiente de Culhuacan.

Culhuacan

Aunque existía un pueblo indígena llamado de «Culhuacan o Culiacán» en las márgenes del río de este mismo nombre, de donde se derivó el término «Provincia de Culiacán», los españoles fundaron la Villa de San Miguel de Culiacán en las márgenes del río San Lorenzo, también llamado río Ciguatlán, río de las Mugeres, río Oraba o río Ilota. Posteriormente esta ciudad se cambió al sitio que ocupa en la actualidad, en las cercanías del río Culiacán o río Pascua o río de Topia.

La provincia de Culhuacan, densamente poblada, ocupaba grandes extensiones de terreno fértil con abundantes recursos alimenticios que permitían sobrevivir a «más de doscientos pueblos» que estaban asentados en las inmediaciones de los ríos Culiacán, sus afluentes los ríos Humaya y Tamazula y el río San Lorenzo. Había además numerosas localidades pequeñas en la sierra de Tacuichamona al pie de la Sierra Madre Occidental (Fig. 19).

La provincia de Culhuacan debe haber sido muy importante en la época prehispánica. El obispo De la Mota y Escobar entre los años de 1602 a 1605 realizó la descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, y al referirse a la villa de Culiacán dice:

> «*Suena este nombre, Culiacán, en lengua española, lo mismo que el lugar de abuelos o antepasados, porque esta tradición antigua entre todos los indios de la Nueva España que salieron de este pueblo y provincia, en diversos tiempos, todas las tropas de gentes que la poblaron y ocuparon hasta llegar a los confines de Guatemala...*» .

La región de Culhuacan fue conocida como un lugar de gran importancia desde antes de Cortés. Juan de Grijalva iba en busca de los pueblos de Culhua-Mexica en sus primeras exploraciones por la costa, esta búsqueda inicial los situaba en lugares de la costa

Figura 19. Detalle del poco conocido mapa de Orthelius de 1591, que muestra parte de la región costera de Sinaloa con un gran número de poblaciones; llaman la atención dos de ellas: San Miguel a la orilla del río San Lorenzo y como otro lugar, Culiacán, en las márgenes del río del mismo nombre.

del golfo de México, en las inmediaciones de Veracruz, es probable que el término de San Juan de Ullúa tenga su origen en este nombre tradicional. Posteriormente, en la conquista de Cortés se mencionaba a Culhuacan como la tierra de los Culuas, una región que incluía el valle de México en relación con la ocupación Mexica. Los españoles en etapas posteriores buscaron el «Huey Culhuacan» o el gran Culhuacan, origen de las migraciones Nahuas al centro de México, en las costas del océano Pacífico.

En una carta que envía el padre de Hernán Cortés, don Martín Cortés, a la Corte española en marzo de 1520, dice lo siguiente:

> *«... Martín Cortés, en nombre de Hernando Cortés, mi hijo, vecino y natural de la villa de Medellín, digo que siendo el dicho Hernando Cortés alcalde ordinario de la isla Fernandina, se concertó con Diego Velázquez, teniente de almirante de ella, que el dicho Hernando de Cortés con siete carabelas suyas e tres carabelas de dicho Diego Velázquez fuesen a rescatar a la isla e tierra de Coluacán e otras partes, con cuatrocientos hombres..., llegó a la dicha tierra de Coluacán...».*

De acuerdo a la «*Relación del Origen de los Indios que Habitaban esta Nueva España Según sus Historias*» los indios que poblaron el valle de México provenían de dos naciones, una de ellas la Nahuatlaca, gente con un cierto nivel cultural y la otra la nación Chichimeca, de cazadores recolectores (Códice Ramírez, 1985; 17, 18), que dice textualmente:

> «*... Estos chichimecas son los naturales de esta tierra, que por ser pocos y vivir en las cumbres de los montes estaban todos los llanos y mejores sitios desocupados, los cuales hallaron los nahuatlaca viniendo de otra tierra hacia el norte, donde ahora se ha descubierto un reino que llaman de Nuevo México. En esta tierra están dos provincias, la una llamada Aztlán que quiere decir lugar de garzas, y la otra que se dicen Tehuculhuacan que quiere decir tierra de los que tienen abuelos divinos...*» .

La batalla de Culhuacan fue la segunda de importancia que se libró en la costa; desde tiempo antes se había estado concentrando en este lugar un grupo grande de indios de toda la región. Gonzalo López, Cristóbal de Oñate y Diego de Proaño, los adelantados, iniciaron la batalla a la que pronto se unió Guzmán, que venía atrás con el grueso del fardaje; la superioridad de las armas, las tácticas de Gonzalo López y la experiencia ganada en las luchas anteriores, hicieron que pronto triunfara el ejército conquistador.

En la lámina 71 del Lienzo de Tlaxcala está representada la batalla de «Colhuacan» en donde además aparecen los símbolos indígenas de «*cerros torcidos*».

El cruce de la Sierra Madre Occidental

Desde la provincia de Culhuacan, Guzmán hizo varios intentos por cruzar la Sierra Madre Occidental. La información que tenía desde México, que obtuvo de los tarascos y los relatos recogidos en los pueblos que había pasado, acerca de esta ruta, explican la obstinación que demostró en cruzar la sierra desde Culhuacan y no intentarlo desde Chametla que era más accesible. Nuño seguramente sabía que la palabra Culhuacan que significa «lugar donde tuerce el camino», le indicaba que éste debía ser el sitio donde torciendo al este, cruzaría la sierra para llegar a Papasquiaro, que según nosotros era otro de los sitios míticos (López-Portillo, J., 1980; 320).

Papasquiaro, palabra de origen tarasco, era una región fronteriza de este imperio que se encontraba tierra adentro del norte de México. En la obra de «*México a través de los Siglos*» se cita:

> «*El Padre Beaumont agregó a su crónica de Michoacán un plano según el cual las fronteras del reino comenzaban al sur en las costas del Pacífico, en Atoyac, hoy del Estado de Guerrero, seguían a Tepecuacuilco e Iguala; después, en el Estado de México, Temascaltepec y Tlalpujahua; pasaba entre Querétaro y San Juan del Río hasta dar vuelta al noreste de Zichu, de donde descendía a Apaseo;*

> seguía por las orillas del río Lerma, atravesaban un extenso territorio del Estado de Durango, y en Papasquiaro, con dirección al Pacífico, pasaban por El Rosario en Sinaloa, hasta el puerto de Chiamela...».

La búsqueda de esta provincia explica el por qué la insistencia que tuvieron los españoles en cruzar la Sierra Madre Occidental por varias rutas a partir de Culiacán.

El comercio tarasco con el norte de México se ha extendido a través de los siglos; Carl Lumholtz dice que a principios del siglo actual encontró comerciantes tarascos en territorio de los Tepehuanes; dice textualmente: «*En tiempos antiguos mercaderes tarascos hacían sus viajes tan al norte como el actual territorio de Nuevo México, y al sur hasta Guatemala y Yucatán*» (Lumholtz, C., 1981 [1904]).

Inicialmente, Gonzalo López hizo varios intentos infructuosos de remontar la Sierra siguiendo el cauce del río Humaya, pero pronto fracasó por lo abrupto del terreno. Nuño de Guzmán se fue faldeando las sierras bajas, también infructuosamente, al igual que Cristóbal de Oñate quien a campo traviesa, intentó adentrarse por varios lugares, pero siempre teniendo que regresar por entrar a cañones sin salida. Lope de Samaniego salió a explorar al norte con veinte de a caballo.

Por la costa, en abril de 1531, Cristóbal de Oñate y Lope de Samaniego intentaron cruzar el intrincado camino de esteros, pantanos, manglares, arcabucos y ríos que impedían el paso hacia el norte; después de grandes esfuerzos, estos capitanes encontraron los pueblos de «Colombo» y «Cuatro Barrios» y lograron pasar a las áridas llanuras de la costa de Sonora, sin encontrar poblaciones de importancia y sólo rústicos habitantes. En sus enfrentamientos con los indígenas, se dieron cuenta de que ellos acostumbraban envenenar las puntas de sus flechas, lo que atemorizó sobremanera a los españoles y constituyó un motivo importante que retrasó la exploración de Sonora; volvieron con estas nuevas a Nuño de Guzmán y aunque no descubrieron nada de importancia, su exploración no fue infructuosa pues abrieron la ruta que posteriormente siguió Coronado para conquistar Sonora y el suroeste de los Estados Unidos.

El alférez Zayas, siguiendo el cauce del río San Lorenzo o Ciguatlán, descubrió la ruta que lo llevó hasta la provincia de Papasquiaro, ya en territorio del actual Estado de Durango. Regresó a Culhuacan a informar a Guzmán, quien mandó entonces a su maestre de campo, Gonzalo López, quien cruzó la Sierra en mayo de 1531. López partió con veinte de a caballo y doce peones probablemente desde el poblado de Cuatro Barrios, siguiendo el mismo río San Lorenzo hasta sus orígenes.

> «*... viendo el ruin recaudo que traían de camino, envió otros diez de a caballo por las faldas de la sierra hasta topar con alguna abra o paso para saber el secreto de lo de adelante, y parece que fueron esta gente de a caballo obra de 25 leguas hasta un pueblo que llaman de los Guamuchiles asentado en un valle dentro de las sierras, en el cual hallaron algún bastimento; y quedando algunos de a caballo*

en guarda de ellos, los demás volvieron a hacer relación a Nuño de Guzmán; e informado desto envió a Gonzalo López, maestre de campo con cierta gente de a caballo para que repartiese el bastimento que ahí se hallo y señalase el aposento; que podría haber deste pueblo de Culiacán hasta ahí 25 leguas y que de ahí, tomando lo que había menester para el camino, trabajase cuanto pudiese para pasar adelante, en cabalgando las sierras; el cual fue y las pasó con mucho trabajo con hasta diez de a caballo y otros tantos peones y en esta demanda tardaron 30 o 40 días; y después de pasadas las dichas sierras, halló una estancia de hasta 30 o 40 casas, donde le mataron 2 españoles y de aquí escribió a Nuño de Guzmán como había pasado las sierras y llegado a los llanos del otro cabo...».

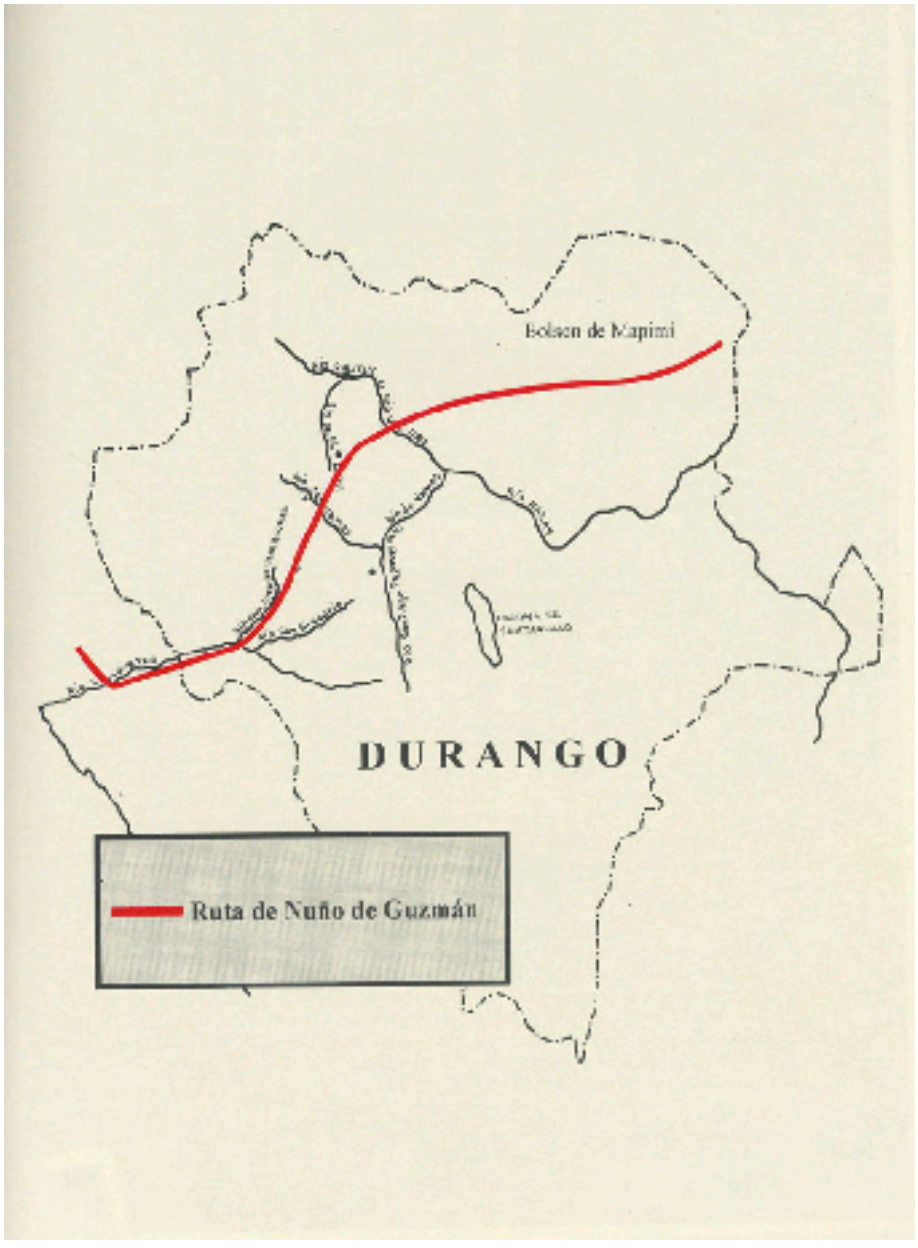
López Portillo y Weber interpreta que el río seguido hasta sus orígenes por Gonzalo López, fue el Sapioriz, hasta llegar al río de Ramos (López-Portillo, J., 1980; 322). Conociendo la geografía de la región, creemos que López siguió por el afluente norte del río San Lorenzo, el San Juan de Camarones, cruzando la sierra más al norte. De haber seguido el río Sapioriz, forzosamente habría encontrado el valle de Guatimapé y la enorme laguna de Santiaguillo, de la que no se hace referencia en los relatos españoles y que pudo ser la única posibilidad de éxito de la expedición de Guzmán; un indio le dijo a Lope de Sámano que «*le llevaría a un gran poblado que estaba a la vera de una laguna*»; la única laguna cercana al sitio es la de Santiaguillo, pero Sámano no siguió el consejo, pensamos que el pueblo al que se refería el indio, era el de Bocas, descrito por el obispo de la Mota y Escobar en 1604, que probablemente corresponda al actual sitio arqueológico de El Cañón del Molino, o bien Tejamen (Fig. 20).

Nuño de Guzmán esperaba en Culiacán. En mayo de 1531 recibió la noticia de que Gonzalo López había cruzado la Sierra Madre y que le pedía que avanzara hasta el pueblo de «los Guamúchiles», cosa que tomó a Guzmán en muy mal momento ya que adolecía de una enfermedad, «mal de costado», que lo obligó a seguir el recorrido cargado en andas por los «señores y principales» de los indios que venían con él desde la Nueva España; la expedición de Nuño partió desde «los Guamúchiles» a mediados de junio; como refuerzo se envió a Lope de Sámano para ayudar a Gonzalo López.

«... esta carta tomó a Nuño de Guzmán en el pueblo de los Guamúchiles, donde el Gonzalo López había hecho el aposento. Llegado a este pueblo, adoleció Nuño de Guzmán e como por la carta supo que Gonzalo López quedaba en aquellos llanos pasadas las sierras, hizo hacer unas andas en que le llevaron los señores y principales desta ciudad de México hasta encumbrarlas sierras, y paso mas de 40 leguas de sierras en seguimiento de Gonzalo López...».

López, después de cruzar la parte más agreste de la Sierra Madre, en lugar de continuar la expedición hacia el sureste donde había los recursos suficientes para que

Figura 20. Mapa de la ruta que siguieron Nuño de Guzmán y su tropa para cruzar la Sierra Madre Occidental en el año de 1531, siguiendo el cauce del río San Lorenzo y de su afluente el San Juan de Camarones; los exploradores se internaron al noreste, llegando hasta El Zape, para posteriormente cruzar el río de El Oro e internarse en el Bolsón de Mapimí; este hecho, junto con los errores cartográficos, fueron los motivos del fracaso de la expedición.


Bolson de Mapimi
DURANGO
Ruta de Nuño de Guzmán

subsistiera el grueso del ejército, se dirigió hacia el noreste. Consideramos a éste, el punto clave que definió el fracaso de toda la expedición de conquista de Nuño de Guzmán y cambió el curso de la historia; López describe así este avance:

> *«… yo envié abajo a un río tres de a caballo a ver si había paso para salir de aquellas tierras, los cuales llegaron a un peñol muy poblado, y los indios le salieron de paz, volvieronce y tragieron los señores consigo a los cuales nunca pudimos entender. Acorde demandallos volver a sus casas…»*.

Es probable que esta población situada junto a un gran peñol corresponda a la actual de El Zape, donde se encuentran ruinas arqueológicas mesoamericanas, descrita en 1604 por el padre Francisco Javier Alegre. Esta población fue fundada por el padre Juan Fonte. Alfonso Trueba la describe en los siguientes términos:

> *«… El primer pueblo que fundó el padre Fonte fue el de Zape, al pie de un peñol donde encontraron ruinas, ídolos, columnas y alhajas de los mexicanos antiguos, que habían hecho allí asiento en su peregrinación a México. Siendo este lugar fértil y accesible, se lo aprobó el Padre a los tepeguanes, que se congregaron para ser adoctrinados…»*.

Desde este lugar, López siguió avanzando hacia el noreste, cruzando algunas sierras hasta llegar a un río muy hermoso, que López Portillo interpreta como el río de Nazas; nosotros consideramos fue el río de El Oro, afluente del Nazas, que corre en la misma dirección. En las márgenes de este río, aún existe una población que lleva el nombre de Santa Cruz de Tepehuanes, probablemente como referencia a una enorme cruz que mandó poner López en un cerro cercano a un río.

De ahí en adelante, la expedición se enfrentó con las inmensas llanuras del semidesierto de la mesa del norte en las cercanías de la actual población de la Zarca y del Bolsón de Mapimí (Fig. 21). Gonzalo López siguió avanzando «*más de 100 leguas al noreste*», en un desesperado intento por llegar a Pánuco, sin tener la menor idea de la distancia que lo separaba de la costa del Golfo. Fue derrotado por el inmisericorde desierto de Coahuila que lo obligó a regresar «*fatigado y muy flaco*», a desandar el camino hasta encontrar a Nuño en Papasquiaro, a donde éste había llegado siguiendo a su maestre de campo. La cuarta relación relata así el regreso:

> *«… creyendo que no había más trabajo, volvió a Nuño de Guzmán el dicho Gonzalo López muy fatigado y flaco, él y sus compañeros, y le certificó que habiendo andado 100 leguas atravezando los llanos adelante por una parte y por otra, no había hallado poblado ninguno ni noticias de él, y que si no fuera por cierto maíz que dejaron enterrado, todos perecerían de hambre, y que allá dejaban 40 o 50 anegas de maíz y 5 o 6 españoles de a caballo que lo guardasen e que si se ponía todabía en pasar allá, que perecerían él y cuantos con él fuesen; que era todo despoblado, que mirase lo que hacía…»*.

Figura 21. Panorámica del Bolsón de Mapimí.

«*Con la vuelta de Gonzalo López a hacer esta relación a Nuño de Guzmán, platicando mucho sobre ello, y visto que no teníamos mantenimiento para pasar adelante, ni menos adelante lo había, acordó que nos volviésemos a la provincia de Culiacán y aquella tarde nos hizo un razonamiento a todos, que pues por la relación de Gonzalo López pareció de no poder pasar adelante, ni Dios era servido dello, le dimos gracias y su intención y propósito era de volver a la provincia de Culiacán y fundar en ella una Villa, y hecha, ir a Jalisco a hacer otra y otra en el Teul antes de que diese la vuelta de las sierras envió para que se recogiesen a los españoles que Gonzalo López había dejado cuidando el maíz* (*Juan de Sámano y Chirinos*)» (no debe confundirse este soldado con Per Alméndez Chirinos).

Los primeros en entrar a territorio de Durango y a la mesa del norte de México fueron pues: el alférez Sayas, Gonzalo López y Juan de Sámano; a quienes después se les unió el mismo Nuño de Guzmán; en la reunión que tuvieron todos ellos, ante la imposibilidad de encontrar grandes ciudades que conquistar, de acuerdo a los hallazgos de los adelantados, Nuño de Guzmán y sus capitanes, desalentados, decidieron, para justificar sus fechorías, mandar fundar desde Papasquiaro las ciudades de Culiacán en Sinaloa, Nochistlán y Teúl en La Nueva Galicia.

En el Lienzo de Tlaxcala los indígenas representaron en dos láminas los sitios de Durango. La lámina 72 describe la batalla de Tlaxichco, en donde se ve a los españoles enfrentándose a indios con tocados de plumas, refugiados en altas montañas. El término Tlaxichco quiere decir «En las Flechas» o lugar de Flechas y aquí se refiere a un pueblo de la Sierra Madre. La lámina 74, titulada Xayacatlán que significa «Lugar de la Máscara», también se refiere a otro combate en territorio de Durango (Lizárraga Arámburu, P., 1980; 166, 177) (Figs. 22 y 23).

El camino para llegar desde Tepehuanes a la costa, es una antigua ruta indígena, tradicional, que ha sido usada hasta mediados de este siglo para comerciar ganado proveniente de la costa y vendido en la mesa del norte. Esta ruta partía de Santa Catarina de Tepehuanes, pasaba por los pueblos de Peñolitos, Mesa de Navar, El Negro, La Tembladera y Corrales; esta parte del camino seguía gruesamente el curso del río San Gregorio; de los Corrales empezaba la parte más abrupta de la Sierra Madre, el camino pasaba por las poblaciones de San Andrés de la Sierra, la Villita, San Javier, el Guayabo y Zoyupa, donde se cambiaba de rumbo para dirigirse a Santa Efigenia y la Mesa; a partir de ahí lo que faltaba del camino a la costa era fácilmente transitable.

Los territorios conquistados del norte y de la costa pasaron a formar parte de la Nueva Galicia; sin embargo, estas tierras estuvieron prácticamente fuera del dominio del Gobierno español, hasta que fueron reconquistadas por Francisco de Ibarra en 1554. Guzmán no estableció un orden en las tierras recorridas, ya que no le interesaba el poblar estos territorios, ni pacificar ni evangelizar a los grupos indígenas conquistados.

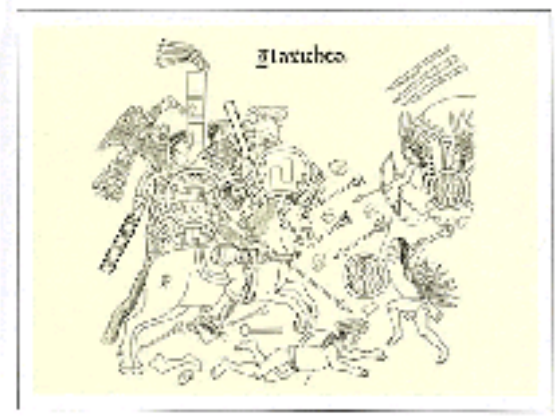


Figura 22. Lámina 72 del Lienzo de Tlaxcala. Tlaxicho o Lugar de Flechas. Se representa una batalla que se llevó a cabo en territorio de Durango.

Las tierras quedaron abandonadas por el poco interés en la vida sedentaria que tenían los soldados de Nuño de Guzmán. Sin embargo, tuvo que establecer algunas localidades para fundamentar su conquista y justificar sus atrocidades; fundó San Miguel Arcángel, que para distinguirla de otros San Migueles, se le llamó de Culiacán, nombre que persiste hasta la actualidad y que fue el centro del territorio conquistado en la costa del Pacífico, donde dejó como gobernador de la misma al feroz Diego de Proaño, quien continuó masacrando la población indígena y a los españoles que se rebelaban.

Regresó Guzmán de la Sierra de Papasquiaro a Culiacán en un viaje terrible, ya que por ser temporada de lluvias el camino estaba intransitable, lo que ocasionó que perdiera muchos indios amigos y que otros, junto con algunos españoles, se le rebelaron por lo que Guzmán mandó ahorcar a dos de ellos. Llegaron a Culiacán extremadamente fatigados y hambrientos para regresar después de recuperarse, a radicar en Compostela, Nayarit.

Figura 23. Lámina 74 del Lienzo de Tlaxcala. Batalla de Xayacacatlán, el lugar de la Máscara, otro enfrentamiento en territorio de Durango.

Ciudades fundadas por Guzmán

En 1531, Guzmán mandó al capitán Francisco Verdugo a la provincia de Tepique, a fundar una villa para estabilizar el territorio conquistado, lo que también serviría para justificarse ante la segunda Audiencia. Como ha sido mencionado, Guzmán le puso a esta población el ostentoso nombre de «Villa del Espíritu Santo de la Mayor España» que después se cambió de lugar y de nombre por instrucciones directas de la Emperatriz a «Santiago de Compostela» del Reino de Nueva Galicia. También mandó a Joan de Proaño a fundar Nochistlán en la región montañosa de la frontera entre Jalisco y Zacatecas, ciudad que precedió como capital de la Nueva Galicia a Guadalajara, así como Teúl, en la región cascana de la Nueva Galicia. Estas tres fundaciones, estratégicamente localizadas, le permitían a Nuño el control de esta enorme región.

Hay dos factores geográficos fundamentales para el fracaso de la expedición; el primero fue que los conquistadores no se imaginaron el ensanchamiento del territorio continental hacia el norte (ver Fig. 7), basados en algunos mapas de la época; pensaban

que la distancia donde iban a encontrar Pánuco, era mucho menor que la real y que llegarían a ella fácilmente después de cruzar la Sierra Madre Occidental. La realidad es que para llegar ahí, tendrían que haber cruzado la enorme zona desértica de Coahuila y la Sierra Madre Oriental, que en línea recta deben ser como 900 kilómetros. El segundo error lo constituyó la desorientación que tuvieron con los llamados Mares del Norte y del Sur; la realidad es que el Mar del Norte, el golfo de México, está al este del litoral y el Mar del Sur al oeste. Cuando se desplazaban a través de la Sierra rumbo a Pánuco al este, en la práctica marchaban hacia el noreste, internándose Gonzalo López más al norte de lo que imaginaba.

La descripción de la entrada de conquista al territorio de la mesa del norte se fundamenta en los documentos de los relatores anónimos, de García del Pilar, la crónica de Gonzalo López, de Lope de Sámano y por López Portillo y Weber.

El padre Tello da una versión diferente de la conquista basada en la información que recopiló casi dos siglos después, donde menciona que fueron Joseph de Angulo y Pedro Alméndez Chirinos los primeros conquistadores en cruzar la Sierra Madre y entrar al territorio del actual Estado de Durango. De acuerdo a él, esto sucedió en el año de 1532 y se basó en el relato original del obispo de la Mota, de 1604, quien relata:

> «*Salió pues el capitán Pedro Alméndez Chirinos y también el capitán Joseph de Angulo, de la Villa de San Miguel, el dicho año, por los fines de octubre a principios de noviembre, y atravesó las serranías fragosísimas de Topia, a donde descubrió yndios caribes, feroces y sin ninguna policía, inclinados a la guerra y por no ser región a propósito para detenerse a su reducción y pacificación, baxo a los llanos de Pánuco, que son los que llaman de Guadiana… en estos llanos halló algunas rancherías de yndios desnudos y bárbaros que, sin cultivar ni sembrar, se sustentaban de raíces, tunas y otras sabandijas, y de alguna caza de conejos y ciervos, y no se atrevió el capitán Angulo a anexarse por no aventurar la compañía que llevaba, viendo la tierra falta de bastimentos, destemplada y fría, y que se le habían muerto muchos caballos con las grandes heladas, y así se volvió a Navito y villa de San Miguel, por el año de mil y quinientos y treynta y dos, y dio cuenta de su descubrimiento y sucesos*».

Numerosos historiadores contemporáneos han seguido las ideas del obispo de la Mota y principalmente del padre Tello, tales como, Meicham, Gallegos, Sarabia, De la Mota Padilla, Ramírez Ochoa y otros, han dado esta versión de la historia como cierta, sin embargo consideramos que la información verdadera está en los relatos originales. Nosotros hacemos las siguientes observaciones que nos parecen pertinentes:

Primero; los relatores originales coinciden en citar el año de 1531 cuando se cruzó la Sierra Madre. El padre Tello cita este acontecimiento en los años 1532-1533. Para estas fechas la expedición de Guzmán ya había terminado y radicaba en Compostela poco antes de que fuera residenciado.

Segundo; El padre Tello y seguidores dicen que Pedro Alméndez Chirinos fue uno de los conquistadores que cruzó la Sierra, pero Chirinos había abandonado la expedición desde que estaban en Chametla en mayo de 1531, cuando fue enviado por Guzmán a su defensa por el retorno de Hernán Cortés de España. Nadie ha mencionado que éste se hubiera reintegrado a la expedición, lo que no podría haber pasado desapercibido por la importancia que tenía como veedor del Rey de España. Hay un segundo personaje, Hernando de Chirinos, jinete de Joan de Sámano, que participó en la entrada a la mesa del norte, cuyo nombre debe haber causado la confusión del obispo de la Mota y del padre Tello.

Tercero; El obispo de la Mota y el padre Tello mencionan como otro capitán conquistador a Joseph de Angulo, personaje que no aparece en la relación de conquistadores de México ni es citado por ninguno de los cronistas originales; este personaje puede ser José de Angulo, quien era solamente un jinete de la tropa de Guzmán, de acuerdo a la relación de españoles que da López Portillo y Weber.

Cuarto; de Topia al valle del Guadiana hay como setenta leguas de distancia, más el tiempo que le llevaría a la expedición cruzar la Sierra Madre y regresar a Culiacán, hace imposible que se hubiera efectuado en tan sólo dos meses, noviembre y diciembre de 1532; más aún, desde septiembre de 1531 se había abierto el juicio de residencia contra Guzmán, quien en esas fechas radicaba en Compostela.

Por otra parte su descripción del «Valle del Guadiana» como una tierra falta de recursos, está lejos de coincidir con la que hiciera 20 años después Francisco de Ibarra. Puede decirse que todos los valles de la región al este de la sierra son fértiles.

Quinto; El padre Tello dice que la expedición de Guzmán se encontró con los sobrevivientes del naufragio de Pánfilo de Narváez en la Florida; Andrés Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el negro Estebanico quienes venían caminando desde la Florida hasta Culiacán. La realidad es que fueron encontrados en 1533, por un español traficante de esclavos, quien los llevó a presencia de Guzmán a Compostela.

Las incongruencias del padre Tello no se limitan a las fechas y acontecimientos en la entrada al actual Estado de Durango, hay errores en toda la descripción de la conquista de Nuño de Guzmán, que no podemos analizar con detenimiento. Aquí nos limitamos a hacer las observaciones que nos parecen pertinentes en relación con esta parte de la conquista. Estos errores cronológicos han sido reconocidos por otros autores (Martínez, J. L., 1993; 678).

La intención del conquistador de unir las provincias del occidente con la Gobernación de Pánuco de la que era el titular, para formar el reino de Santa María de la Mayor España, quedó inconclusa; sin embargo con esta expedición demostró la viabilidad de cruzar la Sierra Madre Occidental desde la costa.

El fin de Nuño de Guzmán

La Corona española mandó como gobernador de la Nueva Galicia a Luis de Castilla con cien soldados para aprehender a Guzmán, pero éste se le adelantó y con sólo cincuenta soldados lo encarceló, desarmó a su tropa y los regresó humillados a México, motivo por lo que Guzmán fue llamado a comparecer a la capital de la Nueva España, donde estando alojado en el palacio del virrey Antonio de Mendoza, el 20 de enero de 1537 fue apresado y se le incautaron sus bienes por el lic. Diego Pérez de la Torre, quien fue nombrado juez de su residencia y nuevo gobernador de la Nueva Galicia. Guzmán estuvo preso en la cárcel pública que se localizaba en las Atarazanas, irónicamente bajo el cuidado del alcalde de ellas, Lope de Samaniego, quien formó parte de su ejército de conquista; aquí estuvo preso por más de un año. Guzmán, en sus memorias, relata así el acontecimiento:

> «*... cuando llego a México yo estaba malo de una enfermedad de calenturas y deshauzado de los médicos: plugo a Dios de darme salud y bien flaco una tarde junto el visorrey y los oidores con el juez me inviaron a llamar y me notificaron la cédula de mi prisión para que de aquel lugar donde en nombre de su majestad y como su presidente había mandado y gobernado toda la tierra siendo su capitán general y su gobernador me llevasen coram populo a la cárcel pública donde negros y ladrones y otras gentes estaban y allí estuve diez e ocho meses y diez e ocho días preso sin salir della un día y delante de mi daban los tormentos a ladrones y negros y a otras personas...*».

Posteriormente fue trasladado a España, desterrándosele al pueblo de Torrejón de Velazco que fue su prisión; murió en los años de 1549 o 1550. Terminó así en la miseria la vida del «muy Magnífico Señor», como le gustaba ser llamado, Beltrán Nuño de Guzmán, una de las figuras más negras y sanguinarias, no sólo en la historia de la conquista de México, sino en la historia mundial.

Viajes posteriores de Hernán Cortés a California

> «*Cortés había llegado a decir a Carlos V que, incorporándose las Californias a sus dominios, se abría el camino para que en verdad llegara a ser él, emperador del mundo*»
> **Martínez, J. L., 1993**.

La pasión por los Misterios del Norte no sólo incluyó las expediciones de Guzmán, sino que Hernán Cortés trató de llegar por vía marítima a descubrir lo que Guzmán no había encontrado por tierra. Hizo cuatro expediciones por mar a partir de su regreso de España. Guzmán estaba viviendo en Compostela después de su fracasada jornada; sin embargo, desde ahí y como gobernador de la Nueva Galicia siguió hostilizando a Cortés, impidiéndole a las tropas de éste pasar por su territorio y abastecerse de agua a las embarcaciones que llegaban a sus litorales.

A su regreso de España con el título de Marqués y como Capitán General de la Nueva España, Cortés también regresó con el permiso de la reina Juana expedido en 1529, para explorar el Mar del Sur y que entre otras cosas decía:

> *«…en nombre de la Corona Real de Castilla vos damos licencia, poder y facultad para descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla, tierras y provincias que hay en el Mar del Sur de la Nueva España, que no sea en paraje de las tierras que hasta agora hay proveídos gobernadores… ni entre en límites y pasaje norte-sur de la tierra que está dada en gobernación a Pánfilo de Narváez e Nuño de Guzmán…»*.

Las expediciones de Cortés resultaron desafortunadas ya que tuvo grandes gastos económicos y pérdidas humanas, de tal manera que, ampliamente criticado por su esposa, sus soldados y los reyes de España que le mandaron regresar y lo sustituyeron en el poder con el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, quien pronto cayó también embrujado por los efímeros tesoros del norte. Cortés desembarcó en California el 3 de mayo de 1535. Desde el punto de vista geográfico, sus hallazgos fueron extraordinarios ya que exploró una buena parte de la costa occidental de la Nueva España, descubrió California, constató que no era una isla sino una península; descubrió el mar Bermejo, o golfo de Cortés y algunas de sus islas. Después de Cortés, Pedro de Alvarado recibió la concesión para explorar el Mar del Sur e inició grandes preparativos para ello; zarpó de Guatemala con 12 barcos y 800 hombres, llegó al puerto de Acapulco en 1540 y de ahí partió a Michoacán para entrevistarse con el virrey Mendoza y así se iniciaron los trágicos acontecimientos que lo llevaron a la muerte, ya que estando en Michoacán se inició la rebelión del Mixtón en la Nueva Galicia y Cristóbal de Oñate, que gobernaba esta provincia, temía que los indios invadieran Guadalajara, por lo que enterado de la presencia de Alvarado, lo llamó en su ayuda. El caballo de Alvarado, guiado por un peón de apellido Montoya, se despeñó y cayó sobre él, muriendo en la ciudad de Guadalajara poco tiempo después (Fig. 24).

Figura 24. Lámina 33 del códice Telleriano Remensis; se ilustra la rebelión del Mixtón en Zacatecas y la muerte de Pedro de Alvarado, llamado por los indios el Tonatiúh, uno de los más afamados conquistadores.

1541
1542
1543

Viaje de Francisco Vázquez Coronado

Don Antonio de Mendoza (1535-1550), primer virrey de la Nueva España, nombrado por Carlos V y la Real Audiencia, alentado por los relatos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, uno de los sobrevivientes de la expedición de La Florida, quien describió a ésta como «*el país más rico del mundo*», organizó una ambiciosa expedición que duró de 1540 hasta 1542, en busca del «*México Primordial*» y las «*Siete Ciudades de Cíbola*», -otra vez aparece el conocido nombre de las Siete Ciudades ahora localizadas en Cíbola-, región situada en el actual territorio de Nuevo México, al suroeste de los Estados Unidos.

Para evitar que Hernán Cortés, quien tenía la concesión de la conquista del Mar del Sur, se adelantara en la expedición, el virrey Mendoza mandó una frágil partida de reconocimiento por tierra, en la que iban el negro Estebanico, que fue también sobreviviente de la expedición a La Florida y del que decían que tenía el poder de hipnotizar a los indios y hacer curaciones mágicas; un monje franciscano que había servido en Perú, llamado Marcos de Niza y el capitán Andrés Dorantes de Carranza. Este singular grupo partió a finales de

1538. Estebanico, se adelantó a fray Marcos, iba vestido con adornos de plumas, colguijos, sonajas de colores y un bastón mágico con supuestos poderes curativos, lo que no le valió para evitar que fuera masacrado por los recelosos indios Zuni.

El negro Estebanico murió a manos de los indios, pero el imaginativo fray Marcos, a su regreso a México declaró haber encontrado las Siete Ciudades de Cíbola, las que eran «*más ricas que las ciudades del reino de México con grandes cantidades de oro y un Cerro de plata*». Esta es la primera referencia que se hace sobre la existencia en algún lugar del norte, de un cerro de plata, que motivó muchas de las expediciones posteriores, como la de Ginés Vázquez del Mercado, quien lo buscó en Durango.

Estas noticias llenaron de codicia al virrey Mendoza, al pueblo y a Hernán Cortés quien de inmediato solicitó al virrey la licencia para la conquista de las Siete Ciudades, que le fue negada, motivo por el que se enemistó con él y partió a España a quejarse de este agravio.

Bernal Díaz del Castillo hace una interesante referencia sobre Cíbola que dice:

> *«… y después de que llegaron a las tierras de la Cíbola y vieron los campos tan llanos y tan llenos de vacas y toros disformes (Cíbolos) de los nuestros de Castilla y los pueblos y casas con sobrados, y subían por escaleras, pareciole al fraile que sería bien volver a la Nueva España, como luego vino para dar relación al virrey don Antonio de Mendoza, que enviase navíos por la costa del sur…»*.

Los indios llamaban cíbola a este tipo de ganado, que debieron haber sido bisontes de las planicies del sur de los Estados Unidos.

El virrey Mendoza seguía convencido de la existencia de un país más rico de lo que fueron Perú, Tenochtitlán y los Tarascos; organizó la más poderosa expedición de conquista formada hasta entonces al mando de Francisco Vázquez Coronado, a quien nombró «Capitán General y gobernador de las Siete Ciudades y de lo que descubriese, conquistase y pacificase»... Se estableció que la empresa saliera de Compostela, hasta donde fueron como testigos el propio virrey Antonio de Mendoza, el gobernador Cristóbal de Oñate, el factor Gonzalo de Salazar, el veedor Per Alméndez Chirinos y el comendador Barrios del hábito de San Juan. La partida fue todo un acontecimiento pues en ambiente festivo, se bendijo el estandarte-bandera Real del Campo, se mandaron pregonar ordenanzas de mucho concierto y equidad y a los participantes se les obligó a hacer una declaración patrimonial y jurar lealtad absoluta a su capitán. En esta expedición, entre otras figuras, participó Lope de Samaniego como maestro de campo, quien ya tenía experiencia por haber estado en la expedición de Nuño de Guzmán y que pronto murió en un pueblo de Chiametla de un flechazo en un ojo. La partida contaba con 600 soldados, lo mejor de la caballería de la Nueva España, abundantes armas, ganado y otras vituallas.

La armada se dirigió al norte siguiendo antiguas rutas de comercio indígenas y aunque fueron conquistados enormes territorios del sur de los Estados Unidos de los actuales

Estados de Arizona, Nuevo México, Texas y Kansas, fue considerado un gran fracaso, ya que no se encontraron las ciudades y riquezas de los míticos relatos. Vázquez Coronado tuvo que regresar a la ciudad de México en 1542, frustrado y quejándose amargamente de las fantasías de fray Marcos.

La fracasada empresa de Coronado coincidió con una gran rebelión de los indígenas que habitaban cerca de la capital de la Nueva Galicia, conocida como la Guerra del Mixtón; esta rebelión sucedió en los años 1541-1542; ahí murió Pedro de Alvarado, uno de los más importantes conquistadores de la tropa de Hernán Cortés y aunque triunfaron los españoles, encabezados por el mismo virrey Antonio de Mendoza, el poderío demostrado por los indígenas frenó por un tiempo los intentos de continuar la conquista hacia el norte.

Los indios americanos y la conquista

«... son homúnculos, hombrecillos, menos que hombres
que por ello han de quedar bajo la encomienda
de sus conquistadores y colonizadores.
Para salvar sus almas deberán pagar
a sus salvadores con su propia servidumbre.»
Juan Ginés de Sepúlveda refiriéndose a los Indios de América.

Ha sido muy discutida la conquista española en relación al efecto que ésta tuvo en la población indígena de América. Cristóbal Colón creía que iba a llegar a Asia, al imperio del Gran Khan, por lo que llevaba consigo cartas de presentación de los Reyes de España, así como traductores, para establecer relaciones comerciales y alianzas militares en contra de los moros; en lugar de encontrar estos pobladores en las islas recién descubiertas, encontró indios «caribes» con una cultura poco desarrollada y que durante muchos años fueron considerados no humanos y se les dio el trato de esclavos y bestias de carga; sin embargo, ellos con su trabajo hicieron florecer a España.

La población indígena sufrió un cambio radical: la sustitución de sus ideas religiosas, la pérdida de su libertad personal, del dominio de sus tierras y muchas veces de sus vidas, que como ya se dijo antes, fueron diezmadas por las guerras, la esclavitud, las enfermedades bacterianas y virales acarreadas por los españoles, la desnutrición y el agotamiento causado por la sobreexplotación en el trabajo. Es difícil obtener estadísticas confiables de las pérdidas de vidas como consecuencia de la conquista, pero algunos autores señalan que murió más del 80% de la población indígena.

Algunos de los españoles protestaron por el trato que se daba a los indios; éstas se hicieron llegar a la Corte de España y al Consejo de Indias, de tal manera que se promulgaron varios decretos para limitar el maltrato, pero con muy pobres resultados ya que los conquistadores hacían oídos sordos a los mismos. En 1523, Carlos V prohibió a Cortés la repartición de los indios como esclavos, de lo cual hizo caso omiso, de tal forma que la

orden pronto fue olvidada y se siguieron como antes dándoles no solamente trato de esclavos, sino haciendo que pagaran tributo a los encomenderos por su protección y por la instrucción religiosa que recibían.

Se establecieron encomiendas a todo lo largo de la conquista, que fueron repartidas como premios y recompensas a los soldados; los encomenderos obtenían así no solamente mano de obra gratis para el trabajo de sus tierras, sino también el tributo de los indígenas encomendados. El 4 de diciembre de 1528, debido al juicio que se seguía a Cortés en España, el emperador Carlos V mandó nuevas y más estrictas ordenanzas para impedir que continuara tratándose a los indios como bestias de carga.

No todos los nativos tuvieron la misma suerte, muchos se vieron favorecidos por la conquista, especialmente los tlaxcaltecas que se aliaron desde temprano con Cortés en contra de sus grandes enemigos y explotadores aztecas, en una alianza que fue definitiva en favor de los españoles para conquistar el imperio Mexica. El sistema de encomiendas no fue aplicado en Tlaxcala.

Con el tiempo, después de la conquista fueron reconocidos algunos señores nobles indígenas o tlatoanis, a quienes se llamó a colaborar con los funcionarios españoles, para establecer un sistema de justicia para las poblaciones indígenas menores; estos señores gozaban de privilegios importantes y poco a poco fueron tomando como suyas las costumbres españolas. Aparecieron títulos como «Conde de Moctezuma», que acabó por ser un título de nobleza español.

Algunos conquistadores se sentían con la obligación moral de convertir a los indios a la religión católica aún usando la fuerza, ya que estaban convencidos de la verdad de su religión como la única; esta idea tomó forma, cuando usaron sus mismos santos protectores para que les ayudaran en su lucha contra los indios, como el apóstol Santiago, que según la tradición llevó la palabra del evangelio hasta España, de donde ha sido el Santo Patrón; se le representaba no sólo como apóstol peregrino, sino con mayor frecuencia, como el jinete sobrenatural símbolo de la caballería española. Con esta imagen se apareció primero en España como Santiago Matamoros, ya que se le atribuía su presencia milagrosa en batallas, cargando contra los moros. En la Nueva España también se citan numerosas apariciones del Santo, ahora cargando contra los indios, de ahí las imágenes como Santiago Mataindios. Esta figura fue muy venerada a través de toda la conquista y aún después de la misma, tanto por los españoles como por los indios sometidos, cuyo fervor más parece ser producto del temor a su poder que de verdadera fe religiosa. El nombre de Santiago fue usado ampliamente en la conquista para bautizar ciudades, iglesias, pinturas y esculturas y el grito de ataque de los españoles era de «*Santiago y a ellos*». Así, el Apóstol contribuía a la salvación de las almas de los indios muertos luchando contra los demonios que se aposentaban en sus cuerpos (Zea, L., 1993; 132).

Hay numerosas referencias de intervenciones milagrosas de Santiago en su caballo blanco y una cruz en la mano izquierda; la primera fue en la batalla de Centla en la que ayudó a Cortés; el conquistador lo confundió inicialmente con San Pedro. También intervino ayudando a Pedro de Alvarado en la masacre del Templo Mayor en 1520, y después se describieron otras apariciones en Guatemala, Perú, Nuevo México y Chile. En la batalla de Tetlán, en 1530, ayudó a Nuño de Guzmán así como Cristóbal de Oñate en la rebelión del Mixtón en Guadalajara, en 1541. Una de las últimas apariciones de Santiago fue en Tabasco, cuando por fin dejó de proteger a los europeos y se unió a las tropas mexicanas de Gregorio Méndez para atacar al ejército francés.

La defensa de los indios corrió a cargo principalmente de los religiosos, como fray Vasco de Quiroga en Michoacán, miembro de la segunda Audiencia de la Nueva España y amigo de fray Juan de Zumárraga, quien fundó un hospital-pueblo cerca del lago de Pátzcuaro en Michoacán, en donde los habitantes tarascos vivían en una especie de comuna; además de la instrucción religiosa, los pobladores tenían una escuela-granja, molinos, telares y un hospital para la comunidad; estas ideas provenían del libro *Utopía*, de Tomás Moro, del que era lector Quiroga, en donde se plasma el pensamiento humanista del renacimiento europeo. La admiración de Vasco de Quiroga por sus indios fue en aumento, de tal manera que nunca tuvo duda de que realmente eran hijos de Dios y que deberían recibir trato de humanos, siendo llamado «Tata Vasco» por los indígenas. Es interesante señalar que en aquel entonces algunos religiosos de la Nueva España proponían que, para llevar a cabo los trabajos despreciables de la comunidad, se deberían traer esclavos negros del África.

Fue así como desapareció la civilización mesoamericana, de cuyo esplendor sólo quedan como remanentes, grupos indígenas que luchan todavía para integrarse a la cultura occidental.

Este era el ambiente social, cultural, económico y religioso que prevalecía en América en la mitad del siglo XVI, cuando se inició la conquista definitiva de los Estados del norte de México, en especial de Zacatecas y Durango.

«Se les predicaba a los indios que la obra de Dios se hacía mediante la intervención de los Santos, los que tomaban partido en los conflictos terrenales, estas ideas fueron y han sido muy del gusto de los indígenas pobladores de América».
Pérez de Ribas, A., 1645.

Los cronistas de la conquista por la mesa del norte

Los trabajos fundamentales para comprender la conquista española siguiendo la ruta del centro de México son: «*Los descubrimientos de la Nueva España*» de Baltazar de Obregón, cronista del conquistador Francisco de Ibarra; otros trabajos posteriores incluyen: «*Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*»; la «*Crónica de las Provincias*» del padre Francisco Javier Alegre; la «*Crónica*» de Pedro de Ahumada que es un documento en náhuatl; la «*Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*» del obispo Alonso de la Mota y Escobar de 1604; la «*Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las Gentes más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe*» de Andrés Pérez de Ribas de 1645; la «*Crónica de la Provincia de N.S.P.S. Francisco de Zacatecas, México*» de fray José Arlegui de 1737. Seguramente mucha información permanece inédita en los Archivos de Indias en Sevilla, en los de la Nación en la ciudad de México y en los ricos archivos de la Catedral y del Gobierno del Estado de Durango.

Existen descripciones aisladas, posteriores como las del fraile Agustín de Morfi, Nicolás de Lafora y la del obispo Pedro Tamarón y Romeral, quien escribió en 1765 «*Demostración del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya*».

Estos han sido los fundamentos de trabajos recientes como el de «*Francisco de Ibarra y la Nueva Vizcaya*» de J. Lloyd Mecham, publicado en inglés en 1927 y reeditado en español por la Universidad Juárez del Estado de Durango, en 1991; de Atanasio G. Saravia, en su obra «*Apuntes para la Historia de la Nueva Vizcaya*» publicado en 1979 y el excelente trabajo de J. Ignacio Gallegos en su «*Historia de Durango*» de 1972.

Andrés Pérez de Ribas

Andrés Pérez de Ribas, sacerdote de la Compañía de Jesús, nació en Córdoba, España, en 1576, entre sus obras fundamentalmente etno-histórico-religiosas, figura como principal la titulada «*Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe Entre las Gentes más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe: Conseguidos por los Soldados de la Milicia de la Compañía de Jesús en las Misiones de la Nueva España*».

Esta obra, que consta de 13 libros, fue editada por primera vez en Madrid en el año de 1645 y se refiere principalmente a la conquista y evangelización de las provincias de Sinaloa y Sonora del siglo XVII. Pérez de Ribas fue misionero en estas provincias por 16 años, las que recorrió de una manera exhaustiva, convivió con las numerosas tribus indígenas que describió, aprendió los lenguajes nativos, sus costumbres y creencias, lo que le dio una gran fuerza a su labor evangelizadora, ya que les predicaba que la obra de Dios se manifestaba mediante la intervención de los Santos, quienes tomaban partido en los conflictos terrenales. Estas ideas fueron y han sido muy del gusto de los indígenas pobladores de América.

El estudio de las lenguas fue uno de los principales objetivos de los Jesuitas como medio de influir en los indios; en el año de 1645, apareció la primera gramática náhuatl, de Horacio Carochi, obra fundamental de esta lengua.

Como se ha mencionado, los tratados del padre Pérez de Ribas se dedican principalmente a la descripción de las provincias de Sinaloa y Sonora. En los libros del VIII al XII hace alusión a las tribus que habitaron la Sierra Madre Occidental en el Estado de Durango, en sus límites con otros sitios de la costa. Describe cuatro provincias indígenas principales en la Sierra de Durango que son: «*Topia, San Andrés, Tepeguanes, nación que era vecina de los Tarahumares y la región conocida como Parras y Laguna Grande de San Pedro, en Coahuila*».

Son interesantes algunas de las observaciones que hace sobre la provincia de Topia, no es la intención de este libro el reproducir la totalidad del capítulo correspondiente; sin embargo haremos la cita textual de algunos párrafos en los que se refiere a este lugar:

> «*Esta altísima montaña es de las más célebres que se han visto en las* Indias Occidentales y Nuevo Mundo descubierto; por su altura, por las profundísimas

quebradas, por los ríos que por ellas corren, arboledas de pinares altísimos de que están pobladas sus cimas y otros árboles en sus lomas, y principalmente por los ricos minerales y metales de plata que encierra en sus entrañas… para describirlo encumbrado de esta célebre montaña y decir de ella, es que son casi inaccesibles a las aves sus cimas y no las pudieran haber vencido los españoles, si no les llevara por ellas la esperanza de la plata que lleva y tira de los hombres para buscarla por las inmensas olas, y golfos del mar océano… Los montes más altos de España son pigmeos en su comparación… hay cuestas que subir y bajar de tres a seis leguas y donde están las fragosidades de cuchillas y pasos a los cuales por el grande peligro que hay en pasarlas, les habían puesto los españoles nombres que lo declarasen, como lo es el de Tembladera y del Espinazo… en lo más alto de ella tienen principio grandes ríos; unos corren al poniente y entran al Mar del Sur; otros por la banda de oriente desaguan en el Mar del Norte. No obstante que algunos de ellos paran con sus corrientes en la laguna llamada Grande y éstos son los que se nombran de las Nazas, de Papasquiaro y el de los Ahorcados…».

«Movía también a alabanza del poder divino, el ver poblados aquellos altísimos montes de pinares tan espesos y árboles tal levantados, que sus copas se suben a las nubes y su espesura en algunas partes no da lugar a los rayos de sol para que pasen a la tierra. Dije en los altos, porque de las medias laderas para abajo, donde el temple no es tan frío está poblada la tierra y las peñas de otros géneros de árboles, que son propios de tierra caliente, y lo profundo de los valles lo es tanto que no pueden ser mayores los calores del África y Libia a que se añade la plaga de mosquitos que es muy ordinaria y bien molesta y pesada».

Estas tierras estaban habitadas por tribus Acaxee, gente de poca cultura que se alimentaba de la agricultura, caza y recolección de frutos silvestres, además de ser antropófagos ya que se comían a los prisioneros que ganaban en las permanentes guerras que sostenían con sus vecinos o bien con los indígenas que lograban matar cuando salían de cacería; estos pasajes están descritos de la siguiente manera por el padre Pérez de Rivas:

«Esas guerras eran unas de la comunidad saliendo a tropas a campo con sus enemigos, vicio que tenía muy introducido entre estas gentes el demonio para llevárselas presto al infierno y heredado de padres a hijos; otras veces a uso de salteadores en los caminos o sementeras, buscando algún enemigo que comerse como se sale a caza de venados… era traer cuerpos muertos de hombres para comérselos y eso era para ellos alcanzar victorias; y cuando la habían alcanzado, media legua antes de llegar con la presa a su pueblo daban aviso a sus mujeres e hijos, que como los leones enseñan a sus cachorros con presas de monte, así estos indios a sus hijos los cebaban y criaban con carne humana para hacerlos a esas presas inhumanas y fieras. El cuerpo humano que cogían lo llevaban muerto entero o hecho piezas y lo entregaban a sus viejos; éstos habiéndolo hecho pedazos por sus coyunturas, lo echaban y cocían en ollas grandes que para el efecto tenían; y juntamente con fríjoles que les servían de garbanzos, cuidaban de darles fuego y cocerlos toda la noche hasta que podían sacar los huesos mondos, los cuales

guardaban por trofeos de sus víctimas y junta toda la gente del valle, repartían a todos de ese inhumano potaje y juntamente del vino que tenían hecho… digo que sucedió entrando los Padres a dar doctrina a una nación de estas serranas, contar de calaveras que de sus presas tenían colgadas por sus casas, de personas que habían muerto y comido y llegaron a mil y setecientas y veinte y cuatro, sin otras que se habían deshecho con el tiempo, y otros innumerables huesos que todavía tenían colgados».

El libro noveno trata de la Misión de San Andrés y de las tribus agregadas a ellas. El Real de San Andrés fue una misión que fundaron los mineros españoles y el padre Fernando de Santarén «*en lo más interior de la Sierra de Topia*», en su incansable búsqueda de minerales de plata; aquí se asentaban los indios Xiximes. La descripción que hace el padre Pérez de Ribas se inicia con la rebelión de estos pueblos en contra de los mineros españoles radicados ahí; la región fue visitada por el padre De la Mota y Escobar después de los alzamientos.

Las tribus Acaxees fueron temibles y salvajes, sin embargo, con el tiempo los españoles lograron evangelizarlos y hacerlos trabajar en sus minas para civilizarlos parcialmente; no lograron lo mismo con los Xiximes que habitaban en las montañas cercanas a San Andrés. Estos acosaban permanentemente a los Acaxees, a los que dominaban por vivir en villas más escarpadas; eran capaces de escabullirse de los soldados españoles que venían a atacarlos, trepando a riscos inaccesibles; Pérez de Ribas los describe así:

«Ser la nación Xixime la más brava, inhumana y rebelde de cuantas poblaban el grueso de esta sierra y que habitan en los puestos más empinados y dificultosos de ella; teníanlo ya experimentado, así los indios acaxees sus vecinos como los españoles de todos aquellos reales de minas de lo interior de la sierra… habitaba esta nación en el corazón de esta sierra; y estaban fortalecidos y guardados en los montes más inaccesibles de toda ella, con que venían a ser inexpugnables, así por su altura, como por la profundidad de sus quebradas, para poderlos tratar y amansar. Demás de lo dicho, lo que les hacía aún más intratables, era su inhumana costumbre, en que más que otra alguna de las que en la Nueva España se han descubierto, ella se había encarnizado, de sustentarse ordinariamente de carne humana. Y el salir de sus montes y quebradas era a buscar indios acaxees, sus vecinos, para cocer ollas de su carne con que hartarse; y con los huesos y calaveras celebrar sus triunfos y colgarlos a las paredes y puertas de sus casas, y de los árboles que tenían vecinos a ellas».

El gobernador de Durango, don Francisco de Urdiñola, trató de meter en paz a los Xiximes; estableció un acuerdo con los caciques de sus pueblos y mandó frailes a evangelizarlos tratando de quitarles la fea costumbre de la antropofagia; los indios vivieron calmados unos años, pero en 1610 volvieron a ponerse en pie de guerra y a matar y comer a cuanto indio enemigo o español pudieron. Después de consultar con el virrey Luis de Velazco, los oidores de la Real Audiencia y otros teólogos y religiosos, se tomó la determinación de enviar una fuerza de más de mil soldados españoles e indios, quienes al mando de los capitanes, Diego de Ávila y Miguel Sánchez, atacaron, en una gran marcha a pie, las principales poblaciones xiximes a pesar de lo difícil que era su acceso.

Alrededor de 800 sorprendidos xiximes bajaron de las montañas a una entrevista con el gobernador Urdiñola; antes de entrar a la reunión fueron desarmados y después de que cruzaron algunas palabras con él, iniciaron una discusión que terminó con un enfrentamiento en donde fueron muertos los 800 indios para escarmiento del resto de la nación Xixime. La tropa partió después de quemar las casas y sementeras de los indios.

El libro décimo trata de las costumbres, guerras y evangelización de la nación tepehuana, cuya rebelión en 1616 fue de tal importancia que algunos autores la han tratado exhaustivamente; haremos a continuación una síntesis de este suceso.

Aunque la nación tepehuana no era muy numerosa, ocupaba una vasta región que incluía parte de los Estados de Durango y Chihuahua llegando al norte hasta el territorio de Nuevo México.

Los pueblos más importantes eran: Santiago Papasquiaro, Tepehuanes, Santa Catarina, Guanaceví y otro gran número de poblados pequeños diseminados en los valles de Guatimapé, Santiago Papasquiaro y Tepehuanes.

Los tepehuanes eran vecinos de las tribus xiximes y acaxees, pero habitaban las zonas bajas del occidente de la Sierra Madre Occidental y parte de la región de los valles de Durango, de tal manera que estaban más cercanos a los sitios de poblamiento español, a los que tenían al alcance de sus ataques. En relatos de 1554, los primeros frailes que entraron al Estado de Durango por el sureste narran que el límite entre la nación tepehuana y los zacatecos se encontraba en el lugar conocido como Los Berros, cercano a la población de Nombre de Dios, Durango.

Los tepehuanes, agraviados por la ocupación y los abusos de los españoles, provocaron una rebelión de grandes proporciones que en un momento dado puso en peligro no sólo la provincia de la Nueva Vizcaya, sino la integridad de la conquista, atacando las localidades españolas que dispersas en tan extenso territorio, no tenían forma de estructurar una fuerza de defensa importante, ya que cualquier ayuda militar debería organizarse desde la capital de la provincia. La guerra tepehuana duró de noviembre 15 de 1616 hasta mayo 16 de 1618.

De la rebelión tepehuana hay testimonios -además del de Pérez de Ribas- de los provenientes de los documentos recolectados por Charles W. Hackett. Sólo contamos con la versión española que naturalmente es muy parcial, ya que pone al demonio del lado de los tepehuanes y a Santo Santiago y otros santos de su parte.

Uno de los líderes de la insurrección les prometía a los indígenas para que participaran en la lucha:

> *«... seguridad en sus vidas, mujeres e hijos y la victoria sobre los españoles: Porque aunque algunos muriesen en la guerra, dentro de siete días les prometía*

su resurrección. Y amontonando embustes del que es padre de la mentira y su demonio familiar, añadió, que después de la victoria que les había prometido, los viejos y viejas se volverían a su primera edad de mozos. Apetito que sabe el demonio cuanto reina en los hombres, que ni aún en la apariencia quieren ser viejos...».

Aparentemente, los tepehuanes habían planeado la rebelión desde varios años antes; buscaron la coalición con otras tribus que les fallaron a última hora y además, por algunos latrocinios que cometieron, se les descubrieron sus planes antes del ataque por sorpresa que planeaban a la villa del Guadiana el 15 de noviembre de 1616. Guadiana fue atacada por primera vez el 22 de noviembre, sin embargo, a los atacantes pronto se les aprehendió y encerró en varios locales; pero ante la inminencia de un segundo ataque, todos los prisioneros fueron muertos y colgados en los caminos que llegaban a la ciudad, para escarmiento, lo que asustó al resto de los indígenas que se retiraron a las serranías cercanas. Los indios intentaban el siguiente enfrentamiento para el 19 de diciembre, pero un espía fue capturado y reveló los planes, de tal manera que se frustraron. El 20 de diciembre los indios atacaron la estancia de La Sauceda.

Otros libros del padre Pérez de Ribas son la «*Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en México*» y el manuscrito perdido titulado «*Historia de Sinaloa*»; una parte importante de su obra se dedica a describir la biografía de los primeros padres mártires evangelizadores.

Don Alonso de la Mota y Escobar

El obispo don Alonso de la Mota y Escobar escribió su libro «*Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*»; era descendiente de la aristocracia de los primeros conquistadores; alcanzó gran prestigio por su inteligencia y su habilidad como predicador; en 1597 fue nombrado obispo de Guadalajara, e inició por esas fechas sus frecuentes viajes pastorales por una extensa región del occidente y norte de México; en 1601 tomó parte activa en la sofocación del levantamiento de los indios de Topia, tratando de mediar para que no se aplastara en forma sangrienta la rebelión.

El trabajo del obispo de la Mota y Escobar fue muy importante; su obra precedió y ha sido citada por todos los cronistas e historiadores posteriores como el padre Tello, el padre Alegre, de la Mota Padilla, García Icazbalceta, etc.

Al referirse al descubrimiento de Topia, seguramente basado en relatos de testigos indirectos, dice:

«*En el mismo tiempo que Nuño de Guzmán envió al capitán Chirinos, envió también al capitán Joseph de Angulo al descubrimiento de la serranía de Topia, la cual descubrió y juntamente desde la altura de ella reconoció los grandes llanos que entonces llamaron de Pánuco y hoy de la Nueva Vizcaya. Y tratando de las*

jornadas que llevó el capitán Angulo, trataremos juntamente de los pueblos de indios que en este camino yendo a Topia hay, que aunque no están lejos unos de otros, pero caen en diferentes puestos respecto de la altura y polos del cielo».

En otro párrafo (Pág. 186), dice:

«*Ya queda dicho arriba como el capitán Joseph de Angulo, enviado por el gobernador Nuño de Guzmán desde la villa de Culiacán, descubrió la gran serranía que llaman de Topia, desde cuyas cumbres descubrió con la vista unos grandes llanos a quien entonces puso por nombre los llanos de Pánuco, que hoy en día se llaman de la Nueva Vizcaya, que fue nombre que le puso el capitán Francisco de Ibarra, de nación viscaíno, cuya entrada en este reino fue muchos años después del primer descubrimiento que de él hizo el capitán Angulo, que si bien que la noticia de ellos se descubrió en el año de treinta y tres, la entrada del capitán Ibarra fue en el año de quinientos sesenta adelante y su entrada no fue por la parte que el capitán Angulo descubrió, sino siguiendo uno de estos caminos, que hemos descrito desde Zacatecas a la Vizcaya*».

Es entonces el obispo de la Mota quien describe inicialmente la idea errónea de la entrada de los supuestos capitanes Chirinos y Angulo a los llanos del Guadiana, la que nosotros consideramos equivocada por los argumentos expuestos en capítulos anteriores y que fue tomada por el padre Tello para perpetuarse hasta el presente.

Refiriéndose a lo difícil que era llegar a Topia desde la costa, el obispo dice:

«*Desde este pueblo de Guzmanillo al Real de Topia hay dieciséis leguas de despoblado, por la serranía más áspera que en el mundo se sabe, y en ella abrió Dios Nuestro Señor una zanja muy honda por la cual corre un río caudaloso, por grandes pedregales y peñascos, de suerte que sirve de camino para llegar a Topia, que si no es metidos en la ribera de él no se puede caminar por otra parte...*».

En la descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, realizada por el obispo don Alonso de la Mota y Escobar entre los años de 1602 a 1605, describe un sitio que corresponde a «El Cañón del Molino» y otros poblados indígenas vecinos, en los siguientes términos: (Mota y Escobar, A., 1940; 201)

«*Saliendo, pues, de La Sauceda, caminando hacia el norte, está a 2 leguas un poblezuelo pequeño de chichimecos llamado Capinamaiz. Siete leguas adelante está otro de chichimecos que llaman Texame casi despoblado, con otros dos de poca gente que llaman Las Bocas y Guatimapé, y todos ellos participan de buen temple, buenas aguas y montañas*».

Baltazar de Obregón

La «*Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España*», escrita por el conquistador Baltazar de Obregón en el año de 1584, dada a conocer a finales del siglo XVI, fue dedicada a Felipe II y publicada por la Secretaría de Educación Pública de México en 1924.

Baltazar de Obregón nació en la Ciudad de México en el año de 1544, hijo de una familia noble y poderosa, descendiente de los primeros conquistadores. En 1563 se unió a una expedición comandada por Antonio de Luna dirigida a explorar California; inmediatamente a su regreso alcanzó la segunda partida de conquista de Francisco de Ibarra; es importante señalar que el historiador no tomó parte en la primera empresa al norte de Zacatecas en 1554.

Obregón formó parte activa de la tropa de la conquista y fue testigo presencial de la misma, lo que le da un gran valor histórico a sus relatos; al terminar ésta, no se quedó en la Nueva Vizcaya sino que regresó a México donde contrajo nupcias con la hija de Antonio Luna y a partir de entonces empezó a escribir su historia. Actor y testigo presencial de los acontecimientos, su relato ha sido el trabajo fundamental en que se basan los documentos escritos sobre la historia de la conquista del norte de México.

Además de historiador profundamente religioso, Obregón jugó un papel muy importante como soldado de la tropa de Francisco de Ibarra, pues era considerado un valiente explorador, que incluso salvó en una ocasión al grueso del ejército que estaba atrapado en una honda cañada de la Sierra Madre Occidental, con la tropa hambrienta y a punto de desfallecer, él encontró la salida para llegar a la costa.

En su obra relata acontecimientos no sólo de la Nueva Vizcaya sino también de otros que sucedieron en la Nueva España, las Californias, Cíbola y San Felipe del Nuevo México. En su libro describe los formidables hallazgos de Hernán Cortés en el palacio de Moctezuma y el interés que tenía el conquistador por encontrar el «tronco raíz y origen de los antiguos culguas», las epidemias, el modo de vida y la interpretación que él daba de los acontecimientos naturales como el «diluvio», las sequías y los terremotos que pensaba se encontraban descritos en los códices provenientes del palacio de Moctezuma.

Obregón narra en forma amena los acontecimientos importantes de la Nueva España después de la conquista; los enfrentamientos y enemistad entre Hernán Cortés y Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, con Nuño de Guzmán y con Pánfilo de Narváez quien con sus intrigas hizo que la Corte española declarara juicio de residencia y llamara a España a Hernán Cortés y que por tal motivo se le nombró a Narváez capitán general de la Florida y Río de Palmas, a donde partió con su ejército en un viaje terrible en que murió, perdió sus soldados y armada y en que sólo sobrevivieron Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el capitán Andrés Dorantes de Carrión o Carranza, Alonso del Castillo Maldonado y el negro Estebanico

de nación Alarabe de Azama, esclavo del capitán Dorantes. Estos náufragos caminaron desde la Florida hasta San Miguel de Culiacán y sus relatos de las tierras, supuestamente riquísimas por las que habían pasado, alimentaron la sed de aventura y enriquecimiento de los pobladores de la Nueva España y la Nueva Galicia y fue la causa de que se continuara la exploración del norte de México.

Estos acontecimientos los conocía Obregón y los describió por su interés histórico; fueron tratados por muchos otros historiadores de la época, pero el mayor valor del trabajo de Obregón es el que se refiere a su participación activa en la conquista de Francisco de Ibarra. La descripción del segundo viaje de esta conquista se funda en sus relatos. Su testimonio es invaluable por sus habilidades como cronista, testigo presencial de los hechos y capitán de la conquista.

La conquista
siguiendo la mesa del norte

El virrey don Luis de Velazco, presidente de la Audiencia y capitán general de la Nueva España (1550-1564), substituyó al primer virrey don Antonio de Mendoza, que había partido a Perú. El nuevo virrey siguió empeñado en la conquista, evangelización y sobre todo, en la búsqueda de riquezas en el norte de México; para eso organizó exploraciones a partir de la Nueva Galicia, pero ahora siguiendo rutas al este de la Sierra Madre Occidental. Cristóbal de Oñate, gobernador de esta provincia, recibió informes de la existencia de ricas minas en territorio del actual Estado de Zacatecas; comisionó a Juan de Tolosa para que organizara una expedición de españoles e indígenas, la que salió de Guadalajara en agosto de 1546 y llegó al sitio donde actualmente se encuentra la ciudad de Zacatecas, el 8 de septiembre del mismo año. Ahí, con la ayuda de los indígenas se descubrieron ricas vetas de plata, por lo que Tolosa llamó a Cristóbal de Oñate, Diego de Ibarra y Baltazar Tremillo de Bañuelos para ampliar la conquista; todos ellos radicaban en Guadalajara, acudieron al llamado y contribuyeron a fundar la ciudad de Zacatecas, que fue el siguiente punto de partida para las nuevas exploraciones hacia el norte.

En el año de 1552, los oidores de la Audiencia de la Nueva Galicia sospecharon la existencia de nuevas minas en la mesa del norte, en los cerros al este de la Sierra Madre Occidental, por lo que comisionaron, otorgándole amplios poderes, a Ginés Vázquez del Mercado, para que hiciera una expedición de pacificación de los indios de Jocotlán y después buscar nuevas minas en territorio del ahora Estado de Durango. Escogieron a este español nativo de Valvera de la Vieja Castilla, por su valentía y porque tenía conocimiento de la región, ya que había guiado una rápida expedición de 15 jinetes en un viaje de nueve días hacia el norte, que partió de Tepic y llegó hasta el pueblo de Huazamota, en el sur de Durango.

Después de que pacificó a los indios de Jocotlán, Vázquez del Mercado fue informado por unos nativos de Valparaíso Zacatecas, de la existencia de un gran cerro de oro y plata que se encontraba más hacia el norte; esta idea que era conocida desde las exploraciones de fray Marcos de Niza en su búsqueda de Cíbola, hizo que Vázquez del Mercado organizara una partida que siguió la ruta de Valparaíso y Chalchihuites, Zacatecas y que llegó al actual valle del Guadiana a fines de 1552, donde una tarde avistó la dicha montaña exclamando:

> «*Este es el tesoro por el cual tantas dificultades hubieron fatigado a los primeros exploradores; esto es por lo que el virrey de Mendoza envió expediciones en su busca por mar y tierra; esta es la montaña que Coronado no pudo encontrar, quiso la voluntad de Dios que Mercado la encontrara*».

Para su sorpresa y desencanto, la supuesta montaña de plata resultó ser un enorme yacimiento de hierro por lo que decepcionado, emprendió el regreso y cerca de Sain Alto, Zacatecas fue atacado por los indígenas, habiendo resultado lesionado; como consecuencia de las heridas falleció en Teúl en el año de 1553. Sus compañeros de expedición se burlaban de él porque despreció ricas minas por el utópico cerro de plata que lleva su nombre, utopía y desencanto aún de los durangueños actuales. Después de este fracaso, la Corona española prohibió nuevas exploraciones al norte sin su autorización.

La primera expedición de Francisco de Ibarra

Fue hasta 1554 cuando el virrey Velazco obtuvo la autorización real para continuar la conquista del Nuevo México, que en ese tiempo llamaban Copalá; con este fin nombró a su yerno, el comendador Diego de Ibarra, caballero de la orden de Santiago, de gran prestigio en la Nueva España, quien estaba casado con doña Ana de Velazco, hija del virrey. Velazco recomendó que se encargara de esta encomienda al joven Francisco de Ibarra, originario del reino de Vizcaya, quien había sido su paje. Diego de Ibarra financió las expediciones de su sobrino.

El primer viaje de exploración partió en septiembre de 1554, al mando de Francisco de Ibarra, quien era muy joven; en ese entonces tenía dieciséis años y de Juan de Tolosa,

de mayor edad y experiencia que Ibarra, asesorados por el capitán Martín Pérez, quien era el responsable directo de la marcha de la expedición; otros capitanes fueron Martín de Rentería, Martín Oñez, Pedro de Hermosillo, Juan de García, Pedro López del Perul y otros.

La expedición llegó primero a Fresnillo, Zacatecas; de ahí partió hasta encontrar una población indígena llamada Cein o Sain, que probablemente corresponde a la actual de Sain Alto; de ahí cambiaron de rumbo hacia el norte, llegando el 29 de septiembre a otras poblaciones de indios, Nieves y San Miguel del Mezquital, que ahora se llama Miguel Auza Zacatecas, en los límites con Durango; de ahí Ibarra mandó dos partidas, la primera hacia el norte, hasta Mazapil en Zacatecas, y la otra hacia el sur, en donde descubrieron ricas minas que fueron llamadas de San Martín.

De San Miguel del Mezquital, siguieron hacia el poniente en dirección de Avino donde se descubrieron algunas minas; de ahí se dirigieron al actual valle de San Juan del Río, continuaron su marcha para encontrar las minas de San Lucas, cerca de San Lucas de Ocampo, después cambiaron de rumbo hacia el sur, cruzando el valle de Guatimapé hasta llegar al valle del Guadiana; ahí Ibarra decidió regresar a la ciudad de Zacatecas a donde llegó a fines de 1554, luego de tres meses de viaje (Fig. 25).

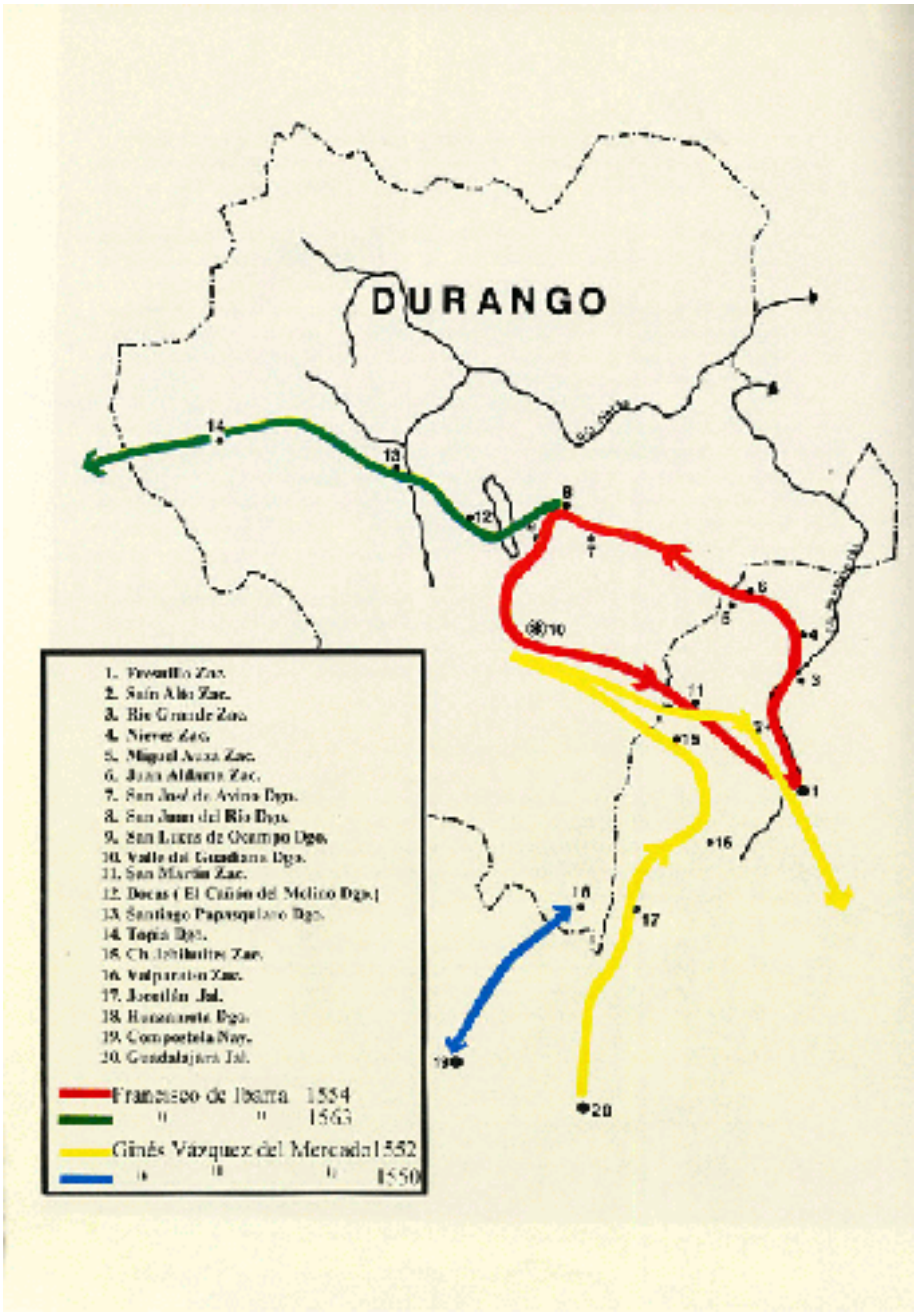
Así terminó el primer viaje de Francisco de Ibarra; no descubrió ninguna población indígena de importancia, pero debido al gran número de minas que encontró a su paso, cambió la mentalidad de la conquista; desde entonces fue la explotación minera su objetivo principal; la minería ya estaba en pleno auge en Zacatecas.

La expedición de Juan de Tolosa y Luis Cortés

En 1556 salió de México una partida de exploración organizada por el virrey Velazco, encabezada por Juan de Tolosa y Luis Cortés, con 50 españoles y un grupo de indios aliados. Tenía el fin de encontrar los orígenes de los aztecas y del Nuevo México en el territorio norte. No tenemos datos de sus descubrimientos ni de la duración de la misma. Baltazar de Obregón narra lo siguiente:

> *«…para el acertado y cristiano gobierno de esta Nueva España Católica con los naturales y acrecentamiento de vasallos y hacienda real de Su Majestad entre los cuales particularizó los medios que convenían y debía tomar para nuevos descubrimientos, especialmente para el descubrimiento y claridad del tronco, raíz y venida de los antiguos culguas mexicanos a ganar este imperio y provincias mexicanas con medio de atajar largos caminos trabajosos y gastos superfluos y que fuese la ida por tierras más llanas y convenientes al viaje… Inquiriendo de todos los descubridores de nuevas tierras las noticias que habían tenido y sabían del, el Nuevo México, añadieron en el Virrey codicia para la consecuencia del viaje*

Figura 25. Mapa de las expediciones relacionadas con este libro, de Ginés Vázquez del Mercado y Francisco de Ibarra, al territorio de Durango.


DURANGO
1. Fresnillo Zac.
2. Sain Alto Zac.
3. Río Grande Zac.
4. Nieves Zac.
5. Miguel Auza Zac.
6. Juan Aldama Zac.
7. San José de Avino Dgo.
8. San Juan del Río Dgo.
9. San Luis de Cordero Dgo.
10. Valle del Guadiana Dgo.
11. San Martín Zac.
12. Decas (El Cañón del Molino Dgo.)
13. Santiago Papasquiaro Dgo.
14. Topia Dgo.
15. Chalchihuites Zac.
16. Valparaíso Zac.
17. Jocotán Jal.
18. Huaynamota Dgo.
19. Compostela Nay.
20. Guadalajara Jal.
Francisco de Ibarra 1554
" " 1563
Ginés Vázquez del Mercado 1552
" " 1550

y así dio comisión de que entrase por descubridor y capitán don Luis Cortés, hijo del Marqués don Hernando Cortés el cual entró desde esta Corte hacia el norte doscientas leguas…
…Halló la tierra poblada de poca gente, desnuda, bestial y carente de policía y bastimentos y estando prosiguiendo su viaje, envío el virrey don Luis de Velazco y Audiencia Real al secretario mayor de la gobernación de esta nueva España, Juan de Cueba a que le notificase una real provisión en que le mandaron que no entrase ni prosiguiese el viaje a que iba y se volviese por la mucha alteración que hubo de la mayor parte de los vecinos y moradores de esta Nueva España queriendo seguirle».

Era de tal importancia la exploración del norte de México en ese entonces, que fue el mismo hijo de Hernán Cortés el seleccionado para este viaje; doscientas leguas son aproximadamente mil kilómetros, así que seguramente la partida llegó hasta bien tierra adentro de la mesa del norte; es interesante notar que la expedición tuvo que ser interrumpida por la gran inquietud que se despertó entre los habitantes de la Nueva España, quienes querían unirse a esta conquista.

Los primeros pobladores españoles en Durango

En 1555, en San Martín, Zacatecas, fray Gerónimo de Mendoza, un personaje muy importante porque era hermano del primer virrey, Antonio de Mendoza, tuvo noticias de una ranchería muy numerosa de bárbaros a 12 leguas de ahí; salió con un indio y un español, pasó la sierra del Calabazal y llegó hasta el río Súchil, de donde lo llevaron a San Quintín en el valle de la Poana, hasta llegar a un pueblo grande de que tenía noticia y que hoy se llama Ojo de los Berros, cerca de Nombre de Dios. Se iniciaron así las avanzadas para el arribo de los religiosos que se asentaron inicialmente en Durango. Un grupo de frailes franciscanos se establecieron en la villa de Nombre de Dios y en el valle del Guadiana, en donde fundaron misiones que constituyeron los primeros grupos evangelizadores. El 11 de enero de 1556 llegaron a Nombre de Dios fray Pedro de Espinareda, fray Diego de la Cadena, fray Jacinto de San Francisco y el donado Lucas, un grupo de religiosos que vinieron a evangelizar a los indios.

Fray Gerónimo de Mendoza tuvo que partir a España a buscar apoyo para continuar con su misión catequista; el padre Espinareda envió a fray Diego de la Cadena y el donado don Lucas a los llanos de Guadiana, donde encontraron un caudaloso manantial y mucha gente, los que aceptaron muy bien sus enseñanzas. Determinó fundar un pueblo en forma, al que llamó San Juan Bautista de Analco, que probablemente se encontraba cerca de los manantiales al pie del ahora llamado cerro Los Remedios, donde se han hallado en la superficie tepalcates decorados de tipo Chalchihuites, a diferencia de las excavaciones arqueológicas realizadas en la parte posterior del templo de Analco, en donde no se ha reportado la existencia de material prehispánico (Arturo Guevara: comunicación personal).

Las primeras referencias históricas de la existencia de poblaciones indígenas en el valle de Guatimapé se encuentran en los documentos españoles del siglo XVI; uno del año 1562, refiriéndose a la villa de Nombre de Dios, dice: (Barlow, R. H., 1943; 24).

> *«Ya hacía un año en que estábamos ahí, y en que levantamos el gran templo de Dios, cuando comenzaron nuestros Padres a ir a buscar nueva tierra, es decir, el llamado fray Diego y el padre fray Jacinto y los mexicanos, dispuestos a cargar y se encaminaron a Guatimapé en el gran llano. Para lo que salieron los naturales a encontrarlos, quienes fueron consolados por los Principales».*

De esa manera los religiosos franciscanos establecieron los primeros pueblos en Durango: Nombre de Dios, Berros, La Punta y San Juan Bautista de Analco, marcando una diferencia muy importante con todas las fundaciones previas de la conquista, realizadas por las tropas o por los grupos mineros.

Segunda expedición de Francisco de Ibarra

En 1562, Francisco de Ibarra tuvo conocimiento de la existencia de una provincia donde vivía mucha gente, llamada Copalá, nombre también aplicado al Nuevo México y que después llamaron Topiamé, lugares de supuesta riqueza, que lo hicieron extender la conquista hacia el norte; al parecer el conocimiento de estos sitios llegaba hasta el propio don Luis de Velazco, quien había sido informado de ellos por fray Gerónimo de Mendoza cuando regresó a Castilla; este fraile estuvo en la región del valle de Topia en 1559.

Don Francisco de Ibarra sabía de lo abrupto que era el camino para llegar a la provincia de Topia, por lo que mandó pedir ayuda a su tío Diego de Ibarra para llevar a cabo esta empresa.

En 1562, Diego de Ibarra organizó la segunda expedición de conquista hacia territorios del norte, poniendo al mando de la misma nuevamente a su sobrino Francisco de Ibarra; venían con él: Martín de Gamón como maestre de campo, Martín de Rentería como alférez mayor, Pedro de Quezada, Andrés de Ibarra y Martín de Arana como capitanes, Martín López de Ibarra, Bartolomé de Cariola y Juan Heredia, eran los oficiales de la Real Hacienda; Sebastián de Quiroz y Lerma Avilés como secretarios; Alonso de la Mancha era el alguacil mayor; otros distinguidos soldados eran: Pedro de Hermosillo, Miguel de Castro, Martín de Careaga, Martín de Rentería, Pedro López del Perul, Miguel Ruiz Giral, Domingo de Villabono y Juan de García y con carácter de capellán fray Gerónimo de Mendoza.

Los preparativos para la partida se iniciaron en el año de 1563, cuando se otorgaron nombramientos en Copalá. Según Baltazar de Obregón, Francisco de Ibarra partió de las minas de San Martín, o La Noria de San Pantaleón, en abril de 1564.

En sus primeras actividades en el territorio conquistado, Ibarra fundó dos villas: la de Nombre de Dios y la de Durango e inició la formación de una provincia a la que llamó Nueva Vizcaya, que fue muy extensa y que en una época incluía, además del actual Estado de Durango, a los Estados de Sonora, parte de Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y territorios de los Estados de Nuevo México y Texas. En 1563 fundó la capital de esta provincia, llamándola Villa del Guadiana y en ese año inició sus viajes de exploración por Guatimapé y la Sierra Madre Occidental hasta Topia y por el norte recorrió el río Conchos hasta llegar a las ruinas de Paquimé y regresó al valle de San Juan en el año de 1566.

Después de estructurar la provincia de la Nueva Vizcaya, Francisco de Ibarra fue nombrado capitán general y gobernador de los territorios al norte de las minas de San Martín y Avino, para poblar las tierras hasta la Florida y evangelizar a los nativos, sin intervenir en los territorios de Chametla, que habían sido conquistados, aunque no poblados, por Nuño de Guzmán, ni en las minas de Zacatecas, como Sombrerete, Chalchihuites y San Martín, que pertenecían a la Nueva Galicia ya que habían sido descubiertas desde Zacatecas.

Así surgieron problemas territoriales que hicieron que la capital de la Nueva Vizcaya no se fundara en territorio de La Punta, como inicialmente había pensado Francisco de Ibarra, pues este sitio estaba en los límites en disputa con la Nueva Galicia y tampoco en la villa de Nombre de Dios, que era parte del territorio de la Nueva España.

En 1563, Francisco de Ibarra decidió fundar la Villa del Guadiana, después llamada Villa de Durango, como capital de la provincia de la Nueva Vizcaya, lo que se llevó a cabo el día 8 de julio del mismo año, por el capitán Alonso de Pacheco, ya que entonces Ibarra se encontraba en el valle de San Juan. Probablemente la premura de la fundación se debió a la disputa de los límites territoriales con la Nueva Galicia.

Francisco de Ibarra fue nombrado gobernador y capitán general del enorme territorio del Reino de la Nueva Vizcaya; la misma extensión del territorio hizo imposible un control efectivo de la gran diversidad de grupos indígenas que lo habitaban. El mando político dependía de Ibarra y el religioso de la diócesis de la Nueva Galicia, la que por lo escaso de sus sacerdotes siempre descuidó la instrucción de tan gran número de gente.

Expedición a Topia

En el trabajo de J. Lloyd Mecham sobre Francisco de Ibarra, el autor señala que en el valle de Guatimapé reclutó a una mujer indígena, que conocía el camino que finalmente llevaría al conquistador a Topia y posteriormente a la costa de Sinaloa.

Francisco de Ibarra tuvo conocimiento de la existencia de la población de Topia porque algunos indígenas le presentaron «*una rodela de pluma de muchos colores y gala y un plumaje de plata y ropa de algodón y ropa de hilo torcido*». Ibarra inicialmente envió a Salvador Ponce con cuatro soldados; todos anduvieron perdidos varios días por la sierra,

hasta que de las alturas divisaron el poblado de Topia. Regresaron con el gobernador quien mandó a su maestre de campo, Martín de Gamón, con veinte soldados y algunos guías para llevarlo por las intrincadas montañas de la Sierra Madre Occidental.

Se iniciaron entonces una serie de graves acontecimientos que afectaron las relaciones entre los españoles y los indios y de los españoles entre sí. Gamón sospechó que los guías que los llevaban a Topia tenían la mala intención de entregarlos a sus enemigos, por lo que los ahorcó a todos en un valle del interior de la sierra, que después fue conocido como el valle de los Ahorcados.

Martín de Gamón regresó al valle de San Juan al no poder explicar el porqué de la muerte de los indígenas; inició una división entre los capitanes de Ibarra. Esto disgustó mucho a Francisco de Ibarra quien castigó a los rebeldes con prisión y destierro, sentencia que no fue aceptada por Gamón, que escapó de la prisión. El gobernador lo prendió con catorce soldados en las minas de San Martín en donde fue procesado y condenado a muerte. Como nuevo maestre de campo fue elegido Antonio Sotelo de Betanzos, quien de inmediato marchó con su tropa hasta llegar al valle de Guatimapé donde atacó a algunos indios que habían robado unos caballos del gobernador. Así se originó un nuevo incidente con los indios por el aseguramiento que las tropas del maestro de campo hicieron de un almacenamiento de maíz que encontraron en una cueva. El cronista de Francisco de Ibarra, Baltazar de Obregón, en el año de 1563, relata que en la expedición hacia Topia tuvo un encuentro con los indígenas del valle de Guatimapé; el texto dice lo siguiente: (Obregón, 1924).

> «*Al llegar al valle de Guatimapé, encontró dificultades creadas por su Maestre de Campo, él había intentado robar el maíz que guardaban en un granero los nativos de una ranchería*».

Esta situación provocó un enfrentamiento de considerables consecuencias, ya que en venganza, los indios empezaron a robar el ganado de los españoles, produciéndose en consecuencia dos combates que terminaron con la derrota de los indígenas y la recuperación de los caballos robados, acontecimiento que seguramente tuvo lugar en «El Cañón del Molino» y que quedó registrado tanto en las crónicas descritas, como en las pictografías indígenas encontradas en una cueva aledaña llamada «Charco Azul», en donde se representan escenas de combate entre soldados de a caballo contra los aborígenes armados (Lazaide et al., 1983) (Fig. 26).

Los viajes iniciales para descubrir Topia fueron épicos; sin una ruta definida para cruzar las sierras en pleno invierno, con lluvias, frío y nevadas, por escarpadas montañas y con pocos alimentos, factores que hicieron estos viajes terribles. La primera expedición que llegó a Topia estaba formada por cinco jinetes, entre los que estaban Pedro Hernández y Salvador Ponce, primeros en divisar esta población desde las sierras cercanas, donde

Figura 26. Pinturas rupestres del «Charco Azul», municipio de Nuevo Ideal, Dgo., en que se representa el enfrentamiento entre indígenas y españoles por el robo de caballos de Francisco de Ibarra.

escucharon música de teponaztli. Regresaron a darle las nuevas al gobernador, quien partió a Topia acompañado de su maese de campo, Rodrigo del Río, Salvador Ponce y otros soldados. Otra vez la lluvia, el frío y las nevadas los hicieron regresar. En el tercer intento las condiciones no cambiaron, se helaron 38 caballos y el del gobernador amaneció muerto congelado. Esto obligó a la tropa a bajar a un barranco donde se protegieron con grandes fogatas; después de que pasó el mal tiempo, encontraron dificultades para salir de la barranca. Desde ahí el gobernador organizó una expedición con 26 soldados y el maese de campo, dejando el resto de la expedición a cargo del capitán Hernando Ramón.

Siguió el gobernador y su gente por las escarpadas sierras hasta que pudo avistar la población, lo que causó gran regocijo a todos y como era ya tarde no quiso entrar ese mismo día al pueblo por el temor de ser atacados y no saber como retirarse, así que a la mañana siguiente bajaron al valle, en donde cruzaron por labores de maíz, fríjol y calabazas; felices porque creían haber encontrado otro México. Llegaron a una fortificación donde fueron atacados por los indios; los españoles resistieron y se refugiaron en un cerrillo cercano desde donde respondieron con los arcabuces. Posteriormente se organizó la tropa para tomar el fuerte, lo que pronto aconteció y ahí se alojaron los españoles iniciando el trato con los indios vencidos.

Francisco de Ibarra cruzó por la población de Topia hasta llegar a Culiacán en las costas de Sinaloa, confirmando así la viabilidad de las rutas a través de la Sierra; para ese entonces, sólo quedaban en la costa vestigios y ruinas de la cultura que ahí se había desarrollado. De la conquista de Nuño de Guzmán sólo quedaba una villa, la de San Miguel de Culiacán, a 25 leguas de Topia y que dependía de la Nueva Galicia; el resto del territorio reconquistado pasó a ser parte de la Nueva Vizcaya.

Francisco de Ibarra, «El Fénix de los Conquistadores», como ha sido llamado por los historiadores, fue un personaje muy importante en la Historia. Puede decirse que protegió a los indios de los pueblos que conquistaba, no así sus subalternos, que aunque muy crueles, tampoco llegaron a alcanzar el grado de brutalidad e inhumanidad de las huestes de Nuño de Guzmán. Ibarra cambió la idea de la conquista cruenta que se había manifestado hasta entonces en México; fue esencialmente colonizador y minero, estableciendo estancias para el desarrollo de la ganadería y la agricultura que proveían de alimento a los nuevos asentamientos que se localizaron cerca de las minas de la Nueva Vizcaya y de la Nueva Galicia.

Otro de los beneficios de esta conquista fue la evangelización de los indios, los que cambiaron sus costumbres tal como lo describe Mecham:

> «*Las ventajas y beneficios que se recibían de Chiametla eran muchos. Desde el punto de vista espiritual, miles de indígenas fueron convertidos a la fe católica. Muchos de estos eran caníbales y así pusieron fin a su horrible práctica. Ibarra calculaba que desde la época en que llegó Nuño de Guzmán hasta su propia venida, habían muerto tres mil nativos a manos de los caníbales. Ya que los*

españoles eran muy dados a exagerar las cifras, Ibarra pudo también haber exagerado en esa instancia, pero la evidencia muda de miles de esqueletos era una base sustancial para esta estimación...».

A Ibarra no le fue suficiente el inmenso reino que controlaba, sino que incursionó buscando minas y estableciendo poblaciones en Chiametla y otros lugares de Sinaloa, así como en los minerales de Zacatecas, entre los que se encontraban: San Martín, Fresnillo, Nieves y Chalchihuites; lugares que fueron reclamados por la Nueva Galicia, reinado con el que tuvo muchos problemas legales por el reclamo de tierras y poblaciones. Un caso especial fue el de la villa de Nombre de Dios, población que estuvo por muchos años en disputa entre estas dos entidades hasta que intervino el Gobierno de la Nueva España, quien la reclamó y mandó gobernantes desde México; así que Nombre de Dios y las poblaciones cercanas, en una época fueron gobernadas por tres reinos: La Nueva España, la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya.

Ibarra también intentó ampliar su exploración por vía marítima; inició la construcción de dos barcos con los que pensaba explorar las islas Marías, de donde pensaba sacar perlas; el golfo de California, para poblar la península que suponía muy rica y hacer viajes hacia el norte hasta la latitud de 45 grados para descubrir el «*Estrecho Inglés*», una comunicación marítima que unía los mares del Norte y del Sur; indudablemente se refería al «*Estrecho de Anián*», otra de las ideas míticas que hemos analizado desde capítulos anteriores.

A pesar de la gran cantidad de minas que descubrió, Francisco de Ibarra y su tío Diego de Ibarra murieron con algunos recursos, pero no ricos, pues gastaron enormes cantidades de dinero en la conquista que no fueron respaldados por la Corona española.

Repercusión económica y social de la conquista de Francisco de Ibarra

No existe evidencia de que Francisco de Ibarra encontrara poblaciones con una cultura mesoamericana, sólo grupos de indígenas de costumbres primitivas. Es probable que los pobladores de culturas Aztatlán y Chalchihuita hubieran desaparecido para esos tiempos; él buscaba las ricas ciudades de los relatos tradicionales siguiendo la mesa del norte, sin reconocer que probablemente éstas estuvieron localizadas en las ruinas que se encontraron en los territorios explorados. Sólo hay algunos relatos de escaramuzas que tuvo con los indígenas de la región.

Entonces encaminaron sus esfuerzos hacia la explotación de los ricos minerales, como se hacía en Zacatecas, dando así un nuevo giro a las intenciones de la conquista, la que se orientó a usar a los indígenas de estos territorios para el trabajo de las minas. Gracias a la modernización en los procesos de beneficio del metal, en que se recurrió a la amalgamación con mercurio para obtener la plata, ya que no se contaba en esos lugares con agua suficiente. Este procedimiento tuvo tal éxito que aumentó enormemente la producción, provocando una verdadera revolución en la obtención de este metal; su auge

alcanzó en esa época repercusiones mundiales; las minas de Durango y principalmente de Zacatecas, llenaron de plata al mundo; se conformó así el llamado «Camino de la Plata» que unía el norte con el centro de México y se vincularon así las economías regionales con el mercado mundial.

En las cercanías de estos centros se desarrollaron grandes estancias agrícolas y ganaderas que servían para producir alimentos para los complejos mineros; también hubo un gran desarrollo del comercio, pues la abundancia de riqueza permitía vivir a los ricos con grandes lujos; había productos provenientes del centro de México, España, otros países europeos y de la China. Proliferaron también la entrada de órdenes religiosas que buscaban la conversión de los indios al catolicismo. Aunque puede decirse que la mayoría de los evangelizadores actuaban de buena fe, su acción contribuyó al sometimiento y explotación de los indígenas que fueron la mano de obra barata y fácilmente substituible para trabajar en las minas, ranchos agrícolas y ganaderos.

España inundó al mundo con el oro y la plata provenientes de México y con eso costeó gran parte de sus exploraciones marinas hacia el océano Pacífico. Esta abundancia de metales provocó severos desajustes en su economía, de tal manera que la productividad en otras áreas bajó tanto que pronto fue presa de una gran inflación, desempleo y recesión económica.

Los grupos conquistados

En los tiempos de la conquista, la frontera norte de la Mesoamérica indígena se había contraído y la mayor parte de los territorios de esta región estaban ocupados por tribus de cazadores recolectores «Chichimecas» que practicaban una agricultura primitiva y quienes opusieron una violenta resistencia a la conquista; fue más fácil para los españoles someter a los pueblos sedentarios, con una religión arraigada, que vivían en territorios fértiles y descubiertos, con vestigios de cultura mesoamericana, que a las tribus más primitivas que habitaban en el desierto o en las abruptas montañas de la Sierra Madre Occidental; en estos pueblos la conquista y las rebeliones se prolongaron por varios siglos y en algunos sitios puede considerarse que no hubo una conquista violenta, sino que fueron sometidos por los religiosos, mineros y ganaderos, que por sus particulares intereses y métodos de penetración acabaron por controlar a la población del norte y occidente de México. Estos grupos indígenas de cultura menos desarrollada, acostumbrados a la guerra, podían vivir indefinidamente en esta situación en un medio ambiente conocido, pero la penetración religiosa tuvo consecuencias fatales para su cultura. La descripción que hicieron los conquistadores de las costumbres y forma de vida de los pueblos fue vista con una mentalidad occidental, sin que haya una perspectiva de la conquista de los pueblos sometidos. Algunos de estos grupos nativos se vieron forzados a aprender el náhuatl, por los indios tlaxcaltecas que iban con los conquistadores.

Es así como se inició el poblamiento criollo del actual estado de Durango.

SEGUNDA
PARTE

Introducción

En esta sección se presentan trabajos sobre la arqueología de Durango que han sido dados a conocer en diversos foros nacionales e internacionales; algunos ya publicados en libros del género, en donde exponemos nuevas teorías sobre la cultura Aztatlán y Chalchihuita. Tales propuestas han despertado un nuevo interés por el estudio del norte de México. Se resumen las principales investigaciones realizadas por arqueólogos en los estados del país donde se desarrollaron estas culturas. La revisión bibliográfica es extensa y muy técnica pero indispensable, pues constituye la base científica de las teorías aquí expuestas.

Se incluyen dos colaboraciones; una acerca de las dataciones de la cultura Chalchihuita, escrita por el Dr. J. Charles Kelley y otra sobre los nuevos hallazgos de La Ferrería del arqueólogo Arturo Guevara Sánchez.

Junto a estos trabajos, presentamos otros, especialmente sobre El Cañón del Molino, El Zape, y cuando menos de 15 sitios arqueológicos importantes en el Estado. Describimos costumbres como las mortuorias, deformación craneana intencional, mutilación dentaria,

arte rupestre, astronomía y el conocimiento de la presencia de dioses del llamado Panteón Mesoamericano, que ofrecen una nueva panorámica sobre los grupos indígenas prehispánicos que poblaron el territorio del actual Estado de Durango.

A diferencia de las ideas tradicionales que señalaban que en Durango sólo hubo ocupaciones de grupos seminómadas, este trabajo propone que el área pertenecía a Mesoamérica y estuvo en contacto permanente con el centro de México, al igual que con el suroeste de los Estados Unidos, ya que formó parte de una gran ruta de intercambio durante un largo periodo de tiempo. También se abordarán las conexiones que tuvo con otras culturas de la región y del Estado de Coahuila.

La arqueología del Estado de Durango

El territorio del actual Estado de Durango ha sido ocupado por diferentes grupos indígenas, desde el poblamiento inicial del norte de México hasta la actualidad. El artefacto más antiguo reportado, es una punta del tipo Folsom, hallada en el sitio Weiker por el Dr. J. Charles Kelley, quien la describió, al igual que el arqueólogo mexicano José Luis Lorenzo. Este hallazgo habla de una ocupación de grupos del paleoindio, de aproximadamente 10.000 años a. C. Del periodo arcaico (8.000 a 2.000 a. C.), conocemos sitios no estudiados ni reportados en varios municipios: Rodeo, Coneto de Comonfort, Cuencamé, Mapimí y Durango (Fig. 27).

Arte rupestre

Una de las manifestaciones más abundantes de las culturas indígenas en el Estado, es el arte rupestre. Los sitios se encuentran dispersos en todas las regiones de la entidad y también en los estados vecinos. Este arte incluye pinturas, grabados y mezcla de ambos, en cuevas, abrigos rocosos y en rocas aisladas, que abarcan un gran periodo de tiempo, probablemente desde el arcaico hasta la época actual.

Fig. 27. Puntas de proyectil encontradas en Durango, que corresponden al periodo arcaico (8000-2000 a. C.).

Con anterioridad, hemos descrito el arte rupestre del Valle de Guatimapé (Lazaide et al. 1983), así como petroglifos en relación a varios sitios en otros capítulos de este libro. En términos generales, existe un determinado tipo de esta manifestación cultural, para cada zona geográfica y ecosistema del Estado.

En la parte alta de la Sierra Madre Occidental, las pinturas son más frecuentes que los grabados, por lo general representan escenas en las que aparecen figuras humanas, de animales, peces y de cacería (Figs. 28,29).

En la región de los Valles, también se encuentran representados los dos tipos de estas manifestaciones, sin predominio de ninguno de ellos; hay pinturas de manos en positivo,

Fig. 28. Figuras humanas y de animales asociadas a una gran cantidad de puntos encontradas en la cueva de Llano Grande en la Sierra Madre Occidental. Hay que destacar que una de las representaciones antropomorfas, es parecida a motivos decorativos de la cerámica Chalchihuita de la fase Las Joyas.

Fig. 29. Cueva cercana al Puerto del Palomo, en el norte de la Sierra Madre Occidental, donde aparecen pinturas y grabados; en las primeras hay figuras de peces y de motivos geométricos muy semejantes a los petroglifos de El Zape.

asociadas a figuras humanas con genitales masculinos y femeninos (Figs. 30, 31). En otros lugares, los grabados corresponden a escenas de hombres al parecer danzando (Fig. 32). En el semidesierto, en la parte alta del cerro de Peñón Blanco, se localiza un mural con pinturas, descrito en 1936 por el primer arqueólogo de Durango, el Dr. Pablo Martínez del Río (Fig. 33).

Este tipo de pintura se extiende ampliamente en el Bolsón de Mapimí, en donde además existen gran número de sitios con rocas grabadas. De especial importancia es la cueva de La India, localizada en la parte alta del cerro de La Bufa, cerca de la antigua mina de Ojuela, en donde hay pinturas que corresponden a dos épocas; unas, las que consideramos más antiguas, son representaciones de manos en negativo en color negro, a las que se les han sobrepuesto puntos en color rojo ocre y figuras geométricas (Fig. 34).

En el Estado de Zacatecas, muy cerca de los límites con Durango, hemos estudiado varios sitios con pinturas, grabados y grabados con pintura, que consideramos son los más antiguos de la región por su asociación con material lítico del arcaico, en un sitio llamado Cuevas Pintas, hay pinturas donde se representan escenas de caza (Fig. 35), ritos de fertilidad y combates. En el sitio de cañada de El León, hay representaciones de indígenas adornados con puntas de flechas tipo Shumla del arcaico (Fig. 36). En los abrigos rocosos de Rancho Viejo, hay grabados rellenos de pintura de una gran complejidad, donde se incluyen figuras de Atlatl (Fig. 37).

Otras culturas de la región

En los valles del este de la Sierra Madre Occidental del Estado de Durango, se encuentra una extensa área con localidades arqueológicas con una mezcla de culturas que incluyen dos mesoamericanas: la Chalchihuita y la Aztatlán. La importancia de esta región es que se localiza entre dos grandes complejos de América: Mesoamérica Central y el Suroeste de los Estados Unidos, entre los que hubo comunicación, de tal forma que se convirtió en una gran área de interacción cultural. Hasta donde conocemos, no existe una zona con las mismas características en los Estados vecinos a Durango.

Esta enorme parte del territorio nacional no ha sido explorada formalmente. En este libro sólo vamos a tratar de los pobladores de las culturas mesoamericanas **Aztatlán y Chalchihuita**, que se desarrollaron en el clásico tardío, epiclásico y postclásico, así como la relación que establecieron con otros grupos locales de indígenas cazadores recolectores menos desarrollados, que por muchos siglos han habitado la región y con otras culturas distantes como las de Mesoamérica central, específicamente la Tolteca, la Mixteca Puebla

Fig. 30. Cueva de El Piojo en la parte alta de la sierra de Canatlán, en cuya profundidad se localiza un mural al parecer de dos épocas diferentes; las figuras que semejan ser más antiguas son representaciones de manos en positivo en color rojo y las más recientes, humanas con tocados en color negro.

Fig. 31. En la cueva de El Piojo se encuentran también figuras humanas con la representación de sus genitales: el concepto dual de hombre y mujer puede estar relacionado con la práctica de ritos de fertilidad en este sitio.

y las culturas del Suroeste de los Estados Unidos de América, en especial la Hohokama, así como grupos del complejo Jora-Mayrán del desierto de Coahuila.

Aunque es bien conocido que la frontera norte de Mesoamérica fue variable a través de los siglos, sólo ocasionalmente se ha propuesto que el límite de ésta, incluía la parte norte del Estado de Durango; la mayoría de los arqueólogos han considerado que en el momento de máxima expansión, Mesoamérica llegaba hasta Guasave, Sinaloa, en la costa del Pacífico; Altavista, en Chalchihuites, Zacatecas y la parte central de los Estados de San Luis Potosí y Tamaulipas en la porción centro-oriental de la república Mexicana. El resto del territorio de la mesa del norte, llamado Aridamérica, tradicionalmente se ha considerado que estaba poblado por tribus de cazadores recolectores denominadas genéricamente con el nombre -a veces despectivo-, de Chichimecas.

Fig. 32. En la parte alta de la Sierra de San Francisco, en la margen noreste de la laguna de Santiaguillo en un sitio llamado Morillitos, se encuentran grabados en las rocas figuras humanas al parecer danzando. Estas rocas pertenecieron a un gran mural que se desprendió de la pared del acantilado.

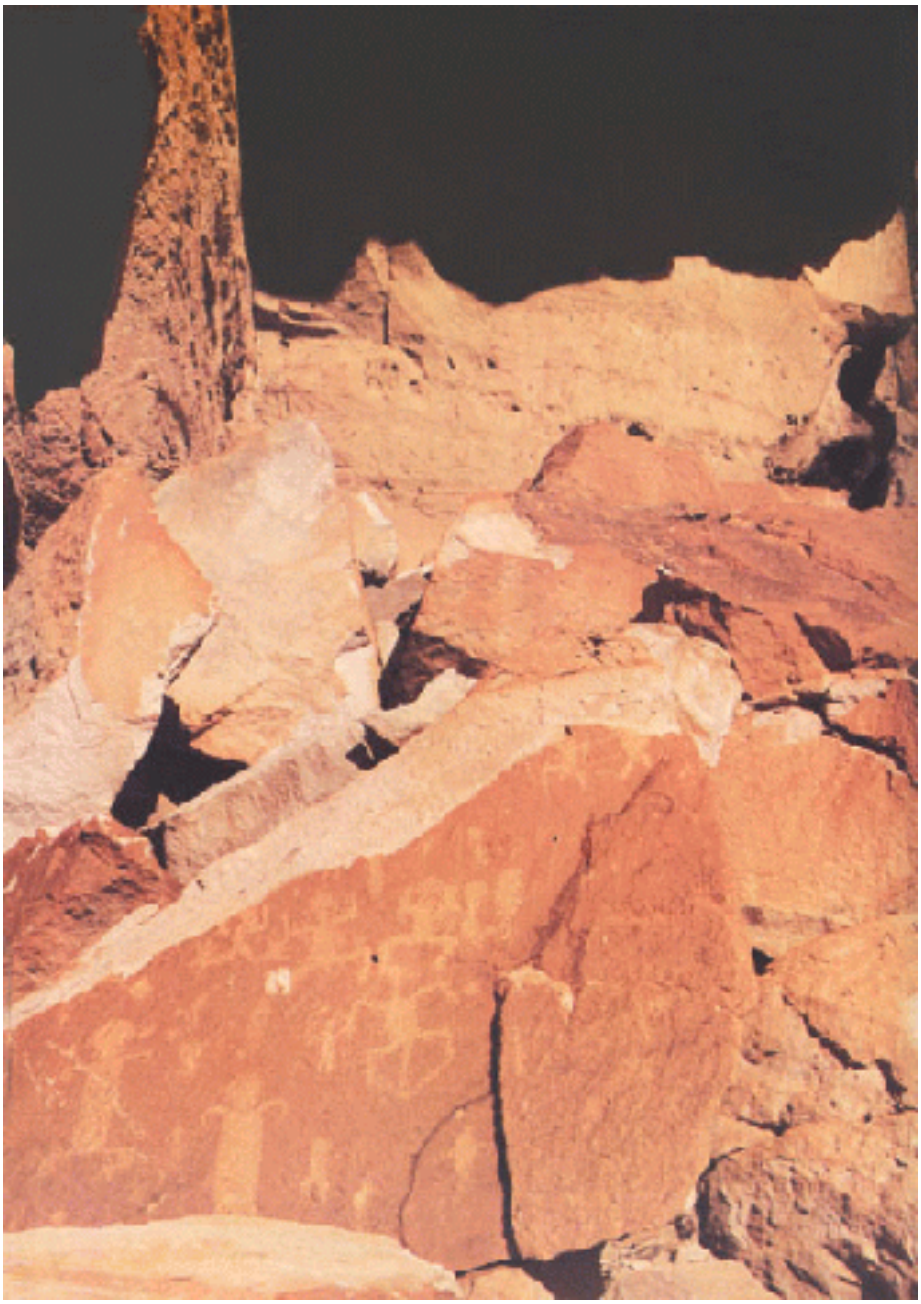


Fig. 33. El cerro Blanco de Covadonga, también conocido como Peñón Blanco, es una impresionante formación de granito. Cerca de la base del peñón, se encuentra una gran roca con pinturas geométricas que fueron descritas por el primer arqueólogo duranguense don Pablo Martínez del Río.

Uno de los propósitos de este libro es demostrar, que el material arqueológico proveniente de los valles localizados al este de la Sierra Madre Occidental, en el centro y norte del Estado de Durango, es semejante al proveniente de dos culturas mesoamericanas: la Chalchihuita del norte de Zacatecas y la Aztatlán, que se localizaba en la costa del Pacífico de los Estados de Sinaloa, Nayarit, el altiplano de los Estados de Jalisco y Michoacán. Hay también objetos y pictogramas semejantes a los de la cultura maya de Centroamérica.

En el tiempo en que se desarrollaron estas culturas, hubo también varios grupos locales de indígenas a los que se les conoce como «Loma San Gabriel» (Fig. 38).

El análisis del material arqueológico proveniente de diversos sitios de Durango, lo hemos **fechado y clasificado por comparación**, con material semejante obtenido en excavaciones formales en otras áreas de Durango y de los estados vecinos.

Fig. 34. En el cerro de La Bufa, cercano a la población de Mapimí y al antiguo mineral de Ojuela en la zona semi-desértica del Estado, se localiza La Cueva de la India; en ésta, hay pinturas de dos épocas; las más antiguas son representaciones de manos en color negro y en negativo (parte izquierda), a las que se le sobrepusieron en una época posterior una gran cantidad de puntos en color rojo ocre y diversas figuras geométricas.

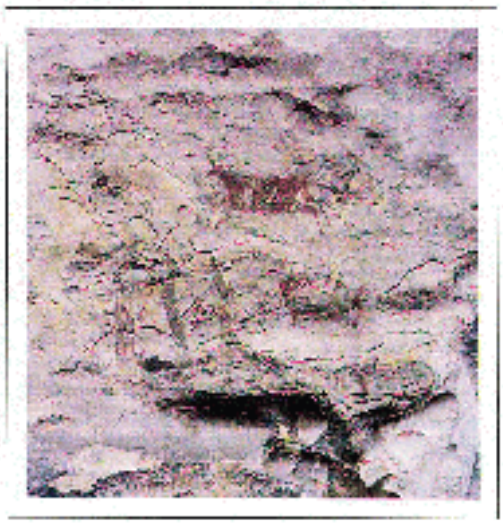


Fig. 35. Cerca de la población de Sombrerete, Zac., existe un abrigo rocoso denominado «Cuevas Pintas», ahí hay un gran mural con pinturas en donde destacan las de cacerías de venados. Es muy posible que este sitio pertenezca al periodo arcaico.

La región a la que hacemos referencia incluye los siguientes sitios arqueológicos:

En el valle del Mezquital, el Cerro Bola, a unos tres kilómetros al noroeste de la población de el Mezquital.

En el Valle del Guadiana: La Ferrería, Navacoyán, Nicolás Romero, Puerta de la Cantera y Valle Florido, muy cerca de la ciudad de Durango y la Breña, de la población de Tuitán.

En el valle de Canatlán se localizan: Morcillo, Cacaria, Canatlán y Flores Magón. Cerca de la ciudad de Guadalupe Victoria, el Cerro de El Oso y Antonio Amaro.

En el valle de Guatimapé, El Cañón del Molino, Tejamen y otros.

En la parte central y norte del Estado, se encuentran las localidades de San Diego de Alcalá y Hervideros, éste último cerca de la ciudad de Santiago Papasquiaro; Tepehuanes, El Zape, Cuatro Milpas y Santa Ana, en las proximidades de las actuales poblaciones de José María Morelos y El Zape.

En las márgenes de algunos de los ríos de la Sierra Madre Occidental, que desembocan en el Océano Pacífico, existen lugares con objetos de las culturas mencionadas,

Fig. 36. Abrigo rocoso llamado de El León, en el municipio de Sombrerete, Zac., donde existen pinturas que representan a guerreros armados con puntas de proyectil del tipo Shumla, que pueden pertenecer al arcaico.

que consideramos fueron parte de las rutas de comunicación entre la costa, con la región de los valles de Durango. Los que conocemos en la actualidad son: Valle de Topia, San Miguel del Cantil y San Pablo (Fig. 39).

Excepto La Ferrería, que tiene una pirámide, el resto de los sitios mencionados no tienen construcciones arquitectónicas monumentales, pero sí extensas áreas con cimientos de habitaciones, patios ceremoniales con altar central, terrazas; en algunos, juegos de pelota rudimentarios y murallas defensivas en construcciones situadas en la parte alta de los cerros.

En contraste con lo modesto de las construcciones, la mayoría de las localidades son muy ricas en objetos de uso doméstico y ceremonial, en especial piezas de cerámica, lo que nos ha permitido hacer un estudio comparativo de los rasgos morfológicos y decorativos de éstos y hemos encontrado lo que nos parecen conexiones indudables con las culturas de la costa del Pacífico y del centro de México, específicamente con la Tolteca y Mixteca Puebla. En capítulos subsecuentes abordaremos estas culturas. Algunas piezas de cerámica, piedra y cobre, tienen dibujos o formas de dioses del panteón mesoamericano, por lo que resumiremos algunas de las características principales de las deidades presentes.

Los objetos descritos provienen de colecciones particulares registradas ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia; del Museo Regional de la Universidad Juárez del Estado, del Museo Nacional de Antropología y de otras.

Como resultado de esta interacción, apareció un grupo de pobladores con una nueva cultura y una identidad muy específica de esta región, que tenía una mezcla de costumbres que incluían: la Chalchihuita, Aztatlán y otras de los grupos locales, cuya manifestación más evidente fue una nueva cerámica, a la que denominamos tipo El Molino Rojo sobre Crema.

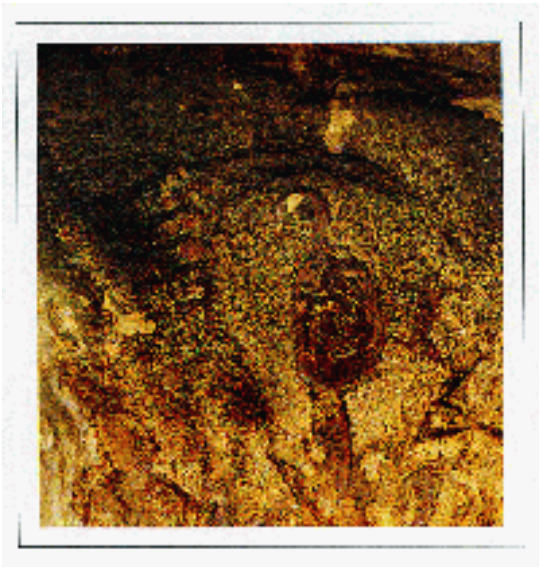
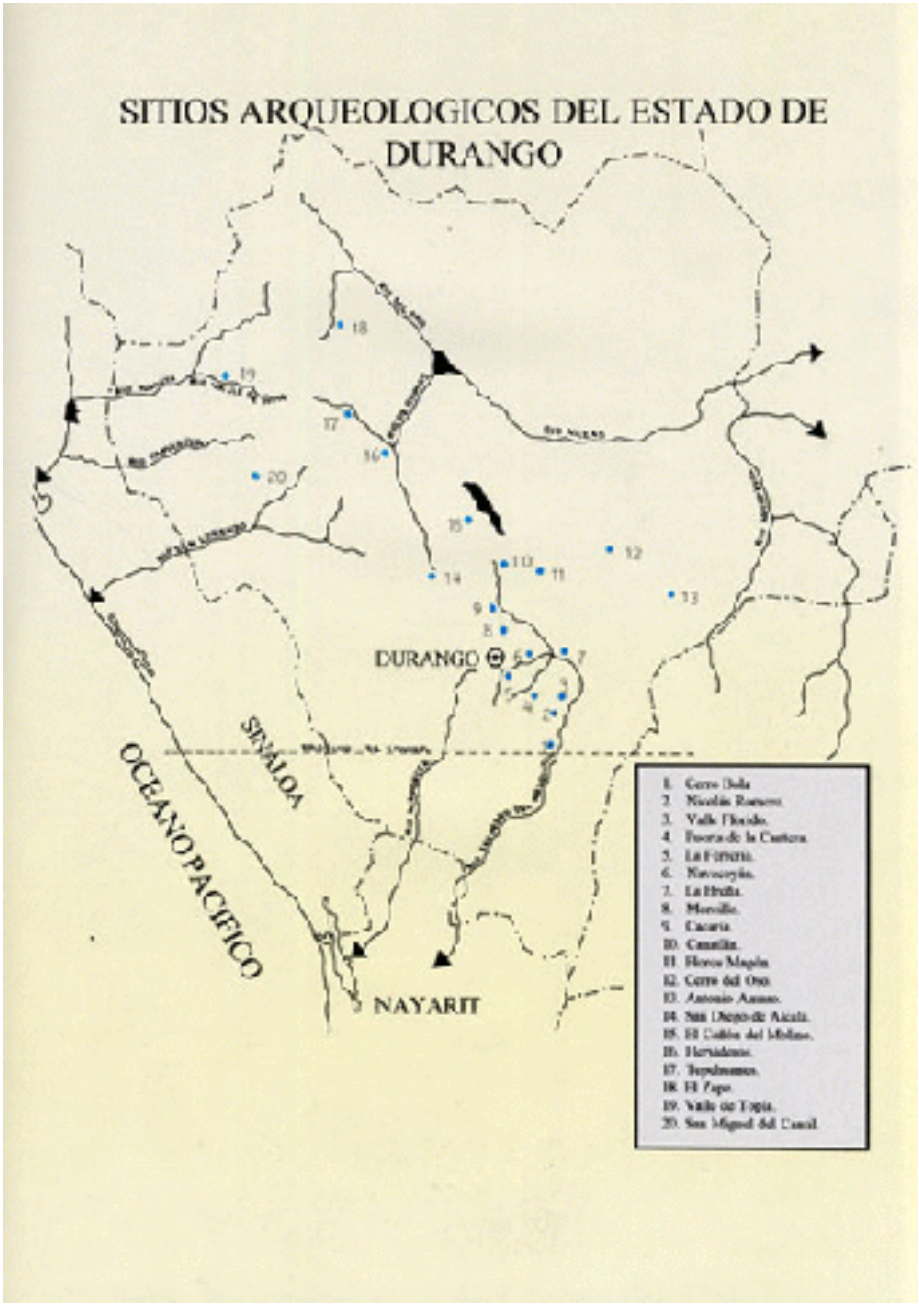


Fig. 37. En el arroyo de Rancho Viejo, Zac., se encuentran varios abrigos rocosos con una variedad muy especial de arte rupestre. En la cueva de las Garzas, la combinación de grabados rellenos de pintura roja, tienen u diseño complicado, en donde se muestran figuras de Atlatl, que eran confundidas con figuras de aves.

Fig. 38. Grupo de vasijas de elaboración rudimentaria, que pertenecieron a grupos que habitaron las partes altas de la Sierra Madre Occidental.

Fig. 39. Sitios arqueológicos del Estado de Durango, donde existen evidencias de la cultura Chalchihuita y Aztatlán.


SITIOS ARQUEOLOGICOS DEL ESTADO DE DURANGO
DURANGO
SINALOA
OCEANO PACIFICO
NAYARIT
1. Cerro Bola
2. Nicolás Romero.
3. Valle Florido.
4. Puerta de la Cantera.
5. La Ferrería.
6. Navacoyán.
7. La Hrella.
8. Morcillo.
9. Cacaria.
10. Canatlán.
11. Hierro Magón.
12. Cerro del Oso.
13. Antonio Amaro.
14. San Diego de Alcalá.
15. El Cañón del Molino.
16. Hervideros.
17. Tepehuanes.
18. El Zape.
19. Valle de Topia.
20. San Miguel del Canal.

«... Aztatlán... no se trataba de una cultura débil marginal.
La presencia de una gran población con villas
organizadas, mercados, agricultura intensiva
y habilidad técnica para laborar diversos materiales,
todo esto indica una cultura sofisticada y bien desarrollada.»
Dra. Isabel Kelly

Cultura Aztatlán

El término Aztatlán fue usado por primera vez por Carl Sauer y Donald Brand, para designar un grupo de sitios arqueológicos con características culturales semejantes, encontrados durante un extenso reconocimiento de superficie, llevado a cabo en la costa del Pacífico de los Estados de Nayarit y Sinaloa, durante el invierno y la primavera de los años 1929-1930. Este trabajo tenía como propósito, localizar evidencias de un corredor prehistórico entre las culturas de las tierras altas de México y los sitios Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos de América, en especial de los asentamientos Pueblo de las regiones de Santa Cruz y Gila, siguiendo la ruta natural de la costa del Pacífico. No hallaron esta conexión, pero sí pruebas de una cultura no descrita previamente. Seleccionaron el nombre de Aztatlán entre los que utilizaban los conquistadores para designar un grupo de Provincias de las tradiciones indígenas.

Sauer y Brand postularon que el área de ocupación estaba limitada: al norte por el río Culiacán, al sur por el río Grande de Santiago, al occidente por el Océano Pacífico y el límite oriental, las escarpadas montañas que forman la Sierra Madre Occidental, que

constituían una barrera natural para los desplazamientos humanos. Los pobladores aztatlán estaban en guerra con los «caníbales» que habitaban las barrancas.

En la exploración, los autores detectaron alrededor de 30 sitios arqueológicos, pero reconocieron que este número pudo ser sólo una fracción de los existentes, ya que la tupida vegetación y otros factores, impedían la localización de las ruinas. Reportaron sus hallazgos en la publicación: *Aztatlán: Prehistoric Mexican Frontier on the Pacific Coast* (Sauer y Brand. 1932).

El vocablo Aztatlán también había sido aplicado a esta región por León Diget. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, menciona que la Nueva Galicia incluía además otras tres provincias que eran: Jalisco, Culiacán y Chametla. En 1869, Guillemin de Tarayre describió la presencia, en Mazatlán, Sinaloa, de una cultura avanzada que usaba hachas, morteros, puntas de proyectil y piraguas, pero no hizo referencia a la cerámica ni a otros objetos arqueológicos.

El nombre de esta provincia, Aztatlán o Aztlán, aparece en varios mapas antiguos posteriores a la conquista española, incluyendo el de Abraham Ortelius de 1584. Posteriormente hemos reportado los siguientes mapas, que tienen las mismas características: el Mapa Portulano de las Costas Occidentales, del cartógrafo Juan Martínez, año de 1587; Mapa de Iaillot de 1694 y América Septentrional, de Sansón d'Abbeville de 1715 y otros. Es notable que en todos estos documentos la palabra Aztatlán, se escribió en diferente dirección y mayor tamaño que los otros nombres, de tal forma, que parece designar una región que incluye tanto lugares de la costa del Pacífico, como otros de tierra adentro de la mesa del Norte de México (Ganot y Peschard. 1985; Instituto nacional de Estadística, Geografía e Informática [INEGI] 1982: 50-51, 54-55, 65, 190-191) (Fig. 40).

El material obtenido por Sauer y Brand, en nada se parecía al de los grupos Pueblo; casi todo mostraba afinidad con culturas del centro de México. La colonización Aztatlán no fue tardía y al parecer, de acuerdo a los autores, estaba más en relación al llamado periodo Tolteca. Ellos aclaran, que el haber nombrado a la región con este nombre, no implica que estuvieran de acuerdo con la idea de que aquí se localizaba el legendario origen de los Aztecas; por lo contrario, sostenían que el asentamiento Aztatlán precedió a esta cultura, que la región fue poblada desde el sur y que Culiacán fue la frontera norte de dicho poblamiento y no un lugar de expansión hacia el sur.

En relación al trabajo sobre piedra, los autores reportaron la presencia de un número limitado de petroglifos. En Chametla se encontró una figura del tipo al que León Diget ha llamado «Dios Niño». Las puntas de proyectil fueron sorprendentemente pocas, todas finamente elaboradas en obsidiana; probablemente los guerreros, que eran arqueros hábiles, usaban puntas de madera endurecida al fuego. Había numerosas hachas, en su mayoría

Fig. 40. Mapa de Joan Martínez del año de 1587, en donde aparece el nombre de «Astatlán» de un mayor tamaño y ocupando no solo territorio de la costa del Pacífico, al igual que parte del territorio de la mesa del norte.

ranuradas en tres de sus cuatro caras, con gran variedad de formas, algunas en efigie y gran cantidad de desechos de talla de obsidiana, material que usaban para elaborar navajas prismáticas y armar sus macauitles.

Los pobladores Aztatlán eran excelentes ceramistas; generalmente hacían sus recipientes de fino barro y la superficie de las vasijas estaba muy bien pulida; la decoración era muy variada, habitualmente, al borde pintado en rojo, seguía una banda decorada con pintura y/o incisiones; los diseños predominantes eran círculos y tocados de plumas; no se encontraron diseños propios de la cultura Pueblo.

Tal vez el grabado era un rasgo más importante que la pintura; se aplicaba a vasijas pintadas y a las monocromas; los diseños eran tanto geométricos como no geométricos y nunca realistas. Se encontraron recipientes trípodes con patas globulares.

Había numerosas figurillas humanas de terracota, la mayoría entre 6 y 15 cm. de longitud, con forma aplanada o en galleta, frecuentemente pintadas con bandas rojas.

En el grupo de objetos diversos de barro se encontraron pipas con chimenea, formando ángulo recto con el tallo, siempre decoradas de alguna manera, en ocasiones en efigie animal; numerosos malacates decorados con grabados y sellos cilíndricos.

Los entierros en urnas funerarias, aparecían bajo los pisos de las casas, el tamaño de las ollas era variable, pero las había muy grandes.

Posteriormente la doctora Isabel Kelly utilizó el término *«Complejo Aztatlán»* para designar varios lugares en donde encontró diversos tipos de cerámica semejante, incluyendo un tipo característico de vasijas polícromas e incisas, que denominó Aztatlán (Kelly, 1938; 36: 1945; 118-121: 1948; 55-71). Gordon Ekholm reportó un gran número de piezas iguales, provenientes de Guasave, Sinaloa; él también usó la palabra Aztatlán y aseguró que este sitio había tenido una ocupación principalmente de pobladores con esta tradición. Ekholm halló varias piezas de cerámica con motivos de diseños de códices mesoamericanos, lo que le permitió relacionarla con otras culturas del centro de México, en especial con la Mixteca Puebla. Además de la evidencia de la cerámica, reportó otros objetos arqueológicos provenientes de Guasave, que le hicieron ampliar el concepto de Cultura Aztatlán (Ekholm 1942: 125-129).

Material semejante, ha sido descrito en varios sitios de los Estados costeros de Nayarit y Sinaloa, así como tierra adentro en los Estados de Jalisco y Michoacán (Lister 1949: 29,98; Gifford 1959; Glassow 1967: 78, 82; Mehigan 1968: 14-15, 63, Mehigan 1976: 248-254; Mountjoy 1982: 26-268; Scott 1974 54).

Durango

En La Ferrería, Durango, Kelley y Winters hallaron cerámica de la Rama Guadiana de la cultura Chalchihuita, asociada con cerámica, malacates y objetos de cobre, semejantes a los descritos en la costa del Pacífico; en base a sus descubrimientos, los autores revisaron la secuencia de las culturas de Sinaloa y propusieron una nueva cronología para los esos sitios (Kelley y Winters 1960: 547-561) (Fig. 41).

En 1974, DiPeso encontró cerámica Aztatlán en Casas Grandes, Chihuahua, y en 1983, Kelley halló restos similares provenientes del sitio Wind Mountain, en Nuevo México (Kelley 1983).

El Cañón del Molino

En 1983, reportamos la presencia en el sitio El Cañón del Molino, Durango, de objetos arqueológicos similares a los de la costa, propusimos que este material fuera usado

Fig. 41. Como resultado de los fechamientos con radiocarbono realizados durante las excavaciones del sitio Shroeder ahora -La Ferrería- y de los hallazgos de cerámica de la costa junto con la Chalchihuita, loa arqueólogos Kelley y Winters propusieron una nueva cronología para las esculturas de la costa, ya que la anterior tenía como única base la estratigrafía.

como marcador para una cultura común, que ocupaba una gran extensión territorial de los actuales Estados de Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Michoacán y Durango. La gran cantidad de objetos rescatados de este lugar permitió identificar, la presencia de la cultura Aztatlán. Después, hicimos un reconocimiento de superficie en sitios ya conocidos como Navacoyán y La Ferrería y de otros no reportados; encontramos en ellos objetos que previamente habían sido descritos como material de comercio. Tanto la presencia de éste y la identificación de algunas costumbres propias de las poblaciones del Pacífico, como la deformación craneana, mutilación dentaria, costumbres funerarias y uso del tabaco y algodón, nos dio la certeza de que hubo una ocupación numerosa, extensa y prolongada de habitantes con una cultura común a la de la costa.

El sitio El Cañón del Molino (Fig. 42), es sumamente importante, por la riqueza del material ahí localizado, lo extenso del área de ocupación y su situación geográfica; está cerca de los pueblos de Esfuerzos Unidos, El Molino y Guatimapé, del Municipio de Nuevo Ideal, Durango, aproximadamente a 8 km. al suroeste de la laguna de Santiaguillo; en la parte alta de una montaña de la cordillera de Los Zorrillos y en las terrazas fluviales cercanas. Entre las montañas y el lago hay grandes áreas para el cultivo, que junto con la pesca y la caza, han proporcionado alimento a las poblaciones que se han asentado en la región a través de los siglos.

Fig. 42 Sitio arqueológico El Cañón del Milino.

Las estructuras arquitectónicas fueron construidas sobre cimientos de piedra como las de la cultura Chalchihuita y están distribuidas en dos áreas diferentes: la primera, situada en la terraza fluvial noroeste del río Guatimapé, que corre por el cañón de El Molino; aquí se encuentran restos arqueológicos en una extensión de alrededor de 4 km. de largo y cerca de 250 m. en la parte más ancha. La segunda zona está ubicada en la planicie alta del cerro, aproximadamente a 200 m. por arriba del nivel del río. La mesa tiene forma oval, mide alrededor de 325 m. de longitud y 200 de ancho, rodeada de acantilados excepto en el lado norte. Su eje mayor tiene una orientación norte-sur y su altura es de 2.100 m. sobre el nivel del mar. El valle de Guatimapé puede verse ampliamente desde este lugar (Fig. 43).

Las construcciones de la parte alta están bien preservadas y por su localización, parecen ser las ruinas de una fortaleza. Hay restos de murallas de piedra, dos en el norte, dos en el sur y otros más pequeños del lado sureste. Las construcciones son aparentemente de periodos diferentes; las más antiguas situadas en la parte final de la meseta, hechas con grandes lajas de piedra toscamente trabajada, colocadas verticalmente en varias capas formando círculos. Las más recientes parecen similares a las descritas en las terrazas bajas, sólo que son más complejas. Al sur hay grupos de plataformas y patios con altares en su interior (Fig. 44). Hay otros rodeados por tres plataformas con un lado abierto; arriba de ellas hay varios montículos de piedra que parecen ser pequeños adoratorios. Las construcciones están orientadas con su eje mayor a 335° nor-noroeste del norte magnético (Fig. 45).

Definición de la cultura Aztatlán

De acuerdo a lo que hemos propuesto, la cultura Aztatlán apareció en el clásico tardío, tuvo su máximo desarrollo en el postclásico y algunos sitios en decadencia, estaban habitados en el momento del contacto español (Ganot et al. 1983, Ganot y Peschard 1985, 1990: 401-415; Peschard y Ganot 1990).

Está demostrado que hubo una antigua y bien conocida ruta de comercio, que seguía las márgenes del río Lerma y relacionaba Aztatlán con las civilizaciones del centro de México, como la Mixteca-Puebla y la Tolteca, en las fases Mazapa y Coyotlatelco (Muiler 1948: 50-54; Jiménez-Moreno 1975: 57).

En el postclásico, Aztatlán fue la cultura mesoamericana más difundida en el Occidente de México, sus habitantes conocían varios dioses de esta tradición y tenían usos y costumbres propias de las culturas poderosas del centro de México; en la mayor parte de sus núcleos de población había un centro ceremonial, juego de pelota, petroglifos en las cercanías de sus asentamientos, panteones con ricas ofrendas y entierros en urnas funerarias.

Fig. 43. Desde la fortaleza de la parte alta de El Cañón del Molino, se tenía una posición estratégica privilegiada. Desde aquí se puede ver la mayor parte del valle de Guatimapé.

Fig. 44. Las constituciones de la parte superior de El Cañón del Molino, se encuentran en buen estado de conservación. En esta imagen se aprecian las estructuras básicas formadas por grandes patios con un altar central rodeado de plataformas donde hay montículos de piedra que pueden haber sido pequeños adoratorios.

Los elementos culturales encontrados en Durango, por corresponder a una ocupación muy específica y limitada en el tiempo, pueden ser diagnósticos para identificar la Aztatlán de otras localidades. Los siguientes rasgos son característicos de esta cultura:

Tipos cerámicos descritos en la costa

Aztatlán (Kelly) (Fig. 46).
Guasave Rojo sobre Moreno (Ekholm) (Fig. 47).
Lolandis (Kelley) (Fig. 48).
Ixcuintla Polícromo (Meighan) (Fig. 49).
Tuxpan Grabado (Meghan) (Fig. 50).
Urnas Funerarias (Kelly) (Fig. 51).
Iguanas Polícromo (Meighan) (Fig. 52).
Culiacán Polícromo (Kelly) (Fig. 53).

Fig. 45. Representación esquemática de las construcciones de la parte alta.

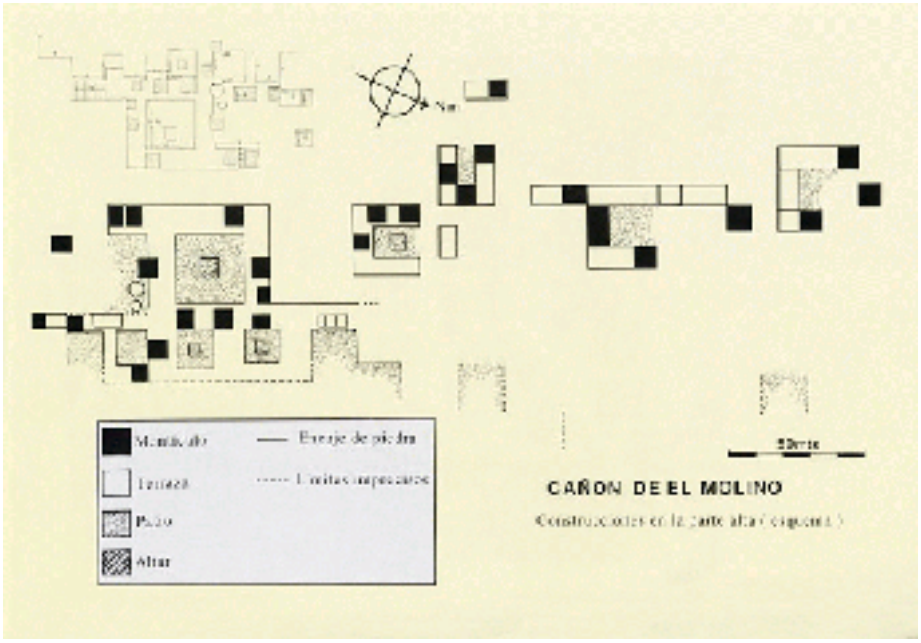

Mantículo
Terraza
Patio
Altar
Enraje de piedra
Límites imprecisos
50mts
CAÑON DE EL MOLINO
Construcciones en la parte alta (esquema)

Fig. 46. La Dra. Isabel Kelly designó la cerámica de la costa de Sinaloa, como la que se ilustra, con el nombre de tipo Aztatlán.

Fig. 47. De sus excavaciones en Guasave, Sin., el Dr. Gordon Ekholm bautizó a este tipo cerámico como Guasave Red on Buff (rojo sobre bayo); es un tipo muy difundido en Durango y en otros Estados como Nayarit y Jalisco, donde se conoce con otros nombres. Lo mismo sucede con otros tipos cerámicos, lo que ha dificultado la identidad cultural de la región.

Fig. 48. La Cerámica tipo Lolandis fue descrita en Durango por el Dr. J. Charles Kelley. Este tipo tuvo su mayor desarrollo en Chametla, Sin.

Fig.49. Clement W. Mehigan en sus excavaciones en Amapa, Nayarit, describió a este tipo de cerámica y la puso el nombre de Ixcuintla Polícromo; tuvo una gran difusión en Durango en donde se ha encontrado hasta El Zape.

Fig. 50. Cerámica Tuxpan Grabado, similar a la de Amapa, Nay.

Fig. 51. El uso de urnas funerarias para sepultar a los muertos, fue una costumbre muy difundida en la cultura Aztatlán.

Fig. 52. Base de una copa con molcajete del tipo Iguanas Polícromo de Amapa.

Fig. 53. La cerámica de Sinaloa se distinguió por su fina manofactura y sus bellos diseños. Estos ejemplares corresponden al tipo Culiacán Polícromo.

Otro tipo cerámico importante, no tan ampliamente difundido es el: Santiago Rojo sobre Naranja (Fig. 54).

El tamaño de las urnas funerarias es variable pero predominan las ollas grandes. Usualmente son monocromas, pero hay bicromas rojo sobre bayo y una decorada en rojo sobre crema con diseños geométricos (Fig. 55). Todas ellas tienen un agujero como de tres centímetros de diámetro en la parte media del cuerpo, los restos óseos ahí encontrados son principalmente de niños. Esta práctica se ha descrito en las culturas: Tolteca, Mixteca-Puebla, en el occidente del país, pero no en la Chalchihuites.

Otros objetos de barro típicos Aztatlán son: malacates globulares, bicónicos y dentados, de superficie pulida y algunos decorados con punciones rellenas de pintura blanca (Fig. 56), también hay sellos planos y cilíndricos, así como pipas (Fig. 57) de los estilos Tacuichamona, Culiacán y Guasave.

Se hallaron tepalcates reutilizados de forma rectangular, de dos por tres centímetros, que han sido descritos en la cultura Maya como contrapesos de redes para pescar. Esta actividad pudo ser importante por la cercanía de la laguna de Santiaguillo (Fig. 58).

Objetos de cobre

En las colecciones estudiadas, se encuentran cascabeles de los tipos 1, 4, 7, 8, 12, 30 y 36 de acuerdo a la clasificación de Pendergast. El tipo 8 corresponde a cascabeles en efigie de Tláloc, que han sido reportados ampliamente en el occidente de México y en el suroeste de los Estados Unidos. Hay dos semejantes a los provenientes del «Cenote de los Sacrificios» en Chichén-Itzá (Moriey, 1980). El tipo 36, es semejante a los especímenes de Cojumatlán, Michoacán.

Hay pendientes de cobre con forma de murciélago, tortuga, media luna; un pectoral decorado, anillos, agujas, pulseras y un sello, varias cadenas que terminan en una figura de A, como las que representan en los códices los rayos solares. Una orejera es similar a las encontradas en: Guasave, Sinaloa; Texmelican, Guerrero; en Topia y Hervideros, Durango (Fig. 59).

Deformación craneal y mutilación dentaría

Provenientes de varios sitios, principalmente de El Cañón del Molino, hay 34 cráneos que tienen deformación intencional del tipo tabular erecto en sus dos formas principales: la fronto-occipital y la plano-occipital. Hay dos con deformación tabular oblicua. Uno tiene mutilación dentaria de los tipos A-2 y A-3 de la clasificación de Fastlich-Romano. Estas prácticas se describirán más ampliamente en un capítulo posterior.

Fig. 54. Este ejemplar corresponde al tipo Santiago Rojo sobre naranja de Amapa, Nay.

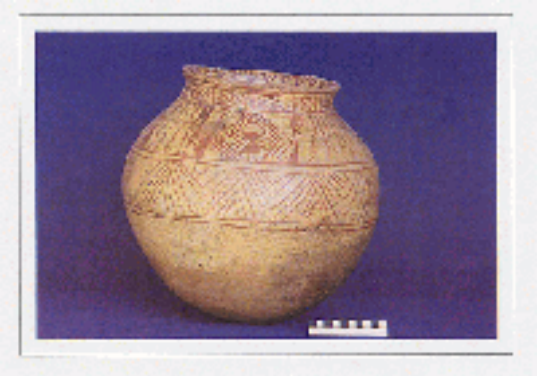


Fig. 55. Ejemplar de urna funeraria con decoración rojo sobre crema.

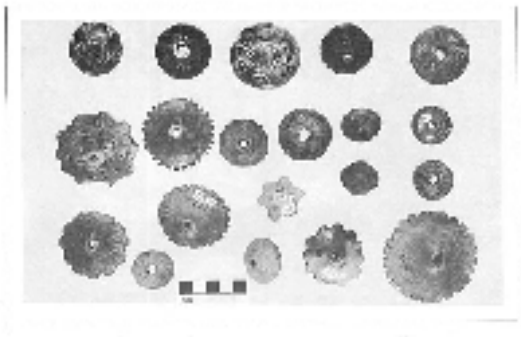


Fig. 56. Malacates globulares decorados bicónicos y dentados similares a los de la costa del Pacífico, por su abundancia. Al igual que los Chalchihuita permiten suponer que hubo siembra de algodón y la fabricación de telas de este material.

Fig. 57. La presencia en el Estado de Durango de pipas de diversos tipos iguales a los de Sinaloa, significa que el uso del tabaco tuvo una amplia difusión.

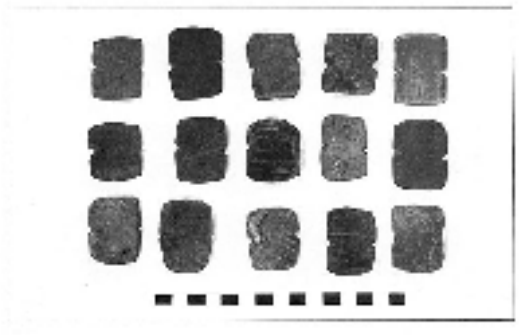


Fig. 58. La reutilización de tepalcates fue común. Los especímenes aquí ilustrados corresponden a contrapesos para redes utilizadas para la pesca.

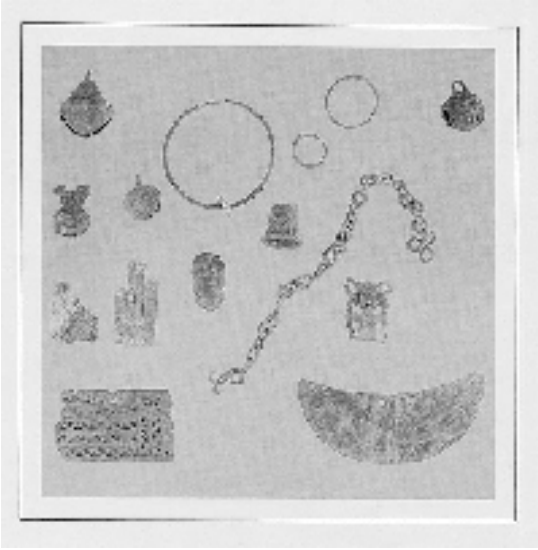
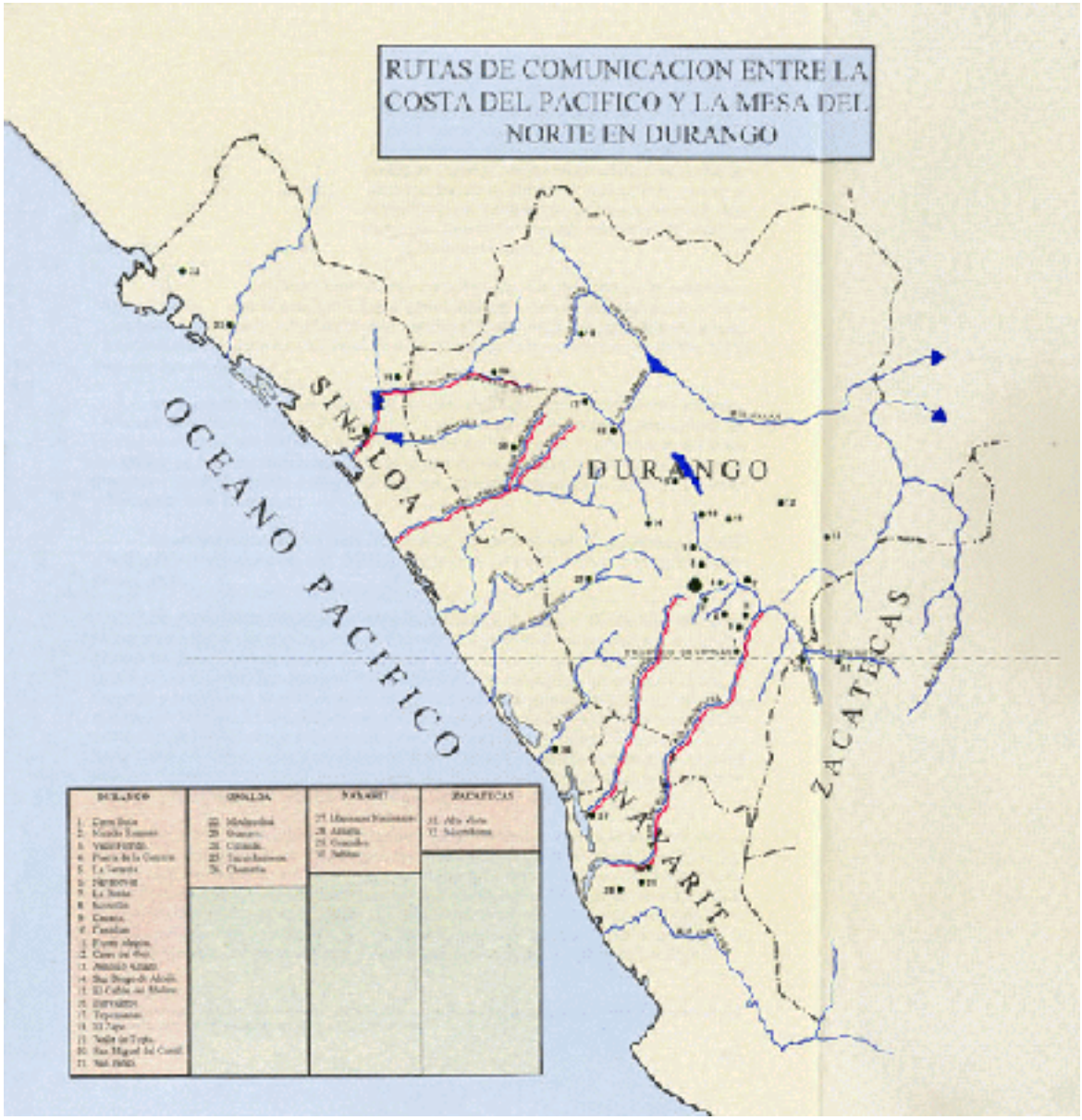


Fig. 59. Los objetos de cobre son comunes en los diversos sitios arqueológicos del Esatdo de Durango; no así en los sitios Chalchihuitas de la rama Súchil. Creemos que éstos llegaron por la costa, extendiéndose hasta Casas Grandes en Chihuahua.


RUTAS DE COMUNICACION ENTRE LA COSTA DEL PACIFICO Y LA MESA DEL NORTE EN DURANGO
OCEANO PACIFICO
SINALOA
DURANGO
ZACATECAS
NAYARIT

Los sitios con cultura Aztatlán situados en los valles de Durango, al este de la Sierra Madre Occidental, pueden ser agrupados en cuatro regiones. La primera corresponde al Valle del Guadiana, donde se encuentran las importantes localidades de Navacoyán y La Ferrería, localizadas muy cerca de la ciudad de Durango, en las proximidades del río Tunal. Los ríos del Tunal, La Sauceda y el Santiago Bayacora forman el río Durango que es el principal tributario del Mezquital a su entrada a Nayarit cambia su nombre por el de río San Pedro que va a desembocar a la laguna de Mexcaltitán; en las márgenes de éste se encuentran varios sitios Aztatlán, cercanos a Amapa, Nayarit.

En La Ferrería, el Dr. J. Charles Kelley encontró cerámica decorada, pipas, malacates, objetos de cobre y figurillas de barro, que él pensó eran intrusivos de las culturas de la costa y que hemos clasificado como objetos semejantes a los de Amapa, Nayarit. Algunas piezas de cerámica corresponden a los tipos Tuxpan, Botadero Inciso e Ixcuintla Polícromo de la fase Cerritos de Amapa.

La segunda región se localiza en el valle de Guatimapé, donde están los sitios Canatlán, El Cañón del Molino y Tejamen. En Canatlán se han encontrado platos bicromos rojo sobre moreno, semejantes a la cerámica Lolandis de Sinaloa. El material de El Cañón del Molino es tan abundante, que ha sido objeto de varios reportes y forma la parte más importante del aquí descrito. Estos sitios tuvieron una fuerte relación con Guasave, Culiacán y Tacuichamona, Sinaloa.

La tercera región incluye el sitio Hervideros, de donde Mason reportó cerámica similar a la Guasave Rojo sobre Moreno, Culiacán Polícroma, objetos de cobre y urnas funerarias (Mason, 1971).

La cuarta región incluye los sitios Tepehuanes, El Zape y Santa Ana, de donde reportamos vasijas del tipo Ixcuintla Polícromo, Guasave Rojo sobre Moreno, malacates globulares, cascabeles de cobre, cráneos deformados y entierro en urnas funerarias. Donald D. Brand fue el primero en describir material similar al de culturas de la costa en el norte de Durango y sugirió que la comunicación se había establecido siguiendo el curso de los ríos que cruzan la Sierra Madre Occidental. Kelley propuso la existencia de extensas rutas de comercio que venían desde Mesoamérica central, pasaban por el área de Nayarit y Sinaloa hasta Durango. Como rutas para cruzar la Sierra Madre Occidental, hemos propuesto los ríos San Pedro del Mezquital, el Acaponeta y el San Lorenzo; todos ellos se originan en Durango y terminan en el Océano Pacífico (Ganot y Peschard, 1985).

El río Acaponeta comienza en las quebradas de Navíos y Navajas a unos 50 km. al suroeste de Durango, ahí se encuentran minas de obsidiana y restos de talleres líticos. Río abajo cerca de la población de Pueblo Nuevo se encontró un cráneo con deformación intencional del tipo tabular oblicua; el río termina en Marismas Nacionales, Nayarit, donde se localizaba la provincia de Aztatlán; topográficamente parece ser el más accesible como ruta de comunicación con la costa. A fines de siglo existía un camino de herradura que unía las poblaciones de Rosario, Sinaloa y Acaponeta, Nayarit, con la ciudad de Durango.

Fig. 60. En este mapa mostramos los principales sitios arqueológicos de los Estados de Durango, Sinaloa, Nayarit y Zacatecas, así como las probables rutas de comunicación, siguiendo el cauce de los ríos.

En el norte de Durango, las rutas de comunicación con la costa fueron los cauces de los ríos San Lorenzo y Culiacán, con sus tributarios: el Humaya, el San Juan de Camarones, el San Gregorio y el Tamazula en la serranía de Topia. En mapas antiguos hay descripción de rutas que siguiendo el cauce de éstos, unían las poblaciones de Topia, Tamazula, Tepehuanes y Santiago Papasquiaro, Durango, con Culiacán, Sinaloa, las mismas que fueron utilizadas por Francisco de Ibarra y los misioneros Jesuitas durante la conquista (Fig. 60).

En la población de Pinos, cerca del río del Valle de Topia, un afluente del Humaya, se encontraron varios cascabeles y una orejera de cobre, similar a una descrita por Ekholm en Guasave (Fig. 61).

De acuerdo a reportes aislados, en los sitios del norte del Estado: Hervideros, Tepehuanes, Santiago Papasquiaro, Santa Ana y El Zape, hay evidencias de una ocupación mesoamericana. De un sitio cercano a Santa María del Oro, Durango, provienen unos malacates globulares tipo Aztatlán. Desde aquí, hasta Casas Grandes, Chihuahua, hay un extenso territorio pobremente explorado; no conocemos reportes de ocupación mesoamericana en esa enorme región.

En este trabajo vamos a describir los sitios del altiplano de los Estados de Nayarit, Michoacán, Jalisco y los de la costa de los Estados de Nayarit y Sinaloa, que tuvieron una ocupación Aztatlán y que por lo tanto están relacionados con Durango.

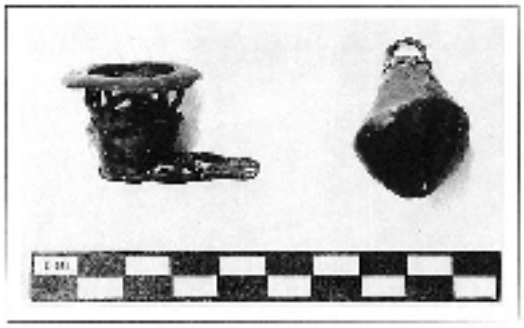


Fig. 61. Orejera y cascabel de cobre procedentes de Valle de Topia, Dgo., la primera, como las descritas por Gordon Ekholm en Guasave, Sin., y J. Alden Mason en Hervideros, Dgo.

Sitios Aztatlán en otros Estados

Región del Lago Chapala

Hay numerosos sitios arqueológicos en la región localizada en la margen del Lago de Chapala, en los Estados de Jalisco y Michoacán, que no han sido explorados formalmente y que sólo se conocen por el gran número de colecciones privadas provenientes de ahí y por un pequeño museo local en Atoyac, Jalisco. La región también fue descrita por Carl Lumholtz, quien compró una buena cantidad de piezas para el Museo de Ciencias Naturales de Nueva York, que han servido de base para hacer descripciones de la cerámica de la región. Se ha mencionado que algunas vasijas de Atoyac son parecidas a la cerámica Coyotlatelco del Valle de México. También se reportan figurillas humanas de barro y piezas de barro en miniatura que son características de esta área. Sin embargo, la información que se puede obtener de la arqueología de la región, es muy escasa ya que sólo hay dos estudios formales, aunque limitados, de la parte sur del Lago de Chapala; Tizapán el Alto, Jalisco y Cojumatlán, Michoacán (Fig. 62).

Fig. 62. Principales sitios arqueológicos del postclásico de Jalisco y Nayarit.

1. Cojumatlán, Mich.
2. Tizapán el Alto, Jal.
3. Autlán, Jal.
4. Tomatlán, Jal.
5. Bahía de Banderas, Nay.
6. Huistla, Jal.
7. Ixtlán del Río, Nay.
8. Amapa, Nay.
9. Coamiles, Nay.
10. Peñitas, Nay.
11. Marismas Nacionales, Nay.

Tizapán el Alto Jalisco

Este sitio fue parcialmente explorado por Clement W. Meighan y Leonardo J. Foote en dos temporadas de trabajo de campo, en los años de 1965 y 1966. Sus hallazgos fueron publicados en el año de 1968. Su estudio se limitó a la excavación de un montículo que forma parte de una zona arqueológica muy extensa, situada en las márgenes de la laguna de Chapala, muy cerca de la población de Tizapán el Alto, a 20 kilómetros de otra zona con la que se encuentra relacionada; Cojumatlán, Michoacán.

El sitio arqueológico incluye numerosos montículos funerarios y plataformas dispersas en una superficie de más de un kilómetro cuadrado. Los autores excavaron un montículo de aproximadamente 250 metros, de largo, por 70 metros de ancho y 2'4 metros de altura promedio.

Tres de las cuatro determinaciones de radiocarbono que se practicaron de este lugar, dieron fechamientos entre el 1000 y el 1200 d. C., por lo que se le considera correspondiente al postclásico, aunque hay evidencias de una ocupación más temprana, correspondiente al Complejo Cojumatlán, fechado entre el 900 al 1000 dC. Los autores consideran que la ocupación terminó en la primera mitad del siglo XIII, sin encontrarse evidencias de poblamientos posteriores. Por haber signos de violencia en algunos de los restos óseos, especularon que una invasión de los tarascos pudo ser la causa del fin de este asentamiento.

La mayoría de los objetos recuperados, eran ofrendas funerarias encontradas en los 52 entierros humanos identificados, 49 de los cuales estaban en la misma área del montículo excavado. Cuarenta y ocho eran esqueletos de adultos entre 18 y 40 años. La mayor parte de los esqueletos fueron encontrados flexionados en posición sentada. Cinco de ellos tenían huellas de violencia, ya que estaban decapitados, con enterramiento secundario de tres de las cabezas juntas; entre las costillas de otro, se encontró una punta de proyectil grande, hallazgo que parece corresponder a un hecho violento, más que a una ofrenda funeraria. Los autores no reportan la presencia de enterramientos en urnas.

Todos los cráneos mostraban deformación intencional del tipo tabular erecta. El de una mujer joven, presentaba además mutilación dentaria del tipo C-6 de la clasificación de Romero y Fastlicht.

Cuarenta de los entierros tenían ofrendas, principalmente cerámica decorada, de las cuales fueron recuperadas 30 piezas, que son excelentes indicadores cronológicos y culturales; los tipos principales corresponden a los llamados; Cojumatlán Polícromo y Cojumatlán Polícromo Inciso, tipos que son semejantes, según los autores, a piezas de Amapa y Peñitas, Nayarit y de Guasave y Culiacán, Sinaloa. Otros tipos encontrados como ofrendas incluyen: un plato Chapala Rojo sobre Moreno y un vaso miniatura rojo sobre blanco. En entierros correspondientes al Complejo Tizapán, el tipo de cerámica decorada más abundante, fue Cojumatlán Blanco sobre Rojo.

Otros objetos procedentes de Tizapán fueron: 14 figurillas humanas de barro de estilo Mazapa, varias figurillas de animales, 41 malacates, algunos incisos y otros pintados, sellos de barro, un silbato de barro, 12 objetos de cobre de los cuales hay seis agujas, un tubo de 3'3 cm. de largo, un pendiente, un anzuelo, un anillo y un cascabel, probablemente piriforme. Se encontraron gran número de puntas de proyectil, siendo la forma más frecuente, triangular con dos escotaduras muy cerca de la base, semejantes a especímenes encontrados en Durango, así como varias navajas prismáticas y raspadores de obsidiana.

La presencia de metates, manos de metate, morteros y manos de morteros, indican que el lugar sirvió no sólo cómo panteón, sino que era un sitio habitacional. Se reporta también la presencia de hachas ranuradas en 3 de sus 4 caras, una paleta rectangular de piedra de 21'3 cm por 7'5 cm., supuestamente usada para moler pigmentos, esferas de piedra, pulidores, diversos objetos de concha y perforadores de hueso.

Los autores mencionan el gran parecido entre el material proveniente de Tizapán el Alto, con el de Cojumatlán. Existe también gran semejanza con el material arqueológico de Amapa, Nayarit.

Debido a lo limitado de la muestra analizada, en virtud de que las excavaciones efectuadas estuvieron circunscritas a un sólo montículo, los resultados obtenidos no son concluyentes, los autores mencionan que el no haber encontrado pipas, entierros en urnas, pendientes y otros rasgos culturales, no excluye su existencia (Meighan y J.F. Foote,1968).

Cojumatlán, Michoacán

Este sitio fue excavado por investigadores de la Universidad de Nuevo México en 1941, bajo la dirección de Donald D. Brand y los hallazgos, reportados en 1949 por Robert H. Lister. La bahía de Cojumatlán se localiza al sureste del Lago de Chapala, a unos 12 kilómetros de la desembocadura del Río Lerma. La localidad explorada está cerca de la población de Cojumatlán; es uno de los varios lugares con restos arqueológicos que se encuentran en esa bahía.

El trabajo de campo consistió en practicar dos trincheras de aproximadamente 1'5 por 20 metros, de donde se obtuvo el material estudiado, que consistió en un gran número de tepalcates y piezas completas de cerámica, que fueron la base para la definición de las fases de ocupación del lugar, así como una gran cantidad de otros objetos arqueológicos. Se identificaron dos complejos cerámicos; el complejo Chapala, que se caracteriza por los tipos Chapala Rojo Pulido, Chapala Rojo sobre Moreno y Chapala Café. Este complejo estuvo presente durante toda la ocupación del sitio. El segundo, llamado Cojumatlán; es más tardío y se caracteriza por la cerámica Cojumatlán Polícroma y Cojumatlán Incisa Polícroma.

La cerámica de este tipo, es parecida a la proveniente de sitios de Sinaloa, tiene decoración con motivos como plumas, penachos y serpientes emplumadas, semejantes a los que reportó Ekholm de Guasave, Sinaloa y que tenían su origen en la cultura Mixteca Puebla. Un gran número de piezas, eran vasos trípodes con patas en efigie humana o animal, como las provenientes de las culturas del centro de México, en especial, en áreas de Montealbán, Cholula, Puebla y otros sitios de Oaxaca. Se encontraron también tepalcates de cerámica plomeada; otras vasijas tenían soportes huecos en sonaja.

Otro motivo de decoración fue la serpiente emplumada, como la representada en el Códice Vaticano, semejante a las serpientes de la cerámica de Costa Rica y Nicaragua y en algunos de los recipientes Aguaruro Inciso y Aguaruro Polícromo de Guasave, que son característicos del complejo Aztatlán.

La presencia de cerámica plomeada en la región de Chapala, es importante porque relaciona el sitio con el valle de México y permite asociarlo con el período Mazapa, que se considera se desarrolló entre el 1100 y el 1300 d. C. El lugar más distante del centro de México, en donde se ha encontrado cerámica plomeada es Tepic Nayarit.

La cerámica aquí llamada Chapala Rojo sobre Moreno, está decorada con diversos motivos; tiene parecido a la Mazapa y a la de Sinaloa de la cultura Aztatlán.

Además de las vasijas, había otros objetos de barro, como pequeños juguetes con ruedas, que han sido reportados en Veracruz, Oaxaca y Panamá; un fragmento de sello, un pequeño incensario en efigie de Tláloc y varias figurillas humanas planas, semejantes a figurillas de molde Mazapa, que representan dioses en la tradición Azteca; un gran número de malacates de diversas formas; conos truncados, que fue la más frecuente, cónicos, bicónicos, en forma de jarra, planos y en efigie; la mayor parte de ellos tenía decoración incisa con diversos diseños.

Se describe una flauta de barro completa, varios silbatos con figuras de aves y mamíferos, diez fragmentos de pipas tubulares con figuras humanas; objetos localizados en estratos superficiales, lo que sugiere que corresponden a fases tardías de ocupación.

Se recuperaron 93 objetos de metal de cobre y hierro, 79 corresponden a cuentas de un collar encontrado como ofrenda funeraria; otro entierro tenía seis cascabeles de cobre, con restos de cuerda en las colgaderas, tres de ellos con apéndices de espiral de alambre en forma de orejas, otro piriforme. Había además pendientes, una lezna y dos agujas de cobre. El material de hierro consiste en 79 cuentas de collar de óxido de hierro.

Hubo numerosos especímenes de piedra trabajados por percusión, principalmente los de obsidiana, se reportan 84 navajas prismáticas de este material, las que se obtienen con un sólo golpe al núcleo. Se encontraron 119 puntas de proyectil que se clasificaron en cinco tipos, las más abundantes, de forma triangular, de base recta y dos escotaduras laterales

hechas muy cerca de la base. Hubo además la presencia de raspadores, perforadores, manos de mortero, metates, manos de metates, hachas, un vaso en efigie animal hecho en basalto vesicular, con figura de una rana, pulidores y otros objetos diversos de piedra.

En el reporte se incluyen objetos de concha como: brazaletes, pendientes en efigie, ornamentos en forma de disco, collares con cuentas perforadas y aretes, hasta totalizar 360 especímenes.

Se encontraron quince objetos de hueso y cuerno, provenientes del material de relleno, de recolección de superficie y de ofrendas funerarias. Los de mayor cantidad e importancia fueron: punzones, -algunos de los cuales conservaban una punta aguzada-, espátulas, un arpón, varias agujas, un pendiente de hueso de ave, un diente de mamífero y otros ornamentos de hueso. El material hecho de cuerno incluía raspadores, instrumentos para retocar puntas de proyectil y otros objetos trabajados sin función definida.

En la exploración del sitio se descubrieron 17 entierros, la mayor parte en mal estado de conservación; 13 correspondían a niños. Los esqueletos generalmente se encontraron flexionados y sentados en estrechos hoyos realizados para este propósito, habitualmente estaban con la cara vuelta al occidente. Doce entierros se acompañaban de diversos tipos de ofrendas, la mayor parte correspondía a piezas de cerámica. Un cráneo adulto tenía deformación intencional de tipo tabular erecto y tres tenían dientes mutilados. Borbolla, que ha revisado la región tarasca, señala la variedad de prácticas funerarias; había entierros individuales, múltiples, secundarios en urnas y cremaciones.

En las observaciones finales del reporte de Cojumatlán, se señala que los habitantes del sitio eran agricultores, fabricantes de cerámica, que tejían algodón y tenían ideas religiosas expresadas por la manufactura de figurillas que representaban deidades. Estos grupos debieron de haber emigrado a la región por el río Lerma. Se supone que la población recibió la influencia de grupos provenientes de Puebla y Oaxaca, con conocimientos en la elaboración de cerámica, soportes para vasijas y conceptos religiosos; utilizaban el cobre principalmente para la manufactura de adornos. Los fechamientos para esta ocupación que se proponen en este reporte son del 1100 al 1300 d. C., con una influencia posterior de la cultura Mixteca-Puebla (Lister, 1949).

Región del Altiplano Central

En el Altiplano Central se incluyen diversos sitios de ocupación del postclásico, localizados en parte de los Estados de Nayarit, Jalisco y Michoacán, que son sugestivos de corresponder a asentamientos de habitantes de cultura Aztatlán, es probable que existan otros semejantes, no descritos en el Estado de Zacatecas, como Totoate, que se conocen solamente por comunicaciones personales.

Etzatlán, Jalisco

El municipio de Etzatlán, se localiza a unos 60 kilómetros de la ciudad de Guadalajara en el Estado de Jalisco; en esta zona han sido saqueadas un gran número de tumbas de tiro, que corresponden a una cultura que se desarrolló en la región, a partir del año 200 d. C. aproximadamente. En ellas se han encontrado, como ofrendas funerarias, numerosos objetos sagrados hechos de barro, con figuras principalmente humanas, de animales y maquetas, donde se representan en forma realista, actividades de la vida cotidiana, que son documentos de un gran valor etnológico para el conocimiento de la vida y costumbres de los pobladores de la región.

El sitio fue reportado inicialmente por la Dra. Isabel Kelly, quien efectuó un reconocimiento de superficie. Sin embargo, los diversos lugares con restos arqueológicos de esta localidad, no habían sido formalmente explorados hasta que se llevó a cabo el llamado «Proyecto Etzatlán» en los años 1963-1964, cuando se practicaron trabajos arqueológicos en algunos de ellos.

El sitio de Huistla, parte de este proyecto; está localizado en la margen sur de la Laguna de Magdalena, explorado por Michael A. Glassow, quien lo reportó en 1967. El trabajo consistió en la elaboración de 10 calas de muestreo para establecer la estratificación de la zona. El análisis del material obtenido no permitió establecer cambios cronológicos, por lo que se concluyó que en este sitio sólo hubo una ocupación, que no tuvo relación con el complejo cultural que hacía tumbas de tiro, sino que la cerámica era semejante a la del «Complejo Aztatlán» del postclásico.

Los tipos principales de cerámica encontrados son los llamados: Huistla Polícromo, que fue el más numeroso, Acueducto Rojo sobre Moreno, vasijas decoradas blanco sobre rojo, negra pulida incisa y vasos miniatura. El uso de nombres locales para describirlas, como los antes mencionados, hace difícil el establecer comparaciones con tipos semejantes de otras localidades, sin embargo las variedades del lugar, están relacionadas con las de los sitios de ocupación Aztatlán de Nayarit, Sinaloa y Durango.

Algunas vasijas, principalmente molcajetes, eran de base anular, pero la mayor parte de los recipientes tenían patas sólidas bulbosas, aplanadas y algunas zoomorfas. Se encontró una figurilla sagrada de barro de 12'5 cm. de alto, un fragmento de figurilla hecha en molde, un silbato de barro, un sello plano de barro y ocho malacates con decoración incisa.

Glassow concluyó que la cerámica de Huistla es muy parecida a la de Aztatlán descrita por Sauer y Brand, especialmente se encuentran semejanzas estilísticas en la rojo sobre moreno, proveniente de otros sitios de los estados de Nayarit y Sinaloa, en donde es conocida con otros nombres locales, el material de Huistla es muy parecido al de la fase Cerritos de Amapa Nayarit, que es uno de los sitios del occidente mejor estudiados, la

cerámica Huistla Incisa Blanco sobre Rojo, es la forma local de la llamada Aztatlán por la Dra. Kelly. También hay un gran parecido con la del periodo medio de Ixtlán del Río Nayarit.

El reporte de Glassow, se limita al estudio de la cerámica y otros objetos de barro, en el resumen de su trabajo menciona haber encontrado varios objetos de cobre, no reportó otros elementos culturales (Glassow 1967: 78, 82).

Tomatlán, Jalisco

El estudio de Tomatlán, Jalisco fue producto de un trabajo de salvamento arqueológico en la costa central de este Estado, cuando se planeaba construir una presa en la cuenca del río Tomatlán; llevado a cabo por Joseph B. Mountjoy a partir de 1974 en tres temporadas de campo en los años 1975, 76 y 77. El reporte de los trabajos se planeó hacerlo en tres libros, de los cuales dos han sido publicados. El primero trata sobre la historia y la arqueología de la región, en el segundo se reportan las manifestaciones de arte rupestre, ya que existen numerosos sitios con petroglifos en el área estudiada; en el tercer tomo se hará una síntesis de las características de cada uno de los cinco complejos culturales encontrados en Tomatlán (Mountjoy, 1982, 1987).

En el primer libro, Mountjoy señala que los restos más antiguos encontrados pertenecen al preclásico temprano, representado por unos pocos tepalcates semejantes a los correspondientes a la fase Capacha de Colima y El Opeño de Michoacán, también se hallaron cuatro fragmentos de obsidiana que por la técnica de rehidratación se fecharon entre el 1390 a. C. y el 1080 a. C. La segunda ocupación, corresponde al complejo cultural de «La Pintada», con fechamientos que van desde el 400 a. C. hasta el 300 d. C.; ésta se encontró en 40 de los 165 sitios estudiados; el de mayor población se localizó en el valle costero, con una área de 235.619 metros cuadrados, en donde pudieron situarse unas 537 casas, con una población que pudo ser, de acuerdo a cálculos especializados, como de 1.611 personas.

La tercera ocupación en la cuenca del río Tomatlán se denominó Complejo Guayacán, habiéndose encontrado cerámica de este tipo en 71 de los 165 sitios estudiados. La cronología propuesta para este complejo va del 300 al 600 d. C.; la típica de esta fase es la rojo sobre crema, con decoración mal conservada, esta fase se ha relacionado con la presencia de los petroglifos más antiguos, el uso de hachas pulidas y figurillas de barro hechas en molde.

En el valle de Tomatlán se encontraron 165 sitios con restos arqueológicos y arte rupestre, localizados en la serranía, el valle adyacente al río y en la zona costera. En 50 de ellos había restos de cerámica Aztatlán; la mayoría en la cuenca del río Tomatlán, pero no en sitios cercanos a la serranía. El más grande con ocupación Aztatlán fue llamado Nahuapa I; ocupa una extensión de 23 hectáreas, pero por el deterioro en que se encontró no fue excavado; se seleccionó el Nahuapa II para su exploración. Este lugar ocupa una superficie

de 2 hectáreas e incluye: un montículo ceremonial, dos habitacionales y cuatro plataformas de casas. La población indígena calculada para esta región, en esa época, es de 8.520 pobladores.

En el montículo 1, se excavó una trinchera de 12 por 2 m. en donde se obtuvo material principalmente Aztatlán. Se encontraron restos de cuatro entierros humanos; uno de ellos era el cráneo de una mujer, que tenía como ofrenda sobre la cabeza, una lámina de cobre y en el pecho una vasija Aztatlán Polícromo. Los otros tres no tenían ofrendas. No se describe en el texto si los cráneos estaban deformados. Había entre otros objetos 14.218 tepalcates, 128 navajas prismáticas de obsidiana, 9 artefactos de metal, 5 malacates. El 42% de los tepalcates tenía decoración Aztatlán.

La segunda excavación se hizo en el montículo 2; la tercera en un lugar, el Altar, llamado así por tener una piedra grande de diorita azul en el centro; el material proveniente también fue de tipo Aztatlán.

Varias dataciones con la técnica de rehidratación de obsidiana para la ocupación Aztatlán del sitio Nahuapa II, dan fechas del 690 al 1382 d. C. Hay un fechamiento de radiocarbono del sitio Nahuapa II, de donde provenía material post-Aztatlán con una fecha del 1010 al 1250 d. C. El autor concluye que la ocupación Aztatlán, se inició aproximadamente en el 800 d. C. y terminó alrededor del 1200 d. C.

En el área de La Pintada se hicieron dos excavaciones; en una de ellas se encontró un depósito de basura de 3'10 m de altura, en el fondo del cual estaban los restos óseos de tres perros al lado de una fogata con piedras y carbón. En la segunda excavación se localizaron cinco entierros humanos con ofrendas, debajo de una capa de basura doméstica. En la basura de ambas había tepalcates, material de concha y hueso, metates, martillos de piedra, artefactos de obsidiana, silbatos, flautas y muchos fragmentos de figuras de barro.

De acuerdo a Mountjoy, la zona de Tomatlán recibió gran influencia de la Cultura Aztatlán entre el 600 d. C. y el 1000 d. C. Hay vasos Aztatlán en 50 de los sitios estudiados, de los tipos Aztatlán Rojo sobre Bayo, Aztatlán Rojo y Blanco sobre Bayo Inciso y algunos tipos semejantes a los de Amapa, Nayarit, como el Cerritos Polícromo, Santiago Blanco sobre Rojo, Iguanas Polícromo y Mangos Grabado; estos tipos se han encontrado ampliamente difundidos en otros sitios de la costa de Nayarit, Colima y Sinaloa, así como en localidades del Estado de Durango, los que son conocidos en cada lugar con diferentes nombres.

Además de los hallazgos de cerámica, se relacionó esta fase Aztatlán con algunos artefactos de cobre, entierros en urnas funerarias, construcciones en plataformas pequeñas cuadrangulares, finas navajas prismáticas de obsidiana, alisadores, piedras para pulir barro y la práctica de la deformación craneana intencional.

La última fase de ocupación de Tomatlán fue la Nahuapa, que va del 1000 d. C. hasta la conquista. En ésta hubo una gran expansión demográfica a todo lo largo del río. Las construcciones se hicieron con cimientos redondos, la Nahuapa, presente en 132 de los sitios estudiados, fue un cambio local de la cultura Aztatlán. Asociados con esta fase, hay metates de granito en forma de abrevadero, martillos de piedra, alisadores, azuelas, hachas lasqueadas, celtas, puntas de proyectil de obsidiana, artefactos de cobre, incluyendo aros, martillos y yunques para trabajarlo, cascabeles de barro, ornamentos y bolas grandes de piedra, lajas monolíticas, y muchas rocas con petroglifos.

El sitio más grande de ocupación de esta fase, el Nahuapa, tiene aproximadamente 23 hectáreas de extensión y según Mountjoy fue visitado por las fuerzas de Francisco Cortés de Buenaventura en 1525. Aquí los españoles pasaron la Pascua, siendo registrado este pueblo con el nombre de Tetitlán (Mountjoy, J. 1982: 331). La presencia de abundantes malacates en la zona, puede indicar que Nahuapa fue un centro de fabricación de telas, así como posiblemente de artefactos de metal y otros productos.

Posteriormente en 1990, Mountjoy revisó el tema de la cultura Aztatlán, bajo una perspectiva de la frontera suroeste; menciona que desde Sauer y Brand se conocen los rasgos característicos de ésta, además señala que por la profundidad de los depósitos arqueológicos de algunos sitios, la ocupación se podría dividir en varias fases, idea que también han tenido Kelley y Winters.

Mountjoy señala una serie de propuestas que confirman las que hemos hecho desde 1983, (Ganot et al., 1983; Ganot y Peschard, 1985), como el que Aztatlán adquirió su alto nivel cultural en la época Tolteca; que la región fue colonizada desde el sur, llegando la frontera norte hasta el valle de Culiacán, y que los centros Aztatlán tienen montículos grandes y rectangulares colocados alrededor de plazas, así como juegos de pelota. Hay panteones con restos humanos enterrados en ollas, frecuentemente acompañados de ofrendas funerarias, sobre todo de vasijas. Esta cultura se encuentra asociada con la metalurgia, fabricación de navajas prismáticas de obsidiana, malacates en relación con la industria textil y pipas con el cultivo del tabaco. La decoración con figuras estilo códice, la presencia de cerámica plomeada y el uso de figurillas en molde tipo Mazapa, indican conexiones con las culturas postclásicas del altiplano central. En diversos sitios, la ocupación Aztatlán estuvo precedida por otras culturas y a su desaparición algunos de éstos fueron ocupados por nuevos grupos indígenas.

Material Aztatlán ha sido encontrado en muchos sitios más que los propuestos por Sauer y Brand, como en el norte y centro de Durango, en Mochicahui al noroeste de Guasave, Sinaloa (Manzanilla, L. R. y J. A. Talavera 1992; 59-67). Algunos fragmentos de cerámica fueron reportados en Casas Grandes, Chihuahua por DiPeso y en Wind Mountain, Nuevo México (Kelley, 1983).

Un aspecto importante de la cultura Aztatlán, ha sido el de la posible relación con el altiplano central de México, con los Toltecas (Ekholm 1941, Kelly 1941), Mixtecas (Ekholm, 1942), y Aztecas (Ekholm 1942, Fahmel 1981); así como con otras de la región andina de Sudamérica (Meighan 1969; Mountjoy 1969; Hostler 1988).

En un trabajo posterior Mountjoy hace una revisión de esta cultura y presenta la imagen de algunos tepalcates, ninguna pieza completa y como contribución original, proporciona un fechamiento de radiocarbono de material post-aztatlán del 1010-1250 d. C. así como varias fechas de rehidratación de obsidiana proveniente también del sitio Nahuapa II, con dataciones que van del 690 d. C. al 1382 d. C. (Mountjoy 1992; 541-564).

Valle de Banderas, Jalisco

En el valle de Banderas, Mountjoy exploró el sitio de Ixtapa, en las cercanías del poblado del mismo nombre, en la cuenca costera del río Mascota, sitio que cubre una área de aproximadamente 100 hectáreas, que estaba en peligro de perderse por el crecimiento de la población. La mayoría de los restos encontrados corresponden a la cultura Aztatlán. Aquí se encuentran dos montículos piramidales, un juego de pelota, así como cimientos y plataformas de casas. También hay seis estelas de granito o de riolita asociadas con uno de los montículos. Mountjoy asocia la elaboración de estelas con esta cultura.

Una muestra de radiocarbono del piso de un montículo, dio un fechamiento de entre el 720 y el 820 d. C., que parece corresponder al inicio del asentamiento del lugar, sin embargo, en este estrato no se encontraron objetos correspondientes a dicha cultura. En otras estructuras había muros asociados a abundantes restos de material Aztatlán, con residuos de carbón que al analizarlos dieron una fecha del 1070 al 1230 d. C.

Se encontraron 350 tiestos decorados; 77% son de color rojo sobre bayo, 11 % rojo sobre bayo inciso, 6% inciso, 3% braseros incensarios, 2% negro sobre bayo y 1 % de rojo y anaranjado sobre bayo inciso. La mayoría de los diseños son geométricos sin encontrar figuras elaboradas de códices, ni cerámica polícroma.

La cultura Aztatlán de Nayarit y Sinaloa

La región del Altiplano de Nayarit

El sitio más importante es Ixtlán del Río, en donde se encuentran dos fases de ocupación, la primera de ellas es contemporánea de las tumbas de tiro y la segunda a cultura Aztatlán, cuya ocupación corresponde al periodo Ixtlán Medio, que se desarrolló entre el 800 y el 1100 d. C.

De acuerdo a Oliveros la cerámica típica de este periodo es la llamada rojo sobre moreno, que ha recibido diversos nombres, como «de borde rojo» y «rojo sobre bayo» (Sauer y Brand, 1932), «de borde rojo decorada» (Kelly, 1948) y «Tecuala Rojo sobre Bayo». Este tipo lo relacionó la Dra. Isabel Kelly con el rojo sobre bayo de los complejos Coyotlatelco y Mazapa del Altiplano central y Ekohlm lo relacionó por su decoración con la Mixteca Puebla.

Otra variedad importante es el Aztatlán Polícromo, con vasos en forma de pera y cajetes trípodes con soportes huecos, ambos decorados a base de colores rojo blanco naranja y negro, con líneas esgrafiadas, éste es el originalmente descrito por Sauer y Brand.

En este periodo también aparecen molcajetes trípodes, pipas, malacates, hachas de piedra ranuradas en tres de sus cuatro caras, hachas en efigie y objetos de cobre, que se consideran los más tempranos encontrados en la costa occidental, como agujas, anzuelos, alfileres, pinzas, anillos, brazaletes, cascabeles y placas.

La cerámica asociada a los entierros ha sido la tipo Cloissoné, que es polícroma, pintada al fresco, encontrada en el occidente de México y en la cultura Chalchihuita de los Estados de Zacatecas y Durango.

El periodo tardío se inicia entre el 1100 al 1200 d. C., sin saberse cuándo termina, recibe una fuerte influencia de las culturas Tolteca y Mixteca con la cerámica del complejo Mazapa. Hay molcajetes trípodes con soportes zoomorfos hechos en molde y soportes huecos en sonaja, así como las características figurillas humanas hechas en molde; también cerámica plomeada y vasijas polícromas semejantes a las Mixteca-Puebla, que Ekholm considera la consecuencia de un gran mercado de cerámica durante el postclásico. Aparecen también en este periodo dos nuevos tipos, uno blanco sobre rojo y otro negro sobre naranja, que Gifford considera semejante a vasos de filiación Azteca; nosotros consideramos que este tipo puede ser el precursor de la Nayar Blanco sobre Rojo, de la rama Guadiana de la Cultura Chalchihuita.

Amapa Nayarit

El sitio arqueológico de Amapa se encuentra localizado a unos cinco kilómetros al norte del Río Grande de Santiago y a 19 kilómetros de la costa del Pacífico, en la delta que forman los ríos Santiago y San Pedro. El último separa esta región, de Marismas Nacionales. El área de Amapa había sido explorada superficialmente desde 1956, por arqueólogos de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), pero fue hasta 1959, cuando Clement W. Meighan dirigió la más extensa exploración arqueológica que ha sido llevada a cabo, en la costa occidental de México. Como resultado, se publicó en 1976, el libro «The Archaeology of Amapa, Nayarit»; a continuación se presenta un resumen de este trabajo, en el que señalamos los aspectos que puedan tener relación con la arqueología de Durango.

En el momento del contacto español, Amapa pudo haber sido una de las ciudades de Tecomatlán o Cillán, mencionadas en el lienzo de Tlaxcala (Fig. 63), conquistadas por Nuño de Guzmán, las que, de acuerdo a los relatos, estaban densamente pobladas en ese tiempo, aunque su época de máximo esplendor había pasado desde muchos años antes.

El área explorada mide 870 por 700 metros y corresponde al grupo central de montículos y plazas, muy abundantes en los alrededores del sitio. Fueron excavadas con bulldozer y trabajo manual, siete grupos de construcciones, cementerios y un juego de pelota.

Fig. 63. Lienzo de Tlaxcala: batalla de Tecomatlán.

Como resultado de estas exploraciones, se pudo establecer una secuencia cronológica en Amapa. Hubo tres ocupaciones del sitio: una temprana, en la que se definieron dos fases cronológicas denominadas Gavilán y Amapa; una intermedia con sólo la fase Tuxpan y una tardía que fue dividida en tres fases; la más antigua, Cerritos, después la Ixcuintla y la más reciente la Santiago. Esta cronología se basó en tres dataciones de radiocarbono, varios análisis de hidratación de obsidiana y en la presencia de cerámica marcadora como la plomeada (plumbate), del centro de México. Grosscup estableció otra secuencia cerámica del sitio, basado en la similaridad estilística, entre las piezas decoradas, con las de otros sitios arqueológicos.

La secuencia encontrada por la técnica de hidratación de la obsidiana, difirió considerablemente del análisis de Grosscup, que parece ser la que más se correlaciona con los hallazgos de otros sitios del occidente; de acuerdo a éste, las fechas de ocupación de Amapa fueron las siguientes:

Gavilán, del 250 al 500 d. C.

Amapa, del 500 al 750 d. C.

Tuxpan, del 750 al 900 d. C.
Cerritos, del 900 al 1100 d. C.
Ixcuintla, del 1100 al 1350 d. C.
Santiago, del 1350 al 1550 d. C.

En las fases Gavilán y Amapa, no se encontraron evidencias de arquitectura de importancia; a partir de la fase Cerritos, son abundantes las construcciones, sobre todo en forma de montículos artificiales de tierra, que era la estructura básica que servía para la hechura de templos y casas. Se exploró un patio para juego de pelota que es el único excavado en la costa occidental; se trata de una estructura limitada por muros verticales, con una forma de I latina o de doble T.

Los hallazgos de cultura material más importantes, que se reportaron son los siguientes: pequeñas ofrendas funerarias, provenientes del cementerio, que consistían en conjuntos de diversos artefactos con fines utilitarios, formados principalmente por lascas de calcedonia y obsidiana, perforadores, fragmentos de concha y hueso, objetos de cobre y abrasivos de arena. Estos conjuntos tenían la materia prima y los instrumentos para elaborar objetos de ornato. Las ofrendas se encontraron asociadas a cerámica de la fase Ixcuintla, lo que hace suponer que era una costumbre tardía.

Fueron recolectadas figurillas humanas de barro de varios tipos, algunas hechas en molde, del tipo Mazapa, similares a las reportadas en Cojumatlán, Michoacán y Tizapán el Alto, Jalisco. Algunas tenían forma de perros, aves, armadillos, reptiles y tortugas; aproximadamente 700 objetos de barro incluían: orejeras, discos, silbatos, malacates, pipas, fragmentos de máscara, sellos, placas, cilindros, pendientes de diversos tipos y tepalcates reutilizados.

De los 164 malacates encontrados, casi la mitad fueron de piedra y el resto de barro; fueron clasificados en base a su forma en: tipo 1, globulares; tipo 2, bicónicos; el tipo 3, especímenes que tienen tres o cuatro pequeñas patas; y el tipo 4, donde se incluyen los no clasificables. Los tipos 1 y 2 fueron los más frecuentes, algunos decorados con pintura, grabados y grabados rellenos con pintura. Cronológicamente aparecen desde la fase Amapa hasta la Ixcuintla. Sólo se encontraron cuatro pipas fragmentadas, que no son clasificables.

Cerámica

Como en la mayor parte de los sitios tardíos de Mesoamérica, la cerámica fue el material más abundante y el de mayor importancia para establecer la cronología del lugar. Se colectaron 154.000 tepalcates, de los cuales se conservaron para su estudio 200, que tenían rasgos de manufactura como patas o asas y 68.000 con decoración, los que fueron clasificados en 53 tipos específicos. Se recuperaron cerca de 700 vasos completos o casi completos. El análisis de las vasijas la llevó a cabo la arqueóloga Bety Bell, quien revisó 660

recipientes, el 77% decorado y el 23% eran monocromo. De la cerámica decorada, la tercera parte era de un sólo tipo, Ixcuintla Polícromo. En la colección hay 128 vasos más, que no fueron incluidos en el estudio tipológico por estar muy estropeados. La mayor parte de las piezas completas se encontraron en los dos cementerios excavados.

Como ha sido mencionado antes, el estudio de la cerámica permitió establecer una secuencia de cuatro y posiblemente seis periodos de ocupación del lugar. La fase más temprana, Gavilán, tiene dos tipos principales de recipientes decorados; Gavilán Polícroma y Gavilán Roja sobre Naranja. La fase Gavilán, probablemente va del 250 al 500 d. C.; vasos parecidos han sido reportados en la fase Tierra del Padre, de Chametla, Sinaloa y quizá en las fases tempranas de Ixtlán del Río, Nayarit. La siguiente es la Amapa, con la cerámica: Amapa Blanca, Amapa Polícroma, Amapa Roja sobre Crema y Guamúchil Polícroma. Esta fase se puede correlacionar con la Baluarte, de Chametla y con la Ayala de Durango, que de acuerdo a Kelley correspondería al 450-700 d. C. Los autores sitúan esta fase en el 500-750 d. C.

La fase Tuxpan es posterior a la Amapa y se caracteriza por la Tuxpan Rojo sobre Naranja, que es muy parecida a la Lolandis de Borde Rojo que Kelley y Winters consideran característica de la fase Lolandis en Chametla, que ellos fechan entre el 750 al 950 d. C. En Amapa la fase Tuxpan va del 750 al 900 d. C.

La fase Cerritos tiene los tipos: Botadero Inciso, Cerritos Polícromo, Mangos Grabado y lago Polícromo. Está muy relacionada con los periodos Acaponeta de Chametla y Culiacán. Kelley y Winters correlacionan la fase Acaponeta, con el final de las Joyas y la primera mitad de la río Tunal, en Durango. La Acaponeta va del 900 al 1100 d. C. Los autores consideran que Cerritos en Amapa, va del 900 al 1100 d. C.

La siguiente fase es la Ixcuintla, que se caracteriza por los tipos Ixcuintla Polícromo e Ixcuintla Blanco sobre Naranja. Esta ocupación va del 1100 al 1350 d. C. En este periodo se nota una decadencia en la elaboración de la cerámica, ya que se usaron menos colores y los diseños fueron más simples pudiendo estar en relación con Ixtlán del Río, Nayarit, donde empezó a surgir un nuevo tipo cerámico blanco sobre rojo.

El último periodo es llamado Santiago; se caracteriza por la Santiago Blanco sobre Rojo, que es idéntica a los tipos tardíos, como el Ixtlán Blanco sobre Rojo y el Santiago Rojo sobre Naranja, con fechas que van desde el 1350, hasta muy probablemente el momento del contacto español.

Puede concluirse que la fase Cerritos fue de expansión cultural, correspondiente al Complejo Aztatlán, a la que siguió una amplia gama de complejos locales posteriores en los que se encontraban rasgos comunes y otros propios de la localidad, de tal manera que dos lugares aunque muy cerca uno del otro, no son semejantes entre sí. Algo parecido sucedió en los sitios Aztatlán de Durango. En las fases posteriores apareció la cerámica blanco

sobre rojo, que se difundió ampliamente por el norte, con diseños geométricos y motivos astrales; decoración con espículas blancas de los tipos Ixtlán y Santiago Blanco sobre Rojo, decoración que es parecida a la Nayar y El Molino de los sitios de Durango (Fig. 64).

Fig. 64. Cerámica bicroma de Amapa, Nay. (Meighan).

Artefactos de metal

Se hallaron un total de 205 objetos de metal, la mayor parte como ofrendas funerarias y otros como objetos de uso cotidiano. Se utilizó para su análisis la clasificación tipológica de Pendergast. Muchos de ellos estaban hechos a base de alambre de cobre, predominaron los cascabeles, las agujas y los alfileres; se encontró también un anzuelo, un brazalete, tres anillos, una placa de cobre y un cuchillo.

Se ha considerado que la metalurgia fue introducida tardíamente a mesoamérica y posiblemente entró por el occidente de México, proveniente de Perú o Ecuador en el 800 a 900 d. C. En la fase Cerritos, se encontraron 45 objetos de cobre, 28 en la Ixcuintla y 14 en

la Santiago; la mayor parte de estos objetos estuvieron en relación a ofrendas funerarias. Tres cascabeles tienen la figura de Tláloc y uno de ellos es de forma piriforme con bandas de alambre en su parte superior.

Se recuperaron 1862 conchas marinas, la mayor parte de ellas no trabajadas, restos de diecisiete brazaletes, pendientes y colguijes de concha, todos provenientes de estratos posteriores a la fase Cerritos, por lo que se consideró que su uso constituyó una costumbre tardía.

No se encontraron metates completos, sólo 55 fragmentos pequeños y 26 manos de metate, material insuficiente para establecer conclusiones. Tampoco había morteros, únicamente trituradores pequeños de lava y basalto. Fueron muy abundantes las piedras de diferentes tipos, usadas como raspadores o pulidores, con una superficie finamente pulida, aisladas o formando parte de conjuntos de herramientas como ofrendas funerarias. La mayoría de estos objetos provenían de sitios posteriores a la fase Cerritos, principalmente de la fase Ixcuintla.

Los objetos de piedra incluyen 9 hachas ranuradas en tres de sus cuatro caras, un martillo y una hachuela grande. Las hachas ranuradas como las aquí descritas, son características de la cultura Hohokama, después de la fase Santa Cruz, cerca de 900 d. C. Se han reportado en Culiacán, Guasave, Chametla, Sinaloa, Autlán Jalisco y en estratos posteriores a la fase Cerritos, por lo que parece ser un rasgo tardío. Un fragmento de paleta de piedra rectangular, con 2 patas en un extremo, mide unos 20 cm. de largo por 3 de alto; esta pieza es parecida a especímenes Hohokama.

Se encontraron pulidores de cerámica, un vaso de ónix y uno de alabastro, una gran variedad de ornamentos, pendientes, malacates de piedra pulida, discos, esferas, discoidales, lascas, raspadores, raederas, perforadores y navajas de calcedonia y obsidiana.

Las puntas de proyectil fueron clasificadas en cuatro tipos; los dos primeros incluyen puntas mal trabajadas, con poco retoque y con una base rudimentaria. Los tipos 3 y 4 están constituidos por puntas finamente terminadas de diversos tamaños, predomina un tipo de punta triangular, de base recta o ligeramente cóncava, con dos escotaduras cerca de la base, semejantes a puntas de sitios de Durango. Este tipo estuvo en relación con la fase Cerritos.

En toda la excavación sólo se hallaron 4 esqueletos, analizados por George W. Gill, del laboratorio de la Universidad de Wyoming, quien obtuvo las siguientes conclusiones: los restos óseos de Amapa tienen características semejantes a las culturas del postclásico de Marismas Nacionales y Barra de Navidad, Jalisco. Se obtuvo un diente con mutilación del tipo C-4 extrema; sólo dos cráneos pudieron ser completamente estudiados; ambos tenían deformación intencional del tipo tabular erecta; uno de ellos de forma bilobal, semejante a

especímenes de Tecualilla, Marismas Nacionales y también muy frecuente en Guasave, Sinaloa. En resumen, los restos óseos de Amapa tienen las características de los del postclásico de occidente de México.

Marismas Nacionales, Nayarit

A partir de 1967, la Universidad del Estado de New York en Búffalo, llevó a cabo un estudio multidisciplinario con arqueólogos, antropólogos físicos y geólogos, en la región costera de Marismas Nacionales, que culminó con el trabajo formal de Stuart D. Scott en 1968, quien realizó estudios de arqueología con orientación ecológica.

La región se encuentra entre los sistemas de drenaje de los ríos Baluarte y Acaponeta, en los límites de los Estados de Sinaloa y Nayarit. La zona principal de estudio se localiza en el estuario de Teacapán, en el que se encuentran extensos manglares, pantanos, salinas, dunas y esteros, formando un habitat ecológico. Esta área es aparentemente inhóspita por el calor, la humedad, los mosquitos y otros parásitos -que los españoles compararon a las siete plagas de Egipto-, sin embargo, las poblaciones indígenas se adaptaron bien a este medio, por su riqueza de recursos alimenticios.

El estudio arqueológico de las marismas, consistió en el reconocimiento de una área de 142 km. cuadrados, donde fueron encontrados más de 600 montículos artificiales, a base de conchas de ostras (concheros), distribuidos a lo largo de las orillas del estuario, el más largo de ellos mide 3'6 km. de largo, 100 m. de ancho y en su parte más alta arriba de 10 m. Estas prominencias se han formado por el deshecho de la alimentación a base de ostras, de los pobladores, desde tiempos prehispánicos. Han sido lugares de comercio de ostras y camarones, que eran llevados hasta la ciudad de México. Por la acumulación de estos restos por tantos años, se han podido efectuar estudios estratigráficos de los mismos. Scott describe uno de especial importancia denominado cerro El Calón, que tiene forma de pirámide truncada, mide aproximadamente 80 por 100 m. de base ovoide y de 25 m. de altura.

Además de los concheros, hay en Marismas Nacionales, numerosos montículos artificiales de tierra, que fueron construidos como base de sitios de habitación y para enterramientos, en donde se hallaron huesos de animales, objetos de obsidiana, cerámica decorada, malacates, pipas, figurillas humanas y objetos de cobre idénticos a los tipos de los horizontes clásico y postclásico de los sitios vecinos: Chametla y Amapa.

Después de varias temporadas de trabajo de campo en esta región, Scott concluyó que casi la totalidad de los montículos de Marismas Nacionales, tanto los de tierra como los de concha, correspondían a asentamientos del clásico tardío y del postclásico. Las dataciones de radiocarbono correspondieron generalmente a fechas entre los siglos VIII y XV d. C.

El autor está de acuerdo con Meighan, quien postuló que la región de Sinaloa carecía de un gobierno central o «imperio» comparable a la región Azteca; no había una capital dominante, sino que estaba formada por una serie de pequeñas ciudades «estado» cada una con sus villas y poblaciones tributarias. Se asevera que en la prehistoria de Occidente de México estos sitios de Marismas Nacionales, estaban densamente pobladas al tiempo de la llegada de los españoles.

George W. Gill, antropólogo físico del equipo de Stuart Scott, practicó los estudios de los restos óseos provenientes de las excavaciones, recuperados entre los años de 1968 a 1974; asimismo, supervisó la arqueología de los entierros. Fueron recuperados 245 esqueletos humanos provenientes de 10 sitios arqueológicos. Hasta el momento sólo han sido reportados los hallazgos de mutilación dentaria y deformación craneana intencional. Encontró 81 cráneos completos y 43 especímenes con mutilación dentaria. Estos hallazgos y los estudios de patrones dentales y de otros rasgos óseos, le permitieron concluir que había diferencias antropológicas entre los grupos que poblaron Teacapán en el periodo clásico y en el postclásico, así como una afinidad cercana en los grupos de postclásico con los Aztecas y otros relacionados con éstos.

De acuerdo a esta información se sugiere la posibilidad de que tanto los cambios culturales, como los movimientos de población, hayan ocurrido como parte del mismo proceso. El 89% de los 81 cráneos tienen deformación intencional de 8 diferentes variedades; la forma bilobada fue la más común en todos los sitios. No hay diferencia significativa entre ambos sexos. Los cráneos no deformados aparentemente pertenecían a individuos de una clase social inferior. Hay una gran correlación entre la deformación craneana, con la forma de la cabeza de figurillas humanas de barro procedentes de la región. La mutilación dentaria fue una práctica frecuente en etapas más tardías.

En calas de prueba de dos montículos artificiales de conchas, se encontraron tepalcates de cerámica con grandes similaridades tipológicas con los de Amapa, que se localiza 125 km. al sur. En la parte de tierra del montículo, por debajo de la capa de concha, había cerámica muy similar a la de Chametla, localidad que se sitúa a 50 km. al norte de Teacapán. Esto sugiere que los habitantes del estuario estuvieron influidos por culturas diferentes en periodos diferentes, la más antigua, proveniente del norte y la más reciente del sur.

Aunque el estudio de Marismas Nacionales es de una alta calidad científica, desafortunadamente desconocemos si ha sido publicado el reporte final del resto del material cultural, proveniente de esta región. Aquí debemos mencionar la similitud de algunas costumbres de este lugar con Durango.

Sinaloa

Hay numerosos sitios con restos arqueológicos en la región costera del estado de Sinaloa, además de otras localidades situadas en las sierras bajas de la vertiente oeste de la Sierra Madre Occidental; pero son pocos los lugares estudiados formalmente. Los mejor investigados son los de Chametla, Culiacán y Guasave en la costa y Tacuichamoná en la región de la sierra. Algunos de estos lugares estuvieron ocupados desde el periodo clásico, sin embargo, la principal fue en el postclásico, en forma muy significativa por habitantes de cultura Aztatlán.

La exploración inicial de los sitios de Sinaloa, se realizó bajo la supervisión de los profesores A. L. Kroeber y Carl Sauer, de enero a mayo de 1935 y en enero de 1939; financiada por el Instituto de Ciencias Sociales de los Estados Unidos y los resultados reportados por Isabel Kelly en sus libros; «Excavations at Chametla Sinaloa» publicado en 1938 y «Excavations at Culiacán Sinaloa» en 1945.

Chametla

El trabajo de Chametla, consistió en un periodo de tres semanas de excavaciones de prueba en una terraza fluvial, en las márgenes del río Baluarte, cuando pasa por la población de Chametla, cercana a la ciudad de Rosario, al sur del Estado de Sinaloa.

El estudio fue una secuencia del reconocimiento de superficie que hicieron en la costa del Pacífico Sauer y Brand, que tenía el fin de corroborar, por medio de estudios estratigráficos, la clasificación de la cerámica que ellos habían propuesto para la región.

El trabajo arqueológico consistió en el reconocimiento de superficie y la excavación de varios montículos, algunos de ellos artificiales, en las localidades de: «Cocoyolitos», que de acuerdo a las tradiciones locales fue el centro más importante de la población indígena de la región de Aztatlán; «Loma Ramírez»; «La Tierra del Padre»; «El Taste» y «El Tamarindo»; este último es un sitio cercano al Panteón de Chametla, en donde hasta la actualidad se encuentra una cantidad sorprendente de tepalcates en la superficie, pero que por razones desconocidas no se excavó.

No existen construcciones arquitectónicas de importancia, por lo que el trabajo de campo se limitó a la excavación de trincheras en los montículos.

El material proveniente fue muy variado: restos óseos, hachas, metates, manos de metates, pipas, malacates, figurillas de barro, etc., pero como en todos los otros sitios de la costa, el estudio se basó fundamentalmente en la cerámica, base de la secuencia cronológica del lugar.

El principal tipo de cerámica lo constituyen recipientes utilitarios de color bayo con borde rojo y bandeada en negro, encontrado en gran cantidad en toda la región y en todos los estratos estudiados. También había una pequeña serie de vasijas polícromas, probablemente de uso ceremonial, finamente elaboradas, que permitieron establecer la clasificación cronológica en el valle de Chametla.

La ocupación más antigua fue la Chametla Temprana, con su cerámica característica; Chametla Polícroma Temprana y la Grabada Temprana predecesora de la Negra Bandeada. La segunda fase es la Chametla Media, que tiene como cerámica característica la Chametla Media Polícroma; la Grabada; la de Borde Rojo Festoneada; la Morena Pulida y la Blanca sobre Moreno, que son recipientes cubiertos con un engobe blanco y borde rojo.

La siguiente fase es la Aztatlán, cuya cerámica típica estaba decorada con borde Rojo, Negra sobre Moreno, Aztatlán y posiblemente la Cocoyolitos Polícroma.

Esta cerámica tiene como rasgos comunes, un borde rojo y una banda de decoración exterior. La de borde rojo tiene motivos geométricos y puede tener una sección en tablero de ajedrez, por abajo de la banda decorada, es igual a la descrita por Ekholm como Guasave Roja sobre Moreno, muy difundida en sitios de la costa y el altiplano de Jalisco y Michoacán; una variante encontrada tiene básicamente la misma decoración y además pintura blanca en líneas o sobrepuesta sobre los motivos pintados de rojo. La Negra sobre Moreno es semejante, sólo que en lugar de usar pintura roja se utilizó negra. Nosotros reportamos varias piezas semejantes provenientes de sitios de Durango.

La cerámica Aztatlán es igual a la descrita por Sauer y Brand; consta de los mismos elementos, pero la banda está decorada con dibujos geométricos incisos en un fondo de pintura blanca; abajo de ésta pueden seguir círculos concéntricos, cuadros en tablero de ajedrez, imágenes de plumas etc.

La última fase, la del complejo El Taste-Mazatlán, incluye los tipos: El Taste Polícromo, El Taste de Borde Rojo, Mazatlán Polícromo, El Taste Satín y el Taste Burdo. En este grupo se incluyen ejemplares de recipientes finamente terminados y otros con decoración burda y mal acabados (Fig. 65).

Los complejos Aztatlán y El Taste-Mazatlán, han sido encontrados en asociación o en localidades aisladas.

Al igual que en Culiacán, hay dos secuencias cronológicas en la ocupación de Chametla: la primera es la mencionada por la Doctora Isabel Kelly; la segunda corresponde a Kelley y Winters, quienes revisaron el material de la costa, encontrado en excavaciones de Durango y renombraron las fases de ocupación de Chametla. La primera llamada «Tierra del Padre», siguió la «Baluarte», la Chametla tardía II, correspondiente a la ocupación del complejo Aztatlán, que dividieron en 3 periodos; el primero llamado «Lolandis» y el segundo «Acaponeta»; al último lo llamaron «El Taste».

Fig. 65. Vasija tipo El Taste Polícromo. (Colección de Don Miguel Valadez, Mazatlán, Sin.).

El poblamiento de Chametla fue muy anterior al de Culiacán. Las fechas propuestas van del 250 d. C. hasta el 1100 d. C.

En un apéndice de su publicación, la Dra. Kelly reporta otros hallazgos aparte de la cerámica. Aquí se incluyeron los siguientes: vasos miniatura, algunos pintados con colores rojo o negro, encontrados como ofrendas funerarias, correspondientes a la fase Chametla media; candeleros, que son objetos de barro macizo en forma de pedestal cónico de 8 a 15 cm. de altura, con la base y la superficie superior plana, un sello cilíndrico, copas con asas, figurillas humanas completas, sonajas, cucharas, machacadores, bolas, soportes, orejeras, tambores, pipas y silbatos, algunos en efigie animal. Las pipas fueron clasificadas en dos tipos; la Cocoyolitos, por lo general finamente terminada, de barril largo y aplanado al final, donde se asienta la chimenea de forma globular con bordes divergentes. Este tipo lo hemos encontrado con frecuencia en Durango. El segundo es el de plataforma; son más pequeñas que las anteriores, el recipiente para la chimenea se origina antes de que termine el barril, dejando una parte de la plataforma al frente.

Hubo malacates de tres tipos principales: los del primero son discoidales de superficie lisa; los del segundo son pequeños, bicónicos y con decoración incisa; los del tercer tipo son malacates grandes, globulares, de color gris, negro o rojo, con decoración incisa rellena de pintura blanca, con figuras geométricas. Este último tipo, relacionado con la ocupación Aztatlán de Chametla. Ejemplares de los tres, pero principalmente del tercero, han sido encontrados en Durango.

De los objetos de piedra pulida importantes de mencionar, son las hachas, manufacturadas en una piedra verde e invariablemente ranuradas en tres de sus cuatro caras; también se describen placas de metal usadas para moler con un movimiento rotatorio.

Los enterramientos fueron de dos clases: los primarios, sin ninguna particularidad especial y los secundarios en urnas funerarias; se describen veintinueve de estos últimos. Las urnas eran grandes, de 1'1 a 2'4 m. de circunferencia máxima, con una boca de 28 a 30 cm. de diámetro; muchas de éstas estaban tapadas con una vasija invertida del tipo utilitario con borde rojo; la mayoría destruidas por la presión y los restos óseos por lo tanto no pudieron ser valorados. Sólo se encontró un cráneo con deformación occipital y otro con aplanamiento fronto-occipital. Con frecuencia los esqueletos estaban incompletos, sugiriendo que los cuerpos eran desmembrados para hacerlos pasar por la estrecha boca de las ollas; ocasionalmente se encontraron cráneos con los huesos de dedos de manos y pies entre las mandíbulas, práctica también común en Culiacán. Cerca de un tercio de estos enterramientos tenían ofrendas funerarias como cascabeles, malacates, figurillas y tambores de barro, pero los artefactos más frecuentes como ofrendas, fueron vasijas en miniatura.

Culiacán

El estudio de la zona arqueológica de Culiacán, se efectuó en dos temporadas de trabajo de campo, en 1935 y 1939, en sitios cercanos al río de Culiacán, en el valle del mismo nombre.

En la primera temporada se excavaron cinco sitios en el distrito de Aguaruro-San Pedro; «Las Lomitas», «La Loma», «Cerro Izabal», «La Colorada» y «Alamitos». Estas localidades eran montículos de no más de dos metros de alto, de donde se obtuvieron un gran número de objetos principalmente de cerámica, pero también de concha, hueso, piedra y cobre. Fue el material de cerámica la base para establecer la secuencia cronológica del área.

En 1939 se excavaron los sitios: «La Carbonera», «Las Calaveras» y «Rincón de Nanchi». Esta segunda temporada estuvo orientada a la búsqueda de ocupación Aztatlán; básicamente se encontró el mismo material que en la primera.

La secuencia cronológica establecida, se dividió en cuatro periodos que son: Culiacán Temprano II, Culiacán Temprano I, Culiacán Medio y Culiacán Tardío. El Culiacán temprano II, estuvo relacionado con el complejo Aztatlán descrito previamente en Chametla y se identificó

por la presencia de gran cantidad de cerámica finamente elaborada, malacates, pipas y máscaras de barro; hachas de piedra en efigie y entierros secundarios en urnas funerarias. Esta fase se correlacionó con la ocupación de Guasave reportada por Ekholm (Fig. 66).

Esta cronología fue posteriormente modificada por Kelley y Winters en 1960, quienes cambiaron los nombres de las fases llamándolas ahora: Acaponeta, la más antigua, asociada en su parte inicial con el complejo Aztatlán; La Divisa; Yerbalito y la más reciente La Quinta.

En la nueva clasificación, el cambio importante consiste en un describir un tipo de cerámica llamado Lolandis de Borde Rojo, como característico del periodo inicial del complejo Aztatlán. La ocupación con vasijas Lolandis, forma parte de la fase Acaponeta de Chametla y corresponde a la Culiacán Temprano II.

Culiacán estuvo habitado en épocas más tardías que los otros sitios de la costa de Sinaloa; desde aproximadamente el 900 d. C., hasta el momento del contacto español.

El reporte que hace la Dra. Kelly, se fundamenta en los hallazgos correspondientes a la fase Aztatlán; ella revisó extensamente la literatura de que se disponía entonces, para

Fig. 66. Cerámica Culiacán (Isabel Kelly).

relacionar esta fase con la de otras áreas arqueológicas conocidas y consideró que esta ocupación fue la época de máximo esplendor de la cultura de Culiacán.

La cerámica representativa del complejo Aztatlán, consiste en cajetes decorados con un borde rojo, continúan dos líneas rojas paralelas al borde, abajo de las cuales se encuentra una banda decorativa dividida en paneles por líneas verticales; los motivos dibujados generalmente son grecas y otras figuras geométricas; después de la banda, puede encontrarse una sección, en tablero de ajedrez y después líneas verticales que convergen a la base del recipiente. Se trata de piezas finamente elaboradas, aunque hay variantes de aspecto más burdo.

El tipo fue denominado Aztatlán por la Dra. Kelly, al igual que los recipientes que habían descrito Sauer y Brand en sus reportes iniciales. La decoración es muy parecida a la descrita por Ekholm como Guasave Rojo sobre Moreno en muchos otros sitios de la costa y en varios sitos de Durango; la misma que es conocida en cada lugar con diferentes nombres.

Otros tipos de vasijas decoradas, relacionadas con esta fase, que no habían sido reportados son: Novolato y Aguaruro Polícromos, Aguaruro Inciso, Cerro Izábal y Alamitos Grabados. Hay otros tipos menos frecuentes.

Después de la fase Aztatlán, la cerámica característica es la Culiacán Polícroma; la de la fase temprana, consiste en vasos finamente decorados en colores rojo, blanco, negro, naranja, gris, y ocasionalmente rosado; los dibujos son muy variados y se encuentran además de los geométricos; figuras de monstruos, arcos de plumas, aves y caras.

Los vasos Culiacán Medio Polícromos, son parecidos a los anteriores, pero la calidad de la decoración no es tan fina y variada. Además de los polícromos, hay vasos de un solo color típicos de estas fases como: el Culiacán Inciso de la fase Temprana I, el tipo Dun, de la Media, y el Acanalado, de la Tardía (Fig. 67).

La Dra. Kelly asocia el complejo Aztatlán con la cerámica Culiacán Polícroma (Fig. 64) y la incisa temprana; de acuerdo a este argumento, el complejo Aztatlán puede ocurrir en forma pura, o asociado al periodo Culiacán Temprano I.

La colección incluye: sellos cilíndricos y planos (Fig. 68), malacates, pipas, silbatos y figurillas de barro, cascabeles de cobre, puntas de proyectil, navajas de obsidiana, metates y manos de metate; hachas ranuradas y en efigie, objetos de concha, pendientes y adornos de piedra. El estudio de todo este material fue superficial ya que con excepción de los malacates, no se relacionó con las fases cerámicas descritas.

Se encontraron 862 pipas, asociadas a fases tardías de ocupación, un gran número de ellas finamente decoradas con colores rojo y negro, o con dibujos incisos; algunas son trípodes, con chimenea de bordes divergentes y otras tienen forma de animales.

Fig. 67. Vasija tipo Cerro Izábal inciso (colección de Don Miguel Veladez, Mazatlán, Sin.).

El material metálico fue escaso; hay 19 objetos de cobre y uno de hierro que se considera posterior al contacto; se trata de cascabeles, anillos, alambre y un botón de cobre, la mayor parte de estos objetos estuvieron asociados al periodo Culiacán Medio.

Dentro de los instrumentos de piedra pulida, existen pendientes simples y grabados y «Cruces de Quetzalcóatl».

El tipo predominante de puntas de proyectil, de forma triangular, de base recta o ligeramente cóncava, de bordes rectos o ligeramente convexos y con dos escotaduras laterales cerca de la base finamente terminadas. Especímenes iguales son abundantes en Durango y el complejo Jora Mayrán del desierto de Coahuila.

Hubo numerosos enterramientos; 252 en total; los secundarios en urnas fueron 190; las urnas funerarias son de forma esférica, de tamaño grande y podían tener una olla simple invertida tapando la boca. Ambas vasijas generalmente son utilitarias, de color natural, o pintadas de rojo. La disposición de los huesos dentro de las mismas seguía un patrón bien

definido; los huesos pequeños de las manos y pies, se colocaban dentro del cráneo y la carne se separaba; todo aparentemente siguiendo una rutina precisa.

El 75 % de los entierros secundarios fueron de adolescentes y adultos; todos los cráneos de este tipo de entierros, tenían deformación del tipo tabular erecto; un gran número de cadáveres enterrados en la superficie tuvieron también este tipo de deformación.

Una opinión interesante de la Dra. Kelly, es la que hace sobre la población de las culturas de Sinaloa, dice:

«Es evidente de que no se trataba de una cultura débil marginal. La presencia de una gran población con villas organizadas, mercados, agricultura intensiva y habilidad técnica para laborar diversos materiales, todo esto indica una cultura sofisticada y bien desarrollada. Esta es la imagen que había en el momento de la conquista cuando una cultura floreciente fue barrida en unos cuantos años por medio de una brutal explotación y la transmisión de graves enfermedades.» (Kelly, I. 1945).

Fig. 68. Sellos de barro tipo Culiacán (colección de Don Miguel Valadez, Mazatlán, Sin.).

Guasave

La exploración de Guasave, Sinaloa, fue parte de un extenso proyecto de reconocimiento arqueológico de la zona de la costa del Pacífico, al sur del Río Culiacán, llevado a cabo por Gordon Ekholm a partir de 1938 y reportado en 1942. El sitio excavado resultó ser un montículo artificial funerario, localizado a unos 5 kilómetros al sur de la Ciudad de Guasave; tiene una altura máxima sobre el terreno circundante de 1'5 metros. Se encontraron 166 enterramientos completos, más 21 esqueletos fragmentados. La mayor parte de los restos óseos estaban mal conservados, se desintegraban con facilidad, por lo que sólo pudieron ser recuperados unos cuantos cráneos intactos.

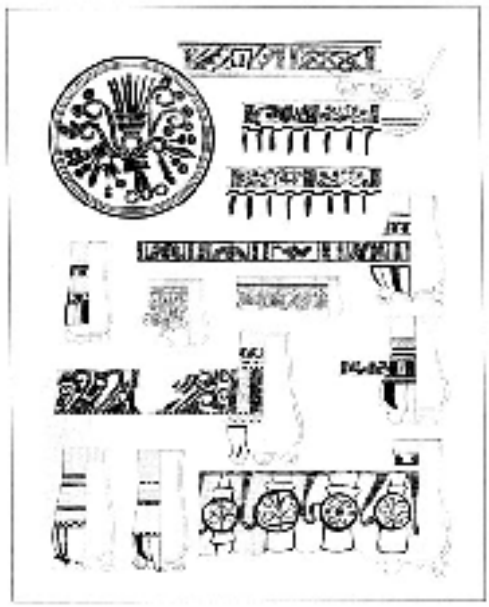
Había tres tipos de enterramientos: completos, con los esqueletos descansando a todo lo largo, generalmente sobre la espalda y con las piernas extendidas; en rama, con todos los huesos largos agrupados, cubiertos por las costillas y las escápulas y generalmente con el cráneo colocado en la base del paquete funerario; el tercer tipo fue secundario en urnas; se recuperaron 28 grandes ollas funerarias.

El entierro número 29, debe mencionarse en forma especial, ya que tenía 18 vasos de cerámica como ofrenda alrededor del cuerpo; el esqueleto estaba acostado a todo lo largo, probablemente en una plataforma y protegido con un techo de madera, ya que se encontraron remanentes de una estructura de este material sobre el cuerpo. Estos restos deben haber pertenecido a un personaje importante, ya que tenía objetos tales como: dos grandes cuchillos de obsidiana, dos placas y dos mil cuentas de concha, 87 cascabeles de cobre en el tobillo derecho, adornos de concha en el tobillo izquierdo, 19 brazaletes de concha en el número izquierdo, una daga de hueso en la mano derecha y dos cráneos pintados rojo ocre, sin mandíbulas, que parecen haber sido trofeos.

El material de Guasave era abundante, fue principalmente la cerámica la base del estudio, de ésta se llegó a conclusiones acerca de las afinidades del grupo con otras culturas. Se obtuvieron 155 vasos completos o casi completos, que permitieron clasificarlos en tres tipos: unos decorados que se encuentran en otros sitios de Sinaloa, como en Chametla y Culiacán; otros monocromos rojos que se encuentran en sitios cercanos del norte de Sinaloa y en el Estado de Sonora y el tercer tipo corresponde a piezas decoradas con diseños usados en culturas mesoamericanas, de los Estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz, que semejan dibujos de códices tardíos (Fig. 69).

Se recuperaron 31 recipientes decorados con pintura roja sobre fondo moreno, aquí denominados «Guasave Red on Buff», son semejantes a especímenes, reportados en varios lugares de la costa, del altiplano y de Durango; tienen forma variable, pero la decoración sigue un patrón característico. El borde pintado en rojo, después, en la parte externa sigue una banda de decoración con diversos motivos, habitualmente geométricos, luego, hacia abajo, un dibujo en tablero de ajedrez, del que parten una serie de bandas radiadas hacia la base de las vasijas. Este tipo es muy característico y fácilmente identificable; se halló asociado a las variedades polícromas, con las que parece estar relacionado.

Fig. 69. Cerámica Guasave Polícroma (Gordon Ekholm).



Había una vasija de colores negro y rojo, con un dibujo de un dios cubierto de plumas que tiene el cráneo desnudo, identificado como Mictlantecutli en el Códice Vaticano B. Esta decoración proviene del centro de México. Una bella pieza trípode, de cerámica polícroma, con la figura del mismo Dios, se localiza en el Museo de Ocotlán, Jalisco, al sur del Lago de Chapala.

Hay otro tipo cerámico que fue llamado Aztatlán Polícromo; se trata de cuatro cajetes decorados en su interior, con finas líneas de color café rojizo, en el exterior tienen una banda incisa rellena de color blanco o rosado y se utilizó además el color negro. Este tipo es semejante al que la Dra. Kelly llamó cerámica Aztatlán.

Uno de los cajetes tiene dibujada en su interior, una cabeza de un Dios, con un tocado de plumas, una nariz larga y curvada y otros diseños parecidos a los de códices, en especial del Vaticano B. Algunos motivos son parecidos a los del Dios Xochipilli, tiene líneas ondulantes, en espiral y en forma de U, que pueden ser estilizaciones de serpientes, manchas de piel de tigre o penachos de plumas. Este diseño se encuentra en la cerámica de varios sitios de Sinaloa, Nayarit; en la Azteca I de Culhuacan, en El Cañón del Molino y en un recipiente de El Zape, Durango.

En el reporte se describe otro tipo de vasijas llamado Cerro Isabel Grabado; de color moreno, de superficie pulida, como la de la cerámica Guasave Rojo sobre Moreno, decoradas con pintura roja o negra, con decoración incisa en el exterior de las jarras y en el interior de los cuencos. Resalta entre los diseños, las figuras de elementos entrelazados y figuras de flores de tres pétalos, también semejantes a figuras de códices. Un plato tiene pintado un cuchillo de obsidiana, plumas, posiblemente una representación de un jaguar y la cara de un dios; esta decoración es parecida a la proveniente de Cholula, Puebla y otros lugares de cultura Mixteca.

Ocho recipientes altos, polícromos, clasificados con el nombre de Sinaloa Polícromo, son de cuerpo alto, trípodes con patas bulbosas huecas en sonaja, decoradas en el exterior con incisiones poco profundas y pinturas de colores marrón, negro y blanco, aplicadas en una superficie tratada de color moreno (Fig. 70).

Fig. 70. Vaso Polícromo Guasave (colección de don Miguel Valadez, Mazatlán, Sin.).

Algunas piezas tienen bandas radiadas hacia la base como la cerámica Guasave Rojo sobre Moreno. Una jarra tiene una banda de decoración en tablero de ajedrez; otros motivos dibujados en la banda principal incluyen grecas escalonadas y entrelazadas cadenas de círculos y puntos y flores. Ésta es muy parecida a los tipos Guasave Rojo sobre Moreno y Cerro Isabel Grabada. Los vasos altos han sido encontrados en Culiacán, Atoyac y en el Lago de Chapala formando parte del Complejo Aztatlán y semejan al tipo Cholula Polícromo, de Puebla y otras de Isla de Sacrificios, Veracruz, que se han relacionado con cerámica proveniente de Centroamérica.

Una vasija de Costa Rica es semejante a una de Guasave. Parece que existió una relación entre las culturas de Nicaragua y Costa Rica, con las de Cholula y Veracruz, sin embargo, este tipo no se encuentra en la Cultura Mixteca-Puebla, por lo que su transferencia al norte, debe haber seguido una ruta marginal o no se popularizó en la Mixteca-Puebla. Una de estas jarras altas tiene una superficie exterior pintada en blanco, está finamente pulida y es sorprendentemente parecida a una jarra de ónix de Isla de Sacrificios Veracruz.

Algunos vasos trípodes, con una decoración incisa finamente terminada, fueron clasificados con el nombre de Aguaruro Inciso. Uno de ellos tiene dibujada la cabeza de una serpiente emplumada, como las observadas en la cerámica Azteca I de Culhuacan, en otros, se vuelven a encontrar motivos semejantes a figuras de códices como: flores, árboles, cuchillos ceremoniales, grecas, etcétera. Es importante mencionar, que en algunas piezas se encontraron como parte de la decoración, restos de pintura azul; el uso de este color no es habitual en la cerámica de Mesoamérica.

El tipo El Dorado Incisa, incluye 3 vasijas trípodes y varios tepalcates decorados con una banda incisa en el exterior, dividida en tres paneles separados por líneas verticales o en zigzag, dibujos que parecen representar ideas locales de algunos motivos mesoamericanos y que puede corresponder a una variante local, de otros tipos de cerámica incisa.

Se clasificaron con el nombre de Guasave Polícroma, seis vasijas hemisféricas, trípodes con patas bulbosas en sonaja, pintadas en colores negro, rojo y blanco; dos piezas de ellas tienen además decoración incisa, localizada en una banda externa dividida en cuadrantes; los motivos son grecas escalonadas, cadenas de círculos, espirales y grecas de elementos en S. Estos motivos son característicos de la cerámica de Guasave. Algunas de las piezas tienen dibujos en tablero de ajedrez y bandas radiadas hacia la base. El conjunto que forman estas vasijas Guasave Polícromas está relacionado con los tipos Guasave Rojo sobre Moreno, Cerro Isabel Grabada y Aztatlán Polícroma.

Una vasija alta polícroma, en mal estado de conservación y varios tepalcates decoradas en la misma forma, se designaron con el nombre de San Pedro Polícromo. Tienen una banda con motivos solares y cadenas de círculos en colores rojo y blanco, parecidos a la cerámica Cerro Isabel Incisa y Sinaloa Polícroma.

El tipo Novalato Polícromo se aplicó a un recipiente completo y diversos tepalcates decorados con pintura roja y negra sobre fondo moreno, semejante a recipientes de Culiacán. La banda contiene cadenas de triángulos, símbolos solares y círculos, que se relacionan con la cerámica polícroma de Cholula y de Cerro Montoso.

Un plato tiene la representación de un insecto, probablemente una araña, que era una figura importante en la mitología Azteca y que se parece a diseños del Códice Borbónico. Ocupa la parte central del fondo del recipiente; por arriba de esta figura hay una banda con líneas verticales y en zigzag, frecuentemente encontradas como motivo de la cerámica de Guasave.

Otros ejemplares polícromos en menor número, fueron llamados: Burrión Polícromo, Ramos Polícromo y Nio Polícromo. Un vaso miniatura en efigie, representa una tortuga o una rana.

Ekholm, encontró 42 piezas completas, finamente elaboradas, de color rojo pulido, con forma de jarras y botellones con cuellos altos y lobulados, aunque también hay platos, ollas con cuellos restringidos y vasos pequeños; son característicos de Guasavey pueden estar relacionados con Huatabampo, Sonora.

Además, había una gran cantidad de objetos que denotan una cultura compleja que no estaba limitada a la cerámica; algunos de éstos, son característicos de la cultura Aztatlán y muy útiles para establecer semejanzas morfológicas con otros sitios de asentamiento de ésta.

Otros objetos de barro, incluyen: ocho pipas completas y 41 fragmentos; son de plataforma, con una chimenea que se extiende verticalmente, en ángulo recto de la base. La mayoría son de color moreno y marrón pero algunas tienen decoración incisa o con pintura roja, dibujos de grecas escalonadas, navajas ceremoniales o símbolos de sangre, tal como en la cerámica decorada proveniente del lugar. Debe mencionarse que en Culiacán, había numerosos fragmentos de pipas, al igual que en otros sitios del occidente de México; sin embargo, la decoración de los especímenes de Guasave es característica. Una de las pipas tiene dos patas en la base, como las reportadas en Culiacán y como dos piezas del Tequisquiapan Querétaro. Varios especímenes de Durango son semejantes a los de Guasave.

Fueron recuperadas dos máscaras de barro, aproximadamente de 15 cm. de diámetro, una de figura humana y otra de animal.

Otro hallazgo consistió en 36 malacates de barro, la mayoría de superficie bien pulida, de color moreno a negro, casi todos son de figura cónica y con decoración a base de grabados usualmente geométricos y parecidos a algunos diseños de decoración de vasijas.

Se reportan también: un sello cilíndrico de barro, decorado con un patrón geométrico; un fragmento de base anular de vasija; algunos de orejeras y de placas de barro; una figurilla humana semejante a otras provenientes de sitios de la costa del Pacífico; otras con forma de animales y un silbato.

De los 134 objetos de cobre, 111 fueron pequeños cascabeles redondos, algunos todavía con restos de cordel y de tela adherida; el resto de los cascabeles eran de diferentes formas y tamaños, uno en particular es más grande que el resto, finamente manufacturado con alambre de cobre enrollado. Otro objeto interesante, es un adorno para el oído que tiene forma de un cilindro, como dedal, con una proyección lateral tubular en la base. Adornos parecidos han sido descritos por Mason, en el sitio de Hervideros y por nosotros en la Sierra Madre del Estado de Durango; objetos iguales han sido reportados provenientes del Estado de Guerrero. También un anillo con una placa en el frente, que parece ser una cabeza ornamentada, que por estar muy deteriorado no se puede describir mejor. Placas de cobre y anillos de forma parecida han sido encontrados en el Estado de Durango. Se describen también botones, un collar con 12 cuentas tubulares, placas y otros tipos de pendientes de cobre.

Otros objetos de metal reportados son: tres pequeñas piezas de galena, molibdenita y piritas de hierro.

Entre los objetos de piedra, resaltan dos vasos, figuras de alabastro (Fig. 71) y fragmentos de piezas de ónix, ornamentos de turquesa, navajas y puntas de obsidiana; una pipa de piedra, metates y manos de metates; hachas, algunas ranuradas en tres de sus cuatro caras, semejantes a las reportadas en el suroeste de los Estados Unidos; pulidores de piedra y pendientes de diversos tipos de piedra.

Los objetos de concha más abundantes incluyen: pendientes, brazaletes y otros ornamentos, parecidos a los de las culturas del suroeste de los Estados Unidos, Chihuahua y Sonora.

En el grupo de objetos de hueso, se reportan tres perforadores largos.

Aunque no se estudiaron con precisión los restos óseos de Guasave, se observó que la mayoría de los cráneos tenían diversos grados de deformación, principalmente por aplanamiento del frontal y algunos del occipital. Este tipo se ha reportado en las culturas: Maya, del centro de México, la Mixteca Puebla, en Culiacán y en otros sitios del Occidente de México. También la práctica de la mutilación dentaria, fue un hallazgo frecuente en Guasave; cuando menos en 15 cráneos. El tipo más frecuente fue el J de la clasificación de Borbolla, aunque también se observaron los tipos A y L. Este tipo de mutilación se ha descrito en Oaxaca y Cholula Puebla.

Fig. 71. Vaso de alabastro tipo Guasave (colección de don Miguel Valadez, Mazatlán, Sin.).

Tacuichamona

El sitio de Tacuichamona se localiza en las montañas bajas del mismo nombre cercanas a la costa al occidente de la Sierra Madre Occidental, cerca del río Piaxtla. La descripción original es de Sauer y Brand, quienes hicieron un reconocimiento de superficie, sin que posteriormente se hayan efectuado excavaciones formales. El sitio fue considerado como marginal de la cultura Aztatlán, ya que no tenía la cerámica decorada de la calidad de la proveniente de los otros sitios de la costa de Sinaloa, aunque había un tipo de recipientes Polícromos toscamente elaborados, en rojo, guinda y negro. Los otros objetos típicos de esta cultura son pipas decoradas con punciones, cuyas depresiones están rellenas de pintura blanca; pipas semejantes se encuentran en sitios de Durango.

Cultura Chalchihuita

El estudio formal de la cultura Chalchihuita ha sido realizado por los doctores J. Charles Kelley y Ellen Abbott de Kelley, en los Estados de Durango y Zacatecas. Como resultado de sus investigaciones arqueológicas hicieron una publicación preliminar de la cerámica, en 1974 (Kelley y Abbott, 1974), tal estudio tiene un gran valor científico porque se sustenta en: revisiones estratigráficas, dataciones de radiocarbono y análisis morfológico y morfoscópico de un considerable número de especímenes de cerámica decorada. Los investigadores consideraron la existencia de dos ramas culturales: la Súchil y la Guadiana (Figs. 72 y 73). La primera se ubicó en dos áreas: los valles del río Colorado y San Antonio, en Zacatecas, y el valle de Súchil en Durango. La rama Guadiana fue localizada en el Valle del mismo nombre, y en otros sitios del centro y norte del Estado de Durango.

Rama Súchil

Los vestigios arqueológicos de sitios con ocupación indígena en el noroeste de Zacatecas, cerca de los límites del estado de Durango, que han sido atribuidos a la cultura Chalchihuita, fueron descritos en el siglo XIX, por don Ramón A. Castañeda, vecino de la

población de Chalchihuites, Zac., en el mes de noviembre de 1882 y publicados en la obra Bosquejo Histórico de Zacatecas, de Elías Amador. El autor narra la existencia de una extensa área, cercana a los ríos de San Antonio y Colorado, afluentes del Súchil, que contiene numerosos restos de construcciones prehispánicas, además de evidencias de objetos de cultura material, de una civilización avanzada. El texto señala:

> *«Por segunda vez nos ocupamos de los preciosos monumentos, que, como testigos mudos, pero elocuentes, nos hablan del pasado y nos transportan ante las antiguas generaciones sepultadas bajo el polvo del tiempo y el olvido... ya que hemos dicho que la zona que encierra las huellas de aquel numeroso y antiguo pueblo, comprende algunas leguas de extensión, desconocida en su totalidad de los historiadores, aún de los que se han ocupado de ella... varios son los monumentos que en una faja de 24 kilómetros se extiende al noroeste de la actual población de Chalchihuites desde la montaña del Chapín al pie de la serranía, hasta el cerro llamado de Moctezuma... las fortalezas de aquella raza previsora eran principalmente la montaña del Chapín, la del Pedregoso y el cerro de Moctezuma, aunque en otros puntos se encuentran también señales de defensa» (Fig. 74).*

Otra cita importante dice:

> *«En el cerro Chapín... había una gran loza fija en la tierra, con dos círculos concéntricos de líneas punteadas, las cuales están cruzadas en su centro por dos secantes también formadas de líneas de puntos. El Sr. Don Alfredo Chavero en "México a través de los Siglos", habla de una piedra de iguales dimensiones y forma y que dice existe en nuestra frontera del norte: copia en la obra citada un dibujo muy exacto y la considera como la representación del ciclo de la raza nahoa... Dan doscientos sesenta puntos, cuyo número nos recuerda el año religioso de los primitivos pueblos del norte» (Fig. 75).*

Manuel Gamio llevó a cabo trabajos de campo en el noroeste de Zacatecas y en el sur-sureste de Durango en 1908. Describió varios sitios de superficie, cuevas, las colinas de Moctezuma y las importantes fortificaciones del cerro Chapín; pero su descubrimiento más trascendente fue la del centro ceremonial de «Alta Vista» o «Buena Vista», donde realizó las primeras excavaciones formales del sitio; encontró una vasija decorada en Cloisonne con la imagen de una águila con una serpiente en el pico, semejante a lo que posteriormente ha sido parte del emblema nacional. Esta imagen, seguramente un símbolo mesoamericano muy antiguo, se ha encontrado grabada en el estuco de los muros del laberinto (Fig. 76).

Otros trabajos importantes en Alta Vista, incluyen los de Eduardo Noguera, de 1930 e Ignacio Marquina, de 1951.

Las exploraciones más formales de Alta Vista, las ha efectuado el Dr. J. Charles Kelley, quien en múltiples temporadas, a partir de 1963, ha descubierto las estructuras principales del centro ceremonial. Esta localidad es la mejor estudiada en el occidente y norte de México. Los hallazgos de cerámica le permitieron establecer una ocupación temprana y específica, a la que llamó Rama Súchil, que dividió en las siguientes cuatro fases:

Fig. 72. Cerámica Chalchihuita de la rama Súchil.
Fig. 73. Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana.

DECORATED CERAMICS - GUADIANA BRANCH
MONOCHROME WARES
CALERA PHASE
A.D. 1150-1350
RIO TUNAL PHASE
A.D. 940-1150
LAS JOYAS PHASE
A.D. 700-940
AYALA PHASE
A.D. 550-700
NAYAR WHITE-ON-RED
MACEHO FLUTED WARE
CANATLAN RED BAND WARE
OTINAPA
RED-ON-WHITE
approximate scale
MORELOS MOLCAJETES
LOLANDO RED RIM WARE
basket - handled tripods
tripod bowl
effigy bowl
NEVERIA RED-ON-BUFF WARE
REFUGIO RED-ON-BROWN
EL CONEJO RED-ON-BUFF ENGRAVED
MEXCALTITAN RED-ON-CREAM
ANARO RED-ON-CREAM
Tlaloc (?) Effigy
Polished Black Ware
Polished Red Smudged Black Interior
Polished Red Ware
EL CAMPO BUFF
LAS JOYAS PHASE
"Polished" Buff Ware
Polished Brown Utility Ware
"Fingernail" Brushed Brown Utility Ware
SUCHIL AND GUADIANA BRANCHES PHASE AFFILIATIONS NOT CERTAIN

Canutillo; del 200 al 300 d. C.
Alta Vista; del 300 al 500 d. C.
El Calichal; del 500 al 650 d. C.
Li Retoño; del 650 al 750 d. C.

Véase la lámina correspondiente y la sección de este libro, en donde el Dr. Kelley describe sus hallazgos recientes sobre esta cronología.

El centro ceremonial de Alta Vista incluye: una sala de 28 columnas junto a un patio con un altar central, cuyas esquinas están orientadas a los cuatro puntos cardinales, una pequeña pirámide escalonada en la parte noreste, rodeada de construcciones, probablemente habitacionales. Hacia el sureste hay otro gran patio con un altar central, al que se entraba por cuatro escalinatas con columnas. Al sureste de la sala de columnas, existe una construcción que por su diseño irregular fue llamada El Laberinto, al que posteriormente se le encontró una función como observatorio solar (Figs. 77, 78 y 79).

Rama Guadiana

Los principales sitios de arqueología mesoamericana, correspondientes a la Rama Guadiana de la cultura Chalchihuita, se localizan en los valles al este de la Sierra Madre

Fig. 76. Figura del águila devorando una serpiente, proveniente del laberinto de Alta Vista, Zacatecas (Periodo clásico).

Occidental, en el actual Estado de Durango. El situado más al sur, es Villa Unión y al norte El Zape. Excepto por el sitio La Ferrería que tiene una pirámide, las otras localidades están formadas por extensos restos de construcciones, limitados por cimientos de lajas que apenas sobresalen del piso, lo que las hace pasar inadvertidas en la mayor parte de los casos.

En el valle del Guadiana, cerca de la ciudad de Durango, se encuentran dos sitios muy importantes: La Ferrería, un gran centro ceremonial que será descrito en detalle más adelante y Navacoyán, un extenso lugar para enterramientos, rico en ofrendas mortuorias, que han atraído, a lo largo del tiempo, múltiples excavaciones de saqueo.

Los extensos trabajos de campo y análisis de la cerámica, en La Ferrería, llevados a cabo por el Dr. J. Charles Kelley, han sido la base para determinar la secuencia cronológica de la Rama Guadiana. Se establecieron las siguientes fases de ocupación:

Ayala; del 550 al 700 d. C.
Las Joyas; del 700 al 950 d. C.
Río Tunal; del 950 al 1150 d. C.
Calera; del 1150 al 1350 d. C.

Véase la lámina correspondiente.

Recientemente, hemos propuesto la existencia de una nueva fase: «El Molino», que es posterior a la Calera y se extiende probablemente hasta el tiempo de la conquista (Kelley, Ganot y Peschard; 1985).

Fig. 77. Foto aérea del sitio arqueológico de Alta Vista, Zacatecas.

Fig. 78. Entrada de la luz solar al observatorio Alta Vista, Zac., en el equinoccio de primavera.

A partir de 1981, los conocimientos sobre la Cultura Chalchihuita, en especial de su rama Guadiana, han experimentado modificaciones trascendentes por los hallazgos realizados en «El Cañón del Molino» y otros sitios arqueológicos del Estado de Durango, en donde se encontró gran número y variedad de objetos de la rama Guadiana de la cultura Chalchihuita, asociados a otros de la cultura Aztatlán de la costa del Pacífico. Estos descubrimientos han sido reportados en trabajos del Dr. J. Charles Kelley y de los autores. Los hallazgos han obligado a revisar el desarrollo de la cerámica de las diferentes fases de la rama Guadiana. La idea original del Dr. Kelley, afirmaba que el desarrollo de la cerámica de la rama Guadiana, en sus inicios (fase Ayala), tuvo su origen en modelos de la Calichal de la rama Suchilteca, y que, en fases posteriores, los cambios morfológicos y decorativos que aparecieron a partir de la de las Joyas, fueron inducidos por las culturas del suroeste de los Estados Unidos y las de la costa del Pacífico, a consecuencia de interacciones comerciales.

Los autores propusimos que las modificaciones en la forma y decoración de la cerámica de la rama Guadiana, son consecuencia de un proceso de expansión, de grupos

Fig. 79. Fotografía aérea de Alta Vista, Zacatecas, tomada en el equinoccio de primavera, donde se aprecia la entrada de los rayos solares por el observatorio.

indígenas mesoamericanos, desde la costa de Nayarit y Sinaloa, a través de la Sierra Madre Occidental, hasta ocupar parte del centro y norte de Durango, habitado por pobladores de cultura Chalchihuita.

Cerámica de la rama Guadiana

La cerámica de la rama Guadiana en sus fases iniciales, Ayala y principio de Las Joyas, conserva esencialmente los mismos patrones morfológicos y decorativos de su precursora la cerámica Suchilteca. Las formas más frecuentes de las vasijas son platos, cajetes, copas, cajetes trípodes y jarras pequeñas de cuello angosto (Fig. 80). Aunque las formas son limitadas, la decoración es rica y compleja, ésta se realizó utilizando pintura y técnicas mixtas. Los colores invariablemente empleados fueron dos, rojo y crema (tipo Mercado). La técnica mixta consistió en el grabado de una banda de decoración exterior, rellenada por una capa de pintura roja, técnica Champlevé, (tipo El Conejo).

Los estilos usados para ornamentar la cerámica fueron: abstracto, convencional y figurativo. Las figuras abstractas son diseños geométricos a base de líneas rectas, onduladas,

Fig. 80. Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana de la fase Ayala.

en zigzag, triángulos, cadenas de círculos, de puntos y emparrillado. Las figuras convencionales son grecas entrelazadas y escalonadas, que son motivos mesoamericanos tradicionales. Las imágenes figurativas son aves, reptiles y mamíferos estilizados. La decoración con pintura en los platos y vasijas, es en el exterior con bandas y en el interior abarca la totalidad de la superficie. Es frecuente encontrar el fondo de los platos dividido en cuadrantes con diseños simétricos. Al final de ésta y al principio de la fase Las Joyas, la cerámica sufrió cambios sustanciales; aumentó en general el tamaño de las piezas y aparecieron nuevas y variadas formas, como los cajetes trípodes con asa de canasta, molcajetes, ollas globulares grandes que pudieron ser urnas funerarias y vasijas en efigie animal (Fig. 81). (Refugio rojo sobre Moreno).

En la fase «Las Joyas» hay solamente cerámica trípode, con asa de canasta o sin ella y apareció un nuevo tipo de banda de decoración exterior, dividida en secciones por líneas inclinadas o anguladas, en éstas predominan las figuras de animales estilizados; desaparece la decoración interior (Nevería rojo sobre Moreno).

En los principios de la fase «Río Tunal», persisten las vasijas trípodes con asa de canasta pero la decoración se modifica; las bandas exteriores son continuas, con motivos geométricos, como grecas escalonadas y entrelazadas, que son representaciones Mesoamericana de figuras de Xinecuilli y Xilcalcoyuqui, motivos decorativos muy frecuentes en la cerámica del occidente de México y la Costa del Pacífico (Fig. 82). Al final de esta fase, aparecen ollas, cajetes y tazones no trípodes; las bandas de decoración exterior son más anchas y los motivos continúan siendo geométricos, de elaboración más burda, sin semejanza con los dibujos finos y bien terminados de las fases iniciales. Persiste la decoración con pintura roja sobre moreno y se agregan los colores claros como fondo, que contrastan con los diseños rojos (Fig. 83). (Otinapa Rojo sobre Crema).

En la fase «Calera» la forma de las vasijas se modifica; los recipiente trípodes son diferentes a los anteriores, las patas son pequeñas y colocadas hacia el centro de la base, algunas de éstas huecas con sonaja; las bandas exteriores son anchas y los dibujos geométricos difieren radicalmente de sus predecesoras; lo mismo sucede con la pintura que es blanca sobre rojo, (Nayar Blanco sobre Rojo); los motivos de decoración incluyen cadenas de rombos, triángulos y cuadrángulos concéntricos, líneas zigzagueantes, tableros de ajedrez, figuras estilizadas de soles, estrellas, serpientes y hombres. En esta fase hay otro tipo decorativo en cajetes trípodes, que consiste en una banda exterior a base de estrías anchas verticales que pueden estar pintadas de rojo (Madero Estriado). (Fig. 84).

En la fase más tardía, «El Molino», hay una mezcla en los rasgos decorativos y morfológicos de las cerámicas Aztatlán y Chalchihuita, que originan una nueva variedad de alfarería abigarrada sin patrón definido; en la decoración se aprecia el mismo fenómeno, hay una combinación de elementos geométricos de las cerámicas antes mencionadas (Fig. 85).

En base a los hallazgos descritos, consideramos que la expansión de grupos indígenas de la costa del Pacífico, se inició tempranamente durante la fase Las Joyas, en la

Fig. 81. Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana de la fase Las Joyas.

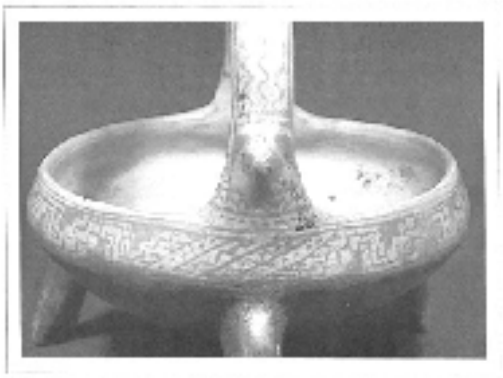


Fig. 82. Imágenes de Xilcalcoyuqui.

que se comienzan a apreciar cambios en la cerámica, con una gradual desaparición de los rasgos Chalchihuita originales. Esta expansión probablemente abarcó en la fase «Río Tunal», grandes extensiones del territorio de Durango. Probablemente las rutas de comercio entre el centro de México y el suroeste de los Estados Unidos de América, tuvieron un gran auge, pues la cerámica de esta fase sufrió modificaciones que sugieren formas y diseños similares a los de la cerámica de este último lugar.

En la fase «Calera» se agregan otros cambios, en especial en el colorido de las piezas; en las etapas anteriores, predominaron los colores rojo sobre bayo y rojo sobre crema, en esta fase es más frecuente el blanco sobre rojo. Por último, en la fase «El Molino», la ruptura con los patrones anteriores es notable; hay piezas en las que se entremezclan formas y diseños de la costa, Chalchihuita y del suroeste de Estados Unidos. Es de suponer que existió una gran comunicación entre los grupos de población que habitaron estas áreas.

Fig. 83. . Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana de la fase Río Tunal.
Fig. 84. . Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana de la fase Calera.
Fig. 85. . Cerámica Chalchihuita de la rama Guadiana de la fase El Molino.

La cronología de la Cultura Chalchihuites

John Charles Kelley

Introducción

Las excavaciones arqueológicas de los sitios: La Ferrería -antes sitio Schroeder-, y La Atalaya en Durango, así como otros, de la región occidental de Zacatecas, incluyendo el gran centro ceremonial de Alta Vista, han proporcionado una considerable información cronológica principalmente por el estudio y la clasificación de los tipos cerámicos, que nos han permitido establecer secuencias de las fases de ocupación para la Cultura Chalchihuita, tanto de la Rama Guadiana de Durango, como de la Rama Súchil de Zacatecas. Es así como se ha obtenido una firme evidencia arqueológica de la relación entre estas dos secuencias culturales. La Rama Súchil fue la más temprana y en términos de la arqueología mesoamericana, pertenece primordialmente a los periodos Medio y Tardío del Clásico Mesoamericano, mientras que la Rama Guadiana es posterior y pertenece principalmente al periodo postclásico.

La cultura Chalchihuita no sobrevivió hasta el periodo del contacto español del siglo XVI, por lo que en consecuencia no podemos identificar su afiliación étnica.

En términos de cronología absoluta, tenemos disponibles para la Rama Guadiana, once fechamientos de radiocarbono, incluyendo uno que ha sido desechado; diez del sitio La Ferrería y uno de un sitio asociado, La Atalaya, cercano a Villa Unión, Durango. Estos fechamientos provienen de la datación de pequeñas piezas de carbón de depósitos de desechos, cuya asociación con restos de cerámica, proporcionaron la posibilidad de identificar las diferentes fases de ocupación. Además, tenemos un número de dataciones de estudios de hidratación de la obsidiana, hechos en artefactos y lascas del material de estos sitios. Sin embargo, para la altura y el clima del Estado de Durango, no se han hecho estudios de control para conocer los valores normales de hidratación de la obsidiana; por este motivo, hemos usado para comparación cifras normales basadas determinaciones de otros sitios reportados. Por lo tanto, los fechamientos provenientes de ésta, dependen de la confiabilidad de las fechas de radiocarbono.

Para la Rama Súchil, tenemos un total de 50 fechas de radiocarbono, incluyendo tres, que han sido desechadas; 26 de las cuales son de muestras provenientes del sitio Alta Vista. Treinta y una de las determinaciones de radiocarbono de la Rama Súchil, provenían de piezas de carbón encontradas en depósitos de desechos, frecuentemente asociadas con mezclas de cerámica de dos o más fases.

Diecinueve de las dataciones de la Rama Súchil, provienen de madera o carbón usado en la construcción de los edificios. Todos estos especímenes vienen de Alta Vista. Al igual que en la Rama Guadiana, tenemos algunos fechamientos por hidratación de la obsidiana, que también dependen de la precisión de las determinaciones de radiocarbono. Las fechas de Alta Vista, obtenidas de las vigas de construcción, deben ser más confiables que las del carbón encontrado en los depósitos de desecho; sin embargo, es muy difícil establecer una correlación precisa entre éstas y la secuencia de la cerámica.

Con un total de 61 fechamientos de radiocarbono para las dos ramas que constituyen la cultura Chalchihuita es, o debería ser, la cultura mejor datada en el Occidente y en el Noroeste de México, sin embargo, cuando estuvieron disponibles las fechas de radiocarbono de Alta Vista, fue evidente que había un problema muy importante en la interpretación de la cronología. Las fechas de radiocarbono para la Rama Súchil, no estaban de acuerdo con las del Valle del Guadiana. Por lo tanto surgieron tres conclusiones alternativas:

1.- La serie más pequeña de muestras de radiocarbono provenientes de desechos de los sitios de la Rama Guadiana, no son fidedignas y deberían ser desechadas, mientras que el mayor número de fechas provenientes de la Rama Súchil en las que se incluían 19 de vigas de construcción, eran más confiables y deberían ser aceptadas; por consecuencia las fechas para la secuencia Guadiana, tendrían que basarse en los fechamientos de radiocarbono de Súchil, haciendo que todas las fases de Durango fueran más recientes.

2.- Debido a que las fechas de la Rama Guadiana parecen estar más de acuerdo con las provenientes de las culturas de la Costa Occidental y tal vez con aquéllas del Suroeste de los Estados Unidos de América, éstas deberían de ser aceptadas con una cuidadosa revisión de la cronología de las asociaciones cerámicas. De ser así, los fechamientos de la Rama Súchil deben ser descartados y las fechas estimadas para su secuencia cerámica deberán basarse en una proyección de las de Durango.

3.- Las fechas de radiocarbono de ambas ramas deben ser aceptadas, haciendo que las secuencias de las ramas Súchil y Guadiana sean, en parte, contemporáneas. Esta posibilidad requeriría desechar la fuerte evidencia arqueológica de la continuidad de las fases tempranas de la Rama Guadiana, con las fases tardías de la Rama Súchil.

De acuerdo con las tres opciones antes propuestas, los especialistas en la materia tienen estas alternativas para escoger. Por supuesto que es conceptualmente posible el no estar de acuerdo con ellas en bases puramente estadísticas; todos los fechamientos con radiocarbono dependen completamente de la información e inferencias arqueológicas.

Hasta cierto punto la mayor parte de los arqueólogos así lo hacen. Los fechamientos individuales de radiocarbono pueden descartarse, como nosotros lo hemos hecho con cuatro fechamientos para la cultura Chalchihuita, porque parecen ser completamente ilógicos en términos de los conocimientos arqueológicos aceptados. Sin embargo, el rechazar la totalidad de los fechamientos con radiocarbono no tendría precedente y no parece ser una acción aceptable. Para el propósito de este trabajo, es necesario que analicemos con mayor detalle las tres alternativas propuestas.

Los fechamientos de la Rama Guadiana (Alternativa 2)

La secuencia de la Rama Guadiana, basada en los fechamientos de radiocarbono disponibles, se muestra en la (Fig. 86). La secuencia, como se puede observar, es algo diferente de la cronología originalmente propuesta. Esta revisión se basa en una cuidadosa revaloración de las asociaciones cerámicas para cada uno de los fechamientos. Por lo tanto, las dos fechas de 400 d. C. y 485 d. C., que pueden tener un margen de error que se extiende hasta fines del siglo sexto, se pensó que indican el comienzo de la fase Ayala durante este siglo, aproximadamente en el 550 d. C. Sin embargo, hay evidencia de una ocupación más temprana de la cultura Loma San Gabriel del sitio La Ferrería, por lo que es conveniente referirse a estas fechas tempranas, como correspondientes a ocupación Loma San Gabriel, aunque la asociación cerámica en ambos casos es de la fase Ayala.

Alternativamente, estos fechamientos pueden descartarse ya que son una fase totalmente temprana en términos de la cronología regional.

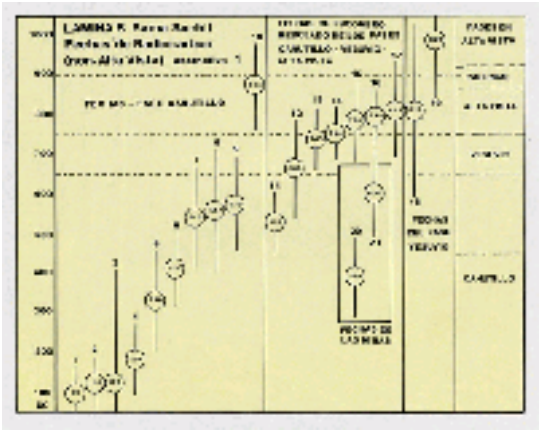


Fig. 86. Nueva cronología de la Cultura Chalchihuites. Lámina A.

La revaloración de dos fechas, 730 d. C. y 800 d. C., que fueron atribuidas inicialmente a la fase Las Joyas, indican que el material datado provenía de depósitos de cerámica mezclada, tanto de las fases Ayala como de Las Joyas, por lo que parece probable que su asociación real sea con la fase Ayala; este hecho cambiaría el límite temporal de la fase Ayala-Las Joyas, de la fecha anterior del 700 d. C. al 850 d. C. Estas nuevas fechas para estas fases, van más de acuerdo con otras de la Costa y Occidente de México.

Para las fases posteriores a Las Joyas, sólo contamos con un fechamiento de radiocarbono que da una fecha de 1223 d. C. Este especimen fue una muestra de carbón que obviamente venía de una estructura más tardía (estructura N.º 21), en relación con un contexto cerámico muy mezclado. Sin mucha seguridad, puede corresponder a la transición de las fases Río Tunal y Calichal del 1225 d. C. Esencialmente, las fechas para las fases Las Joyas, Río Tunal y Calera están basadas en correlaciones con fases de la Costa Occidental, que a su vez no tienen un fundamento muy firme.

Las fechas de la Rama Suchilteca (Alternativa 1)

Fechamientos no provenientes de Alta Vista (Fig. 87).

Contamos con 24 fechas de radiocarbono de seis sitios correspondientes a la Rama Suchilteca; tres de los cuales fueron descartados por dar cifras ilógicas como 2462 a. C., 484 d. C. y 56 d. C. Veintidós de esas muestras eran restos de carbón utilitario y dos eran de artefactos de madera encontrados en lo más profundo de una mina indígena. Diez de ellos estaban en una buena asociación con material proveniente de la fase Canutillo. Estos fechamientos están más o menos bien distribuidos en un rango de tiempo que va del 95 y el 575 d. C.; una muestra dio una fecha del 845 d. C. que parece ser muy tardía para estar en relación con la fase Canutillo. Siete muestras correspondían a carbón asociado a una mezcla de cerámica de las fases Canutillo, Vesubio y Alta Vista y dieron fechamientos que van desde el 530 d. C. al 811 d. C.; probablemente, la mayor parte de ellas corresponden a las fases Vesubio y Alta Vista.

Dos especímenes del sitio Loma las Flores, con fechamientos del 810 d. C. y 990 d. C. estaban asociados únicamente con material de la Fase Vesubio; las fechas para esta

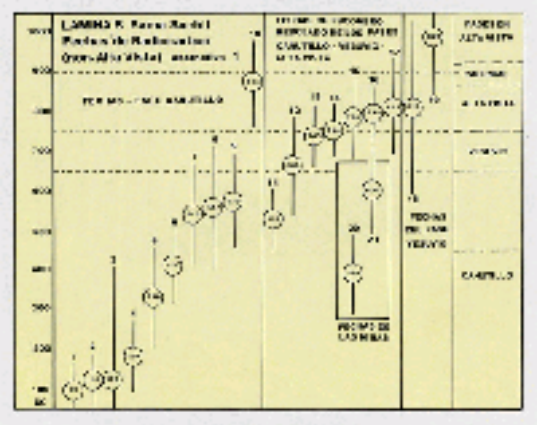


Fig. 87. Nueva cronología de la Cultura Chalchihuites. Lámina B.

fase parecen representar una ocupación tardía en el Valle del Río San Antonio; otras dos fechas, 390 d. C. y 600 d. C. vienen de restos de artefactos de madera, probablemente de antorchas, que fueron encontrados in situ, en pilas de desechos de mineral en lo profundo de la «Cueva de María Lizardo», perteneciente al grupo de minas indígenas localizadas en las cercanías del río San Antonio, afluente del río Súchil. Estos artefactos no estaban asociados a cerámica, pero las fechas sugieren que las minas estuvieron en uso a lo largo de la fase Canutillo y al igual que en otras áreas, a través de todo el tiempo que duró la ocupación de la Rama Súchil.

Fechas del sitio Alta Vista *(Fig. 88)*

Las 19 muestras provenientes del sitio Alta Vista, corresponden a muestras de madera de construcción y representan una distribución más o menos continua del 470 d. C. al 900 d. C. con agrupamientos en el 470-590 d. C., 665-770 d. C., y 815-855 d. C. y probablemente representan tres etapas de construcción. La última fecha del 900 d. C. Es muy tardía en el contexto de la construcción y puede representar un muy tardío asentamiento durante la

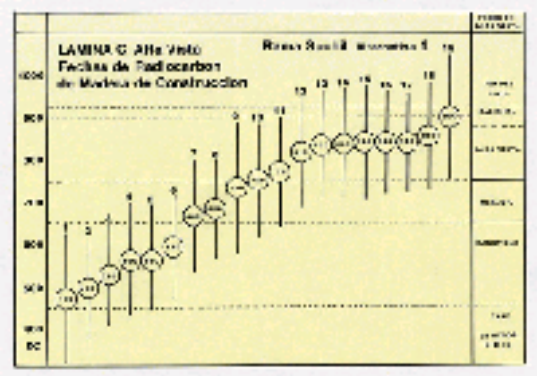


Fig. 88. Nueva cronología de la Cultura Chalchihuites. Lámina C.

última fase de ocupación, la fase Calichal de aproximadamente el 850 d. C. Algunas de las muestras de madera de las últimas etapas de construcción que dieron fechamientos tempranos, pueden corresponder a vigas de madera rehusadas. La relación entre los fechamientos de la construcción, con las fases cerámicas es sumamente difícil; sin embargo, los siete fechamientos agrupados entre el 815-855 d. C. definitivamente representan un periodo de expansión y reconstrucción del sitio durante la fase Alta Vista. Los especímenes fechados en el 730, 750 y 770 d. C. pueden o no estar relacionados con la fase Alta Vista; si no están relacionados, esta fase probablemente se inició en el 800 d. C. En lugar del 750 d. C. como se muestra en la gráfica.

Siete fechamientos de Alta Vista representan fragmentos de carbón encontrados en basureros. Cinco de éstos con fechas del 580-845 d. C. estaban asociados con material de la fase Canutillo. La mayor parte, parecen ser muy tardíos, en relación con las fechas de la madera usada en la construcción. Una datación del 630 d. C., en asociación con material de la fase Vesubio, aparece un poco antes del principio de esta fase, la cual se supone que se inició en el 650 d. C. Así mismo, una fecha del 740 d. C. con una excelente asociación con material de la fase Alta Vista, igualmente parece ser un poco más temprana; el inicio de esta fase se estima en el 750 d. C. en ambos casos el error estadístico probable permite colocarlos dentro de las estimadas para esta fase. Un fechamiento del 1150 d. C. asociado a supuesto material Alta Vista, pudo venir de un drenaje no sellado de una sección tardía del sitio y probablemente representa un espécimen post-ocupacional.

En términos generales la fecha propuesta para la fundación de Alta Vista en el siglo sexto d. C. es aceptable, aunque algo posterior a lo sospechado en relación con otros datos arqueológicos.

Las supuestas fechas de la fase Alta Vista entre el 750 y 850 d. C. parecen ser muy tardías en vista del hecho de que algunos rasgos que la caracterizan, sugieren una influencia Teotihuacana de antes del 750 d. C. y tal vez de antes del 650 d. C. Sin embargo, la fase Alta Vista aparece en el centro ceremonial en una forma totalmente desarrollada, lo que sugiere que su evolución real pudo haber ocurrido en algún otro lugar, tal vez en la parte alta del drenaje del río Chapalangana cerca de San Andrés de Teúl (Jiménez de Teúl), desarrollo que pudo haber existido desde un siglo antes. Su presencia en el área Chalchihuita probablemente representa una invasión por un rival vecino de lo que era esencialmente un asentamiento de la fase Canutillo. En resumen, las fechas de radiocarbono de Alta Vista correspondientes a la alternativa 1, parecen ser aceptables con algunas modificaciones, aunque un poco más tardíos de lo que se esperaba en términos de la arqueología general en Noroeste y Occidente de México.

Correlación de las secuencias de las ramas Súchil y Guadiana *(Fig. 89)*

La tercera alternativa cronológica requeriría que las secuencias de Alta Vista, como representante de la rama Súchil y La Ferrería, de la rama Guadiana, fueran parte de

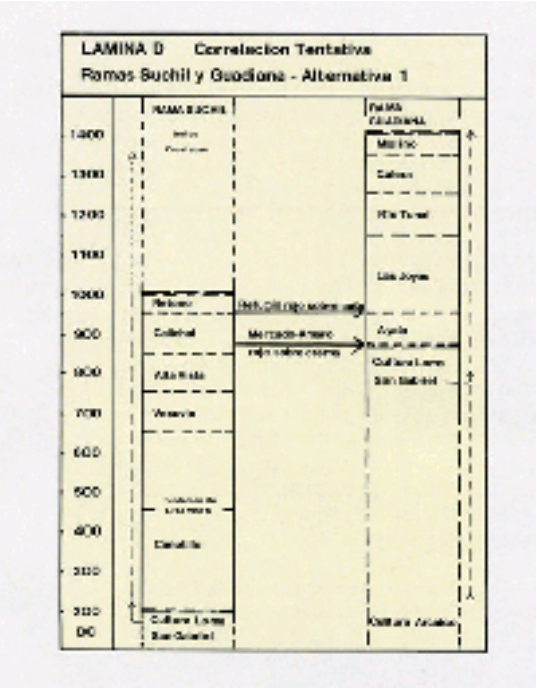


Fig. 89. Nueva cronología de la Cultura Chalchihuites. Lámina D.

desarrollos contemporáneos paralelos, con una sobrevida mayor de la ocupación de Durango. De ser así, ambas secuencias de radiocarbono serían válidas, pero las correlaciones arqueológicas previas de estas dos ramas resultarían erróneas, por lo que deberían ser rechazadas y por lo tanto hacerse ahora una revisión de los fundamentos de la secuencia original.

En Alta Vista encontramos grandes depósitos de material de desecho con cerámica de la fase Alta Vista, especialmente tipos como Michilia Grabada Rellena en Rojo y Súchil Rojo sobre Moreno, además de la cerámica intrusiva del sur, tipos Paint Cloisonne y Negativo A. En un pasillo en el exterior de la entrada suroeste a la estructura N.º 4, «El Palacio», encontramos tepalcates y otros desechos que se acumularon en el piso estucado hasta que alcanzaron el nivel de la parte superior del primer escalón de la entrada. Los tipos de cerámica provenientes de este depósito fueron de la fase Alta Vista; de hecho, la estructura de «El Palacio», parece haber sido construida durante el periodo de expansión y reconstrucción del sitio entre el 800-850 d. C. Posteriormente, fue construido un nuevo piso de estuco para el pasillo a partir de la parte alta del primer escalón, sellando el depósito inferior de desechos, enterrando por completo el piso más temprano y el primer escalón. En ese piso se empezó a formar un nuevo depósito de desechos que alcanzó una altura considerable. Alguna de la

cerámica de la fase Alta Vista, quedó incluida en este nuevo depósito, pero muchos de los tepalcates pertenecían a una transición entre la cerámica de la fase Alta Vista y recipientes de la siguiente fase, Calichal, como los tipos Mercado y Amaro Rojo sobre Crema. También fueron encontrados algunos tepalcates clasificados como de los tipos Mercado y Amaro. En otras palabras: este depósito fue una transición perteneciente a la fase Calichal temprano correspondiente al periodo de tiempo del 850-900 d. C. Una secuencia cerámica semejante se encontró en la villa cercana de Potrero del Calichal, donde fue descrito un desarrollo completo de esta fase.

En Durango, el conjunto de desechos más antiguo presente en el sitio La Ferrería, corresponde a la fase Ayala, especialmente bien representado en las construcciones tempranas de las estructuras N.º 5 y 7. Los tipos de cerámica decorada diagnósticos para esta fase son Mercado y Amaro Rojo sobre Crema, junto con pequeñas cantidades de Michilia Grabada Rellena en Rojo, Súchil Rojo sobre Moreno y El Conejo Grabado Relleno en Rojo. No se encontraron tepalcates de cerámica Negativo A, sólo dos tepalcates de pintura Cloisonne, diferentes en estilo y técnica al tipo Paint Cloisonne de la fase Alta Vista.

La fase más temprana en el sitio La Ferrería fue la Ayala, que es virtualmente idéntica a la Calichal de la Rama Súchil, que se desarrolló al final de la ocupación Alta Vista. Por lo tanto, el fin de la ocupación Alta Vista, debe correlacionarse con el principio de la ocupación Chalchihuita en el sitio La Ferrería y en Durango en general. Utilizando las fechas de radiocarbono de Alta Vista, el final de la ocupación Calichal de ese sitio debe ser fechada en el 850-900 d. C.; la fase inicial Ayala en el sitio La Ferrería, debe pertenecer a este mismo periodo. Pero, si se toman en cuenta las dataciones de radiocarbono, la fase Ayala se inició en el 600 d. C., o antes.

Si realmente la fase Alta Vista fue contemporánea de la fase Ayala y de parte de la fase Las Joyas, esperaríamos encontrar cerámica de intercambio en Alta Vista y en otros sitios de ocupación Suchilteca, de los tipos Mercado y Amaro Rojo sobre Crema y probablemente Refugio y Nevería Rojo sobre Moreno, sin embargo, esto no sucedió así. Finalmente, esperaríamos encontrar tepalcates de cerámica Paint Cloisonne y Negativo A, como cerámica de comercio en el Sitio La Ferrería, lo cual tampoco ha sucedido.

La evidencia parece ser clara y firme de que el principio de la ocupación Chalchihuita en el sitio La Ferrería y los otros sitios de ocupación de la Rama Guadiana, coincide con el fin de la ocupación de Alta Vista y de la Rama Súchil en general. Se puede inferir que aquí ocurrió una migración de gente con una cultura específica, de una área geográfica a otra; por lo tanto, si se aceptan las fechas de radiocarbono de Alta Vista, las del sitio La Ferrería deben ser desechadas. Si se establece una comparación entre el número de fechamientos de radiocarbono, son muchos más los de Alta Vista que los de La Ferrería y los de la primera región vienen de vigas de construcción, mientras que los de La Ferrería son piezas de carbón de desecho y de origen desconocido, el que con frecuencia puede encontrarse mezclado y redepositado.

La alternativa 3 es claramente inaceptable.

La nueva cronología de la rama Guadiana bajo la alternativa 1 (Fig. 90)

Si como se propone en la alternativa 1, se descartan las fechas de radiocarbono del sitio La Ferrería, nos encontramos con el problema de fechar la secuencia de la rama Guadiana.

La fecha inicial de la fase más temprana, la Ayala, debe situarse entre el 850-900 d. C., digamos en el 875 d. C. Esta secuencia debió haber terminado antes de la llegada de los españoles a mediados del siglo dieciséis. Las vasijas de comercio más tardías provenientes de la costa occidental encontradas en Durango, pertenecen a la última fase de Sinaloa, llamada La Quinta o Culiacán Tardío. Isabel Kelly, pensó que esta fase representó la ocupación protohistórica de Sinaloa en el área de Culiacán, a la entrada de los españoles en el siglo dieciséis, pero no encontró pruebas arqueológicas para este acontecimiento.

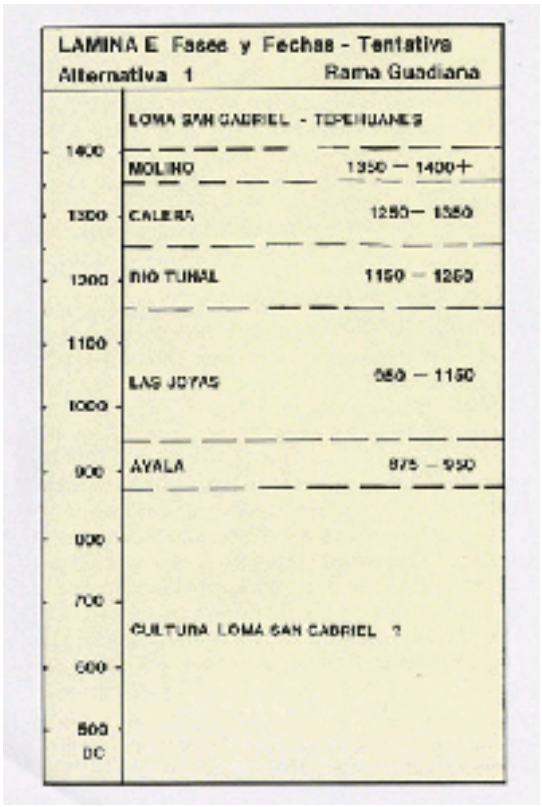


Fig. 90. Nueva cronología de la Cultura Chalchihuites. Lámina E.

Hay algunas ligas estilísticas entre Casas Grandes y otras culturas del suroeste de los Estados Unidos con las fases finales de la secuencia del Valle del Guadiana, que no han sido de mucha ayuda, tal como ha sucedido con las controvertidas secuencias cronológicas de Casas Grandes y de la Cultura Hohokama.

En igual forma, durante las fases Río Tunal y Calera en Durango se desarrollaron fuertes ligas con el gran sistema de comercio Aztatlán y con el resto del Occidente de México; específicamente hay una conexión directa entre tipos de cerámica tardíos de Guasave, Culiacán y otros sitios de la costa, así como con la cerámica Azteca I, de la Mixteca-Puebla del Valle de México. Nuevamente, estos hallazgos no son de gran ayuda porque la edad de desarrollo de la cerámica Azteca I, es muy controvertida.

De manera significativa, en todas estas áreas mesoamericanas existe la tendencia actual de considerar las cronologías representadas como más posteriores en tiempo a lo que tradicionalmente se ha creído, hecho que apoyaría la alternativa 1.

De acuerdo a lo antes mencionado, las fechas para establecer las bases cronológicas para la rama Guadiana entre el 875 y 1500 d. C. se basan en la evidencia arqueológica, esencialmente en la secuencia sucesiva de los complejos cerámicos.

Algunos elementos como el grado de expansión geográfica de cada fase, la extensión y la magnitud de las actividades de construcción en los sitios mayores, así como la cantidad relativa de producción de cerámica, pueden usarse para determinar el periodo de tiempo de ocupación. Por lo tanto, la fase Ayala está representada en el sitio La Ferrería por sólo una limitada actividad constructiva, representando tal vez no más de tres generaciones sucesivas de expansión; sólo hasta el final de la fase, parece haberse diseminado más allá del Valle del Guadiana. Hubo, sin embargo, una considerable producción de cerámica que probablemente representó una mayor llegada de inmigrantes más que una mayor sobrevida temporal.

Por otra parte, Las Joyas fue un periodo de gran actividad en la construcción, expansión geográfica y extraordinaria producción de cerámica. El sitio La Ferrería, estuvo severamente limitado en las fases Río Tunal y Calera, al igual que la producción de cerámica. Hubo, sin embargo, una amplia distribución de recipientes de estas fases en otros sitios, en donde están mejor representados, como Navacoyán y El Molino. Finalmente los contactos entre Durango y Sinaloa en La Quinta, son muy pocos; la fase terminal de la cultura Chalchihuita (¿la nueva fase El Molino?), probablemente apenas llega al principio de La Quinta de Sinaloa, fechada entre el 1350 al 1400 d. C.

Tal vez la fecha del 1400 d. C. sea la que debe ser tomada tentativamente para el final de la secuencia de la rama Guadiana y el 875 d. C. como la de inicio. Estos cambios están representados como la alternativa 1 en la gráfica E, posibilidad que consideramos la más probable, aunque debemos hacer la aclaración que las fechas de inicio y final de la

rama Guadiana están basadas en suposiciones con la información que se cuenta en la actualidad y que muy probablemente serán modificadas en el futuro, en base a nuevos datos e investigaciones.

La Ferrería

Arturo Guevara Sánchez

A la mitad de la cálida primavera del Valle del Guadiana de 1948, el arqueólogo J. Alden Mason efectuaba una temporada de trabajo (ATDA, 1952) que le había resultado muy grata, había podido ver una gran cantidad de cuevas decoradas profusamente desde épocas tan lejanas que el recuerdo de sus habitantes había desaparecido y con ellos la esencia del significado de sus obras. Había registrado, con la minucia propia de los arqueólogos estadounidenses, la presencia de antiguas aldehuelas, de pequeñas ciudades y de muchos caseríos, cuando le sorprendió la noticia de que en Durango, tan cerca como La Ferrería o Piedras Azules, se encontraban los restos de un antiguo centro ceremonial. Como suele ocurrir, al principio recibió la noticia con escepticismo.

Un antiguo camino de carretas llevó a Mason hasta los restos de una antigua fundición y de un casco de hacienda que hablaba del esplendor de otras épocas y después, a través de veredas que cruzaban cerradas nopaleras, debió continuar el camino entre arañazos de mezquites y acosado por los mosquitos del río. Soportando las mismas molestias, lo acompañaban el Sr. Federico Schroeder y su señora esposa, vecinos de Durango, a quienes

entusiasmaba la arqueología y que Mason había tenido la suerte de conocer; la sorpresa no se hizo esperar y después de avanzar poco más de un kilómetro por la falda de un cerro, observó la presencia de tepalcates y de lascas que señalaban actividad humana muy antigua en el sitio.

Más adelante pudo encontrar los montículos de lo que después sería considerado el centro rector de una sociedad muy avanzada, que extendía su influencia en un territorio tan grande que llegaba hasta los confines del estado. Debió sorprender la presencia de columnas en pie, ya que después habría de incluirlas en el reporte que escribió. Con la disciplina que le caracterizaba, el arqueólogo observó algunas muestras de cerámica y pudo notar con satisfacción que eran del mismo tipo de la ya conocida cultura de Chalchihuites, de aquellos que había identificado en muchos de los sitios que pudo visitar en la Sierra Madre Occidental.

El investigador observó también algunos objetos sencillos, que le indicaron que en el sitio habían vivido grupos que practicaban un comercio que debió ser muy organizado, y que habían ocupado hermosas casas, cuyos cimientos aún podían verse parcialmente, sobresaliendo de la tierra de los taludes del cerro. El sitio es tan grande e importante, que es posible que el arqueólogo haya visitado el lugar en más de una ocasión.

Entusiasmado por todo lo que le habían mostrado sus guías, Mason emprendió el regreso a su país, dando por terminada la que fue la primera visita de un arqueólogo profesional a un sitio que sin duda alguna es de la mayor importancia para la historia cultural de la entidad. Aunque breve, su labor de pionero resultó de gran utilidad para la historia cultural del sitio, ya que de la difusión que hizo del mismo, se desprendió luego el interés por realizar una exploración sistemática.

Aquel sitio de grandes basamentos de piedra y de grandes patios hundidos, tiene una belleza muy especial, que no podía ser apreciada plenamente por la tierra que le cubría y por la presencia de los matorrales que le crecían encima. Aún así, el investigador supo apreciar el potencial antropológico y educativo que guardaba y así se lo hizo saber a la comunidad antropológica, que lo escuchó y tomó nota para aguardar la oportunidad de intervenir en el área. Los trabajos formales no se iniciarían sino hasta 1952 con la intervención del arqueólogo J. Charles Kelley.

Por el gran valor que tuvo su esfuerzo y su amor a la disciplina, hacemos patente nuestra admiración al arqueólogo Mason, quien de una forma u otra hizo llegar su interés hasta nosotros.

Los vestigios

El sitio arqueológico de La Ferrería ocupa el extremo oriental de una pequeña elevación de, aproximadamente, 40 m. de altura y en una superficie de 52 has. Una visita incluso somera del sitio, permite reconocer que gran parte de sus elementos se agrupan en el talud y en la parte baja del pequeño cerro, se trata en buena parte de los vestigios del área habitacional del lugar. También puede notarse fácilmente que en la parte superior tienden a predominar las construcciones de carácter ceremonial (Fig. 91).

En el sitio ha sido detectada una ocupación humana más antigua que la de los constructores de los edificios ahora visibles, debió tratarse de un grupo de cazadores recolectores que vivió temporalmente en el cerro y dejó grabadas algunas muestras de arte rupestre en las rocas del mismo (Fig. 92). Las construcciones corresponden a una ocupación mucho más prolongada, que seguramente se inició hacia el 875 de nuestra era según la cronología propuesta por Kelley (Foster, 1995-82). Aunque muy cerca de sus límites, se ha considerado que este grupo forma parte de Mesoamérica y que debió contar con gran parte de los rasgos que caracterizan a los grupos de aquella gran extensa área (Kirchhoff, 1967).

En la acrópolis del sitio se encuentran los restos de un basamento escalonado; se trata de una construcción de dos cuerpos y una plataforma de forma aproximadamente cuadrada, para trazar este edificio debieron tomarse en cuenta la alineación de sus ángulos con puntos tomados de la esfera celeste, es decir, se asoció al monumento más importante del sitio con el universo, lo cual nos habla de la importancia que se daba a la pirámide (Reyes Landa, en prensa).

En la parte alta de la pirámide hay un patio hundido que cuenta con una salida orientada a cada uno de los puntos cardinales, para llegar a la parte alta se puede ascender por una pequeña rampa o bien, por una escalera que se encuentra en el lado este del basamento (Fig. 93).

Muy cerca de la pirámide están los restos de la construcción que sirvió para hacer el juego de pelota, que en otras partes de Mesoamérica era conocido como Tlachtli, desafortunadamente esta construcción está muy destruída -al parecer intencionalmente pero puede reconocerse la forma de -I- de grandes dimensiones, que los terrenos de éstas obras tenían en la época prehispánica (Fig. 94).

También cerca de la pirámide y del juego de pelota hay un pequeño conjunto habitacional donde debió habitar un grupo selecto de personas, encargadas de efectuar la cría de aves preciosas. Esta actividad debió efectuarse para aprovechar las plumas y debieron ejercerla personas que, sólo por ello, tenían una gran alcurnia.

En todo el cerro, pero básicamente en la parte alta del mismo, se encuentran algunas cimentaciones que hablan de la presencia de construcciones de planta redonda, debieron

Fig. 91. Una de las formas que la sociedad eligió para protegerse contra los ataques enemigos, fue la de ubicar los asentamientos en áreas elevadas. En el cerro de La Ferrería pueden reconocerse un área habitacional y una para las construcciones relacionadas con el culto. Panorámica del sitio arqueológico.

Fig. 92. Los sitios que disponen de una ubicación estratégica han sido elegidos para vivir por grupos con distintos modos de vida. En La Ferrería se pudieron detectar los restos de una ocupación breve y anterior a la del grupo que hizo la construcción de las estructuras que ahora la caracterizan. La fotografía muestra la imagen de una roca grabada.

Fig. 93. El uso de los basamentos escalonados para levantar los templos y acercarlos a las deidades, es una de las características más llamativas en las culturas mesoamericanas. Panorámica de la pirámide del sitio arqueológico de La Ferrería.

Fig. 94. Como parte de las actividades de carácter ritual que se llevaban a efecto en la acrópolis de La Ferrería, se hacía la práctica del Juego de la Pelota. Fotografía que muestra un aspecto de los vestigios de la construcción.

ser de forma cilíndrica con una techumbre de paja y por sus pequeñas dimensiones, se supone que debieron ser una especie de capillas donde debió rendirse culto a alguna deidad. Es posible que se trate de Ehécatl o una deidad semejante, es decir, el Dios del viento por excelencia en toda Mesoamérica de la cual formaba parte el área de La Ferrería.

En el área habitacional pueden observarse varias plataformas o pequeñas terrazas, de las que sirvieron para que el grupo hiciera las construcciones de casas de pequeñas dimensiones, seguramente recurriendo a muros de troncos con techumbre de paja, razón por la cual de este tipo de construcciones no conservamos alguna. En la misma área debieron habitar algunas familias de alta alcurnia, seguramente con autoridad dentro de la sociedad de La Ferrería, los restos de sus casas destacan en el cerro por su tamaño y por que contaban con algunos servicios que hacen más compleja su arquitectura.

Los antiguos habitantes de La Ferrería construían sus casas en plataformas, en conjuntos que tendían a rodear patios hundidos, los que necesariamente debieron de contar con desagües para evitar que la lluvia los inundara. El uso de plataformas los obligó también a construir escaleras en puntos estratégicos para salvar los desniveles, pasillos para la circulación y llegaron a contar incluso con agua corriente en la época de lluvias (Fig. 95). Aunque el sitio fue excavado por arqueólogos en la década de los cincuenta y después sometido a fuertes saqueos, ha sido posible encontrar algunos objetos que se empleaban en las ceremonias o como es el caso más común, en las actividades de la vida cotidiana. Además de objetos de una cerámica muy bien acabada, se han podido localizar por ejemplo, punzones de hueso y raederas de pedernal, herramientas empleadas sobre todo en el área habitacional.

Se considera muy probable que la ubicación exacta de los patios hundidos fuera determinada a través de la interpretación de algunas señales enviadas por las deidades. Cumplir con su voluntad, obligó a los constructores a nivelar áreas en las que se encontraban grandes rocas que no hubo forma de mover; debido a esto, es obvio que tuvieron que cortarlas y el visitante puede verlas ahora asomar a la superficie. Todavía sorprende el tamaño de las rocas eliminadas, que fueron de grandes dimensiones, y cortadas utilizando herramientas de piedra (Fig. 96).

En una de las casas mayores se pudo localizar un recinto que debió servir para temazcal, es decir, para que los habitantes practicaran el baño de vapor de carácter curativo que se acostumbraba efectuar en toda Mesoamérica. Cabe mencionar que esta práctica estaba protegida en otras áreas por Temazcalteci, una advocación de Teteoinan o Toci, y que al baño de vapor acudían los enfermos (Robeio, 1980-507) y aquellas mujeres que habían dado a luz recientemente.

Una de las construcciones de la parte baja del cerro es una pequeña sala que contaba con columnas, a semejanza de otra que se encuentra en la propia Chalchihuites,

Fig. 95. Para hacer la circulación dentro del área de construcciones, los habitantes de La Ferrería hicieron la construcción de escaleras funcionales y de hermosas rampas.

Fig. 96. El patio hundido debió excavarse a veces en la misma roca madre del cerro, con un trabajo que debió ser agotador para un grupo que carecía de herramientas de metal. Fotografía del templo de Quetzaltcóalt.

mencionada por el arqueólogo Manuel Gamio (1971-61), la de La Ferrería está muy destruida debido a la actividad de los saqueadores y, sobre todo, porque el área fue cubierta desde la época prehispánica, así como por una pequeña casa de la época colonial. Se supone que por algún motivo ahora desconocido, el grupo original debió ser obligado a dejar de practicar el culto en la sala. En la actualidad sólo se pueden ver algunos pisos superpuestos, así como las bases de las columnas de piedra (Fig. 97).

Fig. 97. En la parte baja del cerro se levantan los restos de lo que debió ser una sala imponente y que atacada por los vientos y la lluvia, ha sabido conservarse con dignidad.

Este grupo de construcciones es más bien corto, pero constituye una buena muestra de las que caracterizaron a la cultura de Chalchihuites, si bien se conocían algunos de sus rasgos, en este sitio se han podido encontrar juntos y de esa manera subrayan la importancia del asentamiento, del que se supone fue el centro rector de una sociedad muy amplia y muy populosa, de la cual los duranguenses de hoy debieron heredar algunos de sus rasgos más conspicuos.

El Zape, Durango

Diversos factores han hecho que la región de El Zape, tenga importancia histórica en el transcurso de los siglos; uno de ellos fue el interés de los misioneros de la Compañía de Jesús, que llegó a la Nueva Vizcaya durante la conquista, en el año de 1589, con el objeto de convertir a la religión católica a las tribus de tepehuanos, acaxees y xiximes que habitaban en las inmediaciones.

Las primeras descripciones de las zonas arqueológicas de los alrededores de El Zape, las hicieron los sacerdotes e historiadores jesuitas: Gerónimo Ramírez, Francisco Javier Alegre y Andrés Pérez de Ribas; estos dos últimos realizaron una descripción general del área en las «anuas del año de 1604 y 1612». En el anua de 1604, el padre Pérez de Ribas cita el relato que hace Gerónimo Ramírez, de los remanentes arqueológicos del sitio:

> *«... Prosiguió con su visita uno de los padres a otra más la tierra adentro, llamada de El Zape, situada en la ribera de un río que corre al pie de un peñón, donde por las ruinas y rastros que en él quedaban de casas, y mayores de las que usaban estos indios, y muchedumbre de ídolos de piedra y varias figuras que ahí parecían, con*

otras pruebas razonables, era opinión que aquí hicieron asientos los mexicanos antiguos cuando salieron de tierras muy remotas, trayendo en su compañía un ídolo y al demonio en él al modo que el pueblo de Dios llevaba el arca del testamento haciendo a su manera de mansiones y paradas, como las hizo el pueblo de Israel a la tierra de promisión y los mexicanos a su laguna donde poblaron...».

Pérez de Ribas y Ramírez son los primeros autores que identificaron a El Zape, como un sitio donde pudieron haber permanecido temporalmente los aztecas en su legendaria migración de Chicomóstoc y Aztlán hasta el Anáhuac (Pérez de Ribas, 1944; 147-148).

En el anua de 1612, el padre Alegre, menciona que el misionero Diego de Larios, excavando frente a la iglesia que habían construido, encontró muchas ollas bien cubiertas que contenían cenizas y huesos humanos (Larios, 1612).

Otra de las causas por las que El Zape adquirió importancia, se debe a la gran rebelión de la nación tepehuana en contra de los misioneros, mineros y encomenderos españoles, conflicto que tuvo lugar en el año de 1616-1618, cuyos centros principales de acción fueron Santiago Papasquiaro, El Zape y Guatimapé. Esta revuelta atrajo la atención de todo México y puso en peligro los territorios conquistados por los españoles (Saravia, 1956; 187-189).

En el siglo XIX, E. Guillemin de Tarayre, un explorador minero francés, que por órdenes de Maximiliano de Habsburgo hizo un extenso recorrido por la región en los años de 1865-1866, publicó, en 1869, su reporte: «Explorations Mineralogiques des Regions mexicaines suivie de Notes Archaeologiques et Etnographiques». Tarayre hace una descripción acompañada de planos de los restos de construcciones de la zona cercana al Rancho Santa Ana y describe los vestigios encontrados en las cuevas cercanas a El Zape Chico (Tarayre, 1869;183-186) (Fig. 98).

A principios del presente siglo Edgar L. Hewett y Carl Lumholtz, realizaron largos recorridos por las sierras del norte de México; reportaron la existencia de grandes áreas con restos arqueológicos en los alrededores de El Zape, (Santa Ana), pero no efectuaron excavaciones formales ni hicieron alguna aportación que modificara los trabajos de Tarayre. El ingeniero geógrafo Pastor Rouaix, en su libro «Geografía del Estado de Durango», hizo una descripción de la región (Rouaix, 1929; 84-85).

Las investigaciones arqueológicas más formales las efectuaron J. Alden Mason y Donald D. Brand quienes trabajaron independientemente en el año de 1936. Mason (1966), realizó una exploración de superficie desde Chalchihuites, Zacatecas, hasta El Zape y su principal contribución a la arqueología de la zona, son las modificaciones que hace a los planos de Tarayre, al efectuar nuevos levantamientos del sitio Santa Ana, describe las ruinas del arroyo de Los Quelites.

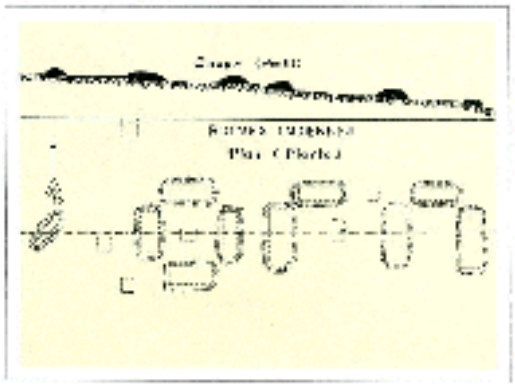


Fig. 96. Plano de las ruinas de Santa Ana de E. Guillemin de Tarayre.

Mason consideró a la cultura de El Zape, como una forma atenuada de cultura mesoamericana estrechamente relacionada con la cultura chalchihuita. Esto lo fundamentó en la similitud de las construcciones, el hallazgo de cerámica trípode y la presencia de malacates hemisféricos. Escribió sobre los petroglifos cercanos a la población de El Zape que le llamaron la atención por la rareza de su diseño, sin embargo, no los relacionó con las culturas cercanas (Mason, J. A. 1961; 138-140).

Donald D. Brand hizo un estudio más extenso exclusivamente de la región y consideró que las ruinas arqueológicas eran de tres tipos:

1) Restos arqueológicos en cuevas naturales como las de El Zape Chico (Fig. 99).

2) Vestigios de construcciones en cerros o «peñoles» fortificados como los del Cerro de la Cruz.

3) Edificaciones en lomas bajas con estructuras y cimientos mejor terminados, como los referidos por otros autores y describió un nuevo sitio llamado «Los Molcajetes».

No hizo mención a la presencia de petroglifos y pintura rupestre (Brand, 1971) (Fig. 100).

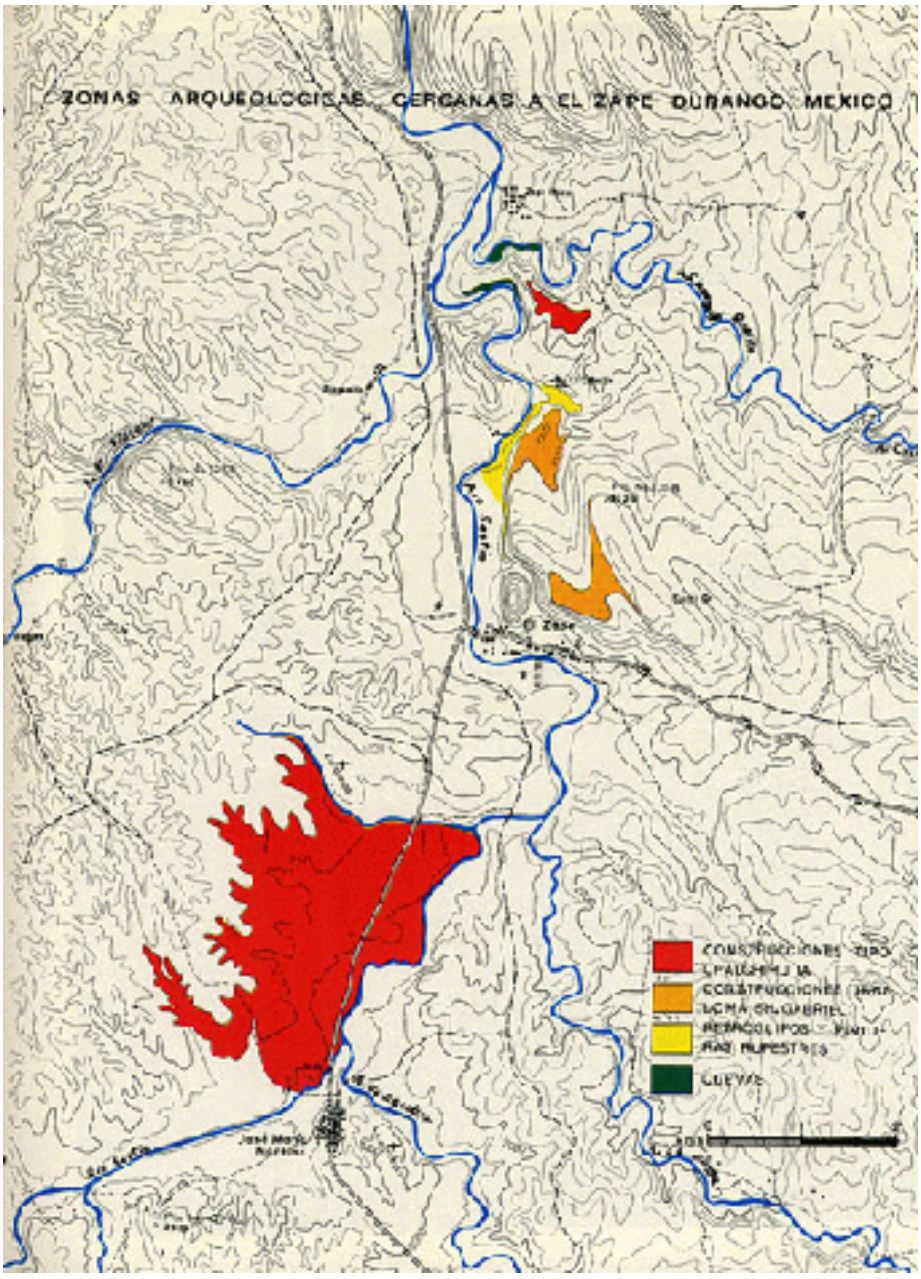
Fig. 99. Panorámica de las cuevas de El Zape Chico.

Este autor describió la presencia de malacates hemisféricos, bicónicos, incisos y punzados semejantes a los que había encontrado en sus exploraciones de Sinaloa y Nayarit; además, de ornamentos de concha, cobre, cerámica roja sobre bayo, pipas y figuras de terracota, que le permitieron deducir que había una relación con las culturas del centro de México.

En fechas recientes, El Zape ha sido explorado en forma aislada. En 1961, el arqueólogo mexicano Agustín Delgado realizó excavaciones en la cueva de los Muertos Chiquitos, en donde encontró dos cráneos infantiles con deformación intencional (Brooks y Brooks, 1980; 3).

En 1962, Richard H. Brooks, excavó en la misma cueva, encontrando algunas variedades de semillas antiguas de frijol, maíz y algunas cucurbitáceas. Estos hallazgos probaron que existió en la vecindad una población agrícola. Una fecha de radicarbono ubica el sitio en el 600 d. C. (Brooks et al, 1962).

Fig. 100. Mapa de las zonas arqueológicas de El Zape y Zape Chico.


ZONAS ARQUEOLOGICAS CERCANAS A EL ZAPE DURANGO MEXICO
El Zape
CUEVAS

En 1980, Sheilag T. Brooks y Richard H. Brooks, reportaron como hallazgo de superficie en la cueva de las Dos Puertas, un cráneo semimomificado con deformación intencional tabular oblicua (Brooks y Brooks, 1980; 8).

Los sitios arqueológicos localizados en las cercanías de la población de El Zape, son los lugares de cultura mesoamericana que hasta donde se conoce en la actualidad están situados más al norte de México; desde El Zape, hasta las ruinas de Casas Grandes, Chihuahua, no hay referencia de otro sitio con características mesoamericanas.

El sitio con petroglifos, se encuentra a 297 kilómetros al norte de la capital del estado de Durango, en el Municipio de Guanaceví (Fig. 101), a dos kilómetros de la población de El Zape. Los grabados se encuentran distribuidos a lo largo del paramento de un muro de riolita, en la margen oriental del río Sestín o de El Zape (Fig. 102).

Este muro se localiza a los 105º 47' 15" de longitud oeste y a los 25º 47' 15" de latitud norte; su orientación es de 323º 30' noroeste-sureste, mide aproximadamente 94 m.

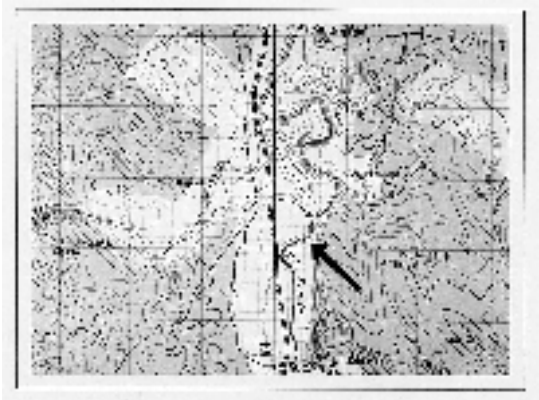


Fig. 101. Mapa de la ubicación de El Zape.

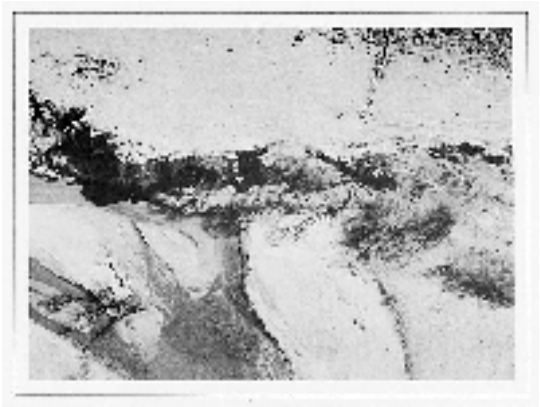


Fig. 102. Panorámica del muro con petroglifos.

de longitud; su extremo noroeste tiene una altura de 9'5 m. y está en contacto con el río, disminuyendo gradualmente de elevación hasta el extremo opuesto, en donde se confunde con el cerro (Fig. 103).

En una extensión de aproximadamente 50 m. a partir del extremo noroeste se encuentran 72 grabados sobre las superficies verticales de las rocas, a diversas alturas sobre el piso, aprovechando las partes planas de la piedra y lo que es más importante, en partes del muro modificadas artificialmente para tal propósito (Fig. 104).

Los grabados en su mayoría son de forma geométrica, 46 de ellos cuadrangulares (1-46), 10 circulares (47-56), 2 cuya forma es similar a los «Ojos de Dios» de la mitología huichol (57-58), 4 con figura humana (65-68), 4 con forma de animal (69-72). Existen otros más (59-64) como líneas aisladas o agrupadas. La mayoría presenta en su interior líneas rectas, curvas, sencillas, dobles o triples en diversas posiciones, dividiéndolo en varias secciones. En estas mismas, algunos presentan diversos diseños. Cinco de ellos exhiben en su borde inferior, rayas verticales cuyo número varía entre 3 y 13, dándoles un aspecto barbado (16-20), las diferencias en el tamaño y en el diseño de cada grabado les da a cada uno la apariencia de glifos (Fig. 105).

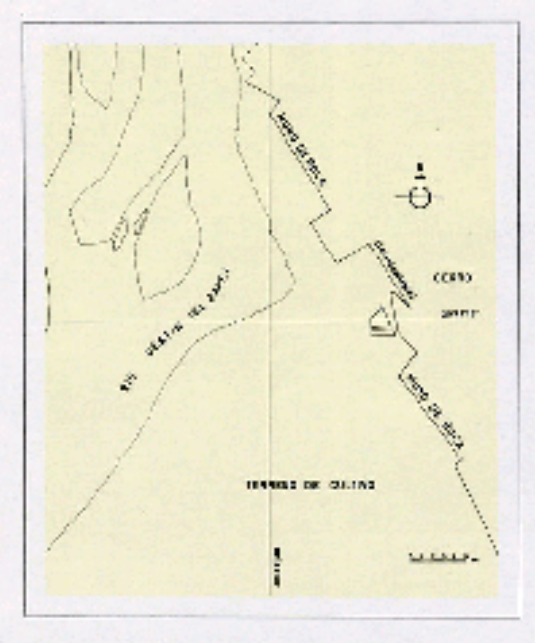


Fig. 103. Plano del observatorio de El Zape.

La técnica de grabado es la del picado seguido de acanalado, la mayoría de los petroglifos se encuentran en buen estado de conservación, algunos cubiertos parcialmente de líquenes, mostrándose además erosionados dando la impresión de ser antiguos.

Este tipo de arte rupestre es abundante en sitios cercanos a las márgenes de los ríos Tepehuanes y Santiago Papasquiaro en el Estado de Durango y similares a los que se encuentran en los estados de Sinaloa, Nayarit y Jalisco.

En las áreas horizontales de la parte superior del muro, existen numerosos morteros circulares horadados en la roca (Fig. 106). La distribución de los grabados es irregular existiendo aproximadamente 54 en la parte central (Fig. 107). Es aquí donde existen modificaciones en el muro, realizadas intencionalmente. Estas consistieron en retirar grandes lajas de piedra, rebajar las paredes, ampliar grietas naturales y colocarles cuñas de piedra en la parte superior para mantenerlas abiertas. En la fotografía aérea se puede apreciar la pérdida en la

Fig. 104. Distribución de los petroglifos sobre el muro del observatorio.

Fig. 105. Las formas de los petroglifos.

Fig. 106. Morteros circulares.

continuidad de las capas de riolita (flecha A); una de las paredes rectilíneas, (flecha B) y las cuñas de una de las grietas, mismas que tienen una dirección opuesta a las capas de piedra (flecha C) (Fig. 108).

La finalidad de estos cambios en el muro, fue la de construir un sitio para observar los desplazamientos del sol en la bóveda celeste.

Descripción del observatorio solar

Para mejor comprensión del observatorio, lo dividimos en las siguientes secciones: entrante mayor, entrante menor, contrafuerte, pasadizo y las grietas número 1 y número 2 (Fig. 109).

La entrante mayor tiene una sección trapezoidal con una superficie de 18'6 m^2; sus tres paredes son lisas y casi verticales. La entrante menor tiene la misma forma con una superficie de 7'8 m^2 y de paredes lisas y verticales; las entrantes se encuentran separadas en su parte anterior por un contrafuerte de piedra y en su parte media están comunicadas por un pasadizo. La grieta número 1, tiene una dirección este-oeste y comunica el pasadizo con la cara anterior del contrafuerte, con una longitud de 1'85 m. y un ancho de 15 cm. fue ampliada artificialmente en sus bordes anteroinferiores (Fig. 110). Le fue colocada una cuña en su parte superior (Fig. 111). La grieta número 2, tiene sección triangular y mide 2'45 m. en su lado mayor y 50 cm. en su parte más ancha, es una prolongación posterior de la entrante mayor, presenta también en su parte superior una cuña (Fig. 112). Con las modificaciones que le hicieron y la ubicación de los grabados, con sólo observar la luz solar a través de las grietas y su proyección sobre los petroglifos y las paredes del observatorio, pudieron determinar los días en que el sol se encuentra en su máximo desplazamiento, tanto hacia el norte como hacia el sur, así como el punto en que está a la mitad de su recorrido.

En seguida explicaremos la función de cada parte del observatorio, en la determinación de los equinoccios y solsticios.

Equinoccios

La parte del observatorio que se utilizó para la determinación de los equinoccios (primavera y otoño) se encuentra en el contrafuerte; la grieta 1, cuyas modificaciones artificiales tuvieron la finalidad de que un observador situado en el pasadizo, mirando a través de ella pueda apreciar los momentos en que el sol está sobre el horizonte en el ocaso (Figs. 113 y 114). La pared E, de la entrante menor, es sensiblemente paralela a la grieta, fue rebajada intencionalmente y en ella se encuentran dos petroglifos barbados (17, 19), uno circular dividido en cuatro cuadrantes (53) y una figura humana con dos cabezas, que seguramente tienen relación con el acontecimiento (Fig. 115).

Fig. 107. Parte central del muro.

Fig. 108. Foto aérea de la parte central del sitio.

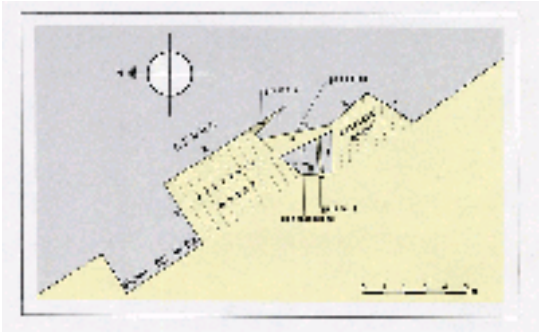


Fig. 109. Plano del observatorio.

Fig. 110. Modificaciones artificiales a la grieta número 1.

Fig. 111. Cuña de piedra de la parte superior de la grieta 1.

Fig. 112. Cuña de piedra de la parte superior de la grieta 2.

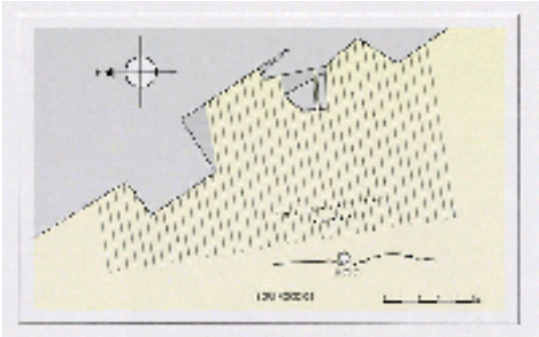


Fig. 113. Plano del sitio durante el equinoccio.

Fig. 114. Vista del so, en el ocaso a través de la grieta 1, durante el equinoccio.

Solsticio de verano

La parte del observatorio que señala el día en que el sol se encuentra en su máximo desplazamiento hacia el norte, se muestra en la grieta número 2; en su interior, en la pared posterior, se encuentran varios grabados (56-62) (Fig.116), tres son líneas verticales y uno circular con un diámetro casi vertical que rebasa la circunferencia (Fig. 117). La de mayor dimensión, marca con exactitud el límite de la roca iluminada por los rayos solares dentro de la grieta durante el ocaso (Fig. 118). El grabado circular y la segunda cuña están alineados verticalmente (Fig. 119) y fueron utilizados como una «mira» para que un observador colocado en la parte inferior de la grieta viendo hacia arriba (Fig. 120), al mediodía, en esa misma fecha, pueda ver pasar el sol casi por el centro del círculo (Fig. 121).

La posibilidad de tener dos formas para determinar un mismo acontecimiento, pudiera explicarse tomando en cuenta que en este tiempo ya se inició la época de lluvias y con frecuencia, por las tardes, el horizonte se encuentra cubierto de nubes, lo que no permitiría la observación del ocaso.

Solsticio de invierno

Para marcar esta fecha fue rebajada la pared A, de la entrante mayor, hasta hacerla casi paralela a los rayos del sol del ocaso, cuando se encuentra en el extremo sur de su viaje, en este momento se hallan iluminados casi en su totalidad los petroglifos de toda la superficie del muro (Figs. 122 y123).

Es la única fecha en que la luz solar del ocaso ilumina los petroglifos de la pared A (3-32-50) (Fig. 124) y resaltan del resto por recibirla tangencialmente. Es notable la similitud del petroglifo 32 de esa pared, con el símbolo mesoamericano de movimiento, «Ollin». La ubicación de los petroglifos para ser iluminados en el solsticio de invierno, tenían el propósito de que esta luz estimulara el poder mágico de los grabados y detuvieran al sol en su desplazamiento hacia el sur. (Peschard et al, 1984; 529-36).

Otros sitios con petroglifos

En once sitios estudiados en las márgenes del río Sextin, Tepehuanes y Santiago Papasquiaro, a una distancia aproximada de 120 km. (Fig. 125), aparecen grabados como los descritos, pero la mayoría de ellos asociados a figuras de soles, lunas, plantas, hombres, chamanes y escenas de cacería (Fig. 126).

Aparece un nuevo tipo de petroglifo en el que se incorporan los diseños de significado cósmico a las figuras humanas y de animales e inversamente éstos pasaron a formar parte de el interior de las figuras geométricas (Fig. 127).

Fig. 115. Petroglifo barbado y figura humana con dos cabezas. Nótese en el fondo del pasadizo, el trazo que deja la luz solar.

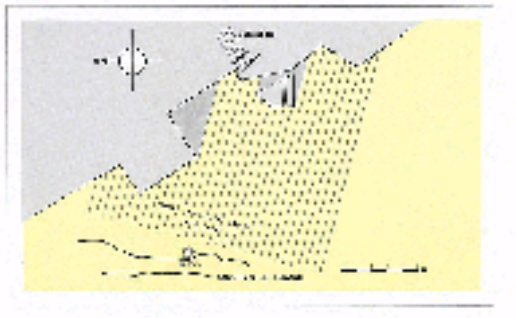


Fig. 116. Plano del sitio durante el solsticio de verano.

Fig. 117. Grabados en el interior de la grieta número 2.

Fig. 118. Límite de la luz durante el ocaso en el solsticio de verano en la grieta 2.

Fig. 119. Alineación vertical de la cuña de la parte superior y el petroglifo circular de la parte baja.

Fig. 120. Observador dentro de la grieta 2, al mediodía, durante el solsticio de verano. Obsérvese la sombra de la cuña por abajo del ojo.

Fig. 121. Penetración de los rayos solares en la grieta 2, al mediodía, durante el solsticio de verano.

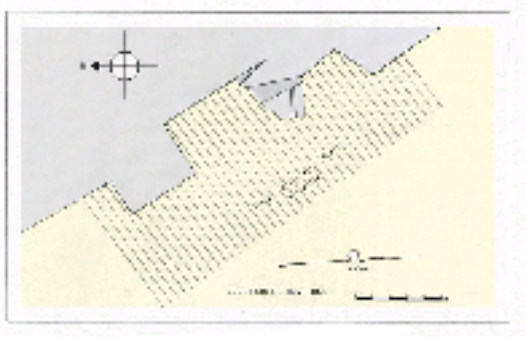
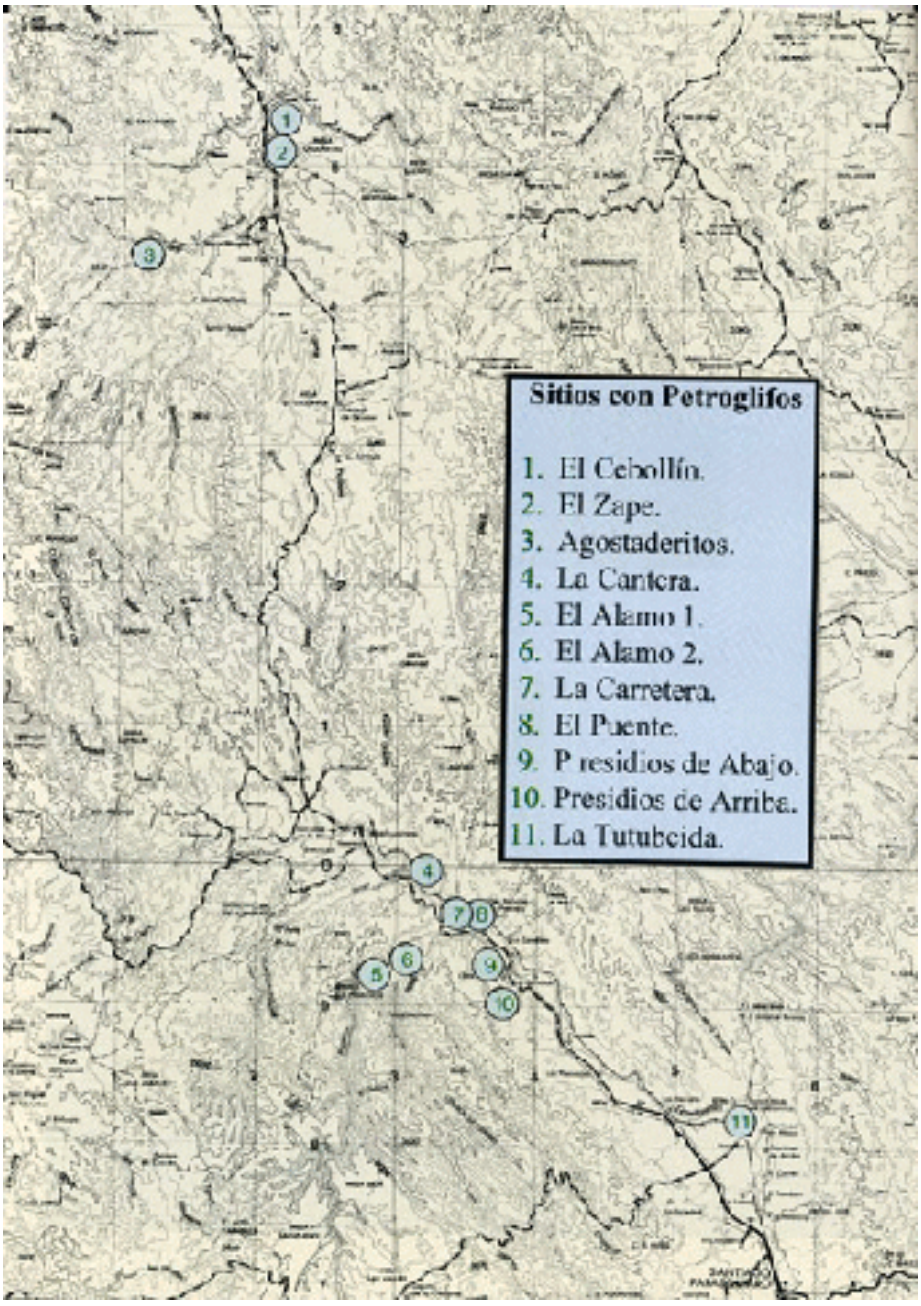


Fig. 122. Plano del observatorio en el solsticio de invierno.

Fig. 123. Panorámica del observatorio en el solsticio de invierno.

Fig. 124. Símbolo de Olin.

Fig. 125. Sitios con petroglifos, cercanos al río Tepehuanes.


Sitios con Petroglifos
1. El Cebollín.
2. El Zape.
3. Agostaderitos.
4. La Cantera.
5. El Alamo 1.
6. El Alamo 2.
7. La Carretera.
8. El Puente.
9. Presidios de Abajo.
10. Presidios de Arriba.
11. La Tutubeida.

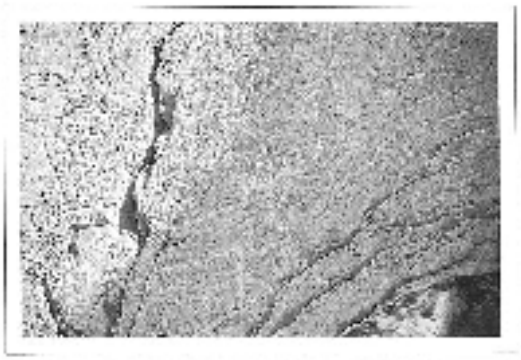


Fig. 126. Escenas de caza en petroglifos del sitio de El Álamo 2. Nótese los grabados geométricos formando parte del cuerpo de los animales.

Fig. 127. Grabados geométrico asociados a figura antropomorfa. La Cantera, Tepehuanes, Dgo.

La asociación de figuras de hombre y mujer, el sol y la luna, figuras con diseños simétricos, pueden representar el concepto de dualidad que es relevante en la religión mesoamericana (Fig. 128).

La importancia que tuvo la observación de los fenómenos celestes debe de haber originado nuevas ideas de magia y religión en los que tenían un papel preponderante los eventos cósmicos y de aquí sus diversas expresiones en el arte rupestre.

Por último, otros petroglifos fueron adquiriendo una complejidad creciente y para ellos no hay aún explicación satisfactoria. Los grandes murales de grabados en las rocas de el sitio Presidios son un ejemplo de ello (Peschard et al, 1986) (Fig. 129).

Desde hace mucho tiempo, es conocido el interés que tuvieron las culturas prehispánicas por los fenómenos astronómicos para el conocimiento de las estaciones, creación de calendarios, predicción de los acontecimientos celestes y su aplicación en sus actividades cotidianas, religiosas, agrícolas y otras. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas se habían limitado al estudio de la astronomía de las culturas mesoamericanas que tuvieron gran desarrollo.

Recientemente, se le ha dado importancia a las funciones y significado astronómico de sitios arqueológicos de otras culturas, como el centro ceremonial Chalchihuita de Alta Vista, Zacatecas, ampliamente estudiado por el doctor J. Charles Kelley (Aveni, Hartung y Kelley 1982; 203).

El doctor Anthony Aveni y el arqueólogo Horst Hartung, han reportado los petroglifos en cruz (Cross Pecked Petroglyphs), que se encuentran distribuidos desde Centroamérica hasta el estado de Durango, México, como símbolos calendáricos y su función en la orientación de los centros ceremoniales prehispánicos (Aveni, Hartung y Buckingham, 1978; Aveni y Hartung, 1979).

En los Estados Unidos de Norteamérica, han sido encontrados numerosos observatorios solares de los indios anasazi y clasificados en cuatro tipos (Defiera, 1984). Recientemente, Robert A. Preston y Ann L. Preston (Canby, 1982: 580-581) reportaron la existencia de catorce calendarios solares en petroglifos del Parque Nacional del Bosque Petrificado en Arizona. Anna Sofaer descubrió otro en el Cañón del Chaco (Williamson, Fisher y O'Flynn 1980: 246, 247, 260, 261).

El observatorio solar aquí descrito es el primero de este tipo reportado en la República Mexicana; hasta el momento únicamente le hemos supuesto utilidad como calendario, en la determinación del inicio de las estaciones. Sin embargo, muchos de los grabados tienen gran parecido con glifos mayas y mixtecas de significado cosmográfico, como los que tienen una doble cruz en su interior (13-17), los círculos divididos en cuatro cuadrantes con un punto en cada uno de ellos (51-55) (Fig. 130). En el rectángulo número 1, que puede representar los rumbos del universo y el 32, que es similar al símbolo de Olin. Sin embargo, sólo

Fig. 128. Grabados de Tutubeida, Santiago de Ppasquiaro, Dgo., donde las figuras geométricas muestran en su interior diseños simétricos, asociados a figuras de hombre y mujer y de sol y luna.

Fig. 129. Mural con grabados del sitio de Presidios de Abajo, Tepehuanes, Dgo.

Fig. 130. Símbolo de Venus en los grabados de El Zape.

investigaciones posteriores ampliarán las funciones astronómicas del sitio y con toda seguridad se encontrarán más grabados que los aquí reportados.

No se ha determinado el grupo cultural que construyó el observatorio; creemos que fueron individuos con una cultura desarrollada, agrícola, de origen mesoamericano, que estuvieron en comunicación con otros grupos del Estado y de los vecinos, en especial con Sinaloa, Nayarit y Jalisco. La distribución geográfica de los petroglifos de este tipo tiene similitud con la de los grupos indígenas del complejo cultural Aztatlán. Es posible que tuviesen relación con otros del suroeste de los Estados Unidos.

Existen cerca del extremo noroeste del muro, vestigios de una construcción antigua de piedra de forma rectangular sobre otra circular y a mayor distancia, sobre las partes de mayor altura de los cerros contiguos. Una adecuada exploración arqueológica de la región, proporcionará datos que ayudará a identificar a los antiguos pobladores de El Zape.

Por último, los sitios con petroglifos han sido estudiados como manifestaciones culturales aisladas; recientemente se encontró una relación importante con determinaciones

astronómicas. Es aconsejable realizar más investigaciones en sitios con petroglifos orientadas a esta función.

La existencia de rasgos culturales, en su mayoría de origen mesoamericano, localizados en una situación geográfica tan distante de los grandes centros ceremoniales de México, hacen que El Zape tenga una gran importancia en el norte de la República Mexicana y que pueda ser un eslabón fundamental para establecer la relación entre Mesoamérica y las culturas del suroeste de los Estados Unidos.

Estos rasgos culturales son:

1. Existencia de grandes áreas de construcciones de piedra en las lomas bajas cercanas al río de El Zape, cerca de la población de José María Morelos, antes hacienda de Santa Ana, que fueron descritas someramente en la segunda mitad del siglo pasado por el científico francés E. Guillemin de Tarayre (Tarayre E.G. 1869).
2. Agricultura desde épocas tempranas (660 d. C.) de maíz, frijol y calabazas. (Brooks, S.T.; Kaplan and Cutler 1962).
3. Uso del cobre (Mason 1979).
4. Cerámica ceremonial polícroma (Ganot y Peschard, 1985).
5. Deformación craneana intencional de los tipos tabular oblicuo (Brooks, S.T.; 1980) y tabular erecto (Peschard, A. y J. Ganot; 1996).
6. Entierro en urnas funerarias (Ramírez, G. 1604).
7. Hilado de tejidos (Mason, J.A. 1966).
8. Petroglifos con diseños similares a algunos glifos de las culturas Maya y Mixteca (Mason 1961; Peschard et al, 1984).
9. Uso del calendario para determinar el inicio de las Estaciones (Peschard et al, 1986).

Deformación craneana y mutilación dentaria

La práctica de la deformación craneana intencional y la mutilación dentaria tuvieron una amplia difusión en las culturas prehispánicas de América; en México se describen desde el periodo preclásico inferior hasta el postclásico superior, siendo más común en el primero y en forma especial el último (Romano, 1974).

La manera en que deformaban los cráneos era con la aplicación de vendajes, o bien utilizando aparatos que se aplicaban al recién nacido aprovechando la plasticidad de los huesos de la bóveda. Como se sabe, en esa etapa los huesos del cráneo son flexibles y las uniones laxas; la unión de dos de ellos forma las suturas y la de tres huesos las fontanelas, que son en número de seis; son amplias, formadas de tejido fibroso y fibras elásticas que permiten al cráneo modelarse durante el parto (Fig. 131).

En Mesoamérica, la forma más común para realizar esta práctica era la utilización de cunas deformadoras, las que tenían medios para sujetar al recién nacido; en la cabeza se les colocaban una o dos placas de piedra o madera unidas con bandas, probablemente de cuero, para hacer presión en sentido antero-posterior (Fig. 132).

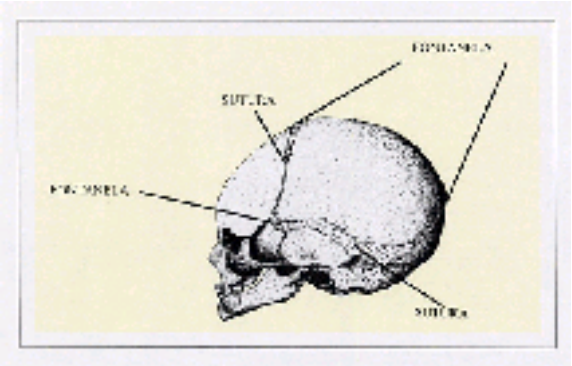


Fig. 131. Cráneo de recién nacido.

De acuerdo a la forma de aplicar las placas y su número, se lograba el tipo de deformación deseado y utilizando una mayor tensión en las bandas, se obtenían alteraciones más intensas. Si se colocaba únicamente una placa en la parte posterior, se aplanaba sólo el occipital y la parte posterior de los parietales; a esta forma se le denominó plano-occipital (Fig. 133). Cuando se utilizaban dos placas, una anterior y otra posterior, se lograba deformar la región citada y además el frontal; a este tipo se le llama fronto-occipital (Fig. 134) y se hacía en dos formas; si las placas eran colocadas verticalmente, se obtenía la variedad tabular erecta. Si eran puestas inclinadas, el cráneo se deformaba hacia atrás, dando por resultado la tabular oblicua (Fig. 135).

Los trabajos sobre estas prácticas son numerosos para el área maya, Mesoamérica central, el occidente de México y en el norte, en Casas Grandes, Chihuahua.

Occidente de México

Son múltiples los sitios donde han sido reportados hallazgos de restos óseos, en los que se detecta la presencia de deformación craneana intencional. En Sinaloa en Culiacán (Hulse-Kelly, 1945), Guasave (Elkhom,1942) y Chametla (Kelly,1938); Nayarit, en Amapa (Meighan-Gill,1970) y Marismas Nacionales (Gill, 1986); Jalisco, Tizapán El Alto, (Meighan y Foote, 1968) y Tuxcacuesco-Zapotitlán, (Gavan-Kelly, 1949); Michoacán, en Cojumatlán,

(Lister, 1949) y El Opeño, (Oliveros, 1974); Chihuahua, en Casas Grandes (Di Peso, 1974) y en la Cueva de la Caída del Agua (Ascher, 1987); Zacatecas, Alta Vista (Pickering, 1974) y en la Quemada (Faulhaber) (Fig. 136).

Durango

En el Estado de Durango, el hallazgo de cráneos deformados se remonta a la década de los años 60's, en que el arqueólogo mexicano Agustín Delgado, encontró dos especímenes en excavaciones realizadas en el área de las cuevas de El Zape Chico, municipio de Guanaceví en el norte de Durango (Romano, 1974), sin embargo, no hemos encontrado ningún reporte formal del estudio de estos restos óseos.

En el año de 1970 se describió y publicó el estudio de un cráneo con deformación intencional del tipo tabular oblicuo (Peschard, 1970); en 1980, Sheilag T. Brooks reportó dos cráneos deformados encontrados en excavaciones de la cueva de Los Muertos Chiquitos, cercana a El Zape Chico; uno de ellos con el tipo tabular oblicuo, que además conservaba parte de los tejidos blandos momificados; el segundo con deformación tabular erecta.

Fig. 132. Cuna para deformar el cráneo.

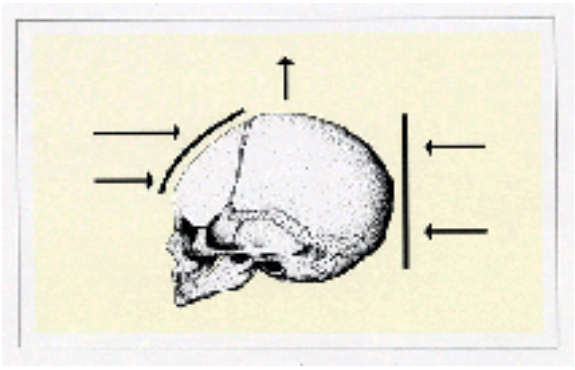


Fig. 133. Deformación craneana intencional tabular erecta, plano occipital (Plano lámbdica).

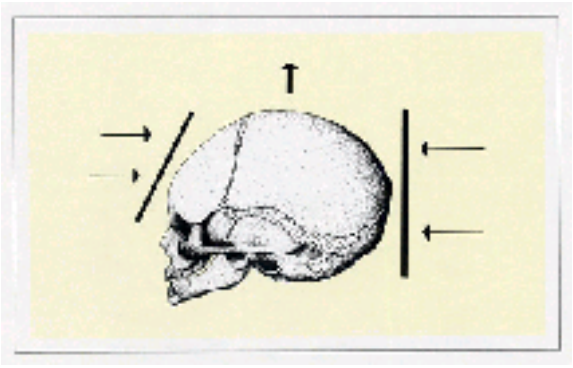


Fig. 134. Deformación craneana intencional tabular erecta, fronto occipital.

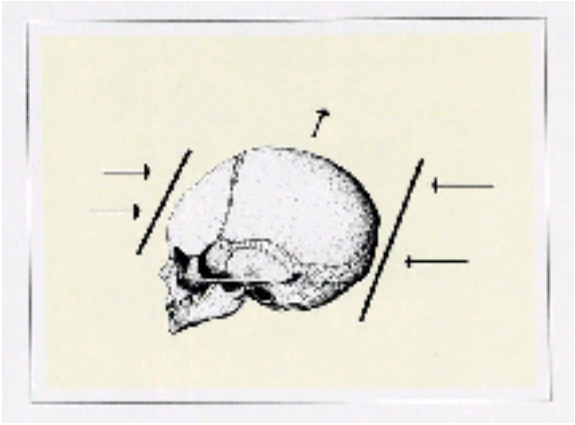


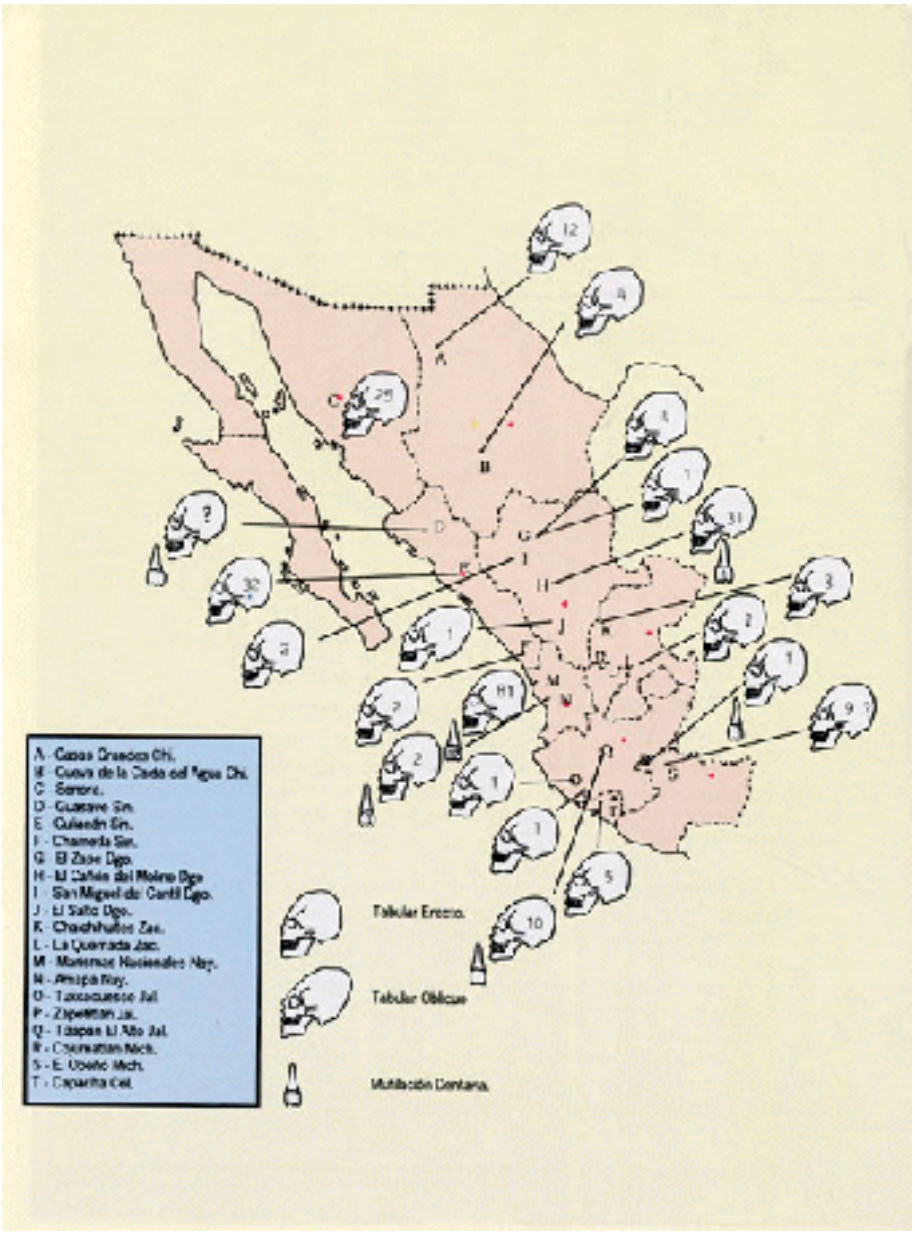
Fig. 135. Deformación craneana intencional del tipo tabular oblicuo.

En 1983, se presentó en la reunión de la Sociedad Mexicana de Antropología e Historia, realizada en Taxco, Guerrero, el reporte preliminar del estudio de 31 cráneos provenientes del sitio El Cañón del Molino, Durango, de los cuales, 29 presentan deformación intencional (Peschard, 1983).

Hasta el presente, hemos estudiado 39 cráneos procedentes del territorio del Estado de Durango: 34 son de El Cañón del Molino, del municipio de Nuevo Ideal; uno encontrado en las cercanías de la población de El Salto, Pueblo Nuevo; otro de El Zape y dos de San Miguel del Cantil, municipio de Santiago Papasquiaro. Los procedentes de El Cañón del Molino y El Zape estuvieron asociados a otros objetos arqueológicos; sin embargo, ninguno procede de excavaciones formales.

Para el estudio osteológico de la deformación craneana intencional, nos basamos en los trabajos de Comas, Brothwell, Genovés, Dembo e Imbelloni y para la mutilación dentaria, en los de Romero y de Romano Fastlich.

Fig. 136. Distribución de la deformación craneana intencional y la mutilación dentaria en el occidente y norte de México.


A - Casas Grandes Chi.
B - Cueva de la Cada del Agua Chi.
C - Sonora.
D - Guasave Sin.
E - Culiacán Sin.
F - Chametla Sin.
G - El Zape Dgo.
H - El Cañón del Molino Dgo
I - San Miguel de Cantil Dgo.
J - El Salto Dgo.
K - Chachihuites Zac.
L - La Quemada Jac.
M - Moctezuma Huasteca Nay.
N - Amapa Nay.
O - Tuxcacuesco Jal.
P - Zapotitlan Jal.
Q - Tzapan El Alto Jal.
R - Chametlan Mich.
S - E. Opeño Mich.
T - Capacha Col.
Tabular Erecto.
Tabular Oblicua
Mutilación Dentaria.

Los cráneos procedentes de El Cañón del Molino fueron rescatados de terreros de excavaciones realizadas por los campesinos, en tierras que se abrieron al cultivo y otros predios usados como agostaderos, en la terraza fluvial noroeste del arroyo de El Molino. Este sitio también ha sido objeto de múltiples saqueos, realizados por buscadores de tesoros desde hace cuando menos seis décadas. En las excavaciones, los campesinos encontraron múltiples entierros asociados a objetos de cerámica, cobre, concha, hueso y piedra. Los esqueletos fueron dispersados, con excepción de los cráneos a los que les denominan «nueces» y que por motivos culturales y religiosos, fueron resepultados en los terreros.

En algunos de los entierros se encontraron urnas funerarias, conteniendo en especial esqueletos de niños, tan abundantes, que en la época en que conocimos el sitio, eran utilizadas para la elaboración de piñatas en la temporada de posadas de las fiestas decembrinas de la Navidad.

De los 35 cráneos estudiados, 31 (88'57%) presentan a la inspección evidencias de deformación intencional y únicamente 4 (11'43%) son normales. Uno de ellos tiene mutilación dentaria.

Cráneos normales

De las mediciones y cálculo de los índices craneales se obtuvieron los siguientes resultados:

Cráneo 18;	mesocráneo (76'47), ortocráneo (73'26), metriocráneo (95'86).
Cráneo 19;	braquicráneo (80'44), hipsicráneo (78'21), metriocráneo (97'22), eurieno (49'26), mesorrino (50), hipsiconco (92'10) y ortognato (97'02).
Cráneo 33;	braquicráneo (88'15), hipsicráneo (83'23), metriocráneo (94'42), meseno (50), camerrino (52'72), hipsiconco (90'97) y mesognato (99'53).

Los tres pertenecen al sexo masculino.

Cráneos deformados

De los 31 cráneos deformados intencionalmente, 30 (96'77%) pertenecen a adultos y uno (3'23%) es infantil.

De las mediciones y cálculo de los índices craneales se obtuvieron los siguientes resultados:

Índices craneales

Índice Cefálico Horizontal

Adultos		Rango	Promedio	Desv. Std.
Masculinos	-12	87'86-100'67	93'68	3'90
Femeninos	-10	89'37-106'2	96'02	5'76
Indefinidos	-2	97'41-111'33	104'37	
Infantil	-1	110		

Índice Vértico Longitudinal

Adultos		Rango	Promedio	Desv. Std.
Masculinos	-10	77'9-97'33	87'78	6'32
Femeninos	-10	81'98-90'96	86'31	3'37
Indefinidos	-2	90'96-91'33		
Infantil	-1	88'46		

Índice Vértico Transversal

Adultos		Rango	Promedio	Desv. Std.
Masculinos	-10	84'92-97'98	93'02	4'58
Femeninos	-9	87'71-96'47	90'75	3'61
Indefinidos	-2	82'03-93'37	87'7	
Infantil	-1	80'41		

Índice Nasal

Adultos		Rango	Promedio	Desv. Std.
Masculinos	-10	45'51-50'98	49'61	2'49
Femeninos	-9	44'64-55	49'72	3'93
Indefinidos	-3	45'29-48'54	47'06	

Índice Orbitario

Adultos		Rango	Promedio	Desv. Std.
Masculinos	-11	79'06-89'47	84'59	3'66
Femeninos	-10	75'00-100	87'48	6'80

Indefinidos	-3	85'71-98'66	91'37
Infantil	-1	91'42	

Del análisis de los valores anteriores se tienen los resultados siguientes:

Braquicráneos	-25	100%			
Hipsicráneos	-23	100%			
Metriocráneos	-12	54'54%	6 masc.	5 fem.	1 ind.
Tapeinocráneos	-9	40'90%	3 masc.	4 fem.	1 ind.

Acrocráneo	-1	4'56%	1 masc.
Eurienos	-8	53'33%	
Mesenos	-7	46'67%	
Hipsoconcos	-9	36%	
Mesoconcos	-9	36%	
Camaeconcos	-7	28%	
Mesorrinos	-10	45'4%5	
Camerrinos	-7	31'81%	
Leptorrinos	-5	22'74%	
Ortognatos	-9	52'95%	
Mesognatos	-7	41'17%	
Prognato	-1	5'88%	

La totalidad de los cráneos presentan deformación del tipo tabular erecto con sus dos variedades; plano occipital (plano-lámbdicos) 22 (75'87%) (Fig. 137) y fronto-occipitales 7 (24'13%), (Fig. 138), con la siguiente distribución por sexo y edad:

Plano Lámbdicos

Adultos	22	(75'87%)
Masculinos	9	(31'03%)
Femeninos	10	(34'48%)
Indefinidos	3	(10'36%)

Fronto Occipitales

Adultos	7	(24'13%)
Masculinos	3	(10'36%)
Femeninos	2	(6'89%)
Indefinidos	1	(3'44%)
Infantil	1	(3'44%)

Huellas de Banda

Sagital	26	(89'65%)
Retro-Coronal	11	(37'93%)

Frontal Transversa	1	(4'16%)
Supra astérica	1	(4'16%)

La Plagiocrania varió, desde asimetría discreta de la parte posterior del cráneo, hasta formas severas en que alcanza a afectarse la parte posterior del temporal.

El cráneo correspondiente a El Zape fue encontrado por un vecino de esta población al construir su casa en las faldas del Peñón; cerca de éste, encontró una pieza de cerámica en forma de copa, que hemos clasificado como del tipo Ixcuintla Polícromo de Amapa, Nayarit. Este cráneo (El Zape 1), se encuentra en condiciones regulares de conservación y su integridad es parcial, por lo que no es posible realizar las mediciones y el cálculo de los

Fig. 137. Cráneo con deformación tabular erecta plano occipital, procedente de El Cañón del Molino.

índices correspondientes; sin embargo, es evidente que tiene deformación intencional frontooccipital del tipo tabular erecto con un mayor aplanamiento frontal; presenta además una huella sagital en la parte superior de la escama del temporal y en la parte posterior de ambos parietales, ocasionada por una banda de compresión. Perteneció probablemente a un individuo de sexo femenino, que falleció a edad avanzada, ya que presenta fusión completa de las suturas coronal y sagital así como pérdida de 30 piezas dentarias antemortem (Fig.139). Es importante señalar que es el primer cráneo reportado de El Zape; los anteriores corresponden a las cuevas cercanas a El Zape Chico.

El sitio de San Miguel del Cantil es conocido por los restos humanos momificados encontrados hace aproximadamente 20 años en cuevas del lugar y que actualmente se hallan en el Museo Regional de Durango. Los restos aquí descritos son fragmentos de dos cráneos encontrados por el Dr. Raúl Garza Limón, que desgraciadamente se encuentran muy destruidos, no siendo posible realizar medición alguna, conservándose de uno (S.M.

Cantil 1), el macizo facial, el frontal, el temporal y gran parte del parietal izquierdos; del lado derecho se conserva únicamente una parte del temporal y muestra un claro aplanamiento del frontal; probablemente sea del sexo masculino (Fig. 140).

El segundo cráneo, aún más deteriorado, conserva el macizo facial, gran parte del frontal y ambos temporales; presenta también un claro aplanamiento del frontal y probablemente sea del sexo masculino.

El cráneo proveniente de El Salto, encontrado en el año de 1969, presenta evidencias de haber estado a la intemperie, pues su color es gris claro, le falta la mandíbula y parte del frontal y del parietal izquierdo, así como la totalidad de las piezas dentarias las que parece haber perdido antemortem. Además de un marcado aplanamiento de la bóveda craneana, tanto en el frontal como en la casi totalidad del occipital, con marcadas huellas de bandas, tanto en sentido sagital como coronal; tiene grandes apófisis mastoides así como acentuadas rugosidades en la superficie del occipital. Su macizo facial es notablemente robusto, en especial las arcadas supraorbitarias y ambos malares, dándole cierto aspecto de hombre primitivo (Fig. 141); es del sexo masculino y presenta deformación del tipo tabular oblicuo (Fig. 142).

Fig. 138. Cráneo con deformación tabular erecta fronto occipital, procedente de El Cañón del Molino.

Fig. 139. Cráneo con deformación tabular erecta fronto occipital, procedente de El Zape.

Fig. 140. Fragmento de cráneo con notable aplanamiento del frontal, procedente de San Miguel del Cantil.

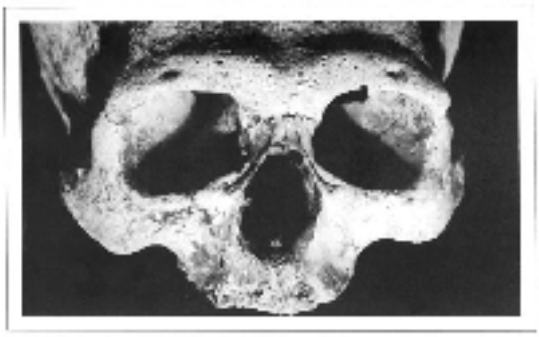


Fig. 141. Macizo facial de un cráneo con deformación tabular oblicua, procedente de un sitio en las márgenes del río Acaponeta, cercano a El Salto, Pueblo Nuevo, Dgo.

Fig. 142. Cráneo con deformación tabular oblicua, procedente de un sitio en las márgenes del río Acaponeta, cercano a El Salto, Pueblo Nuevo, Dgo.

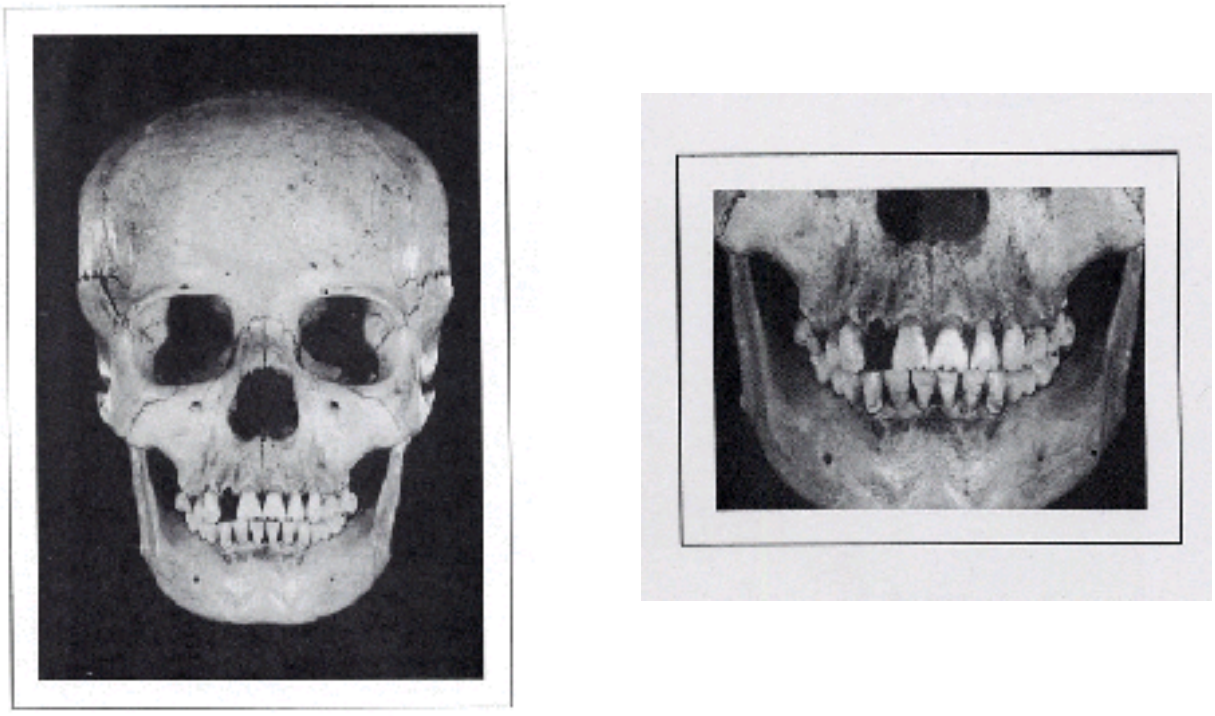


Fig. 143. Mutilación dentaria de los incisivos superiores e inferiores del tipo A, 1 y 2 de la clasificación de Romero Fastlich, procedente de El Cañón del Molino, Durango.

Índices craneales

Índice craneal horizontal 90% (Braquicráneo), vértico longitudinal 77% (Hipsicráneo), vértico transversal 85%, (Tapeinocráneo) facial superior, 49% (Eurieno) nasal, 46% (Leptorrino), orbitario 85% (Mesoconco).

La deformación craneana intencional fue una práctica común en la época prehispánica en la población indígena del actual Estado de Durango; a diferencia de la mutilación dentaria en que sólo se ha encontrado un caso (Fig. 143) (Peschard; 1983). Consideramos que estuvo relacionada a una expansión de indígenas provenientes de diferentes asentamientos de territorios de la costa del Pacífico de los Estados de Sinaloa, Nayarit y Jalisco, ya que hemos encontrado en los sitios arqueológicos, junto con los cráneos, objetos de cerámica iguales a los descritos en Guasave, Culiacán, Chametla Sinaloa, Amapa y Marismas Nacionales, Nayarit. (Ganot y Peschard, 1983, 1985, 1996).

Es importante señalar que en los sitios ocupados por pobladores con cultura Chalchihuita, de su rama Súchil, incluyendo el importante centro ceremonial de Alta Vista en Chalchihuites Zacatecas, los hallazgos de cráneos con deformación intencional son escasos,

ya que en este sitio a pesar de su importancia y magnitud, sólo han sido descritos 3 especímenes (Kelley, 1974), (Pickering, 1974). Esta práctica, al parecer, fue poco común en la Quemada Zacatecas, (Peter Jiménez, 1996; comunicación personal).

La presencia de un cráneo con deformación tabular oblicua, en un sitio de la Sierra Madre Occidental, cercano a una de las vías de comunicación antigua con la costa, siguiendo el cauce del río Acaponeta, permite suponer que tales vías fueron usadas desde una época temprana, a finales del clásico y que persistieron durante un largo tiempo. La presencia de cráneos deformados en la parte norte de la Sierra Madre Occidental, en San Miguel del Cantil, cerca de las rutas de comunicación entre los valles del norte del Estado con Culiacán, siguiendo el cauce de los afluentes del río San Lorenzo, confirma que hubo una amplia interacción entre los valles del altiplano de Durango con la costa del Pacífico (Ganot y Peschard, 1985).

En términos de dentición hay una gran semejanza entre los remanentes óseos de Casas Grandes, Chih. y Sinaloa; de encontrar cambios semejantes en Durango -como lo suponemos-, sería un argumento complementario a la evidencia arqueológica en favor de que Casas Grandes era parte de un sistema que incluía el centro de México, en especial a los toltecas; la costa del Pacífico y Durango con la ocupación Aztatlán; de El Cañón del Molino y Casas Grandes, Chih. (Turner, Ch. G., 1996; 32-53). Estos acontecimientos tuvieron lugar en una fecha aproximada del 1250 d. C. En esa época tuvieron lugar los cambios genéticos y culturales en los sitios mencionados, que hablan de nuevos y heterogéneos grupos de pobladores (Gill, G. W., 1988; 210).

El estudio comparativo de las variantes no métricas del patrón dentario y otros como los de DNA y RNA, obtenido de los huesos de los cráneos de Durango, comparados con los del occidente y norte de México, especialmente de los sitios antes nombrados, en búsqueda de afinidad biológica, permitirán definir con mayor claridad los movimientos de población durante esa época.

Relación entre el centro y el norte de México

Mesoamérica Central, también llamada Mesoamérica Nuclear, ocupó una área relativamente pequeña de la altiplanicie del centro del país; ahí se desarrollaron algunas de las culturas precolombinas más importantes. Esta región comprendía el valle de México, y las áreas cercanas de los Estados de México, Puebla, Hidalgo, Tlaxcala y Morelos, donde se localizan los importantes centros de Teotihuacán, Tenochtitlán, Tula, Cholula, Texcoco, Xochicalco, Tepoztlán, Teotenango, Calixtlahuaca, Malinalco, Cuicuilco y Tlapacoyan, entre otros.

El extraordinario desarrollo que alcanzaron las poblaciones mesoamericanas en los valles del centro de México se manifestó principalmente por sus construcciones arquitectónicas compuestas por pirámides y grandes centros ceremoniales, localizados en áreas urbanas bien planeadas y con grupos de poblaciones más pequeñas en los alrededores. La decoración de estos lugares fue a base de frisos, escultura magna de piedra y pintura mural, que alcanzó un gran logro estético; sin embargo, ha sido la cerámica y otras «artes menores» las herramientas más valiosas para establecer la cronología de los sitios y sus relaciones con otras culturas.

Este imperio tuvo interacción con culturas distantes dentro del país, así como con las de Centroamérica y el sur de los Estados Unidos. Las relaciones que se establecieron fueron de diversa índole; predominaba el comercio; en el momento del contacto español había un intenso intercambio marítimo y terrestre por toda Mesoamérica, siguiendo rutas de comunicación bien definidas. Los objetos de intercambio eran principalmente: turquesa, metales, plumas de aves para uso ceremonial, colorantes, pieles, algodón, esclavos y alimentos. A cambio, salía del centro a la periferia, cerámica y objetos ceremoniales.

Mesoamérica fue también el centro religioso más importante en diversas épocas. Parte de su intervencionismo a distancia pudo estar ligado a la difusión de sus ideas religiosas, comercio y estudios astronómicos.

La observación de los movimientos de los astros fue un factor trascendente en la expansión de estos grupos; en la época de dominio teotihuacano, hubo desplazamiento de astrónomos que seguían la posición del sol en las diferentes estaciones, lo que era indispensable para determinar los ciclos agrícolas y religiosos y para la construcción de sus centros ceremoniales.

Sus observaciones quedaron registradas en la orientación de sus edificios y en la presencia de petroglifos marcadores de los movimientos solares, llamados «*petroglifos picados en cruz*». El grupo más numeroso fue encontrado originalmente en Teotihuacán y posteriormente descritos en sitios distantes como Centroamérica, Zacatecas y Durango; tenían aparentemente la función de delimitar los movimientos del sol, hasta el Trópico de Cáncer al norte y probablemente hasta el Ecuador al sur. En la Mesa del Norte hay tres de éstos; dos en las cercanías de las ruinas de Altavista en Chalchihuites, Zacatecas y uno en la región de la Breña cerca de la población de Tuitán, Durango (Fig. 144). La primera de estas piedras grabadas, encontrada en el norte de México, fue descrita a principios de siglo en la obra «México a través de los Siglos»; está localizada en algún lugar de Chihuahua, cerca de la frontera norte de la República; sin embargo, este grabado no ha sido encontrado posteriormente.

Después de la caída de Teotihuacán como principal centro cultural mesoamericano, dos nuevas culturas emergieron: la Mixteca-Puebla, con su estilo cerámico mixteco y la Tolteca con sus estilos Coyotlatelco y Mazapa. La primera de habla mixteca y la segunda náhuatl. Aunque políticamente independientes, estuvieron muy ligadas entre sí; influyeron en el desarrollo de algunos centros del valle de México, el área Maya y el occidente y norte de México y pueden considerarse precursores culturales de los Aztecas.

Con la caída del imperio Tolteca, varios grupos de emigrantes compuestos por habitantes de esta cultura y «bárbaros» chichimecas, se diseminaron por grandes extensiones territoriales al sur y norte del valle de México, incluyendo no solamente el área mesoamericana, sino que llegaron hasta Centroamérica y al sur de los Estados Unidos.

Fig. 144. Petroglifo en cruz de la región volcánica de Tuitán, Durango.

La intervención militar fue muy importante, sobre todo en la época de los Aztecas, pueblo eminentemente guerrero, que junto con los miembros de la «triple Alianza», conquistaron un enorme territorio a cuyos pueblos obligaban a pagar tributo. Ésta fue interrumpida cuando estaba en pleno apogeo, por la conquista española.

La expansión de las culturas de Mesoamérica nuclear, en el periodo postclásico, es de particular interés para este trabajo, ya que el objetivo primordial del presente es demostrar que tales culturas llegaron en esta época, hasta el occidente y el norte de México, específicamente en el área de valles del actual Estado de Durango, en donde se encuentran tradiciones ceramistas y muchos otros rasgos culturales que corresponden sobre todo a fases de las culturas Tolteca y Mixteca-Puebla.

Cultura Mixteca

La Mixteca es la región donde a la llegada de los españoles se hablaba el idioma mixtecatlatolli, que por costumbre se ha abreviado mixteco. Otra raíz del término es

mixtecalteca, tierra donde habitan los mixtecas, o bien «tierra de la gente de las nubes», como eran conocidos por los aztecas, por ser los pobladores de las altas montañas. En el postclásico vivieron en relación con otros grupos como los popolocas de Puebla y los mazatecos de Oaxaca.

La mixteca ocupó el territorio comprendido en las montañas de los Estados de Oaxaca, Puebla, Guerrero y Veracruz, donde se originan los ríos Verde, Pinotepa Nacional y Mixteco; actualmente la región es una tierra pobre y erosionada, en donde no se observan, aparentemente, vestigios del esplendor de las antiguas culturas que ahí habitaron.

Los cuatro reinos mixtecos principales de este periodo fueron: Tilantongo, para la mixteca superior, Coixtlahuaca, para la mixteca inferior, Tlaxiaco, en la sierra y Tututepec, en la costa del océano Pacífico.

La región tuvo dos grandes periodos de ocupación; el primero llamado Monte Albán, perteneciente al clásico, que se desarrolló con la cultura zapoteca; su decadencia fue casi paralela a la de Teotihuacán. El otro, el de la cultura Mixteca-Puebla, tuvo su máximo esplendor en el epiclásico; en este periodo, los mixtecas tuvieron una amplia relación con los toltecas, con los que compartían el mito de Quetzalcóatl, incluso un códice mixteco dice que este dios fundó Tilaltongo, en el año 824 d. C.

La Mixteca-Puebla influyó en otras culturas a distancia, como los mexicas, que copiaron gran parte de su estilo de vida. En este periodo se inició la orfebrería, aparecieron los cajetes de cerámica tipo Coyotlatelco, recipientes trípodes con soportes en efigie de animal y los mosaicos de turquesa. A esta fase pertenecen los hallazgos de la tumba 7 de Monte Albán y las 1 y 2 de Zaachila. A finales del postclásico, el centro político y cultural mixteco de más importancia estaba en Cholula, centro de la región Poblano-Tlaxcalteca, donde se localiza una colosal pirámide, la más grande de México, y se fabricaba la famosa cerámica polícroma de estilo «mixteco», con dibujos semejantes a los de códices.

El conocimiento de muchas de las costumbres mixtecas se ha conservado gracias a los códices que pintaron, antes y después de la conquista, en los que se describen escenas de sus dioses, fiestas, acontecimientos históricos, guerras, tributos, calendarios, conquistas, migraciones, historias de linajes, mapas, propiedades de tierras etc.

Los códices mixtecos incluyen el Vindobonensis, Zouche-Nuttall, Selden, Rollo Selden, Becker I y II, Nativitas y Teozacualco; el códice Mexicano Mendocino representa las conquistas mexicas del territorio mixteco; el Telleriano-Remensis y el Vaticano-Rios, hechos históricos y tradiciones de esta región. Documentos posteriores a la conquista, que son de importancia, porque describen costumbres etnográficas son: el Lienzo de Zacatepec, el Lienzo de Amoltepec, el Lienzo Vischer, el Lienzo de Coixtlahuaca y el códice Yanhuitlán, entre otros. El estudio de los códices mixtecos permitió a Alfonso Caso establecer la cronología y la secuencia de las dinastías reales de la mixteca alta en los últimos 900 años.

Barbro Dahlgren publicó en 1966 una excelente revisión de la cultura y la historia mixteca; señala que la mixteca fue una típica cultura mesoamericana, semejante a otras contemporáneas del centro de México (Dahlgren B., 1966).

Los estudios iniciales de la mixteca son de Alfonso Caso en Monte Albán, Ignacio Bernal de Cohixtlahuaca, Roberto Gallegos exploró las tumbas 1 y 2 de Zaachila; la cerámica mixteca proveniente de Cholula fue estudiada por Eduardo Noguera en 1954; posteriormente, en 1966, se efectuó una investigación antropológica integral del sitio, llamada «Proyecto Cholula», que aportó nueva información sobre la arquitectura, cerámica, antropología física y etnohistoria de este asentamiento.

Cronología de Cholula

Cholula fue el centro cultural más importante de la Mixteca-Puebla en el postclásico tardío, pero debe mencionarse que el sitio estaba ocupado desde el clásico; este primer periodo temprano llamado «Cholula» estuvo asociado al clásico de Teotihuacán y a su vez esta subdividido en cuatro fases cerámicas llamadas: Cholula I, la más antigua, que va del 0 al 200 d. C., la Cholula II, del 200 al 450 d. C., la Cholula III, del 450 al 700 d. C. y la Cholula IV, del 700 al 800 d. C. Esta última fase marca la decadencia del lugar, al mismo tiempo que sucedió en Teotihuacán.

El periodo tardío de ocupación de Cholula es llamado «Cholulteca», asociado a la cultura Tolteca y a otras del centro de México; se desarrolló en el postclásico y se divide en las fases: Cholulteca I, que se extiende del 800 al 900 d. C. y que corresponde a la cultura Tolteca temprana; la fase Cholulteca II, del 900 al 1325 d. C., en relación con la cultura Tolteca Tardía; la fase Cholulteca III, del 1325 al 1500 d. C. es la fase Mixteca-Puebla, y por último, la Cholulteca IV, posterior al 1500 d. C. y en ésta se encuentra ya la ocupación española.

Los tipos cerámicos que nos interesan para el presente estudio corresponden a las fases Cholulteca II y III, por su semejanza a los tipos encontrados en el occidente y el norte de México y que aquí reportamos.

La cerámica Cholulteca II es la más abundante en Cholula; está muy relacionada con las tradiciones ceramistas Coyotlatelco, Mazapa y Culhuacan, de los toltecas; se trata de recipientes rojo sobre moreno que tienen una banda de decoración, en donde se identifican motivos, como grecas entrelazadas, escalonadas, cadenas de cruces, xinecuillis y otros diseños geométricos; también son típicos los molcajetes trípodes rojo sobre café, característicos de la fase Coyotlatelco de la cerámica Tolteca.

La cerámica Cholulteca III corresponde a la tradición Mixteca-Puebla, que será descrita a continuación.

Mixteca-Puebla

El concepto Mixteca-Puebla fue usado inicialmente por George Vaillant en 1938, 1940 y 1941 para describir una cultura mesoamericana que se localizaba principalmente en el área de Cholula, Puebla, Tlaxcala y el noreste de Oaxaca, después de la caída de Teotihuacán; se relacionó con sitios del valle de México, como Culhuacan y pudo influir, con rasgos estilísticos y religiosos, en los Aztecas. De acuerdo con Vaillant, algunas manifestaciones de la cultura Mixteca-Puebla incluían: una religión politeísta mesoamericana, el uso del calendario ceremonial tonalpahualli, escritura pictográfica y prácticas ceremoniales.

Posteriormente, Nicholson en 1966 hace un estudio crítico del concepto Mixteca-Puebla, y menciona otros sitios donde encuentra rasgos sugestivos de esta ocupación, principalmente en la Huasteca Veracruzana, Guasave, Sinaloa, otros sitios del occidente de México y en menor proporción en Chiapas, Guatemala, Yucatán, Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Los diseños que este autor considera característicos de esta cultura incluyen discos solares y lunares, bandas de decoración celestiales y terrenales, símbolos de Venus, figuras de cráneos y huesos entrecruzados, representaciones de agua, fuego, llamas, corazones, guerra, montañas, flores, grecas entrelazadas, espirales y signos del tonalpahualli. Estos elementos no son únicos de la Mixteca-Puebla sino que tienen amplia difusión en Mesoamérica; sin embargo, las representaciones se asemejan a figuras de códices mixtecas y es ahí donde radica su importancia (Nicolson, 1966).

La Mixteca-Puebla en el occidente de México

El estilo artístico Cholulteca o Mixteca-Puebla, supuestamente derivado de los Olmecas históricos, se manifiesta a lo largo de una extensa área que incluye los sitios Aztatlán, del occidente de México, siendo encontrado en Tizapán el Alto y Cojumatlán en el lado sur del lago de Chapala, en Huistla Jalisco, en Ixtlán del Río y Amapa Nayarit y a lo largo de Sinaloa hasta Guasave, en los límites noroccidentales de Mesoamérica. En 1973, Nicholson dice «*... es interesante que las más fuertes manifestaciones estilísticas Mixteca-Puebla, aparecen en Nayarit y Sinaloa*» (Nicolson, 1973).

Clement W. Mehigan describió en Amapa, Nayarit una fase de ocupación que relacionó con la cultura Mixteca-Puebla, basado en elementos estilísticos de su cerámica, así como por otros datos culturales (Mehigan, C., 1976).

En el trabajo titulado «Escenas rituales en la Cerámica Polícroma de Nayarit», Hasso Von Winning describe los motivos decorativos de tres ollas del tipo Iguanas Polícromo, de la región de Amapa-Peñitas, Nayarit, que se encuentran en colecciones privadas de California, en las que se representan ritos y figuras en el estilo de las del códice Borgia, cerámica que según Bell, es semejante a la proveniente de la Mixteca-Puebla y a la polícroma de Guasave. Las vasijas tienen características propias de la decoración de la costa, como bandas radiadas

del cuerpo hacia la base, bandas en los bordes con figuras geométricas, pero los personajes principales son semejantes a sacerdotes y dioses representados en los códices; una figura ha sido identificada como Ce-Acatl Topiltzin Quetzalcóatl. Hay además motivos iconográficos, como grecas escalonadas y entrelazadas y cadenas de círculos, etc. (Von Winning, H., 1976).

Costumbres funerarias

En el Proyecto Cholula se reportan un total de 270 entierros, muchos de los cuales correspondieron a la fase Cholulteca; la mayoría de éstos de tipo primario, principalmente bajo los pisos de las habitaciones familiares; otro es el secundario en vasijas funerarias de tamaño pequeño, con restos incinerados. Las ofrendas eran en su mayoría vasijas de uso doméstico y algunos otros objetos simples, aunque hay también piezas polícromas. En ocasiones, se encontraron enterramientos secundarios de individuos previamente desmembrados y a veces quemados, probablemente como parte de sacrificios rituales. Frecuentemente se hallaron esqueletos de niños como ofrenda, en las cercanías de algunos altares. En los restos óseos hubo un elevado número de cráneos con deformación intencional, sobre todo del tipo tabular erecto y sólo un caso del tipo tabular oblicuo. 22 entierros presentaron mutilación dentaria (Marquina, I., 1970; 143-152).

Comercio

Ball y Brockington (1978) han propuesto tres grandes sistemas de comercio a larga distancia, vistos desde la perspectiva de Oaxaca. Aparentemente los mercaderes mexicas tenían cuando menos dos rutas para llegar a Mesoamérica del sur; una de ellas, descrita por Sahagún, iba a Tuxtepec, de ahí seguía a Xicalango y Soconusco, conectando con toda la región maya. El material que los Aztecas comerciaban incluía: navajas de obsidiana, agujas y cascabeles de cobre, granos, tintura rojo ocre y pieles de conejo. La otra unía la Mixteca alta con la baja, en Oaxaca, que conectaba las poblaciones de Tututepec, Miahuatlán y Coixtlahuaca, de la costa, con el valle de Oaxaca y la Mixteca alta (Litvak-King, 1977).

La difusión de los elementos estilísticos de la cultura Mixteca-Puebla fueron el resultado de una interacción a lo largo de una gran ruta de comercio, que tenía su origen en el centro de México y se extendía en una enorme distancia, por el occidente y el norte. De acuerdo a esta hipótesis, los bienes de intercambio eran principalmente: turquesa, metales como oro, plata y cobre; algodón y otros textiles, plumas de aves, etc. La metalurgia, principalmente de cobre, fue una importante manifestación cultural, ampliamente encontrada en el área de ocupación Aztatlán, así como en zonas tan distantes como la frontera sur de Mesoamérica y el sur de los Estados Unidos. Otros de los rasgos que son característicos de la ocupación Aztatlán son la deformación craneana del tipo tabular erecto y la mutilación dentaria.

Cultura Tolteca

Después de la caída de Teotihuacán, que terminó en el periodo clásico en la cronología mesoamericana, la cultura Tolteca fue el centro de desarrollo por unos 300 a 400 años; así mismo, después del colapso de la cultura tolteca, en alrededor del 1200 d. C., el poder político y militar estuvo cambiando de manos, hasta que se estructuró el gran imperio mexica. La Tolteca fue pues, una cultura de transición entre la Teotihuacana y la Azteca en el epiclásico y postclásico de la clasificación mesoamericana.

Conocemos más de los Toltecas, que de otras culturas tan importantes como ésta, porque una buena parte de su historia, quedó registrada en códices que sobrevivieron a su destrucción por los españoles. La mayor parte de las tradiciones históricas más antiguas, provienen del periodo en que eran el pueblo dominante; éste fue el de mayor florecimiento y cuando la expansión tolteca alcanzó sus máximas dimensiones. No se conocen con exactitud sus límites territoriales, pero puede afirmarse que en esta época la frontera norte mesoamericana alcanzó su máxima extensión; también entonces el imperio se extendió hasta México central, la región del Bajío, la costa del golfo de México y el área maya. En el valle de México, antes de los Aztecas, había ciudades toltecas muy importantes tales como Colhua, Acolhua y Tepanec, a través de las cuales los aztecas conocieron la cultura tolteca.

Los toltecas fueron los habitantes de Tollán, «lugar de cañas», Tula de Allende, Hidalgo, como es su nombre oficial, llamada Tula como contracción del nombre náhuatl. La fundación de esta ciudad, de acuerdo a las crónicas, pudo haber sido en el 752 d. C., aunque esta fecha corregida puede irse hasta el 900 d. C. Esta área estaba ocupada desde el formativo, pero su esplendor político, cultural y militar fue hasta la fase Tollán del 950 al 1200 d. C., cuando era la ciudad más grande del centro de México.

Los toltecas han sido descritos, casi siempre en forma exagerada, como fieros guerreros, finos artesanos y hábiles políticos, a pesar de que desaparecieron antes de la llegada de los aztecas, fueron el fundamento cultural de toda la población mesoamericana; todos los pobladores que gozaran de prestigio en el Anáhuac de México, se decían descendientes de ellos. Los aztecas les mostraban una verdadera veneración, de tal manera que hacían constantes sacrificios en las ruinas de Tollán.

Grupos fundadores de la Cultura Tolteca

Como los Aztecas, también los Toltecas fueron considerados en el inicio intrusos en el centro de México; los Toltecas-Chichimecas eran un grupo formado por los habitantes originales de la región, con rasgos mesoamericanos y por los belicosos intrusos chichimecas, que eran cazadores nómadas y venían de tierras del norte y el occidente de México.

Los centros más importantes fueron Tollán, Tollantzingo y Tenango; según la tradición, el gran Culhuacan y Aztatlán fueron los lugares de origen de los grupos iniciales

de pobladores. Debe mencionarse que en el centro de México persistieron otros grupos de tradición Olmeca, remanentes de los habitantes de Teotihuacán. En la fundación de Tollán intervinieron, además de los chichimecas del norte y los toltecas, una tribu Nonoalca, proveniente de la costa del Golfo, en la que venían hábiles artesanos que construían una cerámica característica.

La historia Tolteca está ligada al Dios-Rey-Sacerdote Quetzalcóatl, también llamado Ce Acatl Topiltzin por el día de su nacimiento, quien tomó el nombre de un Dios muy importante de la antigua tradición mesoamericana; de este hecho, han surgido descripciones que son una mezcla de simbolismos y realidades, que aparecen en varios anales y códices de los Aztecas, recopilados por los cronistas, algunos de ellos inmediatamente después de la conquista, como: El Códice Chimalpopoca, los Anales de Cuatitlán, la Relación de la Genealogía y Linaje de los Señores de la Nueva España, El Origen de los Mexicanos, etc. De acuerdo a estos documentos, Quetzalcóatl fue el gran Sacerdote y Rey del lugar llamado Tollán, donde libró una gran lucha con los demonios llamados Tezcatlipoca, Ihuimecatl y Toltecatl. Se ha identificado a Tezcatlipoca con un sacerdote de Tollán llamado Huemac, quien posteriormente fue el rey Atecpanecatl; este personaje puede ser simbólico pues aunque el sacerdote existió, vivió en las etapas finales de Tollán.

De acuerdo alos relatos, Quetzalcóatl fue hijo de Mixcoatl (serpiente de nubes), fundador de Culhuacan, quien era un gran guerrero chichimeca y de Chimalma, guerrera nativa de Morelos. Fue llamado a gobernar Tollán en el año 5 Calli, que corresponde al 977 de nuestra era.

Quetzalcóatl reinó en Tollán por unos años; supuestamente fue un innovador religioso que gobernó con inteligencia y sabiduría a su pueblo, se oponía a los sacrificios humanos, ofrendaba en su lugar animales como serpientes y mariposas y estaba en constante confrontación con el sanguinario dios Tezcatlipoca, que requería de sacrificios humanos, enfrentamientos que marcan la dualidad del bien y del mal, fundamento de la religión en Mesoamérica. Al tiempo de la caída de Tollán ya estaba en uso la piedra de sacrificios o techcatl, así como otros tipos de sacrificios humanos. De acuerdo a la tradición, de esta confrontación salió finalmente perdedor Quetzalcóatl quien tuvo que abandonar Tollán para dirigirse a Yucatán donde se le llamó Kukulcán y fue sacrificado por sus guerreros, para que resucitara como Dios, en forma de Venus, como estrella de la mañana.

Aunque estos eventos han sido confirmados por los relatos históricos, al igual que por la iconografía tolteca en edificios de Chichén y otras localidades mayas, es probable que hayan sido varios los sacerdotes que usaron este nombre, ya que el Quetzalcóatl de Tula reinó sólo por unos cuantos años, sin que exista evidencia de que haya emigrado en persona a Yucatán, ni que ahí muriera. Lo que sí parece evidente es que la tradición de la deidad de serpiente emplumada llegó a Yucatán desde el centro de México.

El que las actuales ruinas de Tula fueran realmente la ciudad de Tollán, no ha sido universalmente aceptado, en parte porque los aztecas dejaron una representación idealizada de esta ciudad. A principios de siglo, cuando se iniciaron las exploraciones de Teotihuacán, se pensó que estas ruinas correspondían a Tollán; con el tiempo esta idea ha sido rechazada. Posteriormente se ha aceptado que los restos arqueológicos de Tula fueron el lugar donde se localizó la capital del imperio tolteca, lo que ha sido corroborado por los estudios etnohistóricos de Wigberto Jiménez Moreno y por los trabajos arqueológicos llevados a cabo a partir de 1937 por Jorge R. Acosta.

Como resultado de los trabajos de Acosta, se descubrieron las columnas de los guerreros y de las serpientes, las fachadas semejantes a las descritas en Chichén-Itzá y la descripción de las diferentes representaciones de Quetzalcóatl, así como la secuencia cronológica del sitio, que localizó a la cultura Tolteca en el periodo de tiempo comprendido entre la ocupación de Teotihuacán y la Azteca.

En la reunión de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología e Historia de 1941, se presentaron los trabajos de Acosta y de Jiménez-Moreno; la conclusión de la reunión fue que las ruinas de Tula correspondían a la antigua Tollán, idea que ha sido confirmada con el tiempo y con los nuevos estudios de Teotihuacán y Tula, así como del resto de sitios del centro de México.

Esta idea es la comúnmente aceptada en la actualidad, aunque no es compartida por todos los investigadores; los que se oponen a ella, dicen que las construcciones arquitectónicas, como el centro ceremonial, son muy inferiores en tamaño y calidad, a la de otras ciudades mesoamericanas del centro de México, como para haber sido el centro político y religioso de un imperio mayor. Específicamente, se menciona que las ruinas toltecas de Chichén-Itzá son más impresionantes que las de Tula y hay quien considera que estas últimas fueron un centro periférico de las primeras; sin embargo, hasta hace unos pocos años no se había llevado a cabo un reconocimiento extenso de la región. Los trabajos arqueológicos recientes descubrieron una zona de edificaciones mucho más extensa de lo que revelaban los trabajos iniciales de Acosta.

Cronología Tolteca

La cronología propuesta para este periodo llamado epiclásico, que es una etapa transicional que separa el clásico y el postclásico mesoamericano, se divide en siete periodos:

Protocoyotlatelco que va del 750-800 d. C.
Coyotlatelco del 800 al 1000 d. C.
Mazapa del 1000 al 1200 d. C.
Tollán del 1150 al 1200 d.C.
Fuego del 1200 al 1350 d. C.
Palacio del 1350 al 1520 d. C.
Tesoro del 1520 en adelante.

El epiclásico se caracteriza por el culto a Quetzalcóatl, creador de la etapa histórica del quinto sol y de la nueva humanidad.

Complejos cerámicos

Como ha sido mencionado, la ocupación de Tula va desde el formativo hasta el contacto español; sin embargo, las fases importantes corresponden al final del clásico y al postclásico temprano que fue la época de máximo esplendor de los toltecas.

La clasificación original de la cerámica se debe a Jorge R. Acosta, quien consideró que en Tula no existen más que dos tipos de cerámica que son: la Coyotlalteco de los nahuas o chichimecas y la Mazapa de los toltecas; ambas se encuentran en los estratos más profundos y es la cerámica de los fundadores de la ciudad; estos tipos se localizan juntos, pero son de origen y morfología diferente. De acuerdo a las fuentes históricas, Tula fue fundada por dos grupos: los Tolteca-Chichimecas con su cerámica Mazapa y los Nonoalca-Chichimecas, que hacían cerámica Coyotlalteco; después de fundar Tula los grupos se separaron, los últimos abandonaron la región, de tal forma que en las fases tardías, sólo se encuentra cerámica Mazapa. Acosta señala que son 26 los subtipos cerámicos de Tula; menciona también que esta tradición llegó ya formada, sin cambiar de manera importante durante toda la ocupación; su origen es desconocido, aunque él propone que viene del noroeste de México, de los Estados de Sinaloa y Guanajuato donde existen formas y técnicas que recuerdan las de Tula.

Los estudios más recientes que han revisado en forma integral la región son el Proyecto Tula de la Universidad de Missouri y el Proyecto Tula del INAH. Robert H. Cobean, en un excelente estudio, reportó los hallazgos de la cerámica de Tula, en donde básicamente confirma la clasificación propuesta por el profesor Acosta.

Corresponden al Protocoyotlatelco y Coyotlatelco las fases cerámicas Prado, Corral y Corral Terminal.

La fase Prado se extiende del 700 al 800 d. C. y los tipos cerámicos característicos son: «Guadalupe Incisa Rojo sobre Moreno», «Ana María Rojo sobre Moreno» y «Clara Luz Negra Incisa». Esta fase parece corresponder al asentamiento más temprano de la zona urbana de Tula, y precedió a la fase de extensa ocupación Coyotlalteco. Se trata de una cerámica bien terminada y finamente decorada, que la hace aparecer como elaborada para la élite de Tula.

La fase Corral se extiende del 800 al 900 d. C.; tiene dos tipos cerámicos característicos, el «Coyotlatelco Rojo sobre Moreno», que presenta algunas variedades en la morfología de los recipientes y el «Rito Rojo sobre Crema». En esta fase se encuentra el primer poblamiento masivo de la región y está relacionada con los otros semejantes del

valle de México; comparativamente las piezas provenientes de Tula parecen ser de menor calidad en su manufactura. Existe la posibilidad de que estos tipos tengan sus antecedentes en cerámica del norte de México, tal vez del grupo Malpaso Juchipila, o bien de las fases iniciales de la rama Súchil de la cultura Chalchihuites.

La fase Corral Terminal va del 900 al 950 d. C. La cerámica de ésta es la «Mazapa Rojo sobre Moreno» y la «Joroba Naranja sobre Crema», que aparece al fin de la ocupación Coyotlalteco y que, en contra de las ideas tradicionales, no está en asociación con la fase Tollán.

La fase Tollán va del 950 al 1150-1200 d. C.; marca el apogeo de Tula como capital del imperio tolteca; en ésta la ocupación de Tula era de unos 13 Km^2; los tipos de cerámica característicos son: el «Jara Naranja Pulido», también llamado «Naranja a Brochazos», que puede considerarse el marcador cronológico de este periodo. Otros tipos importantes son el «Proa Crema Pulido», el «Macana Rojo sobre Moreno» y la famosa cerámica de comercio «Tohil Plomeada». En esta fase persistieron los tipos Rojo sobre Moreno, pero se incrementó el uso de otros colores decorativos como el naranja y el crema. Las únicas fechas de radiocarbono de la fase Tollán vienen del proyecto de la Universidad de Missouri; las cuatro determinaciones practicadas, dan fechamientos entre el 900 y el 1000 d. C (Figs.145,146 y 147).

En las fases siguientes, la Fuego que va del 1200 al 1350 d. C. y la Palacio que va del 1350 al 1550 d. C., los tipos cerámicos son poco definidos, están en relación con los Azteca del valle de México. La notable desaparición de las tradiciones cerámicas parece correlacionarse con la caída y el colapso del imperio de Tula.

De la fase Tollán hay otros objetos encontrados en diversas regiones que han sido atribuidos a la cultura Tolteca, como los braceros en efigie de Tláloc de la región de los Tuxtlas, Veracruz y las figurillas en «galleta» tipo Mazapa, encontradas en el occidente de México.

Una característica cultural muy importante de los Toltecas fueron sus costumbres funerarias; según Acosta, los enterramientos en Tula han sido en su mayoría de tipo simple; tienen una o dos piezas de cerámica como ofrenda; la mayoría de los cuerpos se encuentran en posición fetal, pero hay también entierros secundarios en grandes urnas funerarias o en urnas de alabastro, para los cuerpos incinerados. Algunos de los cráneos muestran una deformación tabular erecta muy pronunciada y hay casos de mutilación dentaria. Acosta menciona que los entierros de niños sobrepasan a los de los adultos. Estas costumbres funerarias son muy similares a las descritas para la cultura Aztatlán.

No hay muchas razones para creer que los pobladores de Tula fueran extranjeros; por lo contrario, todo indica que fueron los mismos del clásico tardío que se encontraban en varias localidades del valle de México, durante la fase Coyotlalteco, los que junto con los chichimecas del norte, fundaron Tula y asumieron posteriormente el control de la región; de

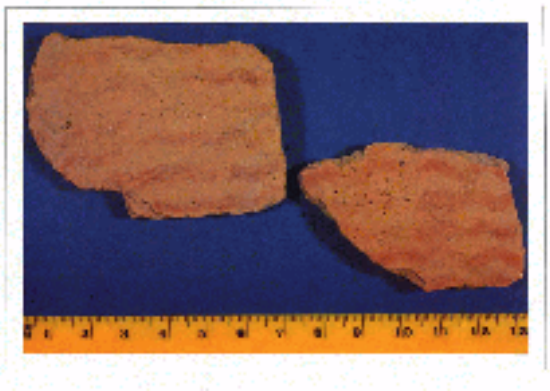


Fig. 145. Cerámica tipo Mazapa procedente del Cerro Bola, Dgo.

Fig. 146. Motivos tipo Coyotlatelco en cerámica Chalchihuita.

ser así habría que darle la razón a Jiménez Moreno, quien en base a los relatos etnohistóricos, sostenía que los invasores del norte y occidente de México llamados Tolteca-Chichimecas, fueron los fundadores de Tula y creadores de la cultura tolteca. Muchos de estos conceptos sólo podrán ser aclarados en el futuro con más estudios cronológicos formales de Tula y sobre todo de los pueblos que integraban la frontera norte mesoamericana. En particular es de importancia el complejo cerámico «Prado» encontrado en «Tula Chico», que parece ser el sitio más antiguo de asentamiento Coyotlalteco.

Es hasta la caída de Tollán, cuando se inician las migraciones históricas que fueron conocidas por los españoles en el momento de la conquista. Los Toltecas migaron de Tollán a Cholollán y los Colhúa quienes venían del viejo Culhuacan o Teoculhuacan, llegaron al valle de México. Fue el grupo más importante en transmitir esta cultura en el último periodo histórico y el pueblo principal en el poder en el valle de México. Formaron una triple alianza con Tepanec de Atzcapozalco y los Acolhua de Coatlichán. Los Aztecas estuvieron bajo su autoridad, pero el grupo de Atzcapozalco los sobrepasó en poder. La migración incluyó a otros con más influencia de los nómadas del norte como los Acolhua que se asentaron en Coatlichán.

Fig. 147. Vasija tipo Macana, con decoración interior de serpientes tipo Chalchihuita, procedente de El Cañón del Molino.

Los Chichimecas eran cazadores recolectores, no agricultores, provenientes del norte y occidente de México, sin tradiciones mesoamericanas, que cazaban con arcos y flechas y que no tenían ídolos ni templos. Uno de estos grupos estaba gobernado por Xólotl quien se estableció primero en Tenayocan y posteriormente en Texcoco, donde fundó una dinastía que dominó la región oriental del Valle.

Los grupos migratorios Chichimecas estaban sujetos a las influencias de las sociedades y mesoamericanas; todos en su desplazamiento al centro de México paraban provisionalmente en Tollán y buscaban adquirir linaje y alianzas con algún matrimonio o familia dirigente tolteca. Así se integraron dos grupos: los Nonoalca-Chichimeca que permanecieron poco tiempo en Tula y los Tolteca-Chichimeca que estuvieron más tiempo en esa región.

Dioses del Panteón mesoamericano en el occidente y norte de México

Quetzalcóatl

Quetzalcóatl o Serpiente Emplumada fue el dios más importante durante el periodo tolteca y uno de los mesoamericanos más antiguos, ya que el culto a la serpiente emplumada se encuentra desde los Olmecas hasta los Aztecas; fue el dios principal de las culturas del postclásico temprano. Para los Toltecas representaba una mezcla de Dios-Sacerdote-Rey; por muchos siglos su veneración se extendió hasta regiones muy distantes como el suroeste de los Estados Unidos. Su popularidad disminuyó con la aparición del imperio azteca cuando surgió el culto a Huitzilopochtli, dios guerrero protector de los Mexicas desde su migración.

Las tres principales formas en que se representa Quetzalcóatl son: como Ehécatl o Señor del Viento, Tlahuiszcalpantecutli o Venus en su forma de Estrella de la Mañana, Xólotl como Venus en su forma de Estrella de la Tarde y como serpiente emplumada.

La forma de Tlahuiszcalpantecutli o Señor del Alba, tiene una decoración en el cuerpo a base de bandas rojas y blancas, de estrella, con dos almendras rojas en la frente y en el cráneo, y un cuchillo de sacrificios en un cráneo que lleva en la espalda.

La descripción de Quetzalcóatl-Ehécatl la hace Sahagún de la siguiente manera:

> «*... Tiene puesta una diadema de piel de tigre, rayas negras en la cara y en todo el cuerpo: aderezos de ehécatl, orejeras de oro con punta torcida; collar de caracoles de oro. Tiene en la espalda insignia dorsal de plumas de guacamaya roja, ropaje de cenefa también roja ceñida a sus caderas. En sus piernas campanillas (cascabeles) atadas a una tira de piel de tigre. Sandalias blancas...*».

A esto hay que agregar que empuña en una mano el chalchihuiztli, la joya preciosa de la penitencia, que es una espina de maguey ensangrentada y adornada con un jade. En el pecho, un caracol cortado transversalmente, joyel del viento, y una máscara bucal en forma de pico de ave, distintivo principal de esta deidad (Figs. 148 y 149).

La representación de su forma de serpiente es la siguiente: tiene la cabeza con las fauces abiertas, a veces devorando un hombre, adornada con un tocado de plumas de quetzal y como Quetzalcóatl era el sacerdote mayor del sol, un cuchillo de obsidiana en la cola, para la práctica de los sacrificios humanos.

Tláloc

Tláloc o Tlalloccantecutli, como es el nombre completo, constituyó una de las deidades más antiguas y veneradas; señor de las lluvias de quien dependían las cosechas; tenía muchas formas de ser representado. Como se creía que las nubes se formaban en cuevas y sierras altas, hay un gran número de dioses relacionados con Tláloc, como Ehécatl-Quetzalcóatl el dios del viento de los cuatro rumbos del universo, quien mueve las nubes y las lleva a determinados lugares.

Las representaciones de Tláloc son muy variadas; hay cuatro o cinco diferentes, de acuerdo a los puntos cardinales; como es un dios muy antiguo, su figura varía de acuerdo a las diferentes comunidades que lo veneraban, donde recibía diferentes nombres locales; los rasgos principales radican en la máscara, que tiene los ojos grandes, circulares, de color verde jade, con cejas curvas azules que bajan en su extremidad y se encorvan después hacia arriba a manera de antifaz, boca abierta de la que sobresalen los colmillos y bigote grande que desciende y se curva hacia arriba. Las representaciones de Tláloc incluyen no solamente grandes esculturas y pinturas murales, sino también aparece en las llamadas artes menores como cerámica, incensarios, figuras de barro y cascabeles de oro y cobre (Figs.150 y 151).

Huehueteotl

El «Dios viejo del fuego» una deidad del complejo Xiuhtecutli, sus sacerdotes tenían la obligación de mantener la lumbre sagrada de los templos y adoratorios, ceremonia particularmente importante en los ritos del fuego nuevo cada 52 años. Este dios se representa principalmente en esculturas como un anciano sentado en cuclillas formando un receptáculo, o portando un recipiente en la espalda que servía como bracero sagrado (Figs. 152, 153 y 154).

Xipe-totec

«Nuestro Señor el Desollado», Dios de la primavera y del renacimiento, es uno de los principales dioses de la Mixteca-Puebla, su origen viene probablemente de la región de los Estados de Guerrero y Oaxaca, aunque otros autores piensan que viene de Zapotlán

Fig. 148. Representación de Quetzalcóatl. Códice Telleriano-Remensis.

Fig. 149. Vasija cloisonné con representaciones de Quetzalcóatl como serpiente emplumada y dios del viento.

Fig. 150. Figura de Tláloc del códice Laud.

Fig. 151. Cascabel en efigie de Tláloc de El Cañón del Molino, Dgo.

Fig. 152. Vasija en efigie de Huehueteotl. Colección don Miguel Valadez, Mazatlán, Sinaloa.

Jalisco. El rasgo más importante del ceremonialismo de Xipe era el desollar a las víctimas del sacrificio. Xipe estaba identificado como Tezcatlipoca rojo. Su ceremonial incluía el sacrificio gladiatorio en que habitualmente la víctima era un guerrero enemigo capturado, atado a un peso y defendiéndose sólo con unas tiras de algodón, se enfrentaba a dos guerreros bien pertrechados con lanzas y macehualis; otro tipo de sacrificio era por flechamiento; la víctima era atada de manos y pies sobre unos troncos y flechado por varios guerreros. Después de muertos, los cadáveres eran desollados y los sacerdotes usaban la piel de la cara como máscara y la del cuerpo como vestido (Fig. 155).

Las representaciones en los códices de esta deidad son variadas, pero hay elementos que son de alguna manera característicos para identificar este dios, como el que su figura está siempre cubierta por una piel humana. Tiene la cara labrada, los ojos cerrados y la boca entreabierta como los cadáveres y las manos de la víctima arrugadas, sobresaliendo de los brazos del sacerdote que portaba la piel (Fig. 156).

Mictlantecutli

Señor del lugar de los muertos, se le representa descarnado, con un cráneo como cabeza que en forma característica tiene un cuchillo de sacrificios ensangrentado clavado en su nariz, entre las mandíbulas abiertas tiene un corazón, lo que habla de su hambre de sacrificios; generalmente asociado a figuras macabras como pisos llenos de sangre y grasa, huesos entrecruzados, corazones, costillares descarnados, cuchillos ensangrentados, arañas y búhos como animales de la noche mensajeros de la muerte (Figs. 157 y 158).

Huitzilopochtli

No era un dios que gozara de mucha popularidad en Mesoamérica, incluso es dudoso que haya sido una deidad solar; fue el vertiginoso ascenso al poder de los Aztecas, de quienes era su Dios tutelar, lo que lo convirtió en el más importante de Tenochtitlán y los otros pueblos que formaban la triple alianza. Fue el dios de la guerra y el sacrificio por lo que compartía algunos rasgos con Tezcatlipoca; se representaba como un joven guerrero, valiente y triunfador.

Fig. 153. Vasija en efigie de Huehueteotl de El Cañón del Molino.

Fig. 154. Vasija en efigie de Huehueteotl de El Cañón del Molino.

Fig. 155. Representación del dios Xipe-Totec. Códice Borbónico.

Fig. 156. Vasija Guasave Polícromo con la representación de Xipe-Totec. Museo de Mazatlán.

Fig. 157. Figura del dios Mictlantecutli. Códice Laud.

Fig. 158. Vasija trípode con la figura de Mictlantecutli del museo de Atoyac, Jalisco.

Fig. 159. Figuras de los dioses Nanautzin y Xochipilli, en una jarra trípode de La Ferrería, Dgo. (Kelley).

Otros dioses

Hay una vasija de cerámica polícroma proveniente del sitio La Ferrería, descrita por Kelley, decorada con figuras de códices con representaciones de dioses que probablemente son Xochipilli, dios del placer, de los juegos, del baile y las relaciones sexuales. Otro representado en esa misma vasija es Nanahuatzin, el dios sifilítico asociado con Xóchitl y Macuil Xóchitl (Fig. 159).

Dos piezas provenientes de El Cañón del Molino, son tal vez, representaciones de deidades que no han podido ser clasificadas por carecer de rasgos distintivos que permitan identificarlas. La primera es una pequeña escultura de piedra, de 12 cm. de altura, con cara de animal, probablemente un perro, con un tocado parecido al de algunas representaciones de Quetzalcóatl, e igual al de un sacerdote del códice Laud, que además del tocado, muestra orejeras semejantes; éstas últimas son iguales a las que presentan algunas cabezas olmecas (Figs. 160 y 161).

La segunda escultura de piedra representa una figura humana, en posición sentada, parecida a las descritas por Kelley en el cerro de Montedeuma, Sombrerete, Zac. (Fig. 162).

Otros objetos arqueológicos provenientes de Durango.

Material de piedra:

Hachas ranuradas en tres de sus cuatro caras y en efigie (Figs. 163 y 164).
Molcajetes, metates, manos de metates (Fig. 165).
Paletas y pulidores de piedra (Fig. 166).
Puntas de proyectil (Fig. 167).
Ornamentos de piedra (Fig. 168).
Incensario en efigie (Fig. 169).
Punzones de hueso (Fig. 170).
Diversos ornamentos de concha (Fig. 171).
Malacates chalchihuitas.

(Fig. 172) Malacates chalchihuitas.
(Fig. 173) Tabla de cronología general.

Fig. 160. Representación de un sacerdote en el Códice Laud, con tocado semejante al que aparece en representaciones de Quetzalcóatl.

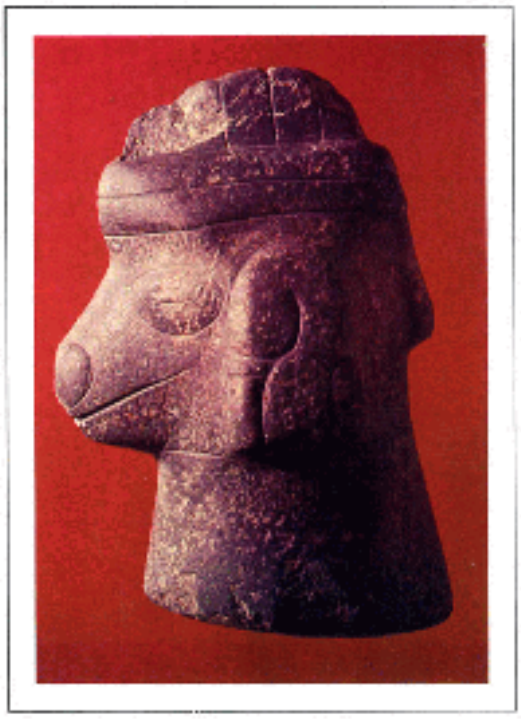


Fig. 161. Figura de basalto, de animal con tocado y orejeras como las de sacerdotes del códice Laud. Las orejeras son idénticas a las de algunas cabezas olmecas. Procede de El Cañón del Molino.

Fig. 162. Escultura de piedra, probablemente alguna deidad mesoamericana, parecida a una proveniente del Cerro de Montedeuma, Zacatecas. Encontrada en El Cañón del Molino.

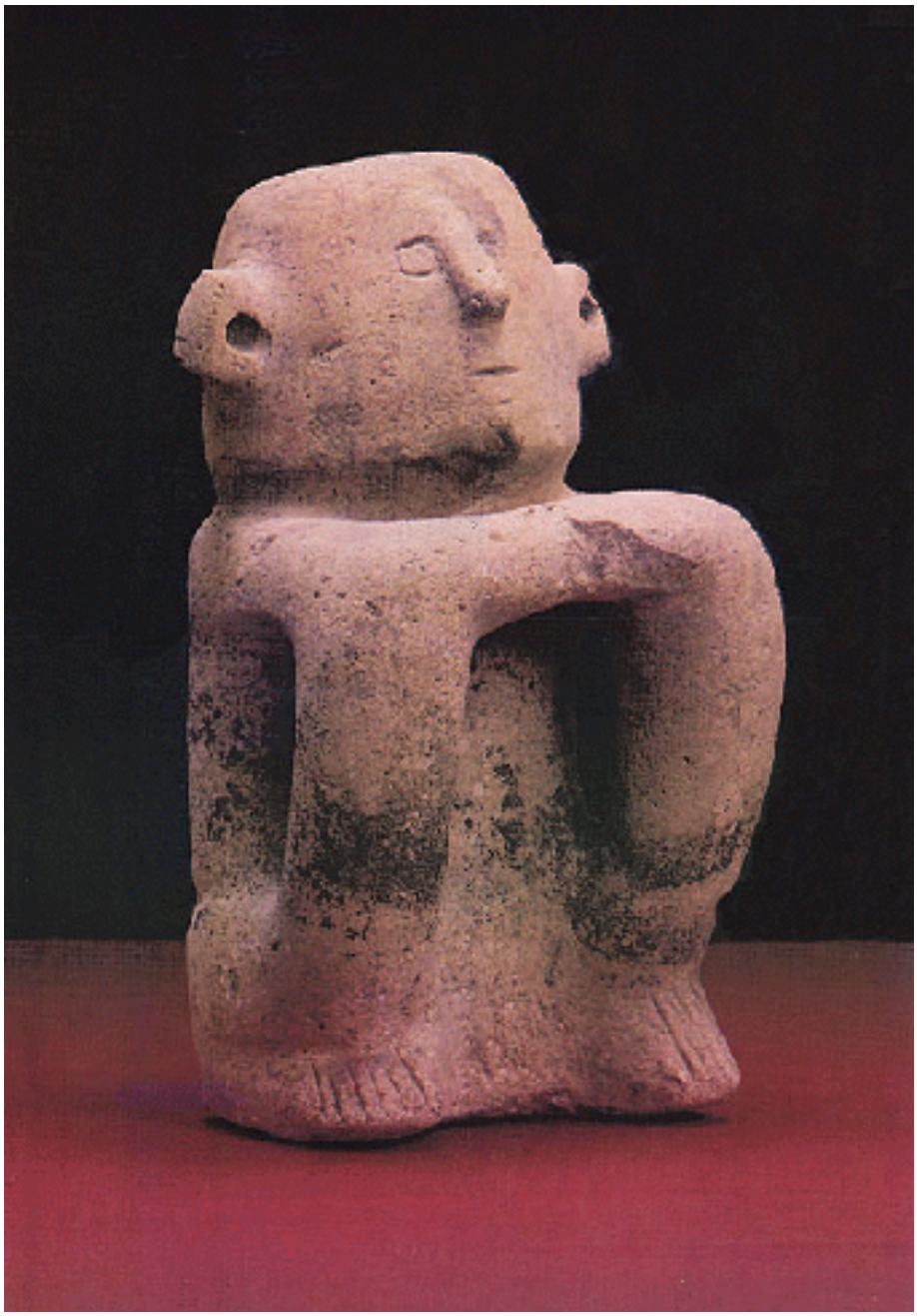


Fig. 163. Hachas ranuradas en tres de sus cuatro caras.

Fig. 164. Hacha en efigie animal.

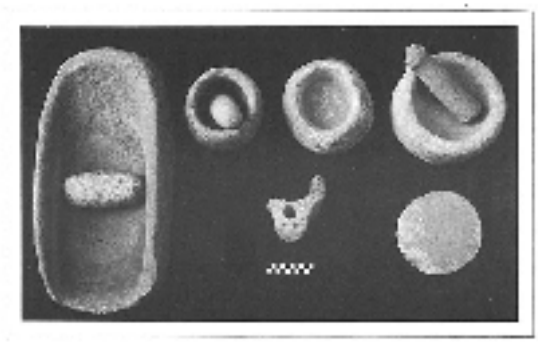


Fig. 165. Molcajetes y metates. El fragmento de la parte inferior, en efigie de serpiente es similar a los de la cultura Hohocama del suroeste de los Estados Unidos.

Fig. 166. Paletas y pulidores de piedra, algunos con restos de pintura de color rojo ocre, utilizada para la decoración de cerámica.

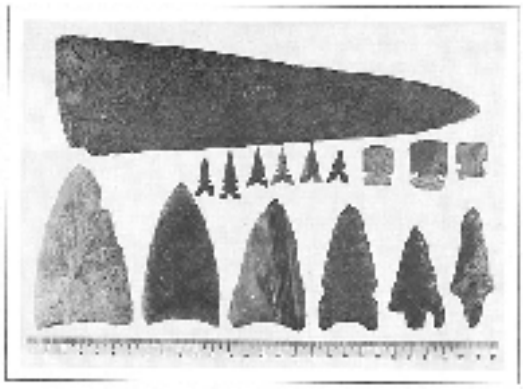


Fig. 167. Cuchillos de piedra y puntas de proyectil.

Fig. 168. Ornamentos de piedra.

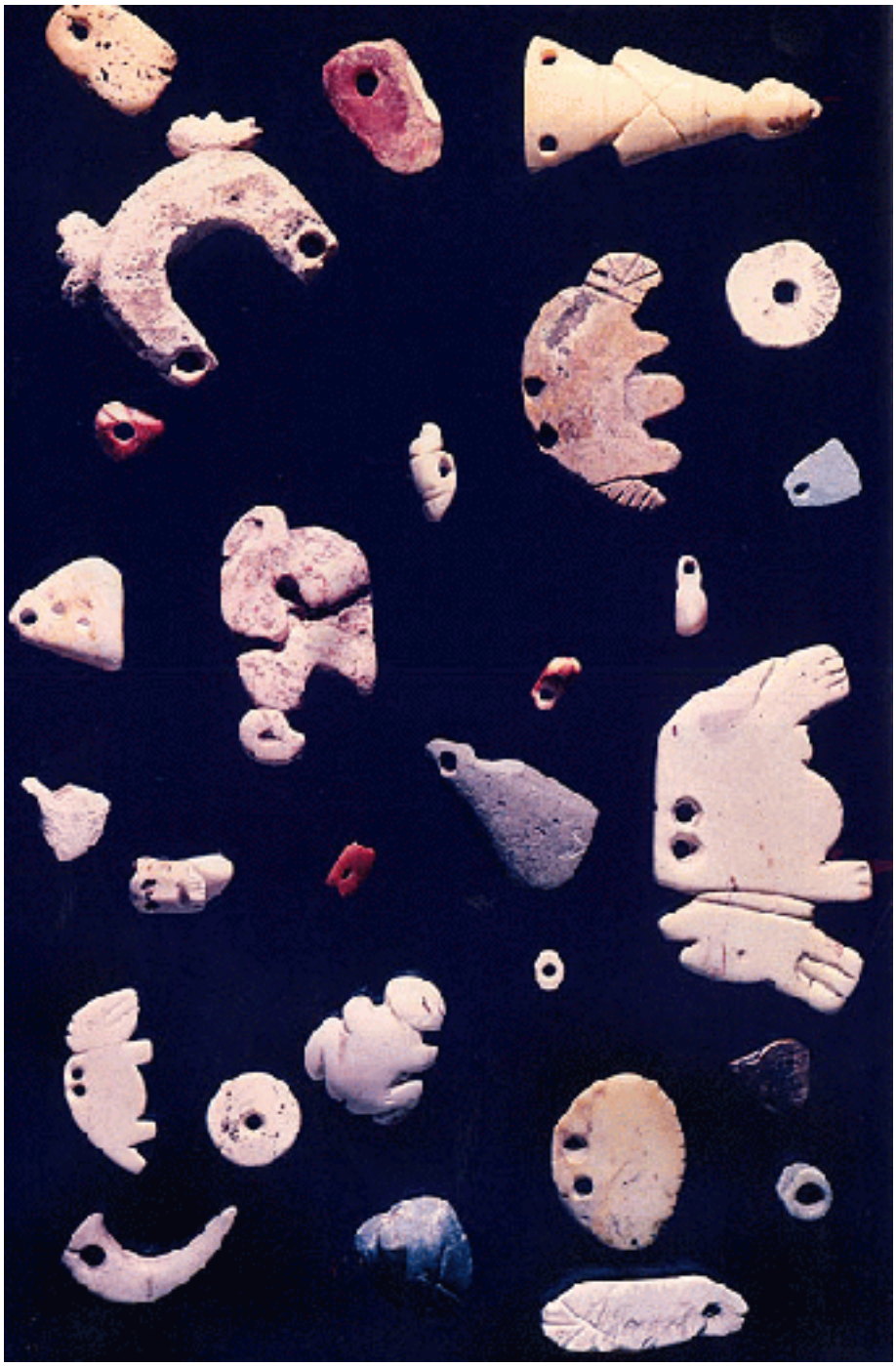


Fig. 169. Incensarios en efigie humana parecidos a la de la cultura Hohocam del suroeste de los Estados Unidos.

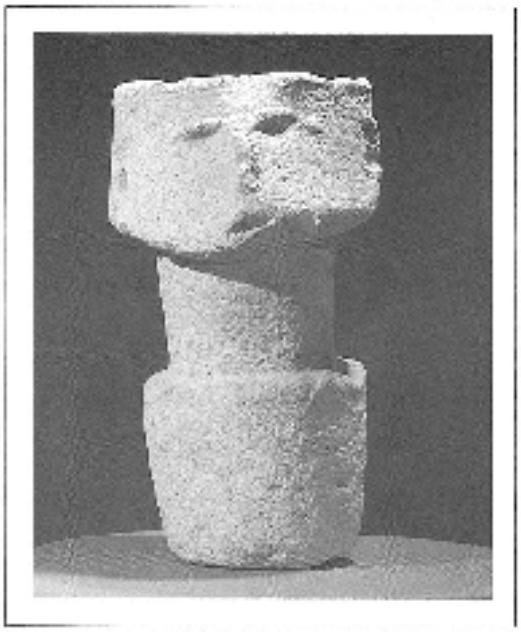
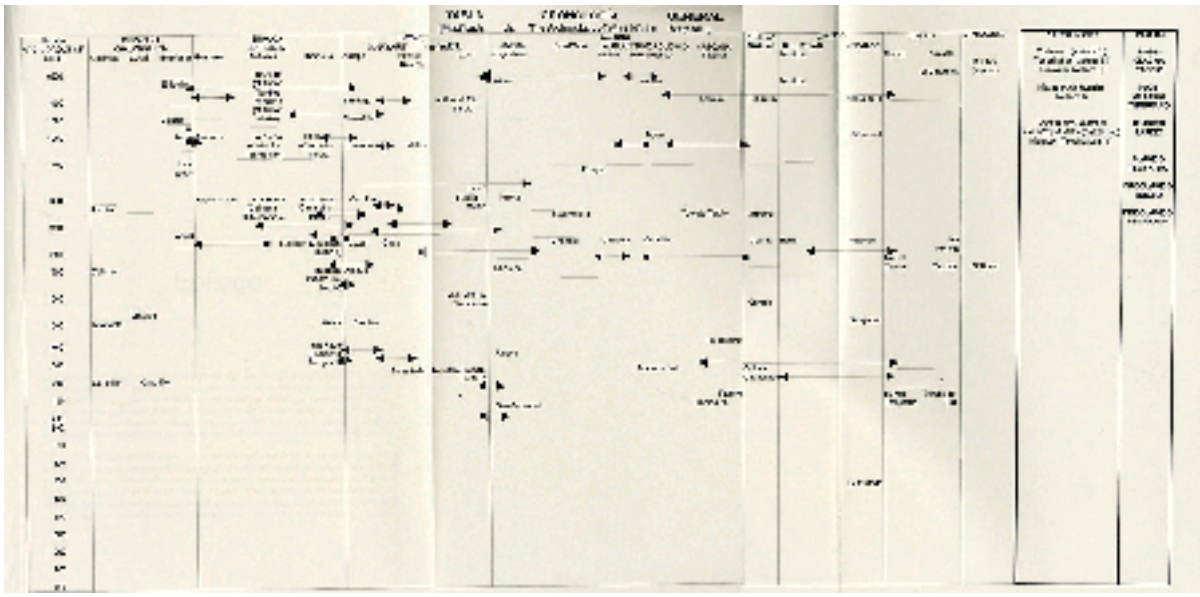


Fig. 170. Punzones de hueso.

Fig. 171. Diversos ornamentos de concha.

Fig. 172. Malacates en «botón de camisa» chalchihuitas.

Fig. 173. Tabla de cronología general.



Epílogo

La historia es cíclica. Para finalizar el siglo XX y en los albores del XXI, los duranguenses seguimos aún en la búsqueda de nuestra identidad regional. Muchos problemas históricos parecen estar suspendidos en el tiempo, inmutables con el paso de las generaciones; así seguimos adorando a ídolos de barro; en busca de fabulosas riquezas en el norte de América; rogando por las intervenciones milagrosas -más en contra que a favor-, de Santo Santiago y en espera de la visita de «*Los muy Magníficos Señores*», que vienen del centro de México.

El «*Estrecho de Anián*» que supuestamente unía los océanos Atlántico y Pacífico, tenazmente buscado, primero por los conquistadores españoles, después por otros europeos y luego por nuestro conocido Francisco de Ibarra con el nombre de «*Estrecho Inglés*», tienen su equivalente actual en el mítico ferrocarril Matamoros-Durango-Mazatlán. Así como el fabuloso «*Cerro de Plata*» del imaginativo fray Marcos de Niza, puede estar representado ahora por las extraordinarias e inaccesibles minas de Ciénega de Nuestra Señora, Tayoltita, Basis, Avino y otras.

Nuestra imaginación sigue buscando en las costas del Pacífico la forma de comunicación con «*Cipango*» o Japón, «Catay y las Indias Orientales» para abrir las fronteras comerciales.

Y por qué no decirlo, la parte indígena de nuestras almas aún se atemoriza cuando escucha apellidos como: Guzmán, López, Oñate, Sámano, Chirinos, Samaniego y otros más ocultos.

Así seguimos los duranguenses buscando nuestra identidad criolla. «Las Siete Ciudades de Oro», nuestro tesoro mayor, lo llevamos latente dentro de nosotros.

La arqueología oficial de los Estados Unidos de América nos dice que nuestro pasado indígena viene desde hace unos 12.000 años, cuando los paleoindios ocuparon el continente; no reconoce poblamientos anteriores a esa fecha, sin embargo, hemos encontrado en localidades de Zacatecas, muy cerca de los límites con nuestro Estado, objetos que consideramos pertenecieron a otro grupo más antiguo de colonizadores del Nuevo Mundo, que habitó hace aproximadamente 40.000 años, según la corriente de investigadores que encabeza el Dr. Richard Mc Neish, quien después de conocer nuestro material, afirma que es tan antiguo como el encontrado por él en las cuevas de Oro Grande, Nuevo México.

El gran imperio mesoamericano también se ha visto confinado a una área bien definida del centro y sur de México, sin tomar en cuenta la gran capacidad de movilización que suponemos tenían los habitantes de esta cultura; seguramente grupos de religiosos, astrónomos y comerciantes, recorrían regularmente grandes distancias en busca de sus metas. El Dr. J. Charles Kelley ha postulado que pobladores Teotihuacanos que llegaron por el centro del país, fundaron la cultura Chalchihuita en el periodo clásico. En esta obra proponemos que hubo otras grandes rutas de interacción entre Mesoamérica central, el imperio tarasco, la cultura Maya del sur del país y Centroamérica y la cultura Aztatlán con raíces Toltecas y de la Mixteca-Puebla, que entró al Estado de Durango cruzando la Sierra Madre Occidental, habitado entonces por pobladores Chalchihuitas y formándose así una nueva cultura «El Molino» que se relacionó posteriormente con los complejos Jora-Mayrán del desierto de Coahuila y Hohokama del suroeste de los Estados Unidos de América, así como con los grupos de rústicos habitantes de la Sierra Madre Occidental.

Referencias bibliográficas

Acosta, J. R.
1976
Los Toltecas. Los Señoríos y Estados Militaristas. Román Piña-Chan, Coordinador. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

Alatorre, A.
1979
Los 1001 Años de la Lengua Española. Editorial Bancomer. México.

Alegre, J.
1940
Memorias para la Historia de la Provincia que tuvo la Compañía de Jesús en Nueva España. México. Porrúa Hermanos.

Arevalo Vargas, L.
1979
Historia de la Provincia de Avalos, Virreinato de la Nueva España. Instituto Jaliscience de Antropología e Historia. Guadalajara, Jalisco. México.

Armillas, P.
1969
The Arid Frontier of Mexican Civilization. Transactions of the New York Academy of Sciences, Serie 2. New York Academy of Sciences, New York.

ATDA. (Archivo Técnico de Dirección de Arqueología).
1952
Schroeder Site. Reconnaissance and Excavation in Durango and Southern Chihuahua, México. Summer 1952. Notas de Charles Kelley, Tomo XXX. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

Atlas Cartográfico Histórico.
1982
Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), México.

Aveleyra, de Anda A. et al.
1956
Cueva de la Candelaria. Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, N.º 5. México.

Aveni, A. et al.
1978
«*The Pecked Cross Symbol in Ancient Mesoamerica*», Science 202. U.S.A.

Aveni, A.
1979
«*The Cross Petroglyph: An Ancient Mesoamerican Astronomical and Calendrical Symbol*». Indiana, 6, 1. U.S.A.

Aveni, A., Harrung, H. y Kelley, J. Ch.
1982
Alta Vista, un centro ceremonial mesoamericano en el Trópico de Cáncer: implicaciones astronómicas, Interciencia 7, 4. U.S.A.

Aveni, A. y Col.
1982
Alta Vista (Chalchihuites), Astronomical Implications of a Ceremonial Outpost at the Tropic of Cancer. American Antiquity, Washington.
Aveni, A. F.
1991
Observadores del Cielo en el México Antiguo. Fondo de Cultura Económica. México.
Barlow, R. H., y T. S. George. (traductor)
1943
Nombre de Dios, Durango. Documentos en Náhuatl Concernientes a su Fundación. Editado por la Casa de Tláloc. Sacramento, California.
Batres, L.
1903
Visita a los Monumentos Arqueológicos de la Quemada, Zacatecas. Imprenta de la Viuda de Francisco Díaz de León, México.
Bell, B.
1974
Excavations at El Cerro Encantado, Jalisco.
En Archaeology of West México. Editado por Betty Bell. West Mexican Society for Advanced Study, Ajijic, Jalisco, México.
Bradley, K.
1996
Atlantis Homepage. Internet, bkeyes@activemind.com.
Brand D., D.
1936
Geography and Archaeology of Zape, Durango. The North Mexican Frontier; 1971. Editado por B. C. Hedrick, J. C. Kelley, y C. L. Riley. Southern Illinois University Press. Carbondale.
Braniff, B.
1974
Oscilación de la Frontera Septentrional Mesoamericana. En The Archaeology of West México. Editado por Betty Bell. West Mexican Society for Advanced Study, Ajijic, Jalisco, México.
1975
El Norte de México. En México: Panorama Histórico y Cultural, VII. Los Pueblos y Señoríos Teocráticos. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
Brooks, R. y Col.
1962
Plant Material from a Cave on the rio Zape, Durango, México, American Antiquity 27. U.S.A.
Brooks, S. T. y R. H. Brooks
1980
Cranial Deformation: Possible Evidence of Pochteca Trading Movements. Transactions of the Illinois State Academy of Science. Springfield, III.
Candy, T. Y.
1982
The Anasazi: Riddles in the Ruins, National Geographic 162, 5:580-581.

Carranza, P.
1963
Relación sobre la Jornada que hizo Nuño de Guzmán. De la Entrada y Sucesos de la Nueva Galicia. En Crónicas de la Conquista.
Cartografía Histórica del Encuentro de Dos Mundos.
1992
Publicado por el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. México. Instituto Geográfico Nacional. España.
Castillo, T. N.
1980
Distribución Espacial de Objetos de Metal. Base de un Intento de Clasificación. En Rutas de Intercambio en Mesoamérica y Norte de México. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Saltillo. México.
Chavero, A. (Texto).
1979
El Lienzo de Tlaxcala. Editorial Innovación S. A. México.
Cepeda, García-Moreno G.
1994
Bahía de Banderas Nayarit: una Aproximación a su Historia y Arqueología. UNIR N.º I; octubre-diciembre. Nayarit, México.
Comas, J.
1960
Manual of Physical Anthropology. Charles C. Thomas, Springfield. USA.
Crónicas de la Conquista
1963
Crónicas de la Conquista del Reino de Nueva Galicia en Territorio de la Nueva España. Instituto Jaliscience de Antropología e Historia. Serie de Historia. Ayuntamiento de Guadalajara; Instituto Jaliscience de Antropología e Historia. Guadalajara, Jalisco, México.
Dedera, D.
1984
Arizonas other National Park, Arizona Highways 59. U.S.A.
Díaz del Castillo, B.
1972 [1632]
Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Editorial Porrúa S. A. México.
Di Peso, Ch.
1974
Casas Grandes. The Amerind Foundation, Inc., Dragoon and Northland Press, Flagstaff, USA.
Durant, W. y A.
1994
The Story of Civilization. World Library Inc. Multimedia PC. Irvine, California.
Ekholm, G. R.
1942
Excavations at Guasave, Sinaloa, México. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, N.º 38, New York.

Escobar de la Mota, A.
1940
Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, México. Editorial Pedro Robledo. México
Fástlich, S. y J. Romero
1951
El Arte de las Mutilaciones Dentarias. Enciclopedia Mexicana de Arte, Vol. XIV. México.
Foster, M. S.
1978
Loma San Gabriel: A Prehistoric Culture of Northwest México. Ph. D. Dissertation, University of Colorado, Boulder.
1980
Loma San Gabriel: Una Cultura del Noroeste de Mesoamérica. Rutas de Intercambio en Mesoamérica y Norte de México, Saltillo. Sociedad Mexicana de Antropología (SMA), México.
1985
The Loma San Gabriel Occupation of Zacatecas and Durango, México. En Archaeology of West and Northwest Mesoamérica. Editado por Michael S. Foster y Phil C. Weigand. Westview Press, Boulder.
1995
The Chalchihuites Chronological Sequences: A View from the West Coast of México, Arqueología del Norte y del Occidente de México. Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.
Gallegos, J. I.
1984
Historia de Durango (1536-1910). Impresiones Gráficas de México.
Gamio, M.
1971
The Chalchihuites Area, Zacatecas. En The North Mexican Frontier. Editado por Basil C. Hendrick, J. Charles Kelley, y Carroll L. Riley. Southern Illinois University Press, Carbondale III.
Ganot, R. J., A. Peschard, F. y J. Lazalde F.
1983
Relación Prehispánica entre las Culturas del Noroeste de México y el Sitio Arqueológico El Cañón del Molino, en el Estado de Durango. Trabajo presentado en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Taxco, México.
Ganot, R. J., y A. Peschard, F.
1985
La Cultura Aztatlán, Frontera del Occidente y Norte de Mesoamérica en el Post-Clásico. Trabajo presentado en la XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Querétaro, México.
Gifford, E. W.
1950
Surface Archaeology of Ixtlán del Río, Nayarit. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 43. N.º 2. Berkeley.

Glassow, M. A.
1967
The Ceramics of Huistla, a West Mexican Site in The Municipality of Etzatlán, Jalisco. American Antiquity, 32.
Goss, J.
1990
The Mapping of North América. The Wellfleet Press. U.S.A. **Gutiérrez, C. S.**
1979
El Territorio del Estado de Nayarit a Través de la historia. Compostela, Nayarit, México.
Guzmán, N.
1955
Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán, desde que fue nombrado gobernador de Pánuco en 1525. Estudio y notas por Manuel Carrera Stampa. Editado por José Porrúa e Hijos. México.
Haury, W. E.
1978
The Hohokam. Desert Farmers & Craftsmen. The University of Arizona Press. Tucson, Arizona.
Howard, A.
1971
Navacoyán: A Preliminary Survey. The North Mexican Frontier; Readings in Archaeology, Ethnohistory and Ethnography. Editada por Hendrick, B., Kelley, J. Ch. y Riley, C. Carbondale. Southern Illinois University Press.
Hrdlicka, A.
1971
The Chichimecs and Their Ancient Culture, with Notes on the Tepecano and the Ruins of La Quemada. The North Mexican Frontier; Readings in Archaeology, Ethnohistory and Ethnography. Editada por Hendrick, B., Kelley, J. Ch. y Riley, C. Carbondale. Southern Illinois University Press.
Iglesia, R.
1980
Cronistas e Historiadores de la Conquista de México. El Ciclo de Hernán Cortés. Editado por El Colegio de México. México, D. F.
Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (INEGI)
1982
Atlas Cartográfico Histórico. (INEGI). Secretaría de Programación y Presupuesto, México.
Jiménez-Moreno, W.
1975
Mesoamérica. Enciclopedia de México, vol. 8. Impresora y Editora Mexicana. México.
1976
Los Señoríos y Estados Militaristas. Citado por Oliveros, J. Cap. Nayarit, SEP-INAH, México.
Jonson, D. S.
1996
Phantom Islands of the Atlantic. Editado por Walker and Company, U.S.A.
Kelley, J. C.
1956
Settlement Patterns In North-Central México. En Prehistoric Settlement Patterns in the New World. Editado por Gordon R. Willey. Viking Fund Publications in Anthropology, N.º 23. New York.

1963
Northern Frontier of Mesoamérica. First Annual Report: August 1961; August, 1962. Carbondale Illinois.
1966
Mesoamérica and the Southwestern United States. En Archaeological Frontiers and External Connection. Editado por Gordon F. Ekholm and Gordon R. Willey. Handbook of Middle American Indians, Vol. 4, Robert Wauchope, general editor. University of Texas Press, Austin.
1971
Archaeology of the Northern Frontier. Zacatecas and Durango. En Archaeology of Mesoamérica, Part Two. Edited by Gordon F. Ekhoin and Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians, Vol. 11, Robert Wauchope, general editor. University of Texas Press, Austin.
1974
Speculations on the Culture History of Northwestern Mesoamérica. En The Archaeology of West México. Editado por Betty Bell, West Mexican Society for Advanced Studies. Ajijic, Jalisco, México.
1981
Reporte para la Universidad Juárez del Estado de Durango. No Publicado.
1983
Hypothetical Functioning of the Major Postclassic Trade System of West and Northwest México. Trabajo presentado en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Taxco. México.
1985 a
The Mobile Merchants of Molino. Trabajo Presentado en la XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Querétaro, México.
1985 b
The Chronology of Chalchihuites Culture. En Archaeology of West and Northwest Mesoamérica, edited by Michael S. Foster and Phil C. Weigand. Westview Press, Boulder.
1986
The Mobile Merchants of Molino. En Ripples in the Chichimec Sea. Edited by Frances Joan Mathien and Randall H. McGuire. Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville. 1990
The Early Post-Classic in Northern Zacatecas and Durango Siglos IX to XII, Mesoamérica y Norte de México, siglo IX-XII, Vol. 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
1990
El postclásico Temprano en el Estado de Durango in Mesoamérica y Norte de México, Siglos IX-XII, Vol. 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Kelley, J. C. y H. D. Winters

1960
A Revision of the Archaeological Sequence in Sinaloa México. American Antiquity. 25.

Kelly, I.

1938
Excavations at Chametla, Sinaloa. Ibero-Americana: 14. University of California Press. Berkeley.
1945
Excavations at Culiacán, Sinaloa. Ibero-Americana: 25. University of California Press, Berkeley.

1948
Ceramic Provinces of Northwest México. En El Occidente de México, Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América. Cuernavaca, Morelos, México.
Kingsborough, I.
1964
Antigüedades de México. Vol. I-III. Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP), México.
Kirchhoff, P.
1967
Mesoamérica. Sus límites Geográficos. Composición Étnica y Caracteres Culturales. (Suplemento de la Revista Tlatoani, 3), Sociedad de Alumnos, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, México.
Lazalde, J. F., A. Peschard, F. y J. Ganot, R.
1983
Arte Rupestre del Valle de Guatimapé, Durango. Documentos Sobre Rocas. Durango.
León-Portilla, M.
1989
Cartografía y Crónicas de la Antigua California. Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM). Fundación de Investigaciones Sociales. A. C. México.
Lister, R.
1949
Excavations at Cojumatlán, Michoacán, México. University of New México Publications in Anthropology, N.º 5. Albuquerque.
López-Portillo, J., M. León-Portilla y E. Matos.
1981
El Templo Mayor, Editado por Bancomer, México.
López-Portillo, W. J. L.
1980
La Conquista de la Nueva Galicia. Colección Peña Colorada, México.
López, A. S., Z. Lagunas R., y C. Serrano, S.
1970
Sección de Antropología Física. Proyecto Cholula. Serie Investigaciones, Vol. 19. Coordinador, Ignacio Marquina; Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
León-Portilla, M.
1989
Cartografía y Crónicas de la Antigua California. Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM). Fundación de Investigaciones Sociales. A. C. México.
Litvak-King, J.
1977
El Factor de Comunicación en el Contacto Norte-Sur de Mesoamérica. Anales de Antropología, Vol. XIV. Instituto de Investigaciones Antropológicas. UNAM. México
Lumholtz, C.
1981, (Ed. Facsimilar 1904)
El México Desconocido. Instituto Nacional Indigenista (INI). México.
Madariaga de, S.
1942
Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón. Editorial Sudamericana. Buenos Aires Argentina.

Marín, T. F.
1992
Nuño de Guzmán, Siglo XXI Editores, México.
Marquina, I. (Coordinador).
1970
Proyecto Cholula. Serie Investigaciones N.º 19. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
Martínez, J. L. (Editor)
1991
Documentos Cortesianos. Volúmenes I-IV. Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica. México.
1993
Hernán Cortés. Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica. México.
Mason, J. A.
1961
Some Unusual Petroglyphs and Pictographs of Durango and Coahuila. Homenaje a Pablo Martínez del Río, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
1966
Cave Investigations in Durango and Coahuila. Homenaje a Roberto Weitlaner. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
1971
Late Archaeological Sites in Durango, México From Chalchihuites to Zape. En The North Mexican Frontier, edited by B. C. Hedrick, J. C. Kelley, and C. L. Riley. Southern Illinois University Press, Carbondale.
Mecham, J. L.
1992
Francisco de Ibarra y la Nueva Vizcaya. Universidad Juárez del Estado de Durango. México.
Medina, J. T.
1952
Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México. Ediciones Fuente Cultural. México, D. F.
Meighan, C. W.
1976
The Archaeology of Amapa, Nayarit. Monumenta Archaeologica: 2. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
Meighan, C. W. y L. J. Foote
1968
Excavations at Tzapán el Alto, Jalisco. Latín American Studies, Vol. 11. University of California, Los Angeles.
Morley, S. G.
1980
La Civilización Maya. Fondo de Cultura Económica. México.
Mota y Escobar, A. de la.
1940 [1602-16051
Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León. Editorial

Pedro Robredo, México.
Mountjoy, J. B.
1982
Proyecto Tomatlán de Salvamento Arqueológico. Colección Científica. Arqueología, 122. Centro Regional de Occidente, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
1987
Proyecto Tomatlán de Salvamento Arqueológico. El Arte Rupestre. Colección Científica. Arqueología. Centro Regional de Occidente, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
Muller, E. F.
1948
Cerámica de la Cuenca del Río Lerma. El Occidente de México, Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América. México.
Nicolson, H. B.
1978
Los Principales Dioses Mesoamericanos. En Esplendor del México. Antiguo, Vol. I., Editorial del Valle de México. S. A.
1960
The Mixteca-Puebla Concept. In Mesoamerican Archaeology: a re-examination. Wallace, 1960. U.S.A.
Nombre de Dios, Durango.
1943
Documentos en Náhuatl Concernientes a su Fundación. Traducido por Barlow R. H. y George T. S. Editado por la Casa de Tláloc, Sacramento California, USA.
Núñez-Cabeza de Vaca, A.
1944
Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Relación de la Jornada que Hizo a la Florida con el Adelantado Pánfilo de Narváez. Historia de Sinalóa y Sonora. Editorial Layac. México.
Obregón, B. D.
1924 [1584]
Historia de los Descubrimientos Antiguos Modernos de la Nueva España, escrita por el Conquistador Baltazar de Obregón. Secretaría de Educación Pública. México.
Oliveras, J.
1976
Los Señoríos y Estados Militaristas. Citando a W. Jiménez Moreno en el capítulo, Nayarit. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
Orozco y Berra, M. (Analista)
1985
Códice Ramírez. Manuscrito del Siglo XVI Intitulado: Relación del Origen de los Indios que Habitan esta Nueva España, Según sus Historias. Editorial Innovación, S. A. México.
Pérez de Rivas, A.
1992 (1645)
Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las Gentes más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe. Siglo XXI, Editores. México.
Peschard, F. A.
1970
La Deformación Craneana Intencional en el Estado de Durango. Tesis Recepcional, Escuela de

Medicina. Universidad Juárez del Estado de Durango. México.
1983
Restos Óseos del Cañón del Molino, Durango. Trabajo presentado en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Taxco, México.
Peschard, F. A., J. Ganot R. y J. Lazalde F.
1984
Petroglifos de El Zape, Durango: Un Calendario Solar en el Norte de México. Trabajo presentado en el Simposium de Arqueoastronomía y Etnoastronomía, Ciudad Universitaria, México.
1986
Influencias Externas en la Cerámica Chalchihuita de la Rama Guadiana. Homenaje al Doctor J. Charles Kelley. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
1986
Cosmic Ideograms on Petroglyphs of the Mesoamerican Cultures of El Zape Region in Durango, México. Segunda Reunión de Oxford de Arqueoastronomía. Mérida, Yucatán, México.
Peschard, F. A. y J. Ganot R.
1990
El Postclásico Tardío en el Estado de Durango. Simposium «Antonio Caso», El Final del México Antiguo; Museo Nacional de Antropología. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
Pérez de Ribas, A.
1992 [1645]
Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre las Gentes más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe. Siglo XXI Editores. México.
Piña Chan, R.
1981
Quetzalcóatl Serpiente Emplumada. Fondo de Cultura Económica. México.
Porras Muñoz, G.
1980
La Frontera con los Indios de Nueva Vizcaya en el Siglo XVII. Fomento Cultural Banamex A. C. México.
Rozo-Zaragoza, J. L.
1981
Historia Temática Jaliscience. Parte I. Reino de Nueva Galicia, Editorial Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco. México.
1988
Conquista Hispánica de las Provincias de los Tebles Chichimecas de la América Septentrional. Editorial Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco. México.
Reyman, J. E. (Compilador)
1995
The Gran Chichimeca: Essays on the Archaeology and Ethnohistory of Northern Mesoamérica. Worldwide Archaeology Series. Avebury. Aldershot-Brookfield U.S.A., Hong Kong, Singapur, Sydney.
Riva Palacio, V.
1951
Resumen Integral de México a Través de los Siglos. Compañía General de Ediciones, S. A. México.
Robelo, C. A.
1980

Diccionario de Mitología Náhuatl. Editorial Innovación S. A. México.

Romero, J.
1970
Dental Mutilation, Trephination, and Cranial Deformation. En Handbook of Middle American Indians. Editado por T. Dale Stewart, Vol. 9.

Rouaix, P.
1929
Geografía del Estado de Durango, Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, México.

Saravia, G. A.
1956
Apuntes para la Historia de la Nueva Vizcaya, Librería Manuel Porrúa, México.

Sauer, D. y D. Brand
1932
Aztatlán: Prehistoric Mexican Frontier on the Pacific Coast. Ibero-Americana; 5. University of California Press, Berkeley.

Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP)
1971
Carta topográfica 1:50000-SPP. México, D. F.

Scott, S. D.
1974
Archaeology and the Estuary. Researching Prehistory and Paleoecology in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México. En The Archaeology of West México, Editado por Betty Bell. Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A.C. Ajijic, México.

Tarayre, E. G.
1869
Archives de la Commission Scientifique du Mexique, Paris.

Taylor, W. W.
1966
Archaic Cultures Adjacent to the Northeastern Frontiers of Mesoamérica. En Archaeological Frontiers and External Connections. Editado por Gordon F. Ekholm y Gordon R.Willey; Handbook of Middle American Indians, Vol. 4, Robert Wauchope, general editor. University of Texas Press, Austin.

Reyes-Landa, M. L.
1977
Una Forma del Culto al Sol en La Ferrería, Durango. En prensa, Instituto de Investigaciones Históricas, UJED, Durango.

Rico-González, V.
1949
Historiadores Mexicanos del Siglo XVIII. Instituto de Historia, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Spence, M. W.
1971
Some Lithic Assemblages of Westhern Zacatecas and Durango, México. Carbondale University Museum, Southern Illinois, Mesoamerican Studies, N.º 8. U.S.A.

Trueba, A.
1961
Cabalgata Heroica. Misioneros Jesuitas en el Noroeste. Tomo I, Segunda Edición. Editorial Jus, S. A. México.

Williamson, R. et al.
1980
Observaciones solares de los indios anasazis. Anthony F. Aveni. Astronomía en la América Antigua. Siglo XXI Editores, México.
Wyllys, A. V. y Oster-Mozzillo, E. (compiladores).
1994
Five Hundred Years After Columbus: Proceedings of the 47th International Congress of Americanists. Middle American Research Institute. Tulane University, New Orleans. Publication 63.
Zacatecas
1979
Anuario de Historia. Volumen II. Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Zacatecas.
Zea, L. (compilador)
1993a
El Descubrimiento de América y su Impacto en la Historia. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica, México.
1993 b
Quinientos Años de Historia, Sentido y Proyección de la Conquista. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica, México.
1993 c
Sentido y Proyección de la Conquista. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica, México.

Crédito de las ilustraciones

Figura N.º 1
Mapa de Bartolomé Pareto. Miguel León Portilla. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fundación de Investigaciones Sociales.
Figura N.º 2
Mapamundi Macrobio 1483. Encuentro de Dos Mundos. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).
Figura N.º 3
Waldseenmüller Martín. The Mapping on North América. John Goss. The Wellfleet Press.
Figura N.º 4
Apian Peter. The Mapping on North América. John Goss.
Figura N.º 6
Carta de Cristóbal Colón. Encuentro de Dos Mundos. INEGI.
Figura N.º 7
Sebastián Münster. John Goss. The Wellfleet Press.
Figura N.º 8
Cornelius de Jode. John Goss. The Wellfleet Press.
Figura N.º 10
Códice Huejotzingo. Internet. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América.
Figura N.º 11
Lienzo de Jucatacato. Atlas Cartográfico Histórico. INEGI.
Figura N.º 12
Historia Tolteca Chichimeca. Paul Kirchhoff, Lina Odena Guémez y Luis Reyes García. Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Secretaría de Educación Pública. (SEP).
Figura N.º 14
Alonso de Santa Cruz 1542. Encuentro de Dos Mundos. INEGI. Joan Martínez 1578. Encuentro de Dos Mundos. INEGI.
Figura N.º 15
Lord Kingsbourough. Lámina XXIX. Secretaría de Hacienda y Crédito Público. (SHCP).
Figura N.º 16
Abraham Ortelius 1579. Encuentro de Dos mundos. INEGI.
Figura N.º 17
Lienzo de Tlaxcala, lam. 65. Alfredo Chavero. Editorial Inovación.
Figura N.º 18
Lienzo de Tlaxcala, lam. 66. Alfredo Chavero. Editorial Inovación.

Figura N.º 19
Abraham Ortelius.1591. Encuentro de Dos Mundos. INEGI.
Figura N.º 22
Lienzo de Tlaxcala, lam. 72. Alfredo Chavero. Editorial Inovación.
Figura N.º 23
Lienzo de Tlaxcala, lam. 74. Alfredo Chavero. Editorial Inovación.
Figura N.º 24
Lord Kingsbourough, lam. XXXIII. (SHCP).
Figura N.º 40
Mapa de Joan Martínez. 1587. Encuentro de Dos Mundos. INEGI.
Figura N.º 41
Dr. J. Charles Kelley.
Figura N.º 63
Lienzo de Tlaxcala. Batalla de Atecomatlán.
Figura N.º 64
Bichrome and Polichrome Pottery from Peñitas, Nayarit. Handbook on Middle American Indians. Vol. 11. Part two. University on Texas Press, Austin.
Figura N.º 66
Isabel Kelly. Excavations at Culiacán, Sinaloa Ibero-Americana N.º 25. University on California Press. Berkeley and Los Angeles.
Figura N.º 69
Gordon Ekholm. Excavations at Guasave, Sinaloa, México. Anthropological Papers on the Museum on Natural History, Vol. 38. New York.
Figura N.º 72
Dr. J. Charles Kelley. MAIN CERAMIC TYPES, BY PHASES, SUCHIL BRANCH. Handbook on Middle American Indians, Vol. 11, part two: University on Texas Press, Austin.
Figura N.º 73
Dr. J. Charles Kelley. MAIN CERAMIC TYPES, BY PHASES, GUADIANA BRANCH AND MONOCHROME WARES. Handbook on Middle American Indians, Vol. 11, part two: University on Texas Press, Austin.
Figura N.º 102
Dr. Jaime Ganot Rodríguez.
Figura N.º 108
Dr. Jaime Ganot Rodríguez.
Figura N.º 158
Dr. Jaime Ganot Rodríguez.
Figura N.º 159
Dr. J. Charles Kelley.

Todas las demás figuras (fotografías, dibujos, planos y mapas), con excepción de las que llevan el crédito respectivo en el pie de la propia ilustración, pertenecen al Dr. Alejandro Alberto Peschard Fernández.
DERECHOS A DISPOSICIÓN DEL AUTOR.